
VE RI
TAS
CHRISTO ET ECCLESIAE



EL RIÑÓN DE LA MONTAÑA

DELFIN FERNANDEZ Y GONZALEZ

EL RIÑÓN DE LA MONTAÑA

NOVELA

ILUSTRACIONES DE M. DURAN

BARCELONA
AÑO DE 1901

L. GONZÁLEZ Y C.ª
EDITORES PONTIFICIOS

Barcelona.—Fidel Giró, impresor, calle de Valencia, núm. 311.

PRÓLOGO

BIEN pude encomendar esta grata tarea de conversar con vosotros, amables lectores—y os dirijo la palabra porque creo firmemente, como os lo probará el hecho de publicarle, que pocos ó muchos ha de tener algunos este libro—bien pude, repito, lograr que desde aquí os hablara un amigo, conocido en el mundo literario, según suele hacerse, no sé si por pregonar tan honrosas amistades, ó por saborear la inocente satisfacción que puedan producir esas obligadas ponderaciones de los grandes hombres.

Pero, siquiera no sea yo el primero en hacerlo, renuncio á esos fáciles halagos con que el orgullo de otros se conforma, con lo cual, esto es, con esa mi renuncia, si vosotros perdéis yo gano, porque siendo, por lo general, los prólogos, una defensa, más ó menos encubierta, pero defensa al fin, de las obras que los llevan, nadie con más interés que el propio autor de ellas, puede intentarla.

Que es necesario en este caso el prólogo, no admite para mí duda ninguna. Soy, como todos mis paisanos, susceptible por demás, si es que en eso la demasía no es en vez de tal una aproximación al acierto, y me ha parecido ya notar en algunos, al anunciarles la publicación de este libro, una sonrisa entre burlona y compasiva, un tanto alarmante.

A decir verdad—y gústame siempre decirla aunque no me favorezca—á primera vista no parece del todo inmotivado que produzca tal efecto el solo anuncio de una novela montañesa, después de las del inmortal Pereda, sobrado admirables para que el público—siempre inclinado á dudar del esfuerzo humano cuando aún no le es conocido—tenga por imposible crear, con materiales que supone análogos, obras que puedan siquiera aproximarse en belleza á las del autor de *Sotileza* y *El sabor de la Tierruca*. Y aún da más visos de real á esa aparente imposibilidad, el continuo fracaso, el constante desacierto—salvo muy contadas excepciones—de los numerosos imitadores de Pereda.

Cabalmente á demostrar la falsedad de esa creencia encamino estas líneas, no, en verdad, por lo que sería loco afán, á más de ruin, de mermar á Pereda sus glorias tan bien ganadas. No. Ni tengo por qué inten-

tarlo, ni intentándolo podría lograrlo, que están firmísimamente fundadas. Muéveme sólo el deseo, que es á la vez derecho, y derecho perfectísimo, indiscutible, de quitar estorbos, en cuanto á ello alcancen mis fuerzas, á este libro, que á más de tener que salvar los escollos propios de toda obra literaria, está amenazado del grave riesgo que entrañan los prejuicios con que se le recibe.



Es un error crasísimo creer que después de las de Pereda, no se pueden «hacer novelas montañesas originales.» Y es muy general ese error. Pero quienes lo sustentan, sean quienes fueren, sólo demuestran ó un completo desconocimiento de la Montaña y de las obras del mismo Pereda, ó una lamentable pobreza de cerebro.

En la Montaña, como en toda región cuyos valles tuvieron entre sí difíciles comunicaciones hasta hace menos de medio siglo, hay gran variedad de costumbres. Aun las que reconocen idéntico motivo, se practican de muy diverso modo en pueblos casi vecinos. Además, como en cada uno de esos valles las necesidades de la vida son distintas, distintos tienen que ser los medios de satisfacerlas; distintas, por consecuencia, son

las costumbres principales. Sería enojoso citar aquí las que pudieran comprobar esta afirmación. Básteme, pues, apuntar la total desemejanza—no ignorada de cuantos realmente conozcan la Montaña—que se observa entre las de Pas, por ejemplo, y las de Cabezón de la Sal y Cabuérniga; entre las de Campóo y las de la Costa; entre las de Tudanca y las de Liébana; entre las de Polaciones y las de cualquier otro valle de la provincia. Diríase que distan muchísimas leguas unas de otras esas pequeñas regiones.

Se comprenderá, consiguientemente, que no es posible, con sólo describir en un libro la vida de uno de esos valles, tener por descritas las de los demás. Habrá provincias—y aún lo dudo—en que, conociéndose un pueblo de ellas, se conozcan todos los otros, por ser idénticos entre sí. En la Montaña no ocurre eso. Quien quiera estudiarla tiene que hacerlo valle por valle, sin que el hecho de haber en casi todos algunas costumbres parecidas, hasta iguales si se quiere, autorice á pensar, ni aun remotamente, que existen generales analogías en lo fundamental de sus vidas, tan ricas unas como otras en notas de color para el artista que sepa buscarlas.

Aún quedarían, pues, muchas regiones en la Montaña, no dadas á conocer por el gran escritor, concediendo que en cada uno de

sus libros se hubiera referido á una diferente de las demás. Y no puede concederse eso, porque aparte de *Peñas arriba* y de los que aluden á la capital, casi todos los demás dejan adivinar fácilmente un mismo lugar de acción, aunque se apellide de varios modos.

***

La diversidad de apreciaciones de cada escritor, sus aficiones, sus gustos, sus sentimientos artísticos, hacen, por otra parte, que no todos coincidan en sus impresiones. Suelen ser distintas las que cada uno recoge aun de una misma cosa. ¿No han de serlo las que les produzcan cosas diferentes?

Todavía se comprendería que pudiera faltar originalidad á una novela de costumbres cortesanas, cuyos personajes habrían de tener un círculo sobradamente conocido—y sin embargo, hasta en esas saben los autores dar novedad, huir del plagio.—¿Pero puede creerse que un escritor haya encerrado en sus libros, por muchos que sean y muy acabados, todas las variedades de la vida de una provincia como la nuestra, ni todas las bellezas de una naturaleza prodigiosa como la de la Montaña?

No regateo á Pereda ninguno de sus méritos envidiables. Le tributo, ahora que es

oportuno hacerlo, público homenaje de mi entusiasta admiración. Pero niego rotundamente que sus libros hayan agotado el «campo novelable» de la Montaña, porque es inagotable.

***

Hay otra razón poderosa para no creer en ese decantado agotamiento, y voy á exponerla en breves palabras.

¿Cuántos personajes suman todos los que figuran en las obras de Pereda? ¿Ciento, mil, dos mil? Los que queráis. Nunca podrán llegar á ser más que una parte insignificante de la población total montañesa.

Pues bien; apartad los de las obras de Pereda. Cada uno de los demás habitantes de la Montaña tiene su alma, tiene su corazón, tiene su carácter, sufre sus penas, recibe sus alegrías; es, pues, un personaje novelable. No lo era cuando los capítulos de la novela formaban una serie de episodios extraordinarios. Lo es hoy que esos capítulos se forman con actos naturales y sencillos de la vida más vulgar, si se quiere. Y en las obras del mismo Pereda, en esos admirables ejemplares del novelar moderno, tenéis la prueba.

***

Como las zarzas al caminante que marcha por «cambera» caída en desuso, se agarran las comparaciones á mi pluma al llegar á este punto, y has de perdonarme, amable lector, si, contra mi deseo, tengo que someter alguna á tu consideración.

No sólo por la endeble razón, ya rebatida suficientemente, de considerar consumidos por Pereda todos los «materiales», sino además por otra, al parecer más robusta, ciertamente, creen algunos que no deben escribirse ya novelas montañesas.

—Cuantas se escriban—dicen—tendrán que ser inferiores á las del maestro; luego no se deben escribir.

¡Peregrina idea, que de haberse sustentado antes, y de haber prevalecido, nadie después de Cervantes hubiera escrito castellano!

No. También esa creencia es falsa. Hubiera nacido en la Montaña y hubiérala conocido, alguno de los grandes novelistas contemporáneos, y sus novelas montañesas, si las hubiera escrito, sin duda hubieran sido tan hermosas como las de Pereda. Y es claro que puede ocurrir todavía eso que ha podido suceder. Es innegable.

Pero neguémoslo. Lo que no negamos, ni como concesión momentánea, es que puede haber escritores montañeses que lleguen á escribir novelas de su tierra muy hermosas,

siquiera no lo sean tanto como las de Pereda. Negar eso sería cerrarse á toda razón.

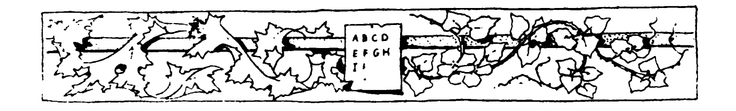
Y siendo así ¿por qué hemos de oponernos á que se escriban? ¿Por qué hemos de dificultar todo intento? ¿Por qué, encastillados en el que forma ese cúmulo de necios prejuicios, hemos de condenar de antemano, sin conocerla, toda obra nueva que se anuncia como obra montañesa?...



...Basta. Quienes hayan leído, desposeídos de todo apasionamiento, las líneas anteriores, deben hallarlas suficientes al objeto que las inspirara. Por los demás, no me importa. La opinión que nace de una parcialidad ciega vive poco, no es temible.

Réstame sólo declarar, para que nadie se llame á engaño, que puede muy bien esta novela contradecir lo que el prólogo defiende. Pero si tal sucede, no demostrará ello la falsedad de mi teoría, sino mi torpeza en llevarla á la práctica; que, como habréis notado, sostengo la posibilidad de «hacer novelas montañesas originales y hermosas», pero no he dicho—y líbreme Dios hasta de la fatuidad de pensarlo—que sea yo quien pueda hacerlas.

D. F. y G.



PRIMERA PARTE

I

Dominus *tecum* — gritaban á una voz los cuarenta ó cincuenta chiquillos que llenaban la escuela; y el maestro:

— *Vobiscum pariter* —contestaba, sacando de un bolsillo interior de la americana su pañuelo de yerbas, y limpiándose con él los encanecidos bigotes, sobre los cuales había descargado con toda fuerza el estornudo, causa de aquellos latinajos.

Luego los chiquillos seguían leyendo ó escribiendo sobre sus pupitres, á lo largo de las resobadas paredes, tocando con las caras los libros sucios y desencuadernados, ó las planas llenas de borrones, mientras el

maestro sacaba del cajón de su mesa, y lo colocaba sobre ésta, la petaca, el librillo de papel, marca «La Gamuza», y el mechero de caña de saúco, y mecha de media vara de larga, recogida en artística trenza.

En esta operación, y después en la de arrancar un papel del librillo, cogerle por una punta entre los labios, echar de la petaca á la mano derecha un poco de tabaco, quitarle el polvo cambiándolo de sitio en la misma mano, coger el papel de los labios, abarquillarle entre los dedos, echar en él el tabaco, hacer el cigarro, encender la mecha con las chispas que producía el choque de un trozo de acero contra una «piedra de lumbres» pequeñita y desportillada; todo eso, y después, todavía, colocar la mecha convenientemente para que no se quemara demasiado aprisa, y prender fuego con ella al cigarro, era operación que no solía durar menos de media hora, y con tanta atención la llevaba á cabo el maestro, que sus discípulos podían abandonar los estudios, durante aquel tiempo, seguros—con tal de que no se movieran de los sitios—de que don Serafín, el maestro, no había de enterarse de ello. Y á fe que toda esa seguridad era necesaria, con el geniecillo que tenía don Serafín.

Era éste un hombre de cincuenta y cinco años, de mediana estatura, delgadísimo, transparente, casi; de cara parecida á un puño por lo pequeña y huesosa, bigote gris, grande y desaliñado, cejas grises también, largas, semejantes á dos hisopos secos, caídas sobre unos ojos pequeñitos y vivos. Tal era en lo físico don Serafín, y en lo moral respondía fielmente á su aspecto de «cascarrabias.» Con su docena de varas de acebo al lado, arrimadas á la pared, y sus dos ó tres palmetas sobre la mesa, diríase, cuando acariciaba éstas y miraba aquéllas, que sólo deseaba un desmán de cualquier chiquillo, para hacer uso de sus instrumentos de castigo, que cogía con placer apenas se movía uno de sus discípulos.

Sin embargo, éstos, en cuanto creían verle un poco distraído, cuidábanse más de cuchichear unos con otros, y de pintar «santos» en los bordes de los libros, que de aprender las lecciones.

Encendido el cigarro y guardados todos los útiles de que se había valido hasta llegar á conseguirlo, don Serafín se levantó de su sitio echando nubes de humo por la boca y las narices y tosiendo, con una tos seca, como de gato enratonado. El tabaco le producía siempre aquella tos, que parecía iba á

ahogarle, ó á romperle las venas de la frente y del cuello, que se hinchaban, se hinchaban amenazando reventar. Pero el maestro no hacía caso, aquella tarde como las demás, y tosiendo y fumando, y atusando el rebelde bigote con el pañuelo de yerbas, atravesó la escuela, y abrió la puerta que daba acceso á la escalera de su casa, y desapareció por ella, dejando tras de sí el humo del cigarro, que durante algunos momentos anduvo flotando sobre los chiquillos, hasta que éstos, tratando de aspirarlo—á falta de otro medio de fumar—abriendo la boca y echándolo hacia ella con las manos, lo desvanecieron.

La escuela de don Serafín ocupaba la parte baja de su casa, una casita de aldea, «compuesta de piso bajo, principal y desván». Tenía la entrada al sureste, entrada que lo era para la casa, para la escuela y, en caso de necesidad, para la cuadra, que se hallaba á la trasera de la casa, en comunicación con ella, si bien tenía su puerta para entrar y salir el ganado, y su «bocarón» para descargar la yerba, por la parte de atrás.

Entrando por la puerta principal de la casa-escuela, había un pasillo, separado de la clase por un tablado de metro y medio

de alto. A la mitad de ese pasillo, y á su derecha, estaba la puerta de la escalera para subir al domicilio del maestro—una puerta estrecha y alta, con su correspondiente «gatera» á cuatro dedos del suelo—y á la izquierda había, en el tablado, un hueco por el cual se entraba á la clase. Luego el pasillo continuaba hasta la puertecilla que comunicaba con la cuadra.

Bajo la escalera quedaba un rincón obscuro, en el que guardaba don Serafín las almadreñas rotas que aún podían prestarle servicio en caso de necesidad, las porras de majar los terrones en las tierras, las azadas para el sallo de los maíces, algún rastrillo con pocas púas, la blusa que él se ponía para ir á la cuadra, y otros cuantos pingajos y cachibaches, con más un sinnúmero de telarañas pendientes del techo, ó sea del revés de la escalera. Y en tal forma revuelto todo, que al entrar en el cubil aquel algún chiquillo, por orden del maestro, en busca de la blusa de éste, irremisiblemente recibía un palo en la frente, porque pisaba en una porra, en una azada ó en un rastrillo que se le iba á la empinada; y se llenaba de telarañas; y sacaba entre las manos algún otro pingajo además de la blusa. Esto sin contar el coscorrón que se daba en el techo al sa-

lir, si no recordaba que era aquél un poco bajo.

Y de más está decir que había de sufrirse todo resignadamente, sin quejarse, para que el maestro no se enterara y llamara torpe al infeliz explorador; y había de sacarse la blusa al primer intento, para que don Serafín no demostrara su impaciencia con un fuerte puntapié.

A la izquierda del tablado, como hemos dicho, estaba la clase, que no era otra cosa que un mal portal con el piso de tierra endurecida, al rededor del cual había una mesa de pino estrechita, con un tintero de plomo de trecho en trecho; y detrás, á lo largo de ella, una serie de bancos un poco más bajos, toscamente hechos, pero brillantes como si estuviesen encerados. Cerca de la ventanita que daba luz á este local, abierta en la misma pared en que estaba la puerta principal del edificio, hallábase la mesa del maestro, una de esas mesas antiguas, altas, enormes, de cuatro pies unidos por abajo con un gran trozo de madera. Sentábase á ella don Serafín en una silla de Vitoria, no bastante alta que no necesitara el maestro elevar el asiento media vara, colocando sobre él un grueso Diccionario de latín, y un montón de «procesos», regalo de algún cu-

rial, que servían además para que aprendieran los chiquillos á leer «manuscrito».

En las paredes—unas paredes blancas en las que los chiquillos habían ido haciendo el zócalo en fuerza de resobar con sus espaldas la parte baja, ennegreciéndola y poniéndola grasienta—había un cromo de la Virgen del Carmen, patrona del pueblo, y dos ó tres carteles abarquillados, inútiles allí, porque don Serafín no los usaba para enseñar por ellos á los alumnos el abecedario que contenían.

Apenas desapareció don Serafín por la puerta de la escalera, que se cerró tras él, y cuando aún se oían las pisadas del viejo, que subía lentamente, declaráronse en completa huelga los chiquillos, deseosos de estar de pie, después de un par de horas que llevaban de clase, sin moverse de los duros bancos. Todos abandonaron sus sitios, é iban á reunirse, éste con el hermano, aquél con el pariente, el otro con el amigo, pues que don Serafín tenía especial cuidado de que no estuvieran juntos durante la clase. Las niñas—que era aquélla escuela de niños y niñas—más temerosas, permanecían en sus puestos, pero hablando entre sí, y dejando también de estudiar.

Al principio, aquellos estudiantes de cin-

co á quince años de edad, hijos de labradores casi todos, iban de un lado para otro, descalzos los más, con sus blusitas azules, y con sus pantalones regazados hasta las rodillas, enseñándose recíprocamente sus trabajos, la «plana» escrita, el trozo de Doctrinario aprendido, la cuenta de dividir «sacada», buscando una palabra de aprobación, y con ella ánimos para presentar más tarde al maestro la labor.

Luego empezaron á hablar de la próxima fiesta, la gran fiesta del pueblo, para la cual faltaba menos de un mes, y, gozosos, felices, corrían de un extremo á otro, formaban grupos que pronto se disolvían, para volver á reunirse luego á comentar las noticias oídas antes, de la función que habría aquel año, de los cientos de docenas de cohetes que se quemarían, pues el Indiano, que había llegado de México en aquellos días, pensaba gastar la mitad de su fortuna en fuegos artificiales.

Después pedíanse detalles del Indiano á su sobrino, á Alberto, un chiquillo de catorce años, á quien admiraban todos porque era el que llevaba aquellas noticias.

—¿Como cuantu dineru traerá tu tíu, Alberto?—preguntábale uno.

—Home ¿paézte que lo sabe ni él mismu?

Tu mira, con lo que trae se puen comprar toas las casas, y toas las tierras, y toos los praos del pueblo, ¡con que vete contando!

—¡Pos no es ná, colle! ¿Y la mitad de eso lo ha de gastar en cohetes pa'l Carmen?

—En cohetes, y en rueas, y en botellas, y en unos castillos, y unos árboles, y unos barcos, too hechu de pólvora... ¡Ya veréis, ya!

Por momentos crecía la admiración del auditorio, según iba Alberto contando grandezas de su tío; que tras lo de los fuegos artificiales fué el muchacho dando á conocer los proyectos del Indiano, proyectos de que él tenía incompleta idea por algo que había oído en casa, y que arreglaba y exageraba á su antojo para causar el mayor efecto posible.

Pero á lo mejor de la conversación, cuando Alberto no había conseguido aún levantar un metro sobre el suelo las marmóreas paredes del palacio que empezara á edificar para su tío, crugió la escalera de casa del maestro bajo las lentas pisadas de éste, y los chiquillos abandonaron al narrador, marchando todos presurosos á ocupar sus puestos respectivos, en los cuales, y estudiando con la mayor aplicación, al parecer, los vió don Serafín al entreabrir la puerta y asomar por ella su temida figura.

Detúvose el maestro sobre la mal labrada piedra que hacía las veces de umbral, sacó de un bolsillo del chaleco su reloj de plata, pendiente de una cinta negra, miró la hora, y extendiendo su brazo izquierdo hacia la calle, mientras que con la mano derecha guardaba el reloj cuidadosamente, ordenó con voz cavernosa:

—¡Muchachos, al campo!

Ciérranse con gran estrépito los libros de los chiquillos que estaban leyendo, óyense caer las tapas de los tinteros sobre éstos, crugen los bancos, y unos saltando por encima de los pupitres, y otros arrastrándose por debajo de ellos, amontónanse en el centro de la escuela todos los muchachos, llegan en confuso pelotón á la puertecilla del tablado, se aprietan unos contra otros, forcejean allí un momento queriendo salir todos á la vez por donde sólo



de uno en uno pueden salir cómodamente, retiembla el tablado y, al fin, salen al pasillo, y llegan á la puerta principal, y lánzanse á la calle como un torrente, en medio

de una alegría y de un vocerío que aturden.

Don Serafín baja del escalón, entra en la clase, ocupa su sitio al lado de la gran mesa, sobre el Diccionario y el montón de «procesos,» y da una fuerte palmada con sus manos amarillentas y huesosas.

—Vamos, niñas, vamos, á estudiar, que ya os llegará la vez de salir al campo—dice á las quince ó veinte chiquillas que han quedado diseminadas por aquellos bancos. Y las niñas, asustadas, bajan sus cabecitas hasta tocar con las frentes en el pupitre, y van pasando sus dedos sonrosados sobre las líneas de los libros que leen.

La salida «al campo» era esperada siempre en la escuela de don Serafín con verdadera impaciencia por los alumnos. Suponían aquellas dos palabras media hora de libertad deliciosa, incomparable por aquellos alrededores; media hora de juegos, de correr, de vocear, de subir á los árboles, de saltar las paredes, de tirar piedras, de pasar y repasar el río con agua hasta la rodilla. A falta de sitio más apropósito, como hay ya en casi todas las escuelas de los pueblos, mandábase en la de don Serafín á los chiquillos á hacer sus necesidades á la calle, á un riachuelo próximo que corría por entre la cerca de una huerta y un montón de zarzas.

Generalmente salían todos juntos á una hora determinada, á las diez y media por la mañana, y por la tarde á las cuatro. Media hora después, cuando volvían los chiquillos, salían las niñas, que, más pacíficas, empleaban su media hora en jugar á las «paitas,» ó á cualquiera de esos otros mil juegos propios de ellas. Si antes ó después de la salida acostumbrada, alguno necesitaba salir, pedía permiso, y se le concedía, pero pocas veces ocurría esto, porque era temible la forma con que don Serafín hacía la concesión.

—Señor maestro ¿me da licencia pa salir al campo?—decia el «paciente» con voz temblorosa.

—¿Tanto te apremia que no puedes esperar, trasto? Anda ve, pero no creas que vas á volver á salir después—contestaba don Serafín. O bien:

—¿Qué diablos hiciste antes? Vete, pero irás á comer cinco minutos más tarde que los demás.

Cuando hubo transcurrido la media hora reglamentaria, don Serafín abandonó su asiento, dirigióse á la puerta de la casa, y allí, introduciendo un dedo en la boca, dió un fuerte y prolongado silbido. Inmediatamente empezaron á llegar los chiquillos, y

y como un momento después aún faltaban algunos, don Serafín repitió el silbido. A este segundo llamamiento acudió un muchacho rubio, de ojos azules que parecían pedir clemencia al maestro, tal como le miraban de tristes, pero que no la hallaron, pues fué recibido con un bofetón que le hizo entrar en la escuela dando traspiés. Luego fueron llegando los otros, hasta cuatro, dos de ellos hermanos, «señoritos», que se habían descalzado para pasar el río, y traían en las manos las medias y las botas, porque no habían tenido tiempo de calzarse. Los otros dos restantes llegaban rendidos y sudorosos: habíanse alejado mucho jugando, y no habían oído la primera llamada, y la segunda la habían oído estando todavía muy lejos. Los cuatro fueron recibidos del mismo modo que el rubio de ojos azules, y cuando todos hubieron entrado y ocupado sus sitios, el maestro mandó salir á las niñas.

Estas, como emplearon más sosegadamente el tiempo, al primer silbido del maestro acudieron todas presurosas.

Una de ellas, de las últimas en llegar, una morenita, de ojos grandes y negros, que miraban con gran dulzura bajo arqueadas y espesas cejas, fué detenida á la puerta por don Serafín.

Era aquella niña una nieta del maestro, Cilia, Cecilia, en quien él tenía puesto todo el amor de su corazón, que, sin aquel amor, creyérase que no existía. Huérfana de padre y madre, la pobre niña, siendo aún muy pequeñita, habíala recogido don Serafín, y fuera porque en la nieta viera el retrato de la hija muerta, que había sido un día su encanto y su orgullo, fuera que la desgracia de la niña le conmoviera constante y profundamente, ello era que don Serafín la demostraba siempre un cariño grandísimo, sin comparación mayor que el que demostraba á sus demás nietos, primos de Cilia, pues que ella era hija única. Sólo para ésta había sonrisas en aquellos labios finísimos, generalmente apretados, y ternura en aquellos ojos pequeñitos del viejo maestro; sonrisas y ternura que eran más de extrañar en aquel hombre, que parecía aborrecer á los niños con toda su alma.

Cilia había empezado á ir á la escuela de su abuelo, cuando apenas sabía aún hablar. Bajábala el viejo en brazos por aquella escalera, en la que se oían durante largo rato los besos de don Serafín y los parloteos de la niña, antes que asomaran á la puerta. Luego la sentaba en su mesa, unas veces, y otras sobre las piernas, y la retenía allí,

llenándola de caricias, hasta que la niña se aburría y se marchaba á la calle ó se volvía arriba.

Más adelante, no tanto porque don Serafín la obligara, como por lo que á ella la agradaba, Cilia empezó á pasar los días en la escuela, sentada ante un pupitre, entre las demás niñas, aprendiendo como ellas á leer, á escribir y á contar.

Su nuevo carácter de discípula, no restó á Cilia la más pequeña parte del cariño de su abuelo. Acaso disminuyeran algo las manifestaciones de ese cariño en algunos momentos, porque don Serafín, aunque quisiera, no podía enseñar sin mostrarse severo. Pero «dada» la lección por Cilia, supiérala mejor ó peor; presentada su «plana», estuviera más ó menos emborronada, el maestro no podía prescindir de abrazar á su nieta, y de estampar en sus mejillitas sonrosadas unos cuantos besos húmedos y resonantes, como de viejo sin dientes. A ella sola, jamás la reñía, menos pegarla. Podría reñirla cuando reñía á toda la clase, cuando renegaba de todos aquellos «trastos», sus discípulos y discípulas, cosa que ocurría cuando la tos le molestaba mucho, pero luego buscaba ocasión de acercarse á su nieta, y de hacerla alguna caricia, para que la niña

comprendiera que no era con ella con quien estaba enfadado.

Creeráse que esa diferencia tan notable que existía en el modo de tratar don Serafín á su nieta y á los demás discípulos, creaba en éstos antipatías y envidias contra aquélla, pero, antes por el contrario, todos y todas querían bien á Cilia, circunstancia que pone de manifiesto las buenas cualidades de la huerfanita.

En efecto, Cilia era una de esas niñas encantadoras que sólo inspiran, igual á los demás niños que á las personas mayores, simpatías y cariño. Es general en los niños el afán de aparecer superiores á sus camaradas, ya por tener mayor número de juguetes, ó bien por la riqueza de sus vestidos, por tener más amigos, por haber visto más cosas, por saber más noticias, por mil insignificancias que para ellos tienen importancia suma, y cualquiera otro que no fuera Cilia, hallándose en el caso de ésta, hubiera fundado, y con firmeza, ese infantil orgullo, en ser su abuelo el maestro, y ella la niña mimada de la escuela. Pero nada más lejos de la huerfanita, que ese disculpable orgullo, y jamás, desde que ocupó un sitio entre sus compañeras de clase, dejó de considerarse como la última de éstas, y nunca apro-

vechó la tolerancia, con que podía contar de su abuelo, para acto alguno que pudiera inspirar envidia á sus condiscípulos. Difícil era, sin embargo, que no se la tuvieran al principio, por el solo hecho de que don Serafín la besara y no la castigara, y se la tendrían algunos, sin duda, pero pronto la habían querido todos.

Cilia, aunque quería á su abuelo entrañablemente, en clase poníase siempre de parte de sus compañeros, y, á haberse atrevido, más de una vez hubiera recriminado al maestro por castigar con demasiada dureza á los niños, tanto porque de suyo era bondadosa y compasiva, cuanto porque oyendo constantemente á los compañeros censurar aquellos actos de don Serafín, habíase acostumbrado la niña á considerarlos así como injusticias—las únicas—de su abuelo, injusticias que ella, la pobrecilla, veía con dolor, con ese dolor que inspiran los defectos de los seres queridos á quienes no es dado corregir.

Tenía Cilia también la buena cualidad de no ser «acusona». Ya podían los chiquillos, cuando no estaba don Serafín en clase, abandonar los estudios, reir, hablar, enredar cuanto quisieran; la nieta del maestro no tomaría parte en esas huelgas, permane-

cería quietecita en su puesto, y hasta hallaría desagradable lo que veía, pero bien seguros podían estar aquellos revoltosos, de que por Cilia no había de saber el maestro nada de cuanto ocurriera. Es verdad que su abuelo no se lo preguntaba. Habíaselo preguntado una vez que él había oído risas y voces desde arriba, y la niña, no queriendo descubrir á sus compañeros, pero temiendo también obrar mal diciendo una mentira, habíase visto en tal aprieto que había concluído por echarse á llorar amargamente, sin contestar una palabra á su abuelo, quien después habíase cuidado mucho de no volverla á poner en apuro semejante.

Largo rato estuvo don Serafín con su nieta á la puerta de la escuela. Después, cansado de estar de pie y de encorvarse para besar á la niña, se sentó en un banco de piedra que había en el portal, y allí, con la nieta arrimada á él, revolviéndola el rizado cabello que la caía sobre los hombros, con aquellos dedos huesosos y amarillentos, más amarillentos entre el negro del pelo de la niña, hubiérase estado don Serafín toda la tarde, á no llegar á él rumores de huelga del interior de la escuela, oculto á su vista.

Levantóse ligero el viejo, apartó suave-

mente á la niña, y con sólo dar dos pasos pudo asomarse á la ventanita de la escuela, desde la cual ventana se veía toda la clase. Los chiquillos, creyendo más lejos de lo que lo había estado á don Serafín, entreteníanse en tirarse unos á otros, á manera de pelota, un pañuelo anudado. Todos estaban en sus sitios respectivos, pues como no sabían lo que tardaría en presentarse el maestro, no se habían atrevido á levantarse por temor á que los sorprendiera. Y ese temor era, cabalmente, el objeto del juego. El pañuelo se tiraba á quien menos parecía esperarlo. Se hacía ademán de tirarlo á un lado, é inmediatamente, rápidamente, se tiraba hacia otro. Ocurría con frecuencia que el pañuelo, en vez de ser cogido por el niño á quien iba dirigido, caía al suelo, y entonces ese niño tenía que levantarse á recogerlo, para él, á su vez, volver á tirarlo. La pérdida en aquel juego consistía en que llegara el maestro de improviso, y sorprendiera fuera de su sitio al que no había cogido el pañuelo que le enviaran.

Pero aconteció que á quien sorprendió don Serafín, en su sitio sí, pero de pie y con el brazo levantado, fué al chiquillo que iba á tirar el pañuelo, no al que había de recogerlo. La pérdida fué del «remitente», no

del «consignatario», y el remitente era Alberto, el sobrino del Indiano.

—¡Está bien, está bien!—exclamó don Serafín, asomado á la ventana, con los brazos cruzados sobre el pecho y moviendo lentamente la cabeza hacia arriba y hacia abajo, en tanto que Alberto seguía con el brazo levantado, inmóvil como una estatua, y los demás chiquillos se inclinaban hasta tocar con las caras en los libros para mejor aparentar aplicación.—¡En plena clase, caray!—añadió, como solía, el viejo, pues era esa su frase favorita.

Luego, precedido de Cilia que fué á ocupar su sitio entre las demás niñas, entró en la escuela, llegó á su mesa, y desde allí, sin sentarse, llamó al sobrino del Indiano. El muchacho, que ya se había sentado, pero que conservaba en sus manos el pañuelo y lo apretaba entre ellas febrilmente, pasó por debajo del pupitre, salió al centro de la clase y dirigióse hacia el maestro. Pálido, tembloroso, con la vista fija en el suelo, andando lentamente, diríase que el pobre chiquillo era un reo de muerte que marchaba hacia el cadalso.

Cuando don Serafín le tuvo junto á sí, irguióse el viejo un poco, dió un paso hacia su víctima, levantó rápido el brazo derecho

y descargó con todas sus fuerzas una sonora bofetada sobre el niño, que cayó de cabeza á los pies de sus compañeros, bajo el pupitre, echando borbotones de sangre por la boca y las narices. No satisfecho aún don Serafín, acercóse al rincón en que tenía las varas, cogió una y empezó á dar con ella tan fuertes golpes al chiquillo, echado de bruces en el suelo, que el infeliz muchacho debió olvidar el dolor de la bofetada, y como movido por un resorte se levantó de un salto, y llorando á gritos salió de la escuela á todo correr seguido de don Serafín, que ya no alcanzaba á pegarle más, y le mandaba al río á enjuagarse la boca y á lavarse la cara, llena de sangre.

Los demás discípulos de don Serafín habían presenciado la escena silenciosos, satisfechos, en medio de la compasión que les inspiraba Alberto, de no haber sido ellos los sorprendidos, pues aunque en realidad lo habían sido todos, el maestro habíase figurado que el culpable de la distracción de los demás lo era sólo aquel á quien había castigado tan bárbaramente.

Luego el maestro, como acontecía siempre, después de aquellos sus actos de salvajismo, abrió la puerta de la escalera, llamó á Cilia, y seguido de ella desapareció al

cerrar tras sí nuevamente. Esta vez ya podía marchar confiado en que al bajar ninguno de sus alumnos se habría movido del sitio que ocupara, ni permitídose jugar y distraer á los compañeros.

Sin embargo, apenas desapareció don Serafín, empezaron las conversaciones, los comentarios entre los chiquillos, si bien sostenidas esas conversaciones en voz muy baja, y como dirigidas á los libros, de los que nadie se atrevía á levantar la vista. Ni aun la vuelta de Alberto, con los ojos hinchados de llorar y la cara muy lavada y el pelo chorreando agua, fué bastante á distraer á sus compañeros. El también, por su parte, cuidóse de ir á ocupar su sitio silencioso, sin proferir una queja por el castigo sufrido, temeroso de que éste tuviera una segunda parte.

Hemos dicho que don Serafín, después que castigaba duramente á algún chiquillo, se subía á casa con Cilia. Y, en efecto, rara vez dejaba de observarse esto. Exaltado, enfurecido don Serafín, desbordado aquel genio terrible siempre, pero feroz desde la muerte de su hija, necesitaba tener consigo á su nieta y entregarse en absoluto á aquel cariño profundísimo que sentía por ella, dejarse dominar por ese cariño, para calmarse

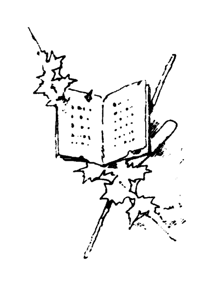
y ponerse en condiciones de continuar entre los alumnos. De ese modo, pasado arriba un rato con su Cilia, solía bajar después con ella, más sosegado, más humano, aunque temible aún, y temido por los niños.

Pero aquella tarde le faltó en gran parte el consuelo que pensaba hallar en la nieta. Enterada la niña por sus compañeras, apenas se había sentado entre ellas, de lo que había ocurrido durante el tiempo que ella y su abuelo habían estado en el portal, había sentido verdadero terror al ver como su abuelo castigaba al que él creía único culpable, y habíala inspirado Alberto una compasión profundísima, y las lágrimas habían acudido á sus hermosos ojos, y llorando había salido de la clase y había llegado arriba, y se había sentado, sentado el viejo, sobre las piernas de éste.

Don Serafín la había preguntado qué tenía, había permanecido ella callada, habíase obstinado el maestro en que la niña contestara y ella en no contestar, y aburrido el viejo y temeroso de causar algún trastorno en el débil organismo de la huérfana, contrariándola como la contrariaba con sus preguntas, habíala dejado arriba, y volvíase solo á la escuela, peor humorado aún que al salir de ella, pero preocupado con el llanto

de su nieta y olvidado, ó poco menos, de las travesuras de sus discípulos.

Por eso aquella tarde, aunque les «tomó» las lecciones y pidió las planas, y, como sábado que era, les mandó enseñarle las uñas de las manos para ver si las tenían bien cortadas, en nada fijó, como otras veces lo hacía, su atención, y los mandó á la calle sin que durante aquel original examen hubiera un solo palmetazo para ninguno de los alumnos.





II

ALBERTO, el sobrino del Indiano, era hijo de una hermana de éste, viuda, en cuya casa vivía el tal Indiano desde que había llegado al pueblo.

Aunque el porvenir de Alberto, faltando su padre, que había muerto siendo el muchacho pequeñito, era pedir limosna, había coincidido aquella desgracia con el comienzo de la prosperidad del tío, y esto había hecho cambiar las cosas. Teniendo noticia por su hermana de que el muchacho era despierto, había dispuesto el Indiano que Alberto fuera á la escuela asiduamente, con ánimo, sin duda, de llevársele más tarde á México, donde él tenía sus intereses.

Alberto era uno de esos chiquillos traviesos sin maldad y sin premeditación. Sus travesuras, espontáneas y no exentas de ingenio, muchas veces, le hacían simpático y le daban cierta superioridad entre los camaradas. Además mostraba habilidad para todo, era, realmente, un chiquillo listo. Cuando quitaban el agua al cauce de los molinos para arreglar éstos, é iban los muchachos á la salida de la escuela, á pescar, ninguno como Alberto sabía dónde se escondían las anguilas, ni nadie más ágil que él para pescar las truchas bajo las piedras. Don Serafín, el maestro, que era un viejo pescador, é inteligente, solía llevar consigo á Alberto cuando iba á poner los butrones, porque á él ya le perjudicaba entrar en el agua y de nadie más que de Alberto se fiaba para aquella operación.

Cuando los muchachos iban «á niales», ninguno tan fácilmente como Alberto los encontraba, y después, cuando los quitaban, ninguno tampoco sabía «criar» los pájaros como él, sin que ni por casualidad se le muriera uno, ni nadie distinguía antes los malvises legítimos de los «mordagueros», ni nadie separaba tan pronto como él los machos de las hembras.

Nadie como Alberto sabía echar un clavo

á una peonza. Las suyas eran siempre las que mejor bailaban. El, cuando llegaba la feria de Navidad, una feria que se celebraba á dos leguas del pueblo, iba á ella á comprar las peonzas, á escogerlas bien hechas, bien pulimentadas y bien secas, porque las verdes después, al secar, se agrietaban. Madrugaba el día de Navidad, oía misa, y marchaba camino real abajo, descalzo y helado de frío, para volver á la tarde rendido y muerto de hambre, pero contento con su compra, hecha á satisfacción, en tanto que los demás muchachos tenían que conformarse con lo que les llevaran sus padres ó sus hermanos mayores, que no se detenían á escoger, ni sabrían, acaso, hacerlo tan bien como Alberto. Luego éste ponía él mismo los clavos á sus peonzas. A las de los demás se los ponía el herrero, clavos de fragua que nunca daban buen resultado, porque el herrero los ponía de prisa, andaba sólo á ganar los dos cuartos que le valía cada clavo. Además, de sus manos, de aquellas manos ennegrecidas con el carbón, salían las peonzas sucias. Alberto empleaba puntas de París, y las metía con sumo cuidado, tanto para que no entraran torcidas, cuanto para no manchar las peonzas. Si alguna vez, á pesar de toda su pericia, al

hacer la prueba bailando la peonza, no eran los resultados satisfactorios, ya porque «escarajiteara», ó ya por hallarla muy pesada al bailarla en la palma de la mano, la echaba una tachuela amarilla que la adornaba mucho, y que, un poco inclinada á un lado ó á otro, según era menester, daba estabilidad á la peonza en sus rápidas vueltas, contrarrestando la inclinación del clavo.

Todas estas habilidades, y otras muchas parecidas, del sobrino del Indiano, no se revelaron en un instante, sino que poco á poco, según las iba poseyendo—gracias á una mayor observación que la que es general en los chiquillos — las iba manifestando.

En la escuela, desde el primer día, había mostrado también buenas disposiciones. No era muy aplicado para el estudio, pero tenía excelente memoria, aprendía con facilidad, y aprendía, además, bien, comprendiendo, no como un papagayo. El poco amor á los libros era lo de menos allí, en la escuela de don Serafín, cuya palmeta estaba siempre suspendida sobre las manos de los desaplicados. Así que Alberto había aprendido pronto las letras, y luego á unirlas y á deletrear, y después á leer. En la escritura había estado más torpe. Desde que había

empezado á hacer «palotes» con su mano temblorosa, llevada por la de don Serafín, hasta llegar á escribir al dictado, había pasado mucho tiempo, había emborronado muchas planas y había recibido infinitos palmetazos, porque don Serafín era de los que opinan que «la letra con sangre entra», y lo tenía por máxima. Realmente Alberto, á pesar de su torpeza, que parecía invencible, para aprender á escribir, había llegado á hacerlo bastante bien.

En la época á que nos hemos referido en el capítulo anterior, ya Alberto era uno de los discípulos más aventajados que tenía don Serafín en su escuela. Ya entonces era uno de los que mejor escribían, leía correctamente, sabía el doctrinario de punta á cabo, y algo de gramática, y dedicábale el maestro, por indicación del Indiano, á perfeccionarse más en la escritura y á conocer algunas más cuentas que las cuatro reglas.

Sus habilidades fuera de la escuela, y sus adelantos en ella, habían ido dando á Alberto, según hemos indicado, cierta preponderancia entre sus camaradas, preponderancia que había venido á aumentar el viaje de su tío, viaje magnífico, llegada, la llegada al pueblo, suntuosa, en coche particular hasta la puerta de la casa de su her-

mana, seguido de otro coche lleno de baules. Aquello, cuanto de aquello y del recibimiento que le habían hecho las mozas, tocando panderetas y cantando «picayos», y de la largueza con que él las había gratificado; cuanto de todo eso se había dicho, había deslumbrado á los chiquillos y elevado á Alberto, por ser sobrino de tal tío, unos cuantos codos sobre los demás mortales. Además, como se decía ya, y lo decía el mismo Alberto á sus atónitos compañeros, que cuando se volviera su tío á México le acompañaría él, la admiración de los chiquillos no tenía límites. ¡Ellos, que sin tíos indianos, no tenían esperanzas, los más, de llegar á otras lejanías que á aquellas brumosas de los puertos de Sejos, cuando fueran á llevar sus vacas!...

Sin embargo, la marcha de Alberto no sería al día siguiente, y aún le quedaría tiempo, por las trazas, de sufrir sendos palmetazos en la escuela de don Serafín, hasta llegar á hacer perfectamente letra española, y á sacar de corrido aquellas endiabladas cuentas que el maestro se recreaba en ponerle con clarísimos números, admirablemente hechos, sobre extensas hojas de papel de barba.

Alberto era valiente. En mil ocasiones lo

había demostrado, unas veces en «engarras» con sus compañeros, otras en pedreas con los chiquillos de los pueblos inmediatos, y frecuente, constantemente, siendo el primero en ponerse en los sitios de peligro para quitar un nido de una peña ó de un árbol, y el último en huir cuando alguien los perseguía para castigarlos por algún desmán cometido.

Como entre los bandidos, entre los chiquillos—que son los «malhechores» de las aldeas, sólo que unos malhechores perdonables y simpáticos—el más malo, pero también el más valiente, es el capitán. Y Alberto había llegado á capitanear á los chiquillos de su pueblo.

La tarde en que don Serafín había maltratado al sobrino del Indiano, apenas puestos en libertad los chiquillos, rodearon todos á Alberto. Otras tardes marchaban hacia el centro del pueblo—la escuela estaba en un extremo de él—cantando el rosario; lo cantaba delante el chiquillo cuya formalidad inspirara más confianza al maestro, y contestaban los demás desafinadamente, alegremente, procurando cada uno que su voz resaltara entre todas. Mandaba el maestro que llegaran todos cantando hasta la iglesia, que se detuvieran allí y terminaran el

rosario, pues no había tiempo de terminarlo por el camino, á menos que fueran sumamente despacio, y que después marcharan á sus casas á presentarse á sus padres. Y con más ó menos interrupciones en el canto, á pesar de toda la formalidad del director, solían cumplir los chiquillos la orden de don Serafín, ante el temor de que éste pudiera saber que no lo hacían. Pero aquella tarde, ni este temor fué bastante á obligarles á seguir la costumbre. Había por medio un domingo para volver á la escuela, un domingo que á los chiquillos el sábado les parece que va á ser interminable, y además tenían importantes asuntos de que tratar, y además, y principalmente, no estaba, como otras tardes, el maestro delante de la escuela para verlos emprender el camino y el canto ordenada y formalmente.

—¿Te dulió muchu la guantá, Alberto?— preguntó á éste el primero que se acercó á él.

—¡Si me dulió! ¡El tiu animal, colle! Y tuvía me dulieron más las varás. Y dimpués vendrá á decime que vaiga con él á jacele las presas y á poner los butrones. Lo que es las truchas que coma el primer día que vaigamos, no le han de jacer mal, yo se lo ajuro. Un boquete he de dejar debajo de

cada butrón, como pa que puedan pasar salmones, cuantusimás las truchas.

—¿Y pa qué no le dices á tu tiu lo que te ha pegau?—indicó otro.—Si yo tuviera un tiu Indianu en seguida me iba á pegar así el maestro.

—¡Y lo sin razón que te pegó, reconde, porque toos teníamos la mesma culpa que tú!

—Pos eso él se lo paga—intervino una niña,—porque pa él no hay más alegría que Cilia, y no la pue ver llorar, y Cilia dende que la dije yo por qué te pegaba, empezó á sospirar, y tien pa ratu.

—¿Pero ello, cantamos hoy ó no cantamos?—preguntó el director de otros días, que ya antes había hecho la misma pregunta inútilmente.

—¡Reconde, está el jornu pa bollos!—exclamó Alberto.—¡Estamos pa cantíos! ¡Que cante el maestru, si le da la gana!

—¡Eso, eso, que cante el maestru!

—¡Y que se jeringue el maestru! Ni cantamos, ni pescamos, ni na, ¿verdá, Alberto?...

—¡Ay, Julio, que se escondió, acusau, acusau!—empezó á gritar uno de los chiquillos.

Sobre la pared de una tierra inmediata al camino, asomaba su cara un chiquillo,

Julio, cuya falta habíase notado aquella tarde en la escuela. Julio era un muchacho medio idiota, incapaz de aprender una letra, lo que le valía estar constantemente castigado. Así había llegado á cobrar verdadero terror al maestro, de quien procuraba huir no yendo á la escuela. Sus padres le mandaban á ella, y hacia ella marchaba; pero muchos días quedábase por el camino, bien echado tras de la pared, sobre la cual acababa de aparecer, ó bien en una alcantarilla que había un poco más allá. Luego, cuando oía á los compañeros que volvían de la escuela, uníase á ellos, y con ellos seguía hacia la iglesia. Ocurríale algunas veces que le acusaban sus condiscípulos, le contaban al maestro, creyendo congraciarse con éste, que Julio se había «escondido», y entonces las pagaba todas juntas. Otros días inspirábales compasión el pobre bobo, y permanecían en secreto sus mañas.

Aquella tarde tenía Julio un buen medio de hacer guardar el secreto. Apenas se asomó sobre la pared, mirando á un lado y á otro, temeroso de que le viera alguien más que sus compañeros, encaróse con éstos para decirles que si le acusaban por haberse escondido, él los acusaría á ellos porque no iban cantando, y así habría castigos para todos.

La amenaza de «¿Cómo se llama ésta?» —llamaban así á Julio, porque cuando el maestro le preguntaba, señalándosela, cómo se llamaba una letra, el muchacho, en vez de contestar, repetía la pregunta del maestro,—surtió el efecto que él deseaba, y de acuerdo uno y otros en no acusarse, saltó Julio de la pared al camino y marchó con sus compañeros.

Ya cerca de la iglesia, Alberto, que iba rodeado de su estado mayor á la cabeza de la infantil comitiva, se detuvo, y reunidos en torno suyo niños y niñas, hizo jurar á todos no decir al maestro que no se había cantado el rosario.

Todos juraron sin dificultad, excepto el director. Este, como él no era culpable de aquella desobediencia, pues había hecho las veces por evitarla, no quería hacerse cómplice de los demás, porque si después llegaba á enterarse por otro conducto don Serafín, sería mayor su responsabilidad. Así que mostró algún reparo en prestar juramento. Su intención veíase que era la de dar cuenta al maestro de lo ocurrido; pero amenazado por Alberto, al fin juró como los otros:

—Como me llamo Pepe que no vos acusaré—dijo el muchacho, escuchado con religioso silencio por todos.

—Ea, pos ahora vosotras — dijo Alberto con aires de verdadero capitán, dirigiéndose á las niñas—ya estáis aquí de más.

Ellas obedecieron marchando inmediatamente, y el sobrino del Indiano entonces dirigió la palabra á sus súbditos, los chiquillos. Aquella noche era la primera de la novena de San Pedro en la iglesia del pueblo inmediato, Nogalea, y había que ir á la tal novena. Estaban rotas las hostilidades hacía tiempo entre los chiquillos de aquel pueblo y los de Urbina, el pueblo de Alberto y su gente, y era para estos últimos empresa comprometida ir á la novena de Nogalea, porque fácilmente se trababa batalla. Pero de tal modo supo el jefe excitar el amor patrio de sus tropas, que ni un solo soldado mostró cobardía. Todos, si en sus casas respectivas se lo permitían, irían aquella noche á Nogalea.

—Tenemos que dir por juerza—decía Alberto.—A buen seguru que cuando sea la novena del nuestru pueblu, los de Nogalea no faltan á ella ni una noche tan siquiera. Además nosotros tenemos otro por qué pa dir: en la cárcel de Nogalea está Tiano, el que mos defendía cuando los de Nogalea mos hacían correr. Bien vos alcordaréis, que no está tan alejos, del antroidu pasau,

cuando juimos unos pocos muy confiaos á Nogalea á ver las máscaras, y si no es por Tiano, que estaba allí, mos fríen, colle, mos majan á palos. Conque así, hemos de ir á vele esta noche á la cárcel; hemos de llevale un pocu de leña pa que puea atizar allí, que me dijo el otro día que se moría de frío por las noches; y hemos de llevale tamién algunos cuartos pa que compre tabacu. Amira tú, Gelipe, tú no dejes de dir, porque el carceleru es amigu de tu padre, y diendo tú mos dejará entrar á toos. Si no por la ventana no se pue meter la leña. Y á ver como vos arregláis pa ajuntar cuartos. El que no pueda llevar dos, que lleve unu, y el que no, un ochavu, que too es dineru. Y otra cosa: no hemos de dir á la novena con los brazos cruzaos, como juimos á antroidu. Hemos de llevar toos palu; pero un palucu cortu que pueda dir escondiu entre la ropa, pa que no digan que vamos buscando guerra, y además hemos de llevar los bolsillos bien llenos de piedras. Nosótros no mos meteremos con ellos, pero si ellos se meten con nosotros, han de pagalo bien pagau. Y hemos de dir toos juntos, y hemos de tener güen cudiau de no separarnos unos de otros. Yo ahora me voy á poner unas anfileres en el riu Saja, á ver si pa mañana

pesco unas anguilas; pero luego despacho y al anochecer, cuando toquen la primera vez á la novena, estaré onde queráis pa reunirnos toos.

—Güenu, ¿pos onde mos ajuntamos?—preguntó uno.

—Aquí mesmu, colle—opinó otro.

—No, aquí no. ¿Vamos á venir aquí toos á metá del pueblu con el brazau de leña pa Tiano, pa que too el mundu mos vea y se ría de nos?

—Pos si no mos reuniremos en Cuatro Caminos, ¿queréis, que es juera del pueblu y caminu pa Nogalea?

—Allí, allí, en Cuatro Caminos es mejor.

—Ea, pos ya lo sabéis—terminó Alberto.—Al anochecer en Cuatro Caminos toos, como vos he dicho, y ahora jasta allí, que se me jaz tarde. ¿Vienes conmigo tú, Gelipe?

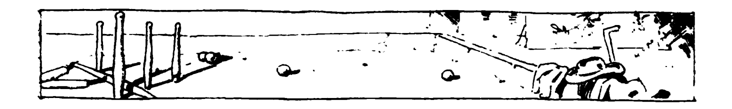
—Sí, vamos.

—Me dejáis dir á mí tamién con vos, Alberto?—preguntó otro.

—No, no vamos más que Gelipe y yo hoy. Otru día vendrás tú. Ea, adiós, jasta dimpués ¿eh?

—Jasta dimpués.





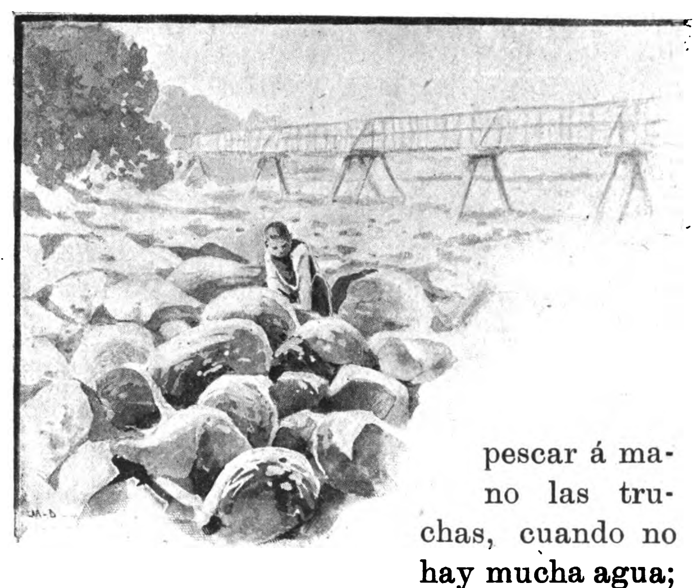
III

Como habrá comprendido el lector por el discurso que Alberto dirigió á sus compañeros, y por la facilidad con que éstos aceptaron sus mandatos, Tiano, el preso de la cárcel de Nogalea, tenía buenos amigos entre los chiquillos de Urbina, su pueblo. En efecto, Tiano, Salustiano, un mozalvete de diez y siete ó diez y ocho años, preso por haberle sorprendido la guardia civil con un carro de leña, había prestado grandes servicios á los muchachos de Urbina, y éstos le estaban agradecidos. De más edad que ellos y que los de Nogalea, con los cuales combatían generalmente, era temido por todos y cuando los de Urbina eran venci-

dos en las pedreas y llegaban al pueblo huyendo, bastaba la presencia de Tiano para reanimarlos y para que el enemigo se declarara en vergonzosa huída. Los de Nogalea le tenían verdadero horror. Si no como el Cid después de muerto, porque Tiano no se había muerto aún, el mozalvete de Urbina había ganado muchas batallas estando muy lejos de la pelea. Había bastado en muchas ocasiones que pronunciaran su nombre Alberto y los compañeros, gritando «¡Ahí viene Tiano!», para que los de Nogalea huyeran despavoridos, sin pararse á mirar si era ó no cierto que Tiano se acercaba.

Alberto y Felipe, después que se despidieron de los camaradas, mientras éstos se retiraban hacia sus casas respectivas, emprendieron el camino del río.

—¿Tú no has vistu nunca pescar con anfileres, Gelipe?—preguntaba Alberto á su compañero, apenas se quedaron solos.—Mira, son como anzuelos.—Y levantando su blusita azul, le enseñaba un par de docenas de alfileres, doblados en forma de anzuelos y clavados en el chaleco, con una cuerdecita pendiente de cada uno de ellos.—Ya verás cómo se ponen, no tien cencia denguna. Yo sé pescar de muchas maneras: sé



pescar á mano las truchas, cuando no hay mucha agua; sé pescarlas á caña; sé con butrón, como las pesco cuando voy con don Serafín; y sé echando cal en los pozos; pero eso está prohibíu y no lo hago, porque si un día me cogen los ceviles jiciéndolo, me geringan...

—¿Y cómo se pesca con cal?

—Pos mira: echando cal en un pozu se mueren las truchas y salen á flote panza arriba, y no hay más que cogelas... Además sé pescar pescardos de muchas maneras, y sé pescar anguilas á mano, con tijera y con anfileres. Y este tardiu, allá en setiembre, cuando ampiecen á venir las rías, he de pescar en un cañal que vamos á jacer el

maestru y yo, si es que pa entonces no me he diu á México.

Poco después llegaron á la orilla del río.

El Saja, de ancho cauce, cuyo lecho se hallaba cubierto de enormes piedras movedizas, que las grandes riadas arrastraban, sustituyéndolas pronto con otras, llevaba entonces un poco de agua que se deslizaba trabajosamente por el centro del cauce, formando un pequeño arroyo dorado por los rayos del sol poniente, en aquella hermosa tarde del mes de junio.

Alberto y Felipe detuviéronse un instante, y luego siguieron andando en la dirección que llevaba el agua. Alberto iba delante, y detrás Felipe, ambos silenciosos, el primero dominado por aquella su pasión de la pesca, mirando con gran atención cada piedra que había á la orilla del arroyo, cada remanso que se formaba entre las piedras, en los sitios en que el arroyo se ensanchaba.

—¡Colle—exclamó con alegría Alberto, deteniéndose ante uno de esos remansos,—allí ha entrau una trucha!

Y rápidamentente se quitó la blusa, remangó hasta las rodillas el pantalón y hasta los codos las mangas de la camisa, y entró resuelto en el agua. La profundidad del pozo era mayor de la que parecía, y antes

de llegar al centro tuvo que remangarse más el pescador. Luego dió unos pasos más, se encorvó sobre una gran piedra, rodeó ésta con sus brazos, registró alrededor de ella con ambas manos, que coloreaban dentro del agua, se encorvó aún más, hasta tocar el agua con la cara, desaparecieron las manos bajo la piedra, una por cada lado de ésta, oyóse un pequeño ruido, como de agua agitada, subieron á la superficie del pozo unas burbujas, sonrióse Alberto con satisfacción profunda, y en seguida se incorporó, elevando entre sus manos una hermosa trucha, cuya cola se agitaba fuertemente en el vacío.

Felipe no pudo contener un grito de admiración y de alegría. Luego acercóse más al agua á coger la trucha que, muerta ya, le daba Alberto, y éste se dedicó á examinar otras piedras que había en el pozo, pero sin hallar ya nada bajo ellas.

Después continuaron río abajo, á orilla del agua, hasta el punto en que Alberto decidió empezar á poner los alfileres, y en cuya operación, previas algunas instrucciones dadas á su amigo, le ayudó éste.

Primero cogieron las gusarapas, que, clavadas en los alfileres ó anzuelos, sirven de cebo á las anguilas; luego cortaron hasta

un par de docenas de varitas sumamente delgadas, y, por fin, procedieron paciente y silenciosamente, echados en un campo inmediato al río, á preparar los aparejos, clavando convenientemente el cebo en los alfileres, y atando éstos, los que llevaba Alberto, cada uno á una de las varitas cortadas. Faltaba ya, solamente, colocar los alfileres, pero como había que ir eligiendo las piedras en que convenía hacerlo, la operación duró aún un rato. Alberto, de trecho en trecho, elegía una piedra grande, de las que había á la orilla del agua, pero dentro de ésta, y bajo cada una de esas piedras se colocaba un alfiler. Por medio de una horquita de madera cortada de antemano, se introducía el alfiler, provisto de cebo, debajo de la piedra, por uno de los huecos que siempre había entre ésta y el suelo del río, tapando después con piedras más pequeñas aquellos huecos para impedir que la corriente del agua sacara los alfileres. Como la cuerda que unía éstos á las varas, era lo suficientemente larga, las varitas quedaban fuera, posadas sobre la piedra grande, donde se las aseguraba poniéndolas otra piedra encima. De este modo quedaba sujeta la anguila, si por ventura—no suya, sino del pescador, —tragaba el anzuelo, y además las varas

servirían á Alberto por la mañana, cuando fuera á quitar los alfileres, para ver pronto las piedras en que los había colocado.

—A la mañana, en cuanto que amanezca—explicaba Alberto á su compañero, mientras iban colocando los alfileres—vendré á ver si ha picau dáque anguila. Unas veces pican, y otras no pican; pero alguna casi siempre cae, aunque á veces ya me ha aconteciu que en lugar de una anguila, he sacau una culiebra. Mira, cuando hay algo conózse en seguida, porque se encuentra muy tirante la cuerda. Pa quitar las anfileres, sin na ó con pesca, no hay más que quitar esta piedruca que pongo sobre la vara y jalar de ésta con cudiau pa no romper la cuerda.

Felipe escuchaba atentamente, como queriendo aprender aquel sistema de pescar, tan fácil, tan cómodo y, á veces, de tan buenos resultados. Sólo aquello de ir al amanecer á recoger los alfileres apagaba algo sus nacientes entusiasmos.

Creeráse, juzgando por la afición tan grande de Alberto á la pesca, y por sus otras habilidades, que era el sobrino del Indiano uno de esos chiquillos ávidos de ganar dinero, que con ese fin procuran aprender mil medios de hacerlo, que para eso se

dedican á monaguillos, y á recadistas de todo el mundo. Sin embargo, no era esa la intención que guiaba á Alberto, intención que será todo lo loable que se quiera, pero que convierte á los chiquillos en hombres prematuros, antipáticos desde el momento en que pierden el carácter de niños, sin dejar de serlo. No, Alberto pescaba por la satisfacción que hacerlo le producía, no por que le valiera dinero, que no se lo valía. Llevaba á casa el pescado, cuando «caía algo», como él decía, para comerlo su madre y él, y el Indiano, entonces que estaba allí. «Aprendía niales» y «criaba» pájaros, y cortaba «caches» para jugar á la «brilla», y echaba clavos y tachuelas á las peonzas, para propio entretenimiento, y porque era de suyo habilidoso, y le producían grandes satisfacciones esas cosas. Ningún móvil interesado le guiaba. ¿Ni para qué quería él dinero? Su madre tenía bastante con la pensión que el Indiano la pasaba desde que había quedado viuda, y él, Alberto, con los dos cuartos que su madre le daba cada domingo para galletas, ó para naranjas, cuando las había, tenía de sobra. Otras golosinas que las galletas no las había en Urbina, y otras frutas que las naranjas, allí las tenía el chiquillo en todas las huertas, siempre

abiertas para él, que sabía bien cuando los amos no estaban en ellas, y por qué sitios era más fácil salvar las paredes.

A pescar habíale enseñado don Serafín. Había empezado por llevarle consigo, como pudo llevar á otro cualquiera de sus discípulos, para entrar él lo menos posible en el agua, y luego, viendo aquella gran afición del chiquillo, le había ido enseñando todo lo que él sabía en materia de pesca. Ultimamente le había prometido que aquel año harían juntos un cañal para pescar anguilas, y la realización de esa promesa, era la gran ilusión de Alberto, no aminorada por la de su viaje á México. Antes por el contrario, á esta última quitaba la otra algo de fuerza.

—Por lo únicu que yo sentiría dime á México esti veranu—solía decir Alberto—sería por no poder pescar en cañal esti tardiu.

Cuando acabaron de poner los alfileres empezaba á anochecer. El sol había desaparecido hacía ya un gran rato tras una altísima montaña, dejando en pos de sí, en el cielo, unas nubes rojizas, que poco á poco iban palideciendo. Las aguas del Saja, de un color aceitoso á aquella hora, se deslizaban silenciosas, mansamente, humildemente,

por entre las piedras que otras veces arrastraban con fuerza incontrastable.

—¡Ea!—exclamó Alberto.—Ahora vamos á ajuntar unos tarmaos (ramaje seco) de estos que hay por aquí, pa llevárselos á Tiano, porque ya no tenemos tiempo de ir por casa á buscar leña.

—¡Ay! ¿y la trucha—preguntó Felipe que la llevaba colgada en un junco,—la hemos de llevar á la novena? La vamos á estropear.

—Se la damos á Tiano tamién, que la fría allí, ó que se la fría la mujer que le jaz la comida. Así como así, tú y yo no le llevaremos cuartos, porque ya no podemos dir á buscalos...

—¡Reconde, yo sí se los llevo, que tengo dos ochavos que apañé en el bautizu de ayer!

—Pos mejor, entonces.

Cuando hubieron reunido algunos palos y trozos de madera que las crecidas del río habían dejado en las riberas, cargado cada uno con los que pudo coger entre los brazos, ambos chiquillos se alejaron del río. Pero aún tuvieron que hacer una parada: habíanse olvidado de las «armas» que debían llevar á la novena, y cuando lo notaron detuviéronse á llenar los bolsillos de piedras. Ya no podrían llevar los «palos cortos y pesados»

que Alberto había dicho que se llevaran, pero, en cambio, de piedras podían hacer buen acopio.

Después continuaron apresuradamente su camino, y entrando por escajales enormes, salvando arroyos, cruzando praderas y siguiendo atajos á través de las mieses, no tardaron los dos chiquillos en llegar á Cuatro Caminos, donde los aguardaban quince ó veinte camaradas, provistos unos de «tarmaos», otros de helecho seco, y los más de astillas, robadas en las leñeras de sus respectivas casas. Afortunadamente era ya de noche, habíanse separado un poco del camino real, y nadie había visto la extraña reunión.

Faltaban algunos de los que por la tarde habían prometido asistir, pero otros los disculparon diciendo que no habían obtenido permiso.

Preguntados los presentes por Alberto si llevaban «armas» y dinero, como se les había encargado, respondieron todos que sí, é inmediatamente pusiéronse en marcha, en dirección á Nogalea, siguiendo la carretera antigua, que ya no se usaba, paralela al camino real.

Pronto llegaron á Nogalea. Distaban poco entre sí este pueblo y el de Urbina, y Cuatro

Caminos, de cuyo punto habían partido, hallábase entre ambos pueblos, á igual distancia de uno y otro.

Una vez en Nogalea, siguiendo callejuelas poco usadas aun de día, lograron, á favor de las sombras de la noche, que ya obscurecían el valle totalmente, llegar á la cárcel sin que nadie los viera, y allí, en el portal del edificio, depositaron la leña que llevaban, para aguardar al carcelero.

Alberto indicó á sus compañeros que se sentaran en una madera que, haciendo veces de banco, había arrimada á la pared de la cárcel, obedecióle el pequeño ejército, y él se alejó un poco, hasta llegar á la ventana de la celda ó cuarto que ocupaba Tiano. Halló Alberto cerradas las maderas de la tal ventana—una ventana grande, con fuertes barrotes de hierro, tan juntos que sólo una mano de niño podía pasar por entre ellos—y llamó, dando unos golpes con el puño cerrado.

Preguntó desde allá dentro el preso: «¿Quién llama?», contestó el chiquillo: «Sal, Tiano, que soy Alberto»; ábriéronse á poco las hojas de la ventana y apareció tras de los barrotes el joven prisionero, envuelto en una manta de su camastro.

—Estaba cenando—dijo Tiano, señalando

hacia un plato humeante que se veía sobre la cama, al lado de una botella que servía de candelero á un cabo de vela encendido.—Trajéronme ahora la cena, y comíala sin que se enfriara, pa ver si entraba yo algo en calor con ella, que ahí juera no jará friu, pero aquí se tirita... ¿Y qué traes por ahí, vienes á la novena?

—Venimos á la novena casi toos los muchachos de Urbina—contestó Alberto—y de pasu venimos á vete á ti, y á traete leña y unos cuartos. Yo, además, te traigo una trucha que pesqué esta tarde.

—¡Colle, Dios vos lo pague!...

—Estamos esperando que venga el carceleru pa ver si mos deja entrar onde ti un ratu á toos.—Y Alberto al decir esto señalaba hacia sus compañeros como queriendo enseñárselos al preso; pero éste, por más que apretaba su cara contra los barrotes, sólo alcanzaba á ver algunas sombras, chiquillos de Nogalea que habían ido reuniéndose delante de los que estaban en la madera. Alberto al verlos, despidióse hasta luego de Tiano, y fué á unirse á sus camaradas. Acercóse á éstos, que estaban silenciosos y acariciaban sus «armas» como en previsión de una próxima batalla, y luego, resueltamente, se fué hacia el grupo de

los de Nogalea, que estaba cerca, formado por ocho ó diez muchachos.

—¿Qué hay?—les preguntó Alberto.—¿No mos conocéis? Pos esos y yo somos los muchachos de Urbina que venimos á la vuestra novena. Y venimos dispuestos á too lo que queráis, que si nó mos hubiéramos quedau en casa. No mos metemos con naide; pero si vos metéis con nos, sabremos responder.

Los compañeros de Alberto habían ido acercándose á él, mientras el grupo de los de Nogalea aumentaba por momentos. Sin duda, alguno había ido á avisar á los demás.

Uno de ellos, el «jefe» acaso, un muchachote alto y grueso, se adelantó dos ó tres pasos hacia Alberto, y tomó la palabra para contestar á éste, pero empezó á hacerlo en tonos pacíficos. No serían ellos los que empezaran la guerra aquella noche. Bastaba que estuvieran en su pueblo. Pero tampoco se quedarían atrás si los provocaban.

—Pos mejor que mejor—indicó Alberto.—Pero coste que eso me dijisteis el pasau antruiu, y dimpués ya vos acordaréis de que si no es por Tiano, mos moléis á palos. Aquello no me se olvida.

Los de Nogalea se disculparon diciendo que entonces fué porque uno de los de

Urbina los provocó; diéronse por convencidos Alberto y los suyos, en vista de que no estaba allí el aludido, que era quien podía, si acaso, protestar, y se despidieron los de Nogalea amigablemente, marchando hacia la iglesia, que estaba próxima, y cuyas campanas empezaban á tocar la segunda y última vez á la novena.

Un momento después llegó á la cárcel el alcaide, y en cuanto Felipe le pidió que les dejara entrar donde el preso, abrióles la puerta de la prisión, volviendo á cerrarla cuando vió que todos habían entrado. Notaron esto los chiquillos, y algunos sintieron no poco miedo al verse allí encerrados, pero Alberto y Felipe no hicieron caso, y su tranquilidad prestó ánimos á los cobardes.

Componíase la cárcel de Nogalea — que ocupaba todo el piso bajo de la casa Ayuntamiento—de tres departamentos, uno á cada lado del portal y otro en el fondo de él, llamado el calabozo, obscuro y húmedo, destinado á los presos de consideración, bien provisto de cadenas pendientes del techo abovedado. No había más preso entonces en la cárcel que Tiano, cuyo departamento, el de la izquierda del portal, se hallaba dividido en dos cuartos enormes, con comunicación entre sí. Tiano había elegido el

segundo de aquellos dos cuartos, porque la ventana de él—tenía una cada cuarto—estaba más cerca del camino real, que pasaba al lado del edificio, y era, por esa razón, más distraída la habitación aquélla.

Alberto y sus compañeros avanzaron hacia la entreabierta puertecilla por la cual se comunicaban las dos celdas, y cuando llegaron á ella, Tiano acabó de abrirla para salir á recibirlos.

Quedóse admirado el preso al ver tan numerosos visitantes, cada uno con su carga de leña—el alcaide que tenía confianza en Tiano y le dejaba hacer lumbre en la prisión, no había puesto reparo en que los chiquillos pasaran la leña —y luego, invitándoles á seguirle, volvió á entrar en su cuarto. Según iban entrando en éste los visitantes, iban echando la leña en un sitio que el preso les indicaba, y cuando hubieron entrado todos, por indicación de Alberto se procedió á hacer entrega á Tiano de la trucha que él, Alberto, llevaba, y del dinero que llevaban los demás. Había algunos, varios, que, avergonzados, se escusaban de contribuir á aquella suscripción, por no haber podido «ajuntar ni un ochavo», según decían, y aunque otra cosa habían contestado á Alberto al preguntarles en Cuatro Caminos si

llevaban dinero. Pero los más llevaban algo, y llegaron á depositarse sobre la cama de Tiano hasta tres reales y medio, no quedando, á buen seguro, en poder de todos los chiquillos «ni un ochavo moruno», que era entonces la moneda de menos valor.

Sobre la cama de Tiano—una cama formada con media docena de tablas de castaño, unidas por ambas puntas con unos pedazos de madera toscamente labrados, y colocadas sobre otros cuatro trozos de castaño que las elevaban media vara sobre el suelo—se sentaron el preso, Alberto, Felipe y otros tres ó cuatro chiquillos, quedando en el centro de ellos el plato de barro en que habían llevado la cena á Tiano, la botella de la luz, y un pequeño hueco en el que habían amontonado los donantes, junto á la trucha, sus cuartos y ochavos.

Contados éstos por Alberto, pasaron á poder del preso, quien dió las gracias á sus buenos amigos, y después, mientras los que estaban con él sobre el camastro, le contaban la entrevista que acababan de tener con los de Nogalea, los demás se dedicaron á examinar la prisión.

Poco tenía ésta que ver; pero, sin embargo, los chiquillos examináronlo todo atentamente, con gran curiosidad, no exenta de

terror. Aquel olor á humedad que despedía el suelo de barro; aquel techo ennegrecido y lleno de quebraduras; aquellas paredes cuajadas de grotescas pinturas y de letras enormes, hechas con carbón; aquellos camastros arrimados á las paredes, esperando desgraciados que fueran á echarse en ellos, á llorar una injusticia, á meditar una venganza, ó á luchar con un remordimiento; todo eso, visto lo uno obscurecido, á la escasa luz de lejana bujía, y pensado lo otro vagamente, en aquellos infantiles cerebros, fué inspirándoles, á medida que lo iban viendo y pensando, un miedo grande, profundo, un malestar invencible y un deseo grandísimo de salir de allí cuanto antes. Aquellas letras y aquellas pinturas de las paredes, parecíanles así como recuerdos de los criminales que habían desfilado por la cárcel, y ya empezaban á temer que de las sombras que había en los ángulos de la prisión, saliera uno de aquellos criminales que ellos habían visto más de una vez, conducidos por la guardia civil, sujetas las manos por férreas esposas.

Silenciosos y aterrorizados fueron acercándose todos otra vez al camastro en que estaban sus compañeros y Tiano, que comentaban ya la tardanza del alcaide en ir

á abrir para que salieran. Tiano decíales que no tuvieran prisa; pero ellos temían que el carcelero no se acordara de que los había dejado allí, y entonces tendrían que pasar la noche en la cárcel, dando el susto consiguiente á sus familias. Habían salido ya de la novena; desde allí habían oído ellos cantar los «picayos» á las mozas; habían oído la media docena de cohetes con que los de Nogalea celebraban el primer día de novena; y hasta allí había llegado, en fin, el rumor producido por la gente que se alejaba, sin que el alcaide, que suponían no habría ido antes á abrir porque habría estado en la novena, apareciera por la cárcel.

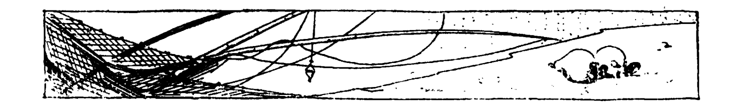
El terror en unos y la impaciencia en otros iba aumentando por momentos, y algunos había que empezaban ya á llorar amargamente. Tiano procuraba tranquilizarlos; pero en realidad hallábase ya impaciente también él. Otras veces el alcaide iba antes á darle las buenas noches y á cerrar la puerta principal del edificio. Era extraña aquella tardanza.

Pasó aún un rato y al cabo de él empezaron á oirse las pisadas de una persona, primero por delante de la cárcel y después en el portal de ésta; luego se oyó el ruido

de una llave al entrar y girar en la cerradura, y, por fin, ¡gracias á Dios! abrióse la puerta de la prisión y apareció en ella el alcaide.

Apenas se despidieron de Tiano, y menos del alcaide, los chiquillos. Apresuradamente se lanzaron hacia la puerta y salieron á la calle, y á todo correr emprendieron el camino de Urbina, llegando á poco jadeantes á sus casas, en las cuales empezaba ya á alarmar, realmente, la ausencia de los muchachos.





IV

NADIE diría viendo á Cilia en aquella hermosa mañana de Junio, camino de la iglesia, cogida de la mano de su abuelo, radiante de alegría, como las primeras horas de aquel domingo, que sus ojos habían llorado tanto la tarde anterior. Y es que el pesar de los niños, es como nube de verano, que nubla el cielo de su alegría breves momentos, derrama unas gotas de agua grandes y transparentes—las lágrimas—y desaparece sin dejar huella alguna visible.

Por su parte don Serafín parecía también no acordarse de lo pasado. Alegremente hablaba el viejo con su nieta, como si ya no recordara el pesar que el llanto de ésta le

causara horas antes, y menos la excitación que le produjera, al sorprenderle jugando «en plena clase», el sobrino del Indiano, Alberto, su compañero de pesca.

Y, sin embargo de su poca duración, el pesar de la niña había sido muy grande, y el de su abuelo mayor, acaso. Cuando había vuelto el maestro el sábado por la tarde, después de poner en libertad á los chiquillos, á sus habitaciones, en las que había dejado á Cilia poco antes llorando, habíala encontrado algo más serena, pero enfadada aún, y como antes obstinada en no decirle la causa de su disgusto. Pero Cilia había hecho una confidencia á la criada ó ama de gobierno de su abuelo—que ambas cosas era—á la vieja Quica; habíala contado lo ocurrido, y de ese modo había podido conocer pronto don Serafín por qué había llorado su nieta. Convencido el viejo de la inutilidad de sus ruegos, después de extremarlos nuevamente con la niña, había dejado á ésta echada en el sofá de paja de la sala, y habíase ido hacia la cocina, donde Quica, la fiel Quica preparaba la cena, con intención de poner en juego la influencia de la criada cerca de Cilia.

Don Serafín era viudo, y desde la muerte de su mujer, ocurrida hacía más de veinte

años, tenía de criada, y como hemos dicho de ama de gobierno, á Quica, una mujer cuya edad desconocía ella misma, y que igual representaba tener cuarenta años, que cincuenta ó sesenta. Llamábase Francisca, pero don Serafín la llamaba Quica, y los demás Quicona. Y esto de Quicona debió valérselo su voz, una voz hombruna, verdadero triturador de palabras, que salían deshechas y á borbotones, casi inintelegibles de su boca desdentada. Quicona era más bien baja que alta, y no era muy gruesa; pero en los últimos años habíasele encorvado bastante la espalda, y esto, unido á su cortedad de cuello y á su falta de cintura, habíala convertido en una especie de saco, lleno de maíz ó patatas, y colocado sobre dos gruesas y sucias piernas, que, libres de medias, asomaban bajo la cortísima saya de bayeta encarnada que gastaba siempre.

Al principio de estar en casa de don Serafín, Quica había sido una criada como las demás de Urbina: atendía á los quehaceres de la casa, y cuidaba las tres ó cuatro vacas que tenía el maestro, siguiendo en todo las indicaciones de éste, y aguantando paciente y silenciosamente las frecuentes riñas de su amo, no siempre merecidas. Pero poco á

poco había ido «cogiéndole las sobaqueras» y haciéndose á aquellas riñas, á las que, pasado más tiempo, y agriado con los años su carácter, contestaba Quicona destempladamente con su voz de bajo, siendo entonces don Serafín quien más calma necesitaba, siquiera muchas veces la perdiera. Por lo demás, la tarasca era la mujer que el maestro necesitaba, trabajadora incansable, fiel como un perro, y cariñosa como una madre con la pequeña Cilia, y estas buenas cualidades habíanla valido que don Serafín la confiara, además del servicio, el gobierno de la casa, y que la aguantara, por creerla insustituíble, sus destemplanzas de los últimos tiempos.

Otro defecto tenía Quica para su amo, pero que éste la perdonaba también, en gracia á aquellas buenas cualidades. Al salir de la escuela el maestro algunas veces para ir á pescar, había encargado á Quica que observara de rato en rato desde la escalera, detrás de la puerta de ésta, lo que hacían los chiquillos, y—¡oh casualidad!—ni una vez ocurrió que Quica tuviera que decir nada malo de aquéllos. Hasta que don Serafín se convenció de que su criada no valía para espía, y tuvo que recurrir á otros procedimientos.

Demuestra esto el buen corazón de Quica, no queriendo acusar á los chiquillos, aunque muchas veces había visto la escuela, en ausencia de su amo, convertida en una casa de locos; y demuéstralo tanto más, cuanto que aquellos diablillos tenían por una de sus más preciadas diversiones «hacer rabiar» á la vieja criada, llamándola Quicona, y Costal, y otras cosas que la desesperaban; dándola que hacer, manchando el portal que ella había de limpiar; desocupando el botijo de agua que ella había de llenar; escondiéndola las almadreñas; encerrándola en la cuadra, etc., etc.

Pero de tal modo se había ella acostumbrado á las travesuras de los chiquillos, que la enfadaban siempre, no obstante, hasta el punto de salir corriendo tras de ellos tirándoles piedras, que cuando no se «metían con ella», cuando no la insultaban, cuando no la hacían alguna picardía, casi los invitaba á que se la hicieran.

—Muchachucos, ¿no me decís ná, cómo es eso?—solía decirles. Y en seguida empezaba alguno á hacerla burla por su manera de hablar atropellada, y ya estaba armada la función.

Conociendo á Quica, como en parte la conoce ya el lector, casi está de más decir que

al acercarse don Serafín á la cocina con ánimo de encomendarla la misión de averiguar la causa del enfado de Cilia, salió ella al encuentro de su amo hecha una arpía.

—¡No le paez lo que ha adelantau él con sus rabietas!—salió gruñendo Quicona, secándose una mano con la saya de bayeta, y con la otra y los dientes apretando el nudo del pañuelo de la cabeza.—¡Vaa un gustu del diantre, tener á esi angelucu de Dios desgustau toa la tarde!...

Quica, como todos los de su pueblo, *Collauca*, escondido entre montañas cerca de Urbina, empleaba la palabra *él* en vez de la de usted, al hablar á toda persona á quien no tuteara.

—Vamos, Quica, sosiégate, ¡caray!—dijo el maestro.—¿Tú sabes qué tiene Cilia?

—Sí que lo sé, díjomelo ella, la mi probe, que no tien secretos pa la su Quica. Tien que es de mejor corazón que él, y siente las enjusticias que él jaz, ni más ni menos.

—¿Pues qué injusticias hago yo, Quica?... ¡No me busques, no me busques, caray, mira que no estoy para aguantar mucho y me vas á encontrar!

—¡El demoñu del hombre! ¡Y tovía le paez que no rompe un platu!... ¿Ya no se

alcuerda él de la tunda que le dió esta tarde á un probe muchachu?

—¡Ah! ¿Con que eso tiene Cilia? ¡Es un ángel la mi Cilia, Quica, un ángel!—exclamó don Serafín cambiando de tono completamente.—¿Pero tú sabes lo que hizo Alberto? ¡Si son el diablo esos mocosos, caray! Le encontré jugando á la pelota en plena clase, Quica, ¡en plena clase!

Y don Serafín volvió hacia donde su nieta, en tanto que Quica entraba en la cocina repitiendo:

—¡En plena clase, en plena clase!... Debe ser malu eso. La verdá es que son el diantre esos críos.

Conocida la causa de él, poco costó á don Serafín ahuyentar el disgusto de su nieta. Unas cuantas caricias, muchos besos y la promesa de no volver á castigar á un chiquillo solo, cuando fueran todos culpables, bastaron para que Cilia recobrara su perdida alegría.

Era admirable cómo aquel hombre tan duro para con los chiquillos, de carácter fuerte, dominaba sus nervios, cedía y se humillaba con su nieta, y era para con ella el más bonachón de los abuelos. Y más admirable aún, que la chiquilla, educada así, mimosamente, por su abuelo y por Quica,

que, como él, la quería y la contemplaba, fuera, como era, una niña angelical, humilde, estudiosa y transigente, exenta de toda «maña», de esas mañas naturales en los niños educados como ella. Hemos dicho que Cilia era transigente, y en efecto, lo era, sin que esta afirmación se contradiga con el hecho de mostrarse la niña tan obstinada en no decir á su abuelo la causa de su enfado, pues aquella obstinación era hija del cariñoso respeto que tenía la chiquilla á don Serafín, cuyo proceder no se atrevía ella á reprocharle, y un reproche la parecía decirle la causa de su disgusto.

Bien puede asegurarse que de todos los discípulos de don Serafín no había ninguno de tan buenas cualidades como Cilia, sin embargo de que en sus casas se les educaba con menos contemplaciones que á ella, y de que el maestro, que es quien completa la educación de los niños, los castigaba duramente por la más pequeña falta. Pero es que Cilia, que era buena por naturaleza, había recibido la educación que cuadraba á su carácter. Don Serafín, en fuerza de luchar con los chiquillos, había llegado á adquirir la facilidad de conocerlos pronto, y así había comprendido desde el primer día que su nieta necesitaba una educación cari-

ñosa. Nada de rigores, nada de castigos para la huerfanita, siempre humilde, obediente, inclinada hacia el bien. De otro modo, de no ser ella así, es posible que don Serafín, á pesar de todo su cariño, hubiera tenido carácter suficiente para educarla de manera adecuada.

Contenta Cilia con las espontáneas promesas de su abuelo, promesas que ella deseaba, pero que no se hubiera atrevido á exigir, habían salido ambos al balcón, un balconcillo de balaustrada de madera pintada de verde, y allí, sentado don Serafín en vieja butaca de muelles destrozados, y Cilia á sus pies en el suelo, jugando á las «paitas», habían aguardado, hablando amigablemente, á que Quica los avisara para cenar, lo que habían hecho apenas anochecido, según costumbre de don Serafín, rezando después el rosario y retirándose temprano á dormir.

Cuando al siguiente día iban á misa don Serafín y su nieta, seguidos á alguna distancia de Quicona, que se había retrasado cerrando la puerta de la casa, habían tocado dos de las tres veces que tocaban en Urbina á misa. Aún faltaba un rato para empezar ésta; pero aquel domingo, como tercero que era de mes, habría procesión, y esto obliga-

ba á madrugar un poco más que otros domingos. Urbina no era parroquia, era sólo coadjutoría, así que, excepto el día de la patrona del pueblo, y algún otro muy contado, no había misa mayor nunca. Sólo había una cortita, aquella á la cual iban Cilia y su abuelo, muy temprano, apenas el sol se dejaba ver, que no tardaba en hacerlo en los meses de verano.

Había ya varios hombres y chiquillos en el portal de la iglesia, cuando llegaron el maestro y su nieta, y veíanse en dirección á aquélla, por todas las callejuelas que á ella conducían, muchas personas.

Don Serafín saludó al llegar á los que estaban en el pórtico, dando los buenos días y llevando una mano al sombrero. Contestáronle ellos de igual modo, acercáronse los chiquillos, descubiertos, á besarle la mano que les tendió el maestro indiferentemente, dió un beso á Cilia, y la niña entró en la iglesia, quedándose su abuelo conversando con sus convecinos.

Pasados unos minutos tocaron la última vez á misa, y entonces el maestro entró también en el templo acompañado de los que estaban con él. Entre el último toque y el principio de la misa rezábase los domingos en la iglesia de Urbina el rosario.

Los domingos como aquél, de procesión, salía ésta á la calle al llegar el rezo á la letanía.

En otros pueblos el maestro suele asistir á todos los actos religiosos al frente de los discípulos; pero don Serafín no lo hacía así, porque sabía que no era menester. Bastábale ver á los chiquillos de lejos y que ellos supieran que los veía, para que todos guardaran la mayor compostura. Don Serafín, pues, aquel domingo, como los demás, subió al coro á ocupar allí el sitio que siempre solía ocupar, en tanto que sus alumnos se colocaron en sus bancos, cerca del altar mayor, á los dos lados de la capillita, y las niñas se iban arrodillando en primera fila, delante de las mujeres, donde estaba ya Cilia.

Uno de los monaguillos ó «ayudantes», como les llamaban en Urbina, un chiquillo que iba á la escuela de don Serafín, y á quien éste había enseñado el *ayudar á misa*, á fuerza de coscorrones, empezó á rezar el rosario, en tanto que otro encendía las velas del altar mayor; y terminada esta operación y rezadas las tres *Avemarías* que preceden en el rosario á la letanía, salió de la sacristía el coadjutor, seguido de otro sacerdote —un capellán que había en Urbina— y del

cantor, «tiu Juan», hombre de gran voz de bajo, y de regular oído, que solía cantar la misa los domingos de procesión, y acompañaba en ésta al cura y al capellán para cantar con ellos la letanía. Los tres se arrodillaron ante el altar mayor, y detrás de ellos Alberto, el sobrino del Indiano, y otros dos chiquillos que acababan de salir también de la sacristía, el primero llevando un estandarte y los otros un cirial cada uno. Al mismo tiempo, cuatro mozos bajaban del coro, y abriéndose camino por entre las mujeres, avanzaron hasta la grada del altar mayor, arrodillándose allí ante una pequeña imagen de la Virgen del Carmen, ricamente vestida, que sobre unas andas de madera pintadas de blanco, había á la izquierda de los sacerdotes.

Inmediatamente empezó el canto de la letanía. Cantaban el coadjutor, el capellán y *tiu Juan*, sobresaliendo la voz estentórea de este último, y el pueblo contestaba desafinadamente. Al llegar al *Santa María*, los tres cantores se pusieron de pie, imitáronlos los monaguillos, Alberto y los chiquillos de los ciriales; los cuatro mozos elevaron sobre sus hombros la imagen de la Virgen posada sobre las andas, y púsose en marcha la procesión, lentamente, hacia la puerta del tem-

plo. Delante iban los dos chiquillos de los ciriales y entre ellos Alberto con el estandarte; después seguían los mozos que llevaban la imagen de la Virgen, y, finalmente, los dos sacerdotes y *tiu Juan*, éste con sus grandes gafas de plateada y recia armadura y con un libro enorme, de negras tapas, en las manos. Cuando pasó la procesión del sitio que ocupaban los chiquillos en los bancos, incorporáronse á ella los alumnos de don Serafín, luego las niñas, cogidas como aquéllos de las manos, de dos en dos; y después los hombres todos y las mujeres fueron agregándose ordenadamente, en tanto que las campanas de la iglesia, unas campanitas de alegres sones, empezaron á repicar con fuerza.

Una vez en la calle la procesión, siguió poco á poco el camino acostumbrado, y siguieron cantando los dos sacerdotes y el tío Juan, y contestando el pueblo, los chiquillos principalmente, con tan poca afinación como solían hacerlo al salir de la escuela.

El sol, que lentamente se elevaba sobre el valle, desvaneciendo la azulada neblina que á manera de diadema le ceñía, arrancaba vivos destellos á la brillante corona de plata de la imagen, y á los áureos bordados del

manto que ésta llevaba sobre sus hombros.

***

Alberto parecía otro en la procesión. Quien le hubiera visto poco antes, á su vuelta del río de recoger los alfileres, y con ellos hasta media docena de anguilas, no le reconocería ahora fácilmente. Antes, como la tarde anterior, iba descalzo, llevaba su blusita azul remendada, su boina deslucida y sus pantalones de dril, resobados y sucios. Ahora, en la procesión, llevando el estandarte, era casi un señorito, con su vestido nuevo de lanilla, hecho en previsión de que tuviera que marchar el muchacho pronto á México, y con sus botas flamantes, que «chillaban», ni más ni menos que las de un verdadero indiano, como pudieran hacerlo las de charol y afilada punta del tío del chiquillo.

Ya le había visto Cilia, ya — Cilia, que nada tenía que envidiarle, con su vestidito de percal, su toquilla azul de pelo de cabra, su pañuelo de seda por la cabeza, y sus dos hermosas trencitas negras saliendo por debajo del pañuelo y cayendo sobre la espalda;— ya le había visto y se había fijado en

él y—¡cosa más rara!—había sentido la chiquilla al verlo una especie de alegría profundísima y así como un estremecimiento de todo su cuerpecito de niña y cierto calor en la cara, y había recordado todo lo ocurrido la tarde anterior, y había notado que Alberto la inspiraba una simpatía que nunca la había inspirado. ¿Qué sería todo aquello? La niña lo pensó como puede pensar esas cosas una niña, vagamente, confusamente, dejándolo luego en el rinconcito de su cerebro en que había un montón de cosas que bien podrían estar rotuladas allá adentro con esta palabra: «Misterios»; que hay muchos en una vida que empieza. Sin embargo, como aquél era el último colocado, estaba el primero para salir, y como las compañeras de Cilia sabían como ella lo ocurrido en la escuela la tarde del sábado y habían notado entonces, el domingo, el rubor de la niña, y la fijeza con que miraba á Alberto, sin que la procesión acabara de dar vuelta á la iglesia, aprovechando un recodo de ésta, gracias al cual no las veían las mujeres que iban detrás, habíanla dicho á Cilia que Alberto era su novio, había vuelto ella á ponerse encarnada, y el «misterio» habíase separado un poquito de los demás, para quitar la devoción á la pobre

niña, que quería cantar, sin perder contestación de la letanía, y no podía hacerlo.

Alberto también había visto á Cilia al pasar ante ella, y hasta había recordado al verla aquello que le habían dicho al salir de la escuela el sábado, respecto al llanto de la niña; pero tan campante siguió con su estandarte, sin que la vista de Cilia le produjera otra impresión que la que le había producido ver á las que estaban con ella: ninguna. Y en cuanto al rubor de la niña, iba él demasiado orgulloso para fijarse en tales pequeñeces. Pensando salió de la iglesia en la envidia que daría á más de cuatro con su cargo de porta-estandarte, y su vestido nuevo, que por lo demás algo le cohibía, y en cosa no muy distinta pensaba al entrar de nuevo por la puerta del templo, un tanto excitado por el son de las campanas, que, como la música á los mayores en las ciudades, enardecen aquéllas á los chiquillos en las aldeas.

A los lados de Alberto entraron los dos chiquillos de los ciriales, y detrás, por el orden con que había salido, el resto de la procesión; y entonces cesaron de tocar las campanas, concluyóse de cantar la letanía, y ocupó todo el mundo su sitio para oir la misa que iba á empezar.

Esta, sin embargo de los «retorneos» y las «florituras» del tío Juan, que aquel domingo, como siempre que cantaba, procuraba hacer verdaderos prodigios con la garganta, cada día más desobediente, fué cortita.

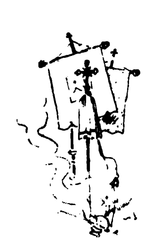
Después de ella, Cilia con su abuelo marchó hacia casa, según costumbre. No gustaba á don Serafín que su nieta hiciera grandes amistades con las demás chiquillas, y, sin trabajo, la había acostumbrado desde pequeñita á no alejarse sin él de casa, en la cual y sus proximidades hallaba la niña escasas distracciones; pero bastantes para pasar sin aburrirse los días de fiesta, las tardes de los jueves y algunas otras horas de vacaciones.

Alberto, metido en sus botas y en su traje nuevo, que le impedían dedicarse á sus diversiones favoritas, á correr, á luchar con sus camaradas, á subir á los cerezos, cuya fruta estaba entonces en sazón, marchó con otros chiquillos, entre ellos Felipe, á jugar á los bolos en la bolerita que éste tenía al lado de su casa, despreciando á unas niñas, las que habían acompañado á Cilia en la procesión, que le gritaban desde lejos:

—¡Alberto, mira Cilia, mira Cilia!...—Voces que había de oir el chiquillo en adelante

con frecuencia, lo mismo que Cilia escucharía, hasta hacerla llorar más de una vez, otras parecidas:

—¡Cilia, mira Alberto, mira Alberto!... —que era ese, y sigue siéndolo, entre los chiquillos de Urbina, el medio de dar broma á los que ellos tienen por novios.





V

Tenemos el gusto, lector, de presentarte al Indiano de Urbina, don Ulpiano García y García, cuyo trato no habrá de serte desagradable, porque don Ulpiano es un hombre de alguna ilustración — la suficiente para quien como él no aspira á demostrarla,—fino, atento, servicial y simpático. No es uno de esos indianos pedantes, fachendosos, ridículos, que tanto abundan en los libros, no. Es un hombre modesto, á quien no ha emborrachado su fortuna. Es verdad que su fortuna ha sido relativa. Para reunir un capital de algunos miles de duros, han sido necesarios, á nuestro Indiano, muchos años de lucha incesante, de economías,

de sacrificios. Y dinero así ganado, no produce soberbia, sino enseñanzas, enseñanzas que un hombre discreto, como don Ulpiano, no desperdicia.

Si tú, lector, no eres indiano al estilo de los que nos pintan los escritores, ni «jándalo» enriquecido, ni señor de hace dos días merced á una lotería ó á una herencia; si te mecieron en cuna de nogal y dormiste los cansancios de tu niñez entre sábanas de Holanda; entonces quizás, quizás, si lo intentas con empeño, logres hallar algún resabio de tiempos pasados en el Indiano; acaso si quieres conocer muy á fondo su ilustración, recibas algún pinchazo de los alfileres con que está prendida; tal vez si miras con mucha atención sus sortijas, hieran algo tu vista los enormes brillantes que soportan. Pero no merece examen tan detenido, rigor tan grande, hombre que, como don Ulpiano, tuvo por toda educación la que le diera un pobre herrero, su padre, y por principios los que pudiera inculcarle el antecesor de don Serafín, en la escuela de Urbina. Al propio esfuerzo debe lo que es, y es más, mucho más de lo que otros hubieran llegado á ser en su caso, y no hay, por eso, derecho á ser para con él demasiado exigentes.

Don Ulpiano es hombre como de cuarenta y cinco á cincuenta años, de regular estatura, endeble de cuerpo, moreno de cara, bigote entrecano, finito y bien cuidado, recogido de modo que no impida ver una admirable dentadura, tal vez postiza, expuesta á la pública curiosidad cada vez que el Indiano se sonríe—frecuentemente—con una sonrisa que es así como una porfiada mendiga de simpatías y amistades.

Hay en Urbina algunos señores, amantes de la «tierruca», que, terminadas sus carreras, retiráronse al pueblo, unos á ejercerlas allí, y otros á olvidarlas poco á poco, y ellos y sus familias forman el círculo principal de las relaciones del Indiano, quien, sin embargo, no desdeña á la gente pobre, con la cual y en ausencia de los «señores», pasa muchas horas.

A la salida de misa quédanse un rato en el portal de la iglesia casi todos los hombres, fumando unos, y en animada conversación todos. Fórmanse corros, se discute en unos, se comentan en otros los sucesos de la semana, y se habla en los más del ganado, de los puertos, de los prados, de las mieses, de lo que interesa más á aquellas gentes, en resumen.

Uno de los corros fórmanlo siempre los

«señores», y á él no ha faltado ningún domingo, desde que llegó á Urbina, nuestro Indiano.

El domingo á que nos hemos referido en el capítulo anterior, el corro de los señores estaba rodeado de casi todos los labradores del pueblo, que escuchaban atentamente las conversaciones de los ricos.

Discutía don Ulpiano con sus amigos el itinerario que habría de seguir en su excursión á los puertos, una excursión que pensaba emprender al día siguiente, en compañía de su sobrino y de un mozo que les serviría de guía.

Tenía el Indiano, entre otras muchas, la buena condición—condición innata en casi todos los hijos de aquel país—de sentir verdadero culto por su tierra, y como consecuencia, por las costumbres de ella.

Los años pasados en América, no habían podido sino aumentar aquel culto que había mantenido vivo constantemente, el deseo de volver á Urbina, hasta el día en que los negocios le habían permitido hacerlo. ¡Y qué día más feliz había sido aquél para el Indiano! Al llegar al pueblo, al entrar por aquellas callejuelas retorcidas, por entre las mismas paredes que él había escalado tantas veces, bajo aquellos mismos árboles que él

conocía; y al llegar á su casa, á la casa en que él había nacido; al entrar en el portal, cuyas paredes estaban aún ennegrecidas por el humo de la fragua, apagada hacía tantos años; y al ver á su hermana; y al saludar después á los que habían sido sus compañeros de escuela; y al visitar ésta, amueblada con aquellos mismos bancos que él recordaba; y al entrar en la iglesia, en aquella iglesia blanca, pequeñita, tal como él la había visto siempre en su pensamiento, tal como la dejara al partir de Urbina; y al arrodillarse á rezar ante aquella imagen de la Virgen del Carmen que ocupaba el centro del altar mayor, ¡qué emociones más hondas había sentido, qué satisfacciones, qué felicidad más profunda, y cuántas, cuantísimas lágrimas habían derramado sus ojos, que no se cansaban nunca de mirar amorosos cuanto se presentaba ante ellos!

Ahora su deseo, deseo vehementísimo, era retirarse completamente al pueblo. Tendría que hacer otro viaje á México para llevar consigo á su sobrino Alberto, y pasados unos años, pocos, volveríase á Urbina para no salir más, para adquirir fincas, comprar ganados, y pasar allí su vejez tranquilo, feliz con la realización de sus ilusiones, que eran aquéllas, la vida del pueblo, el cuida-

do de su hacienda, no como medio de producción, sino por vía de entretenimiento; y recordar, recordar con sus camaradas de otros días, pobres y ricos, su vida de muchacho.

Sus conversaciones favoritas eran las que se referían á aquellas costumbres, y sus preferidas distracciones consistían en jugar ó ver jugar á los bolos, observar á los chiquillos en sus múltiples entretenimientos y pasear por la orilla del río, por las mieses, por los alrededores del pueblo. Gustábale, en fin, con preferencia á todo, cuanto le recordara su infancia, una infancia que no había tenido, sin embargo, nada de agradable, una infancia miserable, que había pasado allí descalzo y mal mantenido, porque su padre, un mal herrero, no ganaba para lujos; pero cuyo recuerdo hermoseaban los años transcurridos.

La excursión que proyectaba el Indiano para el siguiente día, no tenía otro objeto que el de resucitar recuerdos, más recuerdos, de aquella época tan lejana y tan deliciosa, vista á través del tiempo. Recorrer los puertos, aquellos puertos que de pequeño había recorrido tantas veces, sintiendo en sus piernas medio desnudas los arañazos de los arbustos; recorrerlos ahora cómodamen-

te, á caballo, llevando buenas provisiones, sin prisas, sin temores de que disgutara la tardanza al herrero, al pobre herrero, muerto hacía muchos años; seguir aquellos caminos, contemplar aquellos panoramas grandiosos, en que de pequeño apenas se fijara, pero que ya de hombre, lejos, muy lejos de ellos, había recordado frecuentemente con lágrimas en los ojos y con el corazón lleno de amor hacia la «tierruca» adorada; ir, en fin, de braña en braña, de cabaña en cabaña, y oir los campanos de las vacas y los ladridos de los perros, prolongados por los ecos entre aquellas montañas; y hablar con los pastores, algunos de los cuales habrían ido á la escuela con él... Todo aquello, en realidad muy sugestivo para quien entre ello había pasado los primeros años de la vida, había decidido al Indiano á hacer la excursión, una excursión no exenta de incomodidades.

Hechos el propósito y todos los preparativos necesarios para su realización, la discusión de don Ulpiano con sus amigos era ya sólo respecto al camino que debía seguir para que aquélla le resultara más cómoda y agradable. Por lo demás, sus amigos aplaudían la idea y hallábanla natural, y loables los sentimientos que la habían inspirado. Y hasta le hubiera acompañado alguno de

ellos, si no hubiera tenido aún muy presentes las molestias sufridas en otras recientes excursiones, molestias que no acobardaban al Indiano, acostumbrado á otras mayores, sin duda, en sus años de lucha por la existencia.

—Yo en tu caso—decía uno al Indiano—saldría de aquí al amanecer para llegar á Saja sin que la fuerza del calor fuera grande, que después ya, desde allí por el monte, por mucho que apriete, no te molestará.

—No—indicaba otro,—así no, porque tendría que hacer el viaje en un día á Sejos, y sería una jornada demasiado larga. Aparte de que cuando saliera del monte, aún le molestaría bastante el sol.

—De todos modos—opinaba un tercero—tiene que ir en un día, porque ya en los puertos bajos no hay ganados del valle, cuyos pastores pudieran darle posada, y no tiene donde pasar la noche en el camino.

—Home, por eso—se atrevió á decir uno de los labradores, mirando hacia un lado como distraidamente para disimular la cobardía que le causaba hablar con los «señores»—no arrepare. En cualesquiera cabaña, aunque no lu conozcan, le dan posá, y torta y lechi los pastores. Eso allí no se le niega á naide.

—Por lo que yo recuerdo del puerto—opinó el Indiano, accionando con la mano izquierda, entre cuyos dedos tenía un puro sin encender aún—y por lo que me ha dicho Mesio, que es quien va á servirme de guía, creo que lo más acertado es ir á dormir á la cabaña de Espinas. Para eso dice que basta salir de aquí después de comer. Además, yendo á Espinas recorreré los puertos de Palombera, pasando después á los de Sejos, y así los veo todos.

—Siendo así—añadió el labrador que antes había hablado,—esa que usted diz es la mejor ruta; no siga otra. Dígoselo yo que conozco aquello.

Después se habló de diferentes cosas. El Indiano recordó algunos detalles de su infancia, de cuando iba á la escuela, muchas mañanas en ayunas; muchas tardes sin comer, ó habiendo comido solamente un pedazo de pan ó de borona que le daba cualquier vecino. ¡Ganaba tan poco el pobre herrero!... Otros se hubieran avergonzado de recordar aquella época de miserias; el Indiano se recreaba hablando de ella.

Luego contaba algo de su vida desde que había salido de Urbina; su viaje á Cádiz, formando parte de una de aquellas carabanas de chiquillos que salían con frecuencia

de la Montaña; sus trabajos en aquella ciudad para reunir dinero con que pagar el viaje á México; y luego su lucha allí, lucha constante, sin ayuda de nadie, un día y otro día, un año y otro año. ¡Había sido una vida muy triste la suya!... No, no aconsejaría él á nadie que echara de casa á los hijos en busca de fortuna, tal como él había salido.

Como alguien le preguntara por qué, sabiendo lo que pasaba, iba á llevar á México á Alberto, contestó que eran muy diferentes las condiciones en que éste iría, acompañado de él, que tenía relaciones allá y medios de asegurarle un porvenir, si el muchacho se portaba como era de esperar. El, don Ulpiano, estaría cerca de Alberto cuatro ó cinco años, hasta que el chiquillo estuviera en camino de hacerse un hombre. Luego le dejaría al frente de alguno de sus negocios, realizaría él otros y volveríase al pueblo definitivamente á llevar á cabo sus deseos de toda la vida, y acaso, acaso, si había alguna mujer que quisiera unirse á aquel vegestorio — así se llamaba él, — á casarse, á formar una familia, que el corazón era aún muy joven y tenía hambre de afecciones, de afecciones verdaderas.

Más tarde los labradores se fueron retiran-

do, y los señores dirigiéronse al portal de la taberna, donde solían pasar los días festivos en animadas discusiones, que á veces se prolongaban hasta por la noche, dando animación también á la tertulia que durante las primeras horas había allí, en el mismo portal ó en el interior del establecimiento, según que las noches fueran más ó menos templadas.

Hasta diez personas solían formar las tertulias de la taberna, y una más cuando concurría don Serafín, el maestro, que era de los menos asiduos, especialmente por las noches.

De esos señores había varios que por ser de ideas políticas muy opuestas, tenían frecuentes discusiones, y éstas eran, acaso, los mayores atractivos de la reunión.

Aquella mañana, cuando fueron al portal se había repartido ya el correo, y casi todos los contertulios empezaron á poco á leer cada uno el periódico á que estaba suscrito, periódico que era imparcial ó de determinado partido político, siempre en armonía con

el modo de pensar del suscritor. En los primeros momentos, pues, el portal de la taberna se convirtió en salón de lectura, y el Indiano, que no tenía entonces periódico, se acercó á la pared de la bolera para ver el partido de bolos que empezaba. Lo mismo hicieron otros dos de los de la tertulia.

Uno de esos dos — Juan Torre, carlista, hombre de genio vivo y que tartamudeaba mucho al hablar—impacientóse pronto, y volvió hacia el portal preguntando á un su correligionario, don Mario Veguilla, que estaba leyendo, si había algo de particular.

—Nada—contestó don Mario. — Nuestro rey sigue sin novedad.

—¡Vuestro rey, vuestro cuerno! Pareces la *Gaceta*—exclamó un señor, liberal, octogenario, de grandes narices y muy gangoso, doblando cuidadosamente *La Iberia*.

—¿Y qué hay con... con... con eso?—preguntó Juan Torre, mirando airado al liberal. —A nosotros nos... noos interesa la saalud de... de nuestro rey y preguntamos poor él... poor él, sí señor, y éste me... me contesta y en paz.

«Este», es decir, el carlista que leía, don Mario, deja caer sobre sus muslos, sin soltarle, el periódico, y exclama dirigiéndose al liberal despreciativamente:

—¡Liberales, liberales, libe... ná!

Luego vuelve á leer, tan satisfecho como si hubiera ganado una batalla á sus enemigos los alfonsinos, en tanto que el liberal octogenario, molestado más por el gesto que por las palabras de su adversario, increpa á éste diciéndole:

—Oiga usted, señor mío, ¿ya se han olvidado las últimas palizas? Pues aún me parece que deben ustedes tener calientes las espaldas, señores carcas.

Los demás lectores han ido guardando ya todos sus periódicos. El Indiano y el otro que estaba con él acércanse al portal.

Otro liberal á quien llaman «Espartero», un pobre viejo labrador, veterano de la primera guerra con los carlistas, hombre sin ilustración alguna, quiere «echar su cuarto á espadas», y vocea frenético:

—¡Luchana, Luchana! ¡Oh, Luchana, el puente de Luchana, allí estuve yo, allí, con Espartero, en Luchana!...

—¡Buee... no, hoombre, buee... no, yaa, ya lo oímos, en... en Luchana!—dice Juan Torre, poniendo la mano en la boca al veterano, que por entre los dedos de aquél hace salir una vez más la palabra Luchana.

Ríen todos la ocurrencia del tartamudo y el empeño del veterano, y éste se levanta

furioso, dando golpes en el suelo con su cachaba, mirando á todos lados con orgullo y repitiendo todavía los nombres para él más gloriosos de la tierra:

—¡Espartero, Espartero, Luchana, el puente de Luchana!...

—¿Conque palizas, eh? —pregunta don Mario. —¡Palizas! Traiciones dirá usted. Traiciones que ustedes pagaron con el dinero de todos los españoles. Hay que ver lo que es Navarra, lo que es Guipúzcoa, lo que es Vizcaya, lo que es Alava. Y si no, lea usted este periódico. A ver, á ver los liberales que hay allí. A ver cuándo hubieran podido ustedes vencernos.

—¡Pero como Navarra, Guipúzcoa, Vizcaya y Alava no son toda España!... —exclama un republicano posibilista que había querido poner de nombre á un su hijo, pocos días antes, «Castelar».

—¡Pero como toda España, aunque no sea tan carlista como aquella parte de ella, está harta de vosotros, republicanos y liberales, lobos todos de la misma cama!...

—¡Majadero, qué sabe usted lo que dice! —ruge el liberal octogenario.

—Cuidado, señores, cuidado, haya paz— interviene un procurador amigo de ella, aunque parezca extraño.—Haya paz—aña-

dió sentenciosamente, — que bastante nos habéis fastidiado á todos con vuestras guerras.

—Ese es el Evangelio, ¿eh, eh?, palmeta, ni más ni menos—dice don Casimiro Gómez, célebre en todo el valle por su mucho genio, por su manera de hablar y por decir siempre lo que pensaba .— Entre unos y otros, ¿eh, eh?, nos habéis reventado á todos, ¡naranjo!, así que tan majadero eres tú, Mario, ¿eh, eh?, palmeta, como este de *La Iberia*, y aquél de *El Globo* y ese Juan Torre, ¿eh, eh?, ¡naranjo! todos, todos.

Las palabras de don Casimiro apagaron bastante los entusiasmos políticos de unos y otros, y aunque no cortaron la discusión continuó después ya ésta menos acaloradamente y permitiendo á los señores no políticos hablar de otras cosas á ratos, y á ratos fijarse en el juego de bolos, cuyos incidentes contribuían no poco á hacer agradable aquella tertulia á muchos de los que la formaban.





VI

El lunes se comió temprano, más temprano que otros días, en casa del Indiano. Ni á que dieran las doce se esperó, como solía hacerse. Había bastante que andar para ir de Urbina á Espinas y no convenía emprender la marcha más tarde de la una.

A esta hora bajó el Indiano seguido de su sobrino al portal de la casa, donde los aguardaba ya Mesio, un mozo bajito, de anchas espaldas, en mangas de camisa, con la chaqueta colgada del hombro izquierdo, y teniendo del ramal una jaquita, la jaca del notario, fea, panzuda, de largos pelos, aparejada con una silla viejísima, un freno más

viejo todavía, y unas alforjas enormes, extendidas sobre el anca, por debajo de la baticola.

El Indiano bajaba no mal equipado para el viaje que iba á emprender. Cubría su cabeza un sombrero gris, flexible, de anchas alas, y calzaba fuertes borceguíes rojos, de gruesa suela. Unas hermosas polainas, del color de los borceguíes, ceñían sus piernas desde los pies hasta las rodillas, y el pantalón, como la americana, era de pana, de un color verdoso. Colgada del hombro izquierdo llevaba una escopeta de dos cañones, y del brazo derecho unos gemelos encerrados en su estuche, una capa de embozos azules, y un impermeable; que era aquél á que iba, sitio en que el agua y el frío son frecuentes, aun en el rigor del verano.

No iba Alberto tan bien provisto como su tío: unas alpargatas blancas con cintas negras, y una manta de su madre, doblada y echada sobre los hombros, diferenciaban su traje del que llevaba ordinariamente. Bajaba el muchacho una bota de vino, y la talega de las provisiones: un saco de algodón de inmaculada blancura, bien repleto de fiambres, pan y queso.

Ya en el portal tío y sobrino, entregó éste á Mesio la bota y la talega, metiólas el mozo

en una de las alforjas, juntamente con la caja de los gemelos del Indiano, guardó en la otra la manta de Alberto, dobló la capa y el impermeable de don Ulpiano, ató el lío resultante sobre las alforjas, ayudó al Indiano á montar, teniendo por el estribo, y emprendieron todos la marcha, delante el jinete y detrás, á poca distancia, el mozo y Alberto.

El camino de Urbina á Saja era en extremo pintoresco, y no estaba exento de recuerdos para el Indiano, que los hallaba muy agradables, gracias á su gran cariño á aquel país, aun en las cosas más insignificantes de él.

Al principio, en su marcha á lo largo del valle, por medio de éste, siguiendo un caminito que se retorcía por entre los maizales, fueron dejando á la derecha el pueblo de Nogalea, arrimado á la montaña, en cuya falda se veía, por encima de las casas, la iglesia de San Pedro, con sus paredes blanqueadas para la próxima fiesta. Seguidamente atravesaron uno de los barrios de Rante, dejando después los demás, poco separados entre sí, también á la derecha, como quedaba Nogalea, medio escondidos entre el ramaje de espeso arbolado, que apenas dejaba ver á trechos las blancas paredes de

alguna casa; y poco más arriba salieron ya al camino real, que no habían de abandonar hasta Saja.

El valle, visto desde el punto en que salieron á la carretera, que es donde aquél se cierra al aproximarse una á otra las dos montañas entre las cuales se extiende, ofrecía á la vista del Indiano, que no se cansaba de contemplarlo, un panorama de indescriptible belleza, con sus casitas diseminadas aquí y allá, sus espesas arboledas, y sus extensas mieses y praderas, de un color verde obscuro.

Más arriba, donde ya las dos montañas se juntan tanto, que sólo dejan sitio á sus pies para que corra el Saja, la carretera va ascendiendo por la sierra de la izquierda, paralela al río, pero á gran altura sobre éste, cuyas aguas, poco abundantes en verano, oíanse bramar allá abajo, sin embargo, embravecidas, y se las veía saltar espumosas por su lecho de rocas.

Cuando las ondulaciones de las montañas y las vueltas y revueltas del camino, no permitieron al Indiano ver el valle que quedaba atrás, puso más atención en observar los variados paisajes que iban apareciéndosele, admirando aquellos precipicios, elevando la vista por aquellas montañas á cuyos pies

caminaba, y cuyas cimas altísimas dejaban ver sólo un pedazo de cielo, como posado en ellas.

Poblada de hayas seculares la sierra en cuya falda se retorcía la carretera, el ramaje de aquellos árboles, que formaban sobre el camino un arco interminable, libraba á los excursionistas de los rayos del sol. No obstante, Mesio y Alberto, al revés del Indiano que no se cansaba de mirar el paisaje, vagamente recordado en sus ratos de nostalgia por la tierruca amada, durante sus últimos años de ausencia, deseaban ya ansiosamente que cesara aquella serie interminable de recodos que formaba el camino; que apareciera pronto la última de aquellas lomas que éste iba salvando, y que se viera cuanto antes el pueblo de Saja, donde habían de abandonar la carretera, que era preferible para aquellos montañeses, especialmente para Mesio, caminar por la sierra pendiente y escajosa, á seguir por el camino real, que le aburría y cansaba.

Por fin, los deseos de los dos jóvenes viéronse realizados: apareció una loma en la cual se veían algunas mieses, señal de próximo poblado, salváronla presurosos dejando atrás al Indiano, y divisaron á poca distancia, allá abajo, á la izquierda de la ca-

rretera, á orillas del río, dividido por éste en dos grupos, el pueblo de Saja, cuyas casas pequeñas, de pobre aspecto, juntas, apiñadas en escaso terreno, parecían encogerse y arrimarse más y más unas á otras en aquel valle diminuto, como empujadadas por las montañas y temerosas de que éstas avanzaran para unirse y aplastarlas.

Seguidos del Indiano, jinete en la peluda jaca, llegaron á poco á la taberna del pueblo—una taberna lóbrega y obscura, con sus estantes casi vacíos, su mostrador grasiento y ennegrecido, sus cubas de vino cubiertas de polvo, y sus almadreñas y alpargatas para la venta, colgadas del techo — y reposado que hubieron allí, durante largo rato, halláronse dispuestos á reanudar la marcha.

Cruzaron entonces el barrio en que estaba la taberna, pasaron el puente que le unía con el otro, y empezaron á subir la áspera pendiente del «Pernal de las Mazas», especie de muro colosal adosado á otra montaña de mayor elevación.

Sin más que volver la vista atrás de vez en cuando para ver si los seguía el jinete, subían despacio, pero sin pararse, Alberto y Mesio; y don Ulpiano, por momentos más entusiasmado ante los panoramas que se le iban presentando, á medida que ascendía,

sentíase feliz contemplándolos, y los contemplaba á su gusto, volviendo la cabeza en todas direcciones, resguardada su cara de los rayos del sol, bajo las anchas alas del sombrero, y dejando libres las riendas á la jaquita, que más acostumbrada á subir pendientes, que á pasear por llanos, seguía incansable por aquellos penosos senderos.

Más tarde se fué retirando el sol, cayendo lentamente tras una montaña, rodeado de nubes rojizas que fueron extendiéndose por aquella parte del horizonte, en el cual parecían reflejarse las llamas de un incendio colosal. Una fresca brisa, que los caminantes recibían con agrado, empezó á mover suavemente las hojas de los árboles. Luego, á medida que la noche se iba acercando, empezó á empañarse el azul del cielo, y á desprenderse de éste, sobre las cimas de las montañas, una niebla muy tenue que descendía lentamente por aquéllas, deteniéndose en las hondonadas, como para esperar refuerzos, y continuando, cuando los recibía, más espesa, hasta cubrir todas las sierras, que fueron desapareciendo á la vista de los excursionistas, tras aquella especie de manto blanco.

El Indiano y sus acompañantes continuaron por entre la espesa niebla, que sólo

les dejaba ver un pedazo de terreno á su alrededor, y de este modo, y cruzando extensas brañas, perdiéndose en espesos bosques, salvando grandes lomas y hundiéndose en profundos barrancos, llegaron, ya de noche, á la «Braña de Espinas». Los perros de la cabaña salieron á recibirlos, interrumpiendo con sus ladridos, que el eco repetía de montaña en montaña, el silencio imponente de aquellos montes, y á poco los pastores fueron también á su encuentro, ofreciéndoles la hospitalidad con que de antemano contaban los caminantes.



A la mañana siguiente, una mañana de sol esplendoroso, cuyos rayos arrancaban vivísimos destellos á las hojas de las hayas, humedecidas por el rocío de la noche, y á las cristalinas aguas del Saja, que se veían allá abajo, á poca distancia de su nacimiento, despeñándose de roca en roca, formando infinitas cascadas, el Indiano, que había visto amanecer, sentado delante de la choza de los pastores, contemplaba extasiado cuanto le rodeaba, aquellas brañas extensísimas, aquellas sierras cuyas cimas parecían tocar en el cielo, y aquellos montes inmensos, se-

mejantes á un mar cuyas aguas de un color verde muy obscuro, casi negro, hubieran formado embravecidas olas gigantes, contenidas, paralizadas por un poder sobrenatural, elevando unas sus lomos hasta las nubes, tratando otras de escalar aquéllas; todas potentes, henchidas y como á punto de romper al estrellarse contra las montañas lejanas que cerraban el horizonte.

¡Oh, así, así había visto él, á través de los años y de la distancia, aquellas bellezas sublimes de su país incomparable! Y paseándose lentamente por las inmediaciones de la choza, bajo aquel hermoso cielo azul, limpio de nubes, sintiendo el aleteo de aquella suave brisa matinal, entibiada por los rayos del sol é impregnada de los aromas que ascendían del monte, envueltos en una neblina plateada apenas visible, el Indiano sentía aquellas sensaciones de ternura infinita que sintiera al entrar por primera vez en Urbina á su vuelta de México, é inspirábanle un cariño profundo aquellas montañas y aquellos bosques, y recordaba sus nombres, y los pronunciaba con voz que temblaba de emoción, y los miraba y volvía á mirarlos amorosamente, con los ojos humedecidos y brillantes, y se recreaba en una especie de tristeza profundamente agradable, inspira-

da por la contemplación de aquellos soberbios panoramas.

Pasado un rato, volvióse don Ulpiano á la cabaña, donde halló ya á sus compañeros dispuestos á almorzar, y almorzado que hubieron todos, aparejó Mesio la jaca, montó en ella el Indiano, despidiéronse éste, Mesio y Alberto de los pastores, y emprendieron los excursionistas la marcha, cruzando la extensa «Braña de Espinas», y saliendo de ella por la parte más alta.

Como el hombre de buena salud no aprecia ésta en cuanto vale hasta que la ve perdida, así Alberto y Mesio, que no habían dejado nunca de ver las bellezas de su país, ni se figuraban que fueran los demás distintos de él, no se explicaban los entusiasmos de don Ulpiano y su admiración ante ellas, y aún las negaban — porque para ellos no existían entonces — cuando se adelantaban un poco al Indiano y podían hablar sin que éste los oyera.

Don Ulpiano, á quien no extrañaba la impasibilidad con que sus acompañantes veían aquellos paisajes, porque no menos impasible los había mirado él muchas veces, procuraba reservar sus impresiones; pero tan fuertes eran á veces, tan grande su admiración, que no podía contener las exclamacio-

nes, y quebrantando sus propósitos empezaba á ponderar con entusiasmo lo que veía, á Alberto y Mesio, hasta que recordaba la imposibilidad de que éstos participaran de sus entusiasmos.

Así, hablando algunas veces, silenciosos durante la mayor parte del tiempo, atravesaron una gran montaña, cruzaron la carretera que va de Cabezón de la Sal á Reinosa, bajaron á una hondonada, subieron una pequeña pendiente, anduvieron un rato á lo largo de una loma, volvieron á bajar, subieron otra vez y, al fin, después de muchas horas, sudorosos, cansados, á pesar de haberse detenido frecuentemente á descansar, abrasados bajo aquel sol de medio día que dejaba caer á plomo el fuego de sus rayos sobre la tierra, llegaron los excursionistas al alto de «La Colladía», donde, para ir á Se jos, como iban ellos, se acababa la subida de pendientes.

Se hacía en aquel sitio, por su gran elevación, menos sensible el calor, y así que lo notó el Indiano pensó aguardar allí á que pasara la fuerza del sol, y mandó sacar las provisiones para comer. Apresuráronse Mesio y Alberto á ejecutar la orden, y en tanto don Ulpiano se dispuso á recrear su vista, con ayuda de los gemelos, contemplando

una gran parte de la provincia, desde las más altas montañas de ella, hasta la brumosa costa. A un lado se veía Campóo, cuyos pueblos se extienden por un pintoresco llano, limitado por lejanas sierras de escasa elevación, que hacen adivinar la proximidad de las llanuras castellanas. A otro lado el valle de Nogalea, el valle del Indiano, encerrado entre altas montañas. Más allá de éstas veíase confusamente, por encima de ellas, la extensa llanada de Cabezón de la Sal, y á continuación, en último término, adivinábase el mar, que, cubierto de azuladas nieblas, se confundía con el cielo. A la derecha de Nogalea, se veían infinidad de pueblos y caseríos, y después de ellos, una serie de montañas interminable. A su izquierda tenía el Indiano la montaña de «Cueto Cordel», que se elevaba en forma de pirámide hasta tocar en las nubes con su afilada punta, coronada de nieve, y las de «La Concilla» y «Peña Labra»; y á continuación de estas últimas, allá lejos, muy lejos, los gigantes Picos de Europa, cerrando aquel dilatadísimo horizonte.

Poco faltaba para las tres de la tarde, según opinó Mesio, mirando la altura á que se hallaba el sol, y confirmó el Indiano viéndolo en su gran reloj de oro, cuando los

excursionistas, después de comer reposadamente, reemprendieron la interrumpida marcha, satisfecho don Ulpiano, no cansado, de contemplar los variados panoramas que se dominan desde el alto de «La Colladía».

Faltábales de andar poco camino, y ese llano, para llegar á dar vista á Sejos, y anduviéronlo pronto. repuestas las fuerzas de todos.

Más conocidos del Indiano aquellos puertos de Sejos que los de Palombera, porque en ellos veraneaban los ganados de Urbina, y habíalos visitado de muchacho, por esa razón, más frecuentemente, al divisarlos sintió más profunda alegría; que si el paisaje visto desde donde estaba, con ser sorprendente, no lo era tanto como los admirados por la mañana, tenía, en cambio, para él, más recuerdos y despertábaselos más sugestivos.

Una de las cabañas de Urbina, la cabaña en que estaban las vacas de Mesio y dos que tenía la hermana del Indiano, hallábase en «La Robrea» y á este sitio pensaron dirigirse, desde luego, los excursionistas en busca de albergue para aquella noche, emprendiendo la bajada hacia Sejos, por la rápida pendiente que los separaba de aquellos puertos. Una vez abajo, sin detenerse, porque

iba haciéndose tarde, cruzaron presurosos las primeras brañas, atravesaron los extensos «Llanos de Rumaceo», bajaron por el «Vallejo Corrozal», y llegaron, por fin, á la braña de «La Robrea».

A mitad de ella, á la orilla de un pequeño arroyuelo, hallaron al sarruján, un chiquillo como de quince años, moreno de cara, de ojos negros y expresivos, con el cual se detuvo el Indiano, en tanto que Alberto y Mesio continuaban hacia la choza.

—¿Cuáles guardas, muchacho?—preguntóle don Ulpiano, aunque ya lo sabía por Mesio.

—Guardo las de Urbina, la cabaña de arriba.

—¿Y qué tal, están gordas?

—¡Ah, sí, á jartar!... Home, ayer pasó por aquí un señor con una cuspeta como esa, solu que aquella no tenía dos cosos apegaos —añadió el chiquillo mirando con gran atención la escopeta del Indiano.

—¿Y qué son dos cosos apegaos? — preguntó éste.

—Dos varas ajoracás, home, dos como esos — contestó el sarruján un poco impaciente.

—Dos cañones, querrás decir.

—Eso, dos cañones.

—¿De dónde eres tú, muchacho?

—Ero de Collauca... Home ¿no me conoz él? Pos yo á él bien lu conozco, es el Indianu de Urbina.

—¿Y cómo te llamas tú?

—Llámome Antoñu... ¡Reconde, que preguntaor está él!...

Dejó en paz el Indiano al sarruján, acabando de lavar unas jarras de madera, y acercóse á la choza, delante de la cual estaba el vaquero.

Ya Alberto y Mesio habían dicho al pastor los propósitos del Indiano, de pasar allí la noche, y, al llegar don Ulpiano, ofrecióle, como lo había hecho antes á aquéllos, «cama, aunque dura, y torta y leche de sobra». Luego ordenó al sarruján, que había llegado á la choza detrás del Indiano, que empezara á ordeñar, y cogiendo él su «palo de porra»—un palo de avellano, con la parte baja, correspondiente á la raiz del árbol, un poco gruesa—despidióse «hasta más tarde» de sus huéspedes, y marchó en busca del ganado.

Después el sarruján dió principio á ordeñar algunas vacas paridas que había en la majada, y el Indiano dedicóse á examinar la choza y sus inmediaciones. Ya había podido ver la noche anterior la de Espinas,

pero inspirábale más curiosidad aquélla, la de «Robrea», que era la de su pueblo; aquella que si no era la misma—que no lo era—en que él había pasado tantas noches, era idéntica á ella, y ocupaba el mismo sitio, arrimada á la misma roca de granito, sobre la cual roca había subido él muchas veces para ver llegar las vacas á la majada, para primero poder divisar la suya, la única, pequeñita y fea que tenía el pobre herrero.

Delante de la cabaña—una casita montañesa en miniatura, sin ventanas, y con el tejado de céspedes—había, clavado en el suelo, un tronco de acebo, que con sus ramas recortadas convenientemente hacía las veces de colgador, un colgador natural, en el que Mesio colgó sus equipajes.

Luego el mozo se dedicó á explicar á don Ulpiano el objeto, que él ya no recordaba, de las cosas que se veían por allí, entre las cuales llamó la atención al Indiano el *mato*, un haz de ramas que sirve durante la noche para tapar la entrada de la choza; cómoda puerta sin llave, ni quicio, ni nada, á la cual, cuando amanece, se da un puntapié, para dejar la entrada libre.

Al rededor de la choza se veían algunos «tajos»—trozos de madera para hacer almadreñas, que era el pastor buen «albarquero»

—un taller para hacerlas la «casa» ó cavidad, y algunas herramientas, con más varios campanos grandes, medio escondidos entre los residuos de la leña partida.

La entrada en la cabaña era muy baja y estrecha. Había que encorvarse para entrar y no bastaba esto: después que entraba la cabeza era preciso ponerse de lado y avanzar así, para poder introducir los hombros.

Ya dentro, pudo el Indiano incorporarse, pero sólo en el centro de la choza. A la derecha, entrando, á un paso de la puerta, estaba la «chimenea», tres piedras puestas de canto. Sobre ellas se colocaba la leña, que así ardía bien, cayendo la brasa y la ceniza al fondo, donde se conservaba el fuego durante muchas horas. El humo tendría que salir por los infinitos agujeros de las paredes, ó extenderíase por la choza, hasta filtrarse por el tejado.

A la izquierda, desde la pared en que estaba la puerta, hasta la de enfrente, había un madero sujeto en ambas, el *tornapié*. De él hacia atrás, era la cama, el suelo, mullido con dos dedos de yerba. En el fondo de la cama, ó sea en la «cabecera», donde faltaba poco al tejado para juntarse con el suelo, había un saco de harina, y algunos pares de almadreñas nuevas.



El largo de la cama era suficiente para un hombre de regular estatura. Además, después del *tornapié*, entre éste y la lumbre, que se tenía encendida toda la noche, había una especie de «pasillo» del ancho de la puerta, sin duda para que, aun los más altos, no llegaran, una vez acostados en la cama, con los pies al fuego.

Hechas todas estas observaciones, el Indiano, su sobrino y Mesio, salieron á ver llegar las vacas; cuyos campanos oíanse cada vez más cerca. Sin embargo, aun tardadaron en llegar, y cuando acabaron de entrar en la braña, ya anochecía.

Un vientecillo bastante fresco, aunque no fuerte, que inclinaba suavemente los brezos inmediatos á la choza, y jugaba con la niebla que había ido posándose en las montañas, elevándola de una á otra, haciéndola girones, y volviendo á reunirla, para desmenuzarla otra vez, y sepultarla en las hondonadas, obligó pronto al Indiano y á sus compañeros á refugiarse en la choza, en la que á poco entraron también los pastores con grandes jarras de leche.

Posadas éstas sobre una piedra plana que salía de una de las paredes laterales de la choza, se dispuso el vaquero á preparar la cena. Sentados todos en el *tornapié*, en cuyo

centro estaba el vaquero, hizo éste, primeramente, una buena lumbre, á la cual acercó un gran puchero de barro lleno de agua. Después arrastró hacia sí el saco de harina; arrogazóse las mangas de la camisa hasta los codos; posó la parrilla, para que fuera calentando, sobre la lumbre; colocó sobre los muslos la *cocina* ó artesa; la labó cuidadosamente, así como las manos; y echó en ella luego, hasta ocho puñados dobles de harina—harina de maíz —previamente salada. Después echó agua caliente, y empezó á amasar.

Lo que el pastor trabajó, sobando y resobando la masa entre sus manos y contra las paredes y el fondo de la artesa, es increíble, y, cuando la creyó bastante amasada, cogió un pedazo de ella, hizo una bola que aplastó entre las manos, y apretándola, apretándola la convirtió en una especie de plato, y la echó en la parrilla, de la cual retiró á poco perfectamente dorada aquella primera torta. Luego fué echando y retirando, sucesivamente, otras siete más, una por cada doble puñado de harina que había echado en la artesa.

A medida que el vaquero las iba quitando de la parrilla, el sarruján las arrimaba á un morrillo llamado *el tortero*, próximo á la

lumbre, para que esponjaran, y después las envolvía en una manta para que conservaran el calor.

Cuando las ocho tortas estuvieron cocidas, Mesio salió en busca de las provisiones, y seguidamente se dió principio á la cena. Primero se comieron los fiambres y el pan que llevaban los excursionistas, y se bebió su vino, y luego, á manera de postre, se comieron las tortas hechas por el vaquero, y se consumió la leche de las jarras: se comía un bocado de torta, y se echaba un sorbo de leche. La jarra corría de mano en mano constantemente. Se echaba el trago—tragos cortos, — limpiábase el sitio por el cual se bebía, con el revés de la mano, y se pasaba la jarra al vecino. Aquello era lo clásico.

Terminada la cena mandó el vaquero al sarruján «á espantar las fieras», y salió el muchacho seguido de don Ulpiano, que deseaba ver cómo lo hacía.

Ya fuera, el sarruján empezó á tocar una especie de corneta, hecha por él de asta de vaca, y cuyos sonidos debían oirse á gran distancia en medio de aquel silencio de los puertos. Luego cesó de tocar, é introduciendo un dedo en la boca silbó hasta ocho ó diez veces fuertemente, retirándose después hacia la choza, mientras el Indiano dispa-

raba al aire su escopeta, cuyas detonaciones fueron alejándose, alejándose, como revotando de montaña en montaña, hasta extinguirse. El perro de la cabaña, un hermoso mastín negro y blanco, recorría la braña enfurecido, ladrando incesantemente, formando un gran círculo, dentro del cual se hallaba el ganado.

El Indiano envuelto en su capa permaneció un rato fuera de la choza, sentado sobre una piedra próxima á ella, abismado en profundas meditaciones, haciendo así como una especie de resumen de las impresiones recibidas en aquella excursión, que podía darse ya por terminada, puesto que para el siguiente día restaba sólo regresar á Urbina. ¡Y qué satisfecho estaba de ella el Indiano, á pesar del cansancio natural, á pesar del calor sufrido, á pesar de la mala noche pasada y de la que le esperaba, no mejor, ciertamente! ¡Cuántos y qué queridos recuerdos evocados con la sola vista de aquellos sitios y de aquellas costumbres de los puertos! ¡Cuántas y cuán agradables sensaciones experimentadas ante las bellezas sublimes de aquellos panoramas, más hermosos para él, que tanto los amaba!... Y, sin embargo, en la satisfacción de don Ulpiano, en el profundo gozo que sentía, haciendo desfi-

lar por su memoria todos aquellos recuerdos todas aquellas sensaciones, había una nota de tristeza, un pensamiento confuso que le producía malestar, una idea, en germen aún, que le mortificaba, sin poder él alcanzar á conocer la causa.

Pero poco á poco la idea fué desarrollándose, concretándose el pensamiento, aclarándose la nota, y el Indiano recordó una conversación que había tenido aquel día con su sobrino, una pregunta que éste le había hecho respecto al viaje de ambos á México, y á esa conversación, á esa pregunta atribuyó la causa de su pesar, y sintió crecer dentro de sí, rápidamente, el temor que aquel viaje le inspiraba.

¡Con eso no había contado él al salir de México, con lo que había de costarle volver! No había pensado que su amor á la tierruca crecería en ella con la realización de los deseos alimentados durante tantos años, y que le sería más sensible, infinitamente más sensible que la ausencia continuada de ella, la interrupción de esa ausencia para luego reanudarla.

Al cabo de un rato el Indiano se levantó de donde estaba sentado y entró en la choza en busca de un descanso que difícilmente había de hallar sobre la dura y bien aprovechada cama de los pastores.

La luna alzábase lentamente sobre la montaña de «La Concilla», iluminando los llanos de Sejos y barriendo de ellos la niebla, que fué descendiendo hasta los puertos bajos, y extendiéndose sobre los valles en dirección al mar, blanca como la nieve, llena de ondulaciones, semejante á un lago inmenso en que el agua fuera espuma. Los perros de las cabañas ladraban furiosamente; voceaban algunos pastores; silbaban otros; y allá abajo, hacia la densa obscuridad del monte de «La Robrea», á donde no llegaba la luz de la luna, oíanse á intervalos los rugidos del oso, que hacían retemblar las montañas.





VII

Al día siguiente de bajar del puerto Alberto, su tío y Mesio, por la mañana temprano, veíanse muy concurridas de chiquillos las inmediaciones de la escuela. Era aquel el día señalado por el maestro para repartir unas libras de cerezas de su huerta á los alumnos, según costumbre religiosamente guardada todos los años, con pequeña diferencia de fechas, y á buen seguro que no faltaba ninguno á la escuela aquel día, no tanto por la fruta en sí, que más abundante, y acaso mejor sazonada, la hallaban ellos en las demás huertas, con sólo escalar las tapias, cuanto porque aquel obsequio de don Serafín era para los chiqui-

llos como una especie de premio que todos cuidaban de no rehusar, seguros de que más tarde verían otro de la misma procedencia.

Ni Alberto faltaba allí, á pesar del cansancio de la víspera, que en otra ocasión le hubiera servido de pretexto para dejar de asistir á clase, ni menos «¿Cómo se llama ésta?», no obstante su afición á «esconderse». Es verdad que éste, á más de desear, más aún que ningún otro, recibir del maestro las cerezas, porque era lo único que recibía en todo el año, que no fuera palmetazos y bofetadas, tenía otro motivo para no faltar aquel día, cual era el de llevar la noticia á sus camaradas, de que su madre había dado á luz la noche anterior; noticia de índole de las que se oían siempre con estupefacción por aquel auditorio, porque ella suponía, por pobre que hubiera de ser el bautizo, un día sin clase y una hartada de dulces.

Entrábase á la escuela de don Serafín por las mañanas, inmediatamente después que pasaba la diligencia, y aunque más fijo, sin duda, el reloj del maestro que el del cochero, al de éste era al que se atenían los chiquillos, y ya también don Serafín, por no romper con una costumbre tan vieja como la carretera que pasaba á espaldas de la escuela.

Antes de que empezara á oirse la diligencia, paseábase ya don Serafín por delante de su casa, cogiendo de una mano á su nieta Cilia, á la cual demostraba frecuentemente sin querer, con nerviosos apretones, la impaciencia que empezaba á dominarle ante el retraso del coche, cuya hora de llegada había ya transcurrido sobradamente.

En tanto los chiquillos, en unos campos inmediatos, jugaban alegremente, olvidados —con esa facilidad con que en la infancia se olvida—de que estaban á dos pasos de don Serafín, del temido don Serafín. Unos corrían incansables en todas direcciones, otros se entretenían en luchar y en arrastrarse por el suelo, cuales formaban apiñado grupo para escuchar á «¿Cómo se llama ésta?», que era el héroe del día, cuales, en fin, se divertían interrumpiendo á las chiquillas y estorbándolas en sus juegos. De rato en rato, alguno, más previsor ó más impaciente que los otros, llegábase á la carretera, arrodillábase en medio de ellà, pegaba al suelo un oído, permanecía un momento en aquella postura, y volvía luego donde sus compañeros, sacudiendo el polvo de las rodilleras y gritando:

—¡Tovía no se oye, tovía no se oye!

Pero cuando hubo pasado un rato más,

uno de esos chiquillos que cifran todas sus alegrías en ser los primeros en dar noticias, el cual se había alejado por la carretera hacia la parte por donde el coche había de llegar, volvió corriendo, diciendo que ya se oían los cascabeles de los caballos. Y tan cierto era que se oían, que un instante después aparecía la diligencia en una revuelta del camino, y pasaba como una exhalación ante los chiquillos, y desaparecía allá abajo, entre una nube de polvo que la seguía, la seguía y parecía empujarla á correr más, para ganar el tiempo perdido.

Cuando los chiquillos entraron en la escuela, sin necesidad de otro llamamiento ni señal alguna, más que el paso del coche, ya don Serafín ocupaba su sitio, al lado de la gran mesa, sobre el Diccionario de latín y el montón de procesos. Y Cilia, la amable Cilia, habíase sentado en el sitio en que solía hacerlo también, ante el pupitre, en la parte destinada á las niñas, y hojeaba un libro distraidamente.

Los chiquillos, según iban entrando, se descubrían, dejaban sus gorras, boinas y sombreros sobre un banco que había en el pasillo, y continuaban hasta sus sitios respectivos, á los cuales pasaban por debajo de la mesa-pupitre.

No sin que don Serafín tuviera que dar un golpe sobre su mesa en señal de impaciencia, acabaron de acomodarse los discípulos, y no sin que éstos, unos con otros, riñeran los más en voz baja, ya porque uno se sentaba en forma que ocupaba dos sitios, ya porque otro había pisado á su compañero, ó tirádole al suelo un libro.

Por fin guardaron todos el mayor silencio, mandó don Serafín rezar las tres *Ave-Marías* con que se daba principio todos los días á la clase, pusiéronse de pie para rezarlas, y rezádolas que hubieron, volvieron á sentarse como autómatas, y empezaron á estudiar, bajando las caras hasta tocar con los libros que tenían delante, sobre cada una de cuyas líneas habrían de marcar pronto otra de porquería, al pasar los dedos sudorosos y sucios, señalando las palabras que miraban.

Una hora larga duró la lectura, lectura en voz baja, moviendo un poco los labios, que producían un rumor apenas perceptible, pero constante, sobre el cual se destacaba á veces el aleteo de una mosca, ó el crugir de un periódico que el maestro leía y doblaba y desdoblaba entre sus manos.

Cuando don Serafín concluyó de leer hasta el último anuncio del periódico, miró el reloj,

vió el tiempo que había transcurrido y llamó á Alberto para tomarle la lección. De pie el chiquillo, al lado del maestro, leyó con voz temblorosa, y no sin recibir algunas riñas por no dar todo su valor á las comas, las dos páginas que se le habían señalado previamente, en un proceso de letra grande, pero llena de rasgos que la hacían poco clara. Tras de Alberto «dieron» la lección otros dos chiquillos de los mayores, y los tres recibieron luego orden del maestro de ir á la huerta de éste á coger las cerezas, en tanto que él tomaba la lección á los demás discípulos.

Ni tardos ni perezosos, Alberto y sus dos compañeros, marcharon á la huerta, que hallaron abierta porque estaba allá Quica, paráronse á mirar cuáles eran los cerezos en que más coloreaba la fruta, y visto que hubieron que todos la ofrecían abundante y sazonada, abrazóse cada uno al tronco del que más cerca tenía, treparon ágilmente, y á poco viéronse los tres en las ramas más altas, dándose prisa á comer las mejores cerezas, por si después, para evitarlo, se le ocurría al maestro, como otros años había acontecido, obligarlos á estar cantando todo el tiempo que permanecieran en los árboles.

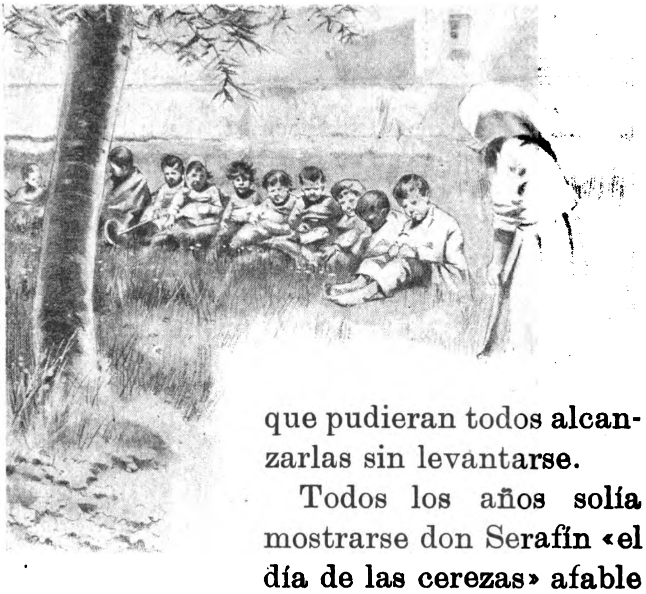
Quica, que había suspendido sus faenas.

y llena de miedo miraba cuando á uno, cuando á otro chiquillo, temiendo verlos caer de un momento á otro, les recomendaba que tuvieran cuidado; pero los chiquillos, en vez de agradecerla su interés, empezaron á burlarse de ella como acostumbraban, y á poco cruzábanse los mayores insultos entre la vieja y los muchachos.

Afortunadamente llegó pronto el maestro con los demás discípulos, y Alberto y sus camaradas cesaron en sus insultos, y Quica siguió en su ocupación, mascullando aún algunos improperios; pero á la vez mirando hacia los árboles de reojo, siempre temerosa de que los chiquillos se cayeran.

Ya para entonces éstos, hartos de comer cerezas, habían ido echando muchas abajo, y los que llegaron dieron principio á reunirlas, sacándolas de entre la yerba y formando un montón al pie de un árbol, á la sombra, donde por indicación de don Serafín habían de sentarse luego á comerlas.

Cuando creyó el maestro que eran ya suficientes las cerezas reunidas, mandó bajar de los árboles á Alberto y sus compañeros, llamó á Quica, que dejó placentera la herramienta, y sentáronse todos en el suelo, al rededor del montón de cerezas, que fué preciso subdividir en otros montones para



que pudieran todos alcanzarlas sin levantarse.

Todos los años solía mostrarse don Serafín «el día de las cerezas» afable y expansivo con sus discípulos, y de ahí la puntualidad de ellos en la asistencia; pero aquel día superó su buen humor al de todos los años anteriores, y sús bromas con los chiquillos, y hasta con Quica, habían de recordarse mucho tiempo después, como cosa verdaderamente extraordinaria.

—¿Con que, Julio, tienes un hermano más?—preguntaba á una hora el maestro á «¿Cómo se llama ésta?»

—Sí, señor—gruñía el chiquillo, á la vez que metía en la boca un puñado de cerezas, y lanzaba al alto los palos de ellas.

—¿Y cuándo bautizáis el nene? ¿No convidas al bautizo?

—Creo que lu bautizamos mañana. Convidar, convidar... ¡qué se yo!

—No, no, no te comprometas... ¿De manera que entonces vas á tener dos días de vacaciones, casi, sin esconderte? Hoy, porque esta tarde, como jueves que es, no habrá escuela, y mañana que no vendrás en todo el día. Amigo, eres hombre feliz.

—Sí, señor—contestaba el chiquillo con una sinceridad que hacía prorrumpir en carcajadas á sus compañeros, y aun al mismo don Serafín.

—¿Y tú sabes cómo se va á llamar el nene?

Ahora Julio, temeroso de que vuelvan á reirse de él permanece callado. Repite don Serafín la pregunta, habla Julio al oído á uno de los chiquillos que tiene más cerca, y éste, conteniendo difícilmente la risa, exclama:

—¡Ay, que tontu, lo que diz!

—¡Tontu, tontu—refunfuña Julio—méteme el deu en la boca, á ver si soy tontu!

—Cuanto más tontu más mordiscu—añade el otro.

—Vamos á ver, vamos á ver—interviene el maestro.—¿Qué es lo que dice Julio?

—Diz que le van á poner Teresu al nene, señor maestru, ¿no le paez?

—Y por qué crees tú eso, Julio?—pregúntale don Serafín.

—Pos yo, porque la mi vaca que se llama Tasuga jedó un bellu, y le llamamos Tasugu, y como mi madre se llama Teresa..... pos, paecióme que al nene llamaríamosle Teresu.

Jamás ninguno de sus discípulos vió reir á don Serafín con tanta gana como rió la ocurrencia de Julio. Y los chiquillos todos, hasta Cilia, que no era muy propensa á la risa, y Quicona, la eterna malhumorada Quicona, todos, en fin, rieron hasta «escostillarse», según contaron después; y cuando terminaron las cerezas y volvieron los chiquillos á la escuela, costó todavía algún trabajo al maestro restablecer el imperio de la formalidad en sus dominios. Hasta Julio, hasta el mismo Julio, á quien al principio no había hecho gracia tanta risa, terminó por participar de ella como uno de tantos, con lo cual dió, naturalmente, mayor impulso á la de los demás.

Mientras el maestro y los que estaban más cerca de él se habían entretenido en hablar con Julio, otros, sentados á otro extremo, sin desatender por completo la conversación de aquéllos, habían sostenido otra muy distinta.

Por pura casualidad, ó porque alguien lo preparara así, ocurrió que Cilia y Alberto se sentaron juntos, y ocurrió además que, como Alberto no tenía ya ganas de cerezas, después de las que había comido, empezó el muchacho á escoger las mejores del montón y á obsequiar con ellas á la nieta del maestro.

Esto, en realidad, no tenía nada de particular. No puede pensarse de Alberto que tuviera aquella galantería por otra cosa que por puro entretenimiento, porque ni su edad, ni menos su educación, podían dictarle cosa diferente. ¡Pero, válgame Dios, y lo que hizo el pobre muchacho con hacer aquello! Porque de más está decir que Cilia, aunque también inocentemente, empezó á admitir y á agradecer los obsequios del sobrino del Indiano, de Alberto. Inocentemente hasta cierto punto. Ella no sabía lo que aquellas atenciones significaban, ó mejor dicho, hacíasele que no significaban nada, el aburrimiento del que las tenía, si acaso. Pero, sin embargo, se alegraba de que las tuviera con ella Alberto, y las agradecía, y hasta se puso encarnada al coger de mano de él las primeras cerezas. Y esto si que era curioso, no dando, como no daba, al hecho, importancia alguna. Sus cavilaciones la produjo

esa circunstancia, esta es la verdad, pero como ella no acertaba á explicar cuál podía ser la causa de su rubor, ni menos la de sus agradecimientos y alegría porque el chiquillo la diera cerezas, allá trató de guardar todos esos pensamientos, en el riconcito aquel de su cerebro en que guardara el domingo otros parecidos, rotulados con la palabra «Misterios».

Y la pobre niña seguía poniéndose encarnada, hasta dar envidia á las cerezas, porque sus amigas y los demás chiquillos que estaban cerca de ella—más por lo ocurrido días antes que por la importancia que dieran á lo que entonces veían—la llamaban la novia de Alberto, y la preguntaban cuándo se casaría—¡nada menos!—pregunta que hacían también al sobrino del Indiano, aunque en Alberto lograban hacer poca mella con tales bromas. Por su parte Quica, la vieja Quicona, que no entendía de bromas, y todo lo echaba á veras, tomaba también parte en la conversación para decir á «la su Ciliuca» que no hiciera caso de muchachones, que no se «amorara» de «naide», y menos de aquel «empecatau» Alberto, que era de lo más «enrevesau» que había «pariu» madre. Y así, unos queriendo, y otros sin querer, todos contribuían, cada uno por

su estilo, á hacer más apurada la situación de Cilia, que ya empezaba á sentir en sus hermosos ojos, algo como el vivo calor que precede á las lágrimas.

A todo esto Alberto se incomodaba con Quica, no porque le importara gran cosa que tratara la vieja de quitarle la estimación de la niña, sino porque á nadie gusta que se le insulte. Y la riña, antes suspendida, entre Alberto, sus compañeros y Quica, recomienza más encarnizada; vése acosada la vieja por aquellos diablillos, levántase airada, y se marcha furiosa, rugiendo maldiciones, y arrastrando tras de sí á la pobre Cilia, entristecida y sin pronunciar una palabra.

Después ya, como las cerezas se habían concluído, levantóse don Serafín, que, afortunadamente, parecía no haberse enterado de lo ocurrido, ordenó á los chiquillos que volvieran á la escuela, y marchó en pos de ellos á continuar la interrumpida clase, dejando á Cilia y á Quicona en un extremo de la huerta, consolándose mutuamente.

*
* *

¿Habría amado Quica alguna vez? ¡Quién sabe! ¡Pone Dios algunas veces —muchas—

envolturas tan miserables á corazones tan grandes! Además, Quica no habría sido siempre como era entonces, aunque afirmara lo contrario mucha gente. ¿Qué resiste al peso abrumador de los años? ¿Pensáis por ventura alguna vez, cuando halláis en vuestro camino uno de esos matrimonios que suman siglo y medio de años, que aquel hombre y aquella mujer fueron jóvenes, y que acaso su mocedad dió asunto para una novela amorosa? Ciertamente que no lo pensáis. Y, sin embargo, es posible que la remotísima juventud de aquellos viejos fuera un idilio.

Pues así Quica, tal vez en sus años juveniles—porque joven fué, aunque parezca mentira—amara á un hombre. Y—lo que parece más inverosímil—tal vez ese hombre la amara á ella, abandonándola después.

¿Por qué, si no, su prevención contra el amor? Porque has de saber, lector, que cuando la dejamos con Cilia en la huerta, y cuando vió á la niña sin señales del disgusto sufrido, Quica siguió aconsejando á la nieta del maestro en el sentido en que primero lo hiciera ante los chiquillos.

—No, hijuca mía, no, no te amores en jamás de los jamases, que es mala cosa esa —decía Quica á la estupefacta Cilia, que no sabía lo que aquello quería decir.—

Mientras viva tu agüelu, jartu tienes que jacer con contemplalu á él. Y mañana que muera, lo que no quiera Dios que ocurra en muchos años, porque, al fin, no deja una de tenele ley, mañana que él muera, Ciliuca mía...

Aquí la niña, pensando que habría un día en que su abuelo se moriría, empezó á llorar amargamente, y Quica, enternecida también con sus propias consideraciones, y compadecida de la chiquilla, interrumpió el discurso para suspirar y limpiarse los ojos con los picos de un pañuelo que llevaba al cuello. Pero duró breves momentos la pausa, y á poco continuó hablando Quica de este modo, dando á su voz tono de grande y, sin duda, sincera tristeza:

—Pos sí, hijuca mía. Mañana que él muera, tú ya serás una mujer y á naide necesitarás; y triste es quedase sola en el mundu, es verdá; pero es más triste quedar mal acompañá, y mal acompañá queda, por lo regular, toa la que se casa, porque los hombres ¡mal año pa ellos! Con lo que tu agüelu te deje, y conmigo si no me he muertu tamién, ó con otra mujer trabajaora y honrá, podrás vivir majamente, sin ofender á Dios con una desazón cada día, y sin ser burru de carga de ningún condenau del diantre, que,

en feniquitu, esto les pasa á toas las que se casan, sin contar los berrinches del noviazgu, que eso es capítulu aparte.

—¿Pero Quica, por qué me dices too eso?—preguntó la pobre Cilia sollozando.—¿Se va á morir mi agüelu? ¡Si yo no quiero casarme, que las muchachas como yo no se casan! Pa eso hay que ser mayor. ¡Y yo no tengo novio! Me hacen rabiar con Alberto; pero no somos novios como dicen... ¡Si yo no sé qué es ser novios!—exclamó por fin la niña, llorando otra vez copiosamente.

—No, hijuca, no, si ya lo sé — añadió Quica conmovida, estrechando á la niña entre los brazos y llenándola de besos.— No te lo digo yo por eso. Te lo digo porque, amira, esas cosas de amoríos nacen en una sin saber cómo, cuando se es una cría, si á mano viene, y dimpués ya, cuando se alcuerda por sí, cuesta muchu arrancalo, Ciliuca, si llega á ser menester jacelo. Por eso te lo digo, pa que amires á Alberto y á toos los demás muchachos por un igual, sin pensar más en uno que en otro. No te diré yo que mañana que dieras con un hombre que te quisiera bien y juera güenu, si tú le querías á él y no lo podías remediar, dejaras de jacele casu. ¡Pero, ay, hija mía, paezme tan difícil de ajuntar too eso!... Pero, ea, no se

llora más. A limpiate, que no conozca tu agüelu que has llorau, y vamos pa casa, que sabe Dios cómo estará la puchera, y ya va á ser mediudía por el sol.

Y, en efecto, después que Cilia se serenó y cesaron sus sollozos, se lavó los ojos con el pañuelo del bolsillo, humedecido en la regadera que Quica tenía en la huerta, los secó cuidadosamente y dirigiéronse ambas á la casa, al llegar á la cual trepó Quica por la empinada escalera, y Cilia fué á ocupar su sitio en la clase, sin que apenas se notara su entrada, en medio del desfile constante que había de niñas y niños, acudiendo á la mesa del maestro á presentar las «planas» escritas después del regreso de la huerta.

Ya entonces don Serafín era el maestro temible de todos los días. Ya no daba bromas á sus discípulos, que llegaban donde él temblando. Puestas sus gafas, el maestro miraba detenidamente á través de los brillantes cristales, cada plana que le entregaban. A veces marcábase en su cara un gesto de mal humor—nunca de aprobación, aunque la mereciera la plana que examinara,—llamaba al infeliz que había causado su enojo, mostrábale un borrón ó una enmienda que hubiera en lo escrito, y preguntaba iracundo:

—¿Le parece á usted que está esto decente?

El interpelado no contestaba jamás—probablemente le faltaría voz para hacerlo—y el maestro añadía:

—¡No va usted á comer hasta que la saque limpia!

O bien:

—¡Es usted un cochino! Venga esa mano.

El chiquillo extendía el brazo y presentaba abierta su mano derecha, que temblaba como una hoja. El maestro la sujetaba por las puntas de los dedos, cogía la palmeta que tenía sobre la mesa y daba uno, dos, tres ó más palmetazos en aquella manita sonrosada, que en un esfuerzo supremo lograba desasirse, para ir á esconderse dolorida en uno de los bolsillos del pobre castigado.

Sin embargo de ser tan duro ese castigo, los discípulos de don Serafín, le preferían al otro, al de quedarse sin comer hasta sacar limpia la plana. ¡Trazaban sus manos con tanta inseguridad aquellas malditas letras! ¡Era tan fácil amontonar varias, en vez de dar á cada una el espacio debido! ¡Se escurrían con tanta frecuencia de la pluma sobre el papel, las gotas de tinta! Aunque luego se las recogiera con la lengua, único

medio allí conocido, ¡quedaba tan visible la mancha!... No, ciertamente, eran preferibles los palmetazos, porque si no, en salvar todas aquellas dificultades, se pasaba lo mejor de la tarde, ¡y si era jueves, como aquel día!... Ya era mucho estar sin comer: pasar además en la escuela la tarde de un jueves, era demasiado.

Mientras su abuelo examinaba las planas de los demás, Cilia empezó á llenar la suya. Empezó, pero seguir le era imposible. En la primera palabra se había «comido» dos letras. Y además se había convencido plenamente de que lo mismo la sucedería en las siguientes, porque no había manera de pensar en lo que se hacía. Todos sus esfuerzos eran en vano para lograrlo. Quería pensar en aquellas palabras que tenía delante, en la muestra, y no podía conseguirlo. Como si otras fueran las escritas allí, otras eran las que ella leía. Sobre todo una, una había tenaz como ella sola, que se destacaba enorme sobre todas: «Alberto».

Probó á escribir aquella palabra, no en la plana, sino en un papelito que halló en el suelo, nada más que por el gusto de ver si aquélla le salía bien, y ¡cosa rara! no se le quedó ni una letra. Pero era que desde que había vuelto de la huerta, todo lo que la

ocurría era extraño. ¿Pues no había mirado, al entrar en clase, solamente al sitio de Alberto? Precisamente al único sitio á que ella, por lo que la había dicho Quica, se había propuesto no mirar. Y otra rareza: Alberto, que nunca hacía caso de ella, la había mirado entonces atentamente, y se había sonreído sin dejar de mirarla hasta que se había sentado. Y otra rareza mayor, la última: ¡pues no había doblado muy cuidadosamente, sin fijarse, es claro, el papelito en que acababa de escribir el nombre de Alberto, y lo había guardado en el bolsillo! Era, cuanto la ocurría, como para volver loca á la pobre niña.

Y todo, ó si no todo una gran parte, porque algo ya venía de atrás, por culpa de Quica. La niña no lo pensaba, pero era indudable. Quica, queriendo y creyendo hacerla un bien, la había hecho un mal, porque no hubiera estado, ni con mucho, tan fijo en Alberto el pensamiento de Cilia, si Quica no la hubiera dicho todo lo que la dijo.

Por su parte Alberto, que estaba poco más instruído que Cilia, si no estaba lo mismo, en materia de amores, había empezado á mirarla aquel día de distinta manera que á las demás niñas... No sabía por qué, por la broma que le habían dado con ella y á

ella con él; si acaso por eso. El muchacho no adivinaba que pudiera ser por otra cosa. Porque él, sí, conoció al mirarla cuando ella entró en clase de vuelta de la huerta, que ya no era Cilia para él como era antes, que era más agradable, como más amiga. Y por eso la miró hasta que ella ocupó su sitio, y hasta la sonrió. Alberto pensaba todas estas cosas mientras sus compañeros presentaban las planas. Pensaba esas cosas y se preguntaba por qué él, que odiaba á las chiquillas, que nunca se había acordado de ellas más que para hacerlas alguna travesura, sentía como cierta alegría, entonces, de tener lo que él creía amistad con la nieta del maestro. Pero como no atinaba con otra explicación, respondíase: «¡Bah, por eso, porque me dan broma con ella!»... Y proponíase no acordarse más del asunto; pero tampoco podía. Le ocurría exactamente igual que á la chiquilla, que había desistido ya de terminar la plana, convencida de que le era imposible escribirla. Alberto, por su suerte, había presentado ya la suya, y don Serafín se la había admitido. Si no, probablemente, hubiera tenido ocupación para rato.

Cuando el maestro terminó de examinar las planas que le presentaron, miró á Cilia, como preguntándola por la suya; pero la

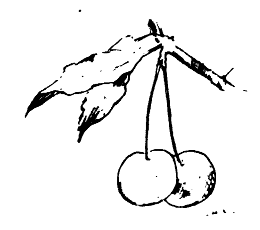
niña se puso encarnada, hizo ademán de empezar á escribir, y don Serafín, conociendo que nada había escrito su nieta, cuidóse bien de no ponerla en mayor aprieto. Hizo acercarse á él á los chiquillos más pequeños, que aún no escribían, y les tomó sus lecciones, que ellos deletrearon torpemente. Después miró el reloj, vió que era ya «la hora», y quitándose pausadamente las gafas y guardándolas en su cajita de cartón, se levantó exclamando:

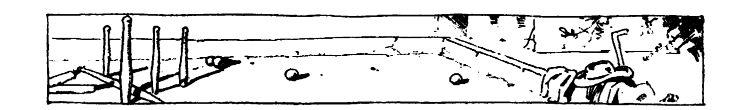
—¡A la calle! Hemos terminado. Hasta mañana.

Los chiquillos guardaron los libros en los pupitres, taparon los tinteros y lanzáronse presurosos fuera de la escuela, voceando:

—¡Quede usted con Dios, señor maestro!

Luego desaparecieron tras la tapia de una huerta, cantando alegremente las oraciones que estaban prescritas para aquella hora.





VIII

Pensativo andaba el Indiano en aquellos días que siguieron al de su regreso del puerto, más como de haber vuelto poco satisfecho de la excursión, que como de haber disfrutado en ella lo que en realidad disfrutara. Y, sin embargo, segun él decía, esa satisfacción continuada y profunda, experimentada en su viaje por aquellas montañas, era, precisamente, la causa primordial de sus tristezas de ahora, que tristezas eran las que tan pensativo le tenían.

Aquella idea que le despertara allá, en el puerto, una pregunta de Alberto, había ido desarrollándose hasta preocuparle primero, y hasta entristecerle después. ¡El regreso á

México! ¡Oh, qué pesares tenía don Ulpiano de no haberse traído con él cuanto en América poseía!

No era que antes de la pregunta de su sobrino tuviera olvidada el Indiano la necesidad de volver á México, no. Presente la tenía. Pero no había fijado todavía la fecha del viaje, y no la veía cercana, y no le preocupaba tanto; que el tiempo, en tanto no se precisa, parece inacabable, por escaso que sea. Luego, en la curiosidad del chiquillo, habíale parecido ver impaciencia, y en ésta un reproche por el tiempo que le hacía perder allí, reproche que hallaba justo y le hacía considerar egoísta su deseo de estar en Urbina. Y fijo en estos pensamientos, cada vez más mortificantes, habíase prometido marchar con su sobrino á México en la última quincena de Julio ó en la primera de Agosto.

A decir verdad, según también confesaba don Ulpiano, no fué sola aquella consideración la que le decidió á fijar la fecha de la partida. Cartas recibidas últimamente del amigo á quien había dejado encomendados sus negocios, habían empezado á presentar como de relativa gravedad la enfermedad que el tal amigo venía padeciendo, y el temor de que pudiera quedar toda su fortuna,

el día menos pensado, en poder de gentes que no le inspiraban la mayor confianza, no fué del todo ajeno á aquella decisión, que tan mohino traía al pobre don Ulpiano.

Cuidábase éste, con todo, de disimular sus preocupaciones ante su hermana, para que ésta no llegara á sospechar la proximidad del viaje—quería el Indiano que no supiera nada hasta la víspera de la partida para evitarla padecer por anticipado—y al llegar á casa, mostrábase tan risueño, que nadie, sin compadecerle, pudiera verle fingir de tal modo.

Constante en tal fingimiento, y habiéndole pedido el padre de «¿Cómo se llama ésta?», su pariente Agapito, Gapito, que apadrinara á su nuevo hijo, no sólo aceptó el Indiano, sino que quiso dar al bautizo todos los caracteres de una verdadera fiesta, empezando por invitar á ella á todos los señores de Urbina, además de los muchos labradores que, como parientes de Gapito, serían invitados por éste.

De más está decir que todos los gastos de aquella fiesta corrían de cuenta del Indiano, el cual lo había advertido así á su futuro compadre, añadiendo que quería hacer «todo un bautizo» ya que iba á ser aquel niño el primero que él apadrinara.

Apurados creyeron verse los padres de la criatura para encontrar una madrina «al respective» del padrino; pero no fueron tantas esas dificultades: hallóse una señorita que vistiera traje de seda y rica mantilla, ya que don Ulpiano no llevaría menos de «chaquet», chaleco blanco y «bombín»; y fijados día y hora para el bautizo, el Indiano mandó á casa de Agapito un par de carpinteros, que formaron con largas tablas de pino y con cajones vacíos, pedidos al estanquero, una gran mesa á lo largo de la sala; cubrióse después la tal mesa con manteles que prestó uno de los convidados, dueño también de las sillas en que habían de sentarse, y de la cristalería, vajilla, etc.; se retiró una mesa vieja que había, haciendo veces de consola y sobre la cual se veían un farol roto, almadreñas viejas, unos campanos con sus collares y otros enseres semejantes; se descolgaron del techo y se volvieron al balcón, donde ya habían estado expuestas á la voracidad de los gorriones, unas piezas de cecina; se aseó también un poco el cuarto de la parida, y se esperó con impaciencia la hora fijada.

Poco antes de dar ésta llegó Alberto, de parte de su tío, con una caja de puros, que se colocó cerrada en el centro de la mesa; á

poco apareció un hijo del tabernero con una gran cesta, llena de botellas de vino de diferentes clases y marcas; y, casi seguidamente, entró el muchacho de la confitería de Nogalea, llevando sobre la cabeza una gran canasta cubierta con un delantal blanco.

Hasta aquí alcanzaban las noticias que habían podido adquirir las más inmediatas vecinas de los padres del recién nacido, en el momento en que la campana pequeña de la iglesia de Urbina daba la señal de haber llegado la hora — las seis de la tarde — del gran bautizo, señal que coincidió con la llegada del Indiano á la casa, y que precedió muy breves momentos á la llegada también de la madrina y de los invitados.

Reunidos todos éstos, envuelto el recién nacido en blanquísimos, si no muy ricos pañales, llevóle la mujer que le tenía en brazos á que le diera un beso la parida, y dejando á ésta al cuidado de otra mujer, salió la comitiva en dirección á la iglesia: delante la comadrona con el niño, después los padrinos, y detrás, en varios grupos, hasta media docena de señores, entre los cuales no faltaba el maestro; la hermana del Indiano con otras cuatro ó seis mujeres; Gapito con otros tantos hombres de su clase; tres señoritas acompañadas de dos estudiantes de Derecho,

recién llegados de Valladolid; y varios mozos y mozas, que no podían faltar, á juicio del Indiano,—aunque no se explicara muy fácilmente la invitación de ellos—si había de tener la fiesta la animación que él quería darle.

Jugando en el portal de la iglesia y en las inmediaciones de ésta, esperaban la comitiva unos cuantos chiquillos, la clase de don Serafín en masa, y apenas asomó el bautizo por una de las callejuelas inmediatas, dos de aquellos chiquillos, los monaguillos, separáronse de los demás y entraron precipitadamente en la iglesia á avisar al cura, que aguardaba en la sacristía, y salió inmediatamente, seguido de los dos monaguillos, á la puerta del templo, á la cual llegaba á la vez la comitiva.

Celebrado el bautizo, y cuando ésta volvió á ponerse en marcha hacia casa de Gapito, los discípulos de don Serafín prorrumpieron en desaforados gritos.

Intencionadamente había retardado don Ulpiano el momento de repartir entre los chiquillos, ó mejor de «echarles al repaño», como ellos decían, unos puñados de dulces ó de calderilla, y los muchachos, creyendo, acaso, que el Indiano había olvidado aquella costumbre, procuraban recordársela con la de vocear acompasada é incesantemente «Padrino pelón, padrino pelón».

Medio camino llevaba andado ya la comitiva para llegar á casa de Gapito, y los chiquillos, constantes en su empeño, seguían detrás, gritando cada vez más fuertemente; y como ya don Ulpiano comprendiera que, si no para él, era para los demás molesto aquel vocerío, volvióse hacia los alborotadores, metió las manos en los bolsillos de los pantalones y, sacándolas llenas de monedas, empezó á echar éstas al aire, para que cayeran sobre los chiquillos. Inmediatamente cesaron las voces, y rápidos, insensibles á los tropezones que se daban unos contra otros, á los pisotones y á los golpes que recibían, dejándose caer al suelo para cubrir con sus cuerpos las monedas, dedicáronse durante largo rato á cogerlas, disputándoselas á empellones. En el primer momento, ninguno gritaba, quedáronse todos como mudos, y se oía perfectamente el ruido de las monedas que caían sobre ellos. Luego ya algunos se quejaban, disputaban otros, se reían los más viendo que á una niña se le habían subido las faldas á la cabeza por meterse entre aquellos diablos, y á poco todos, sin excepción, mostrábanse alegres y habladores, ponderando las respectivas cantidades recogidas ó «apañadas». En tanto don Ulpiano, sonriéndose con satisfacción, que

no podía disimular, repetía la pedrea de dinero, para ver repetidas las escenas anteriores, y cuando hubo agotado los dos duros que llevaba en calderilla, previamente cambiados con ese objeto,

—Vaya, muchachos,—dijo á éstos como si fueran sus camaradas,—se acabó el repañu, que no traigo ni un cuarto más.

Y lentamente, sonriéndose aún, marchó á reunirse con el acompañamiento del bautizo, que se acercaba ya á casa de Gapito.



En el semblante de Clara—la madrina, una bella señorita de Urbina, hija de uno de los señores invitados por don Ulpiano al bautizo—notábase que no prestaba á la conversación del Indiano, sentado al lado de ella, la mayor atención, y fijándose mucho, hasta se hubiera podido observar en ella cierta impaciencia, cierto deseo de que acabara pronto el chocolate, tal vez por dejar el sitio que ocupaba, impuesto por su carácter de madrina.

Pero don Ulpiano no parecía fijarse en nada de eso, y seguía hablando á la joven sin interrupción, bajo el fuego de las miradas de uno de los estudiantes de Derecho,

que, bien puede asegurarse, no era ajeno á las impaciencias de Clara.

Tan poco alzaba la voz el Indiano, aunque hablaba con extraordinaria vehemencia, que hubiera sido difícil entenderle una palabra, á no estar tan cerca de él como Clara. Pero fuera que alguien lo estuviera, ó fuera por indiscreción de la joven, es lo cierto que aquella noche se hizo público entre los asistentes al bautizo, un secreto de don Ulpiano que nadie, hasta entonces, sino él y Clara, conocía ni sospechaba siquiera.

El Indiano amaba á Clara. O, si no la amaba, la pretendía, al menos, y venía ya pretendiéndola anteriormente, á juzgar por lo que de su conversación con ella aquella noche, se conocía.

Habíase averiguado que falto el Indiano de ocasiones de hablarla sin llamar la atención—pues ella no le ayudaba gran cosa á encontrarlas, —había procurado hacer de aquel bautizo una verdadera fiesta, durante la cual, ó su mayor parte, pudiera estar él con la joven sin que á nadie causara extrañeza. Para ello había aconsejado á Gapito —¡pobre Gapito! —que, como colono que era del padre de Clara, le pidiera que ésta fuera madrina del niño, tomando, si necesario era, que no lo fué, su nombre, el del Indiano.

Habíase averiguado que don Ulpiano deseaba pasar aquella tarde al lado de Clara, tanto por el placer que ello había de producirle, cuanto por poder declararla todos sus pensamientos y sentimientos, que eran, éstos su cariño á la joven, su amor inmenso — él habíaselo dicho así á Clara;—aquéllos, su deseo de marchar á México sabiendo ya que ella no le desdeñaba, para volver pronto á crear una familia, cuyo afecto necesitaba, y á pasar el resto de sus días al lado de esa familia, sin pensar después en salir más de Urbina.

Habíase averiguado todo eso, y habíase averiguado que Clara no había querido contestar nada concreto, en tanto no conociera los deseos de su padre. Y habíase averiguado finalmente, que don Ulpiano, no pudiendo saber á qué atenerse respecto á los sentimientos de Clara—ella no los había querido declarar, y él, poco ducho en estas lides, no había sabido adivinarlos,—había emplazado á la joven para el día de San Pedro en la romería de Nogalea. El, allí en la romería, no iría á hablarla; pero si ella asistía con sus amigas, una sola mirada le bastaría para darle á entender que era bien acogida su pretensión; en tanto que si Clara faltaba en Nogalea, ó, aún asistiendo, no miraba de un modo significativo al Indiano, éste sabría ya

que debía desistir de su empeño para siempre.

La conversación de don Ulpiano con Clara, comentábanla, á poco de terminado el chocolate, y apenas empezado el baile que la gente joven había organizado, casi todos los asistentes al bautizo, en tanto que el Indiano hablaba de cosas indiferentes con el padre de Clara, satisfecho, don Ulpiano, de haber desahogado su pecho con aquella declaración hecha á la joven, ansioso de que llegara el día de San Pedro, y bien ajeno de que su secreto más profundo era en aquel momento la causa de casi todas las sonrisas que veía en la mayor parte de las personas reunidas en casa de Gapito.

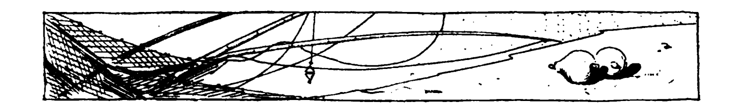
Ya entonces Clara, hallábase bailando la jota con el estudiante de Derecho que antes mirara tan atentamente á don Ulpiano. Otra señorita y una de las mozas, tocaban las panderetas y cantaban. Y el otro estudiante y los demás jovenes todos, y aun algunos viejos, bailaban también, haciendo retemblar la sala de Gapito, y levantando una nube de polvo, que se veía flotar en la atmósfera. Don Serafín, el maestro, paseábase por el largo balcón, comentando, con otro de los señores invitados, la conversación de Clara y el Indiano, y los demás asistentes, excepto la hermana de éste

último, que había marchado inmediatamente después del chocolate, distraíanse viendo el baile, y hablando entre sí animadamente.

De la recién parida, retirada en un cuartito del otro extremo de la casa—una casona enorme, de esas antiguas de la Montaña, medio arruinada,—nadie se acordaba, si no era Gapito, que iba de rato en rato á ver si necesitaba algo.

Pasadas algunas horas—que á todos parecieron cortas, según propias confesiones hechas al Indiano al felicitarle como organizador de la fiesta—se dió por terminado el baile, y empezaron las despedidas, quedando á poco muy escasas personas, de las más amigas del Indiano, hablando con éste. Por fin, todos salieron, incluso don Ulpiano, que marchó hacia su casa, acariciando hermosas esperanzas. Porque es de notar, que hasta Clara—¡pícara Clara!—le había felicitado por la brillantez de la fiesta, y, lo que era más significativo, le había dado las gracias por el placer que á ella había correspondido en la tal fiesta. ¡Habráse visto!...





IX

DISPONÍASE Alberto una de aquellas tardes, al salir de la escuela, á marchar con sus camaradas hacia el centro del pueblo cantando el rosario, según costumbre, cuando don Serafín le detuvo diciéndole:

—Alberto, supongo que no harás ahora gran falta en tu casa, y entonces vamos á ir al río á elegir sitio para hacer el cañal. Ya baja poca agua, y es tiempo de que empecemos á trabajar. Como tenemos que llevar la obra con calma, necesitamos empezarla pronto.

—No, no; na tengo que jacer, y ahora mismu podemos dir, si usted quiere — contestó alegremente el chiquillo, dejando marchar á sus compañeros.

Luego apareció Cilia, comiendo pan y unas rajas de chorizo. Miráronse silenciosos los dos muchachos, y Alberto sintió cierto deseo de tomar algo, pero si primero lo pensara, primero la niña le ofreciera la mitad de su merienda, poniéndose, al hacerlo, extraordinariamente encarnada.

—No, Cilia—díjola su abuelo,—no, hija mía, come tú lo tuyo y ve á decir á Quica que baje la merienda para Alberto.

En efecto, la niña desapareció rápidamente, y á poco volvió á presentarse, seguida de Quica, que entregó al chiquillo un buen pedazo de pan y seis ú ocho rajas de chorizo, cuidadosamente cortadas.

—Toma—dijo á Alberto la criada de don Serafín, — quería abajátelo Ciliuca, ella mesma; pero he queriu abajalo yo, pa decite de pasu que no lo mereces muchu, dempués de lo que me jaces rabiar toos los días. ¡Cudiao me llamo con que güelvas á ensultame ni á jacer burla de mí!... Y ahora que te aproveche.

Después de las palabras de Quicona, escuchadas por Alberto con gran formalidad, pero comiendo con apetito, el maestro preguntó á Cilia si quería ir con ellos al río, á lo que la niña se apresuró á contestar afirmativamente, pudiendo entonces notarse en

ambos chiquillos, aunque permanecieron callados, después de la respuesta de Cilia, una gran alegría. Sólo una mirada se cruzó entre ellos, pero fué una mirada de inteligencia, tan clara, tan explícita, que, en medio de su inocencia, á ninguno de los dos quedó duda alguna respecto á lo que pensaba el otro. No pasaron á escudriñar el por qué de aquella alegría que les causaba ir juntos, ni menos cómo podía ser que adivinara cada uno el contento del otro sólo con mirarse. Pero se entendieron, se entendieron como si tuvieran veinte años, y se admiraron, una vez más, de aquellas cosas tan extrañas que les ocurrían desde hacía unos días.

Don Serafín, que no tuvo necesidad de hacer estas consideraciones, porque ni aún soñaba que entre su nieta y Alberto mediaran tales cosas, cogió á Cilia de una mano, y en medio de la niña y del muchacho, que se puso al otro lado del maestro, emprendió el camino del río lentamente, en tanto que Quicona quedaba á la puerta de la escuela refunfuñando:

—¡Ahora mira, quién dijera que el diantre del vieju está acabando á porrazos con los críos toos los días!

Durante largo rato fueron don Serafín y los dos niños por el camino real. Luego,

cuando llegaron al puente del Pical, punto en que el valle se estrecha, dejando poco más sitio del necesario para el paso de la carretera y el río, bajaron á éste, delante Alberto, y detrás Cilia y su abuelo cogidos de la mano, y en esta forma siguieron andando orilla arriba del río, cuyas escasas aguas apenas podían correr por el centro del ancho cauce.

—Aquí—dijo don Serafín á los pocos momentos—hice yo un cañal, hace ya muchos años, y no me fué mal con él; pero ahora ya ha cambiado algo la dirección de las aguas á causa del muro que han hecho para defender aquel prado, y no me gusta cómo ha quedado esto. Veremos más arriba. Yo creo que no muy lejos de aquí debe haber un sitio bueno.

Después continuaron andando, pero ya no como iban antes, porque el camino se estrechaba, retorciéndose por entre los arbustos, que sólo les permitían pasar de uno en uno. Don Serafín tuvo que dejar atrás á su nieta, á la cual seguía Alberto tan de cerca entonces, que perfectamente podían hablarse al oído los dos niños. Y no sólo podían, sino que así empezaron á hacerlo, en tanto que el maestro, sin notar la escasa atención que prestaban á sus palabras, les contaba los re-

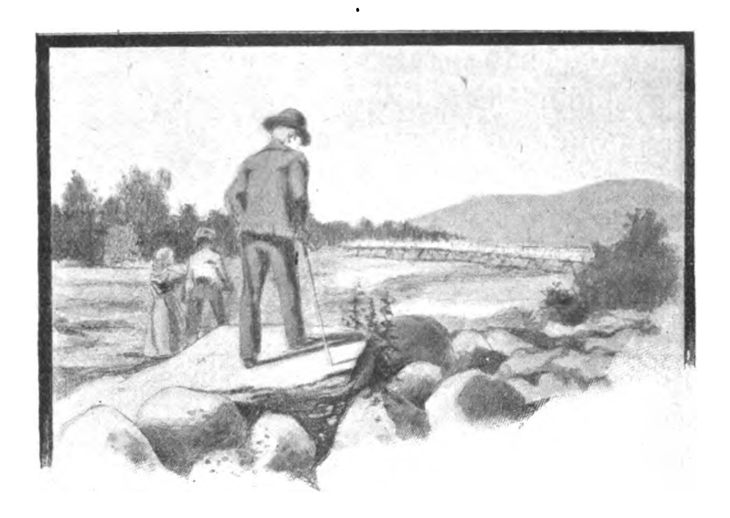
sultados obtenidos con el cañal aquel del sitio por donde acababan de pasar.

Todos los entusiasmos de Alberto por el cañal, con ser tantos, apagábanse, siquiera fuera instantáneamente, ante el placer que sentía hablando con Cilia, y de nada de cuanto decía el maestro se enteraba, mientras que no perdía ni una de las palabras que pronunciaba la niña; la cual también, acaso por primera vez en su vida, y sin darse de ello cuenta, no se fijaba poco ni mucho en la conversación de su abuelo. Y no era que la que los niños sostenían tuviera gran interés, no. ¡Qué conversaciones podrían tener ellos!... Pero ¡qué placer más intenso sentían ambos escuchándose! Cilia andaba, andaba, lentamente, mirando hacia atrás, sin fijarse en el piso, que, afortunadamente, no ofrecía grandes obstáculos. Alberto, más bien al lado de ella que detrás, ni notaba los arañazos que recibía del ramaje, en los sitios en que éste avanzaba más sobre el camino. Y así, muy juntos, hablando en voz baja, mirándose constantemente el uno en los ojos del otro, seguían á don Serafín los dos niños, sintiendo ambos un contento indescriptible, una absoluta felicidad.

Después, al cabo de un rato, salieron todos de entre los arbustos, y salieron tam-

bién Alberto y Cilia de su arrobamiento al tropezar con don Serafín que acababa de detenerse.

—Este me parece que va á ser nuestro sitio—exclamó el maestro, mirando á una y



otra parte para asegurarse de que, en efecto, convenía.—En aquella orilla de allá—continuó — empezaremos la presa, una presa sesgada, que vendrá á rematar aquí en un muro, sobre el cual ha de ir el zarzo. ¿Tú has visto algún cañal, Alberto?... Bueno, pues ya sabes. De todos modos no hace falta explicártelo ahora, ¡que caray!... Va á ser trabajoso hacer la presa. ¡Mira que son unas cuantas brazas! Y que hay que hacerla de piedras gordas, porque si no la primera

riada se la lleva. ¡Hay que ver lo que es el Saja cuando se le hinchan las narices!

Alberto, aunque mirando frecuentemente á Cilia, que no dejaba de corresponder ni á una de esas miradas, atendía ahora ya á don Serafín, y se enteraba de lo que éste decía, sin hacer objeción alguna, y sin pronunciar una palabra.

—Bien, pues por de pronto —añadió don Serafín, dirigiéndose á Alberto —lo que tenemos que hacer es madrugar todos los días para trabajar aquí un par de horas antes de la de entrar en clase, y aprovechar, además, otras dos horas por la tarde. Así, para septiembre, podremos tener terminado el cañal. Acaso necesitemos buscar un hombre y pagarle el jornal algunos días, para que haga, por decirlo así, los cimientos de la presa, que tienen que ser de piedras muy grandes; pero eso corre de mi cuenta... ¡Por supuesto, después que veamos cómo andamos de fuerzas tú y yo, caray, que acaso no estemos de calabaza!... Y ahora vámonos hacia el pueblo, que ya se va haciendo tarde.

Inmediatamente emprendieron el camino de regreso, volviendo por donde habían ido, pero más de prisa que antes, porque, en efecto, la noche avanzaba por momentos, y don Serafín, que no tenía ya bastante con-

fianza en la vista para andar de noche sin farol, quería llegar á casa cuanto antes.

Media hora después llegaron á la puerta de la escuela, despidióse Alberto del maestro, besándole la mano que éste le tendió, dijo adiós á Cilia cariñosamente, y se alejó cantando, en tanto que Quicona recibía á sus amos mal humorada porque tan tarde acudían á cenar.





X

TOCABAN á misa mayor las campanas de la iglesia de Nogalea la mañana de San Pedro, cuando don Ulpiano llegaba á la bolera de aquel pueblo; que es á esa hora, en los días de romería de los pueblos de la Montaña, cuando pueden verse los buenos partidos de bolos, ordenados y entre buenos jugadores, y eso era lo que al Indiano atraía entonces. Misa la había oído ya en Urbina muy temprano, y su cita con Clara—aquella cita de pollo de diez y ocho años—era para por la tarde, aunque no se hubiera precisado así, para la romería.

Sólo, pues, su deseo de ver jugar á los bolos le llevaba á Nogalea tan de mañana,

y decidido á no perder detalle del juego, fué á sentarse en la paredilla de la bolera, hacia el centro de ésta, en el sitio mejor para su objeto, y á la sombra de un añoso nogal que extendía su tupido ramaje sobre más de la mitad del corro, no dejando bajar al suelo ni un rayo de sol.

Dió el Indiano los buenos días, al tiempo de sentarse, á los jugadores, que aun habían madrugado más que él, contestáronle todos, como conocidos que eran, afablemente, y continuaron ellos jugando, y empezó don Ulpiano á saborear aquel su imponderable recreo, que había de entretenerle durante toda la mañana, y de tal modo, que ni siquiera había de permitirle ver pasar por la carretera inmediata, primero en dirección á la iglesia, y después hacia Urbina, un grupo de muchachas, de fijo más interesantes que el juego de bolos.

Cuidóse entonces don Ulpiano del partido, exclusivamente. Pronto averiguó quienes eran los jugadores de cada bando y cual el estado del juego, y después ya, interesado en él, tanto como los propios jugadores, no se cuidó de lo que fuera del corro ocurría. No llevó la cuenta en voz alta, de la marcha del juego, como hacía en Urbina muchas veces, porque ya había contador;

pero don Ulpiano, sin embargo, en voz baja, contó los bolos que «hizo» cada bando, y llevó su cuenta exacta con el bastón, en el polvo del suelo. Y si alguna duda ocurrió á los jugadores, si alguna disputa se suscitó, don Ulpiano fué, en realidad, el juez, pues decidía con más autoridad para los interesados que el mismo contador «oficial». Verdad es que éste, como era, además, el encargado de ir á la taberna en busca del vino que se jugaba, y el escanciador de ello, y uno de los que lo tomaban, en pago de sus servicios, podía sufrir algún error más fácilmente que el Indiano.

Después, por la tarde, cuando llegó don Ulpiano á la romería, de vuelta de Urbina, donde había ido á comer, halló aquélla en todo su apogeo; animadísimo el baile, que ocupaba la mayor parte de la bolera, impidiendo jugar á los bolos; llenas de gente las paredes, y muy concurridas también las inmediaciones, pero le bastó un instante, bastáronle unas miradas dirigidas sobre la muchedumbre desde un pequeño alto que dominaba aquellos sitios, para convencerse de que Clara no estaba allí todavía. Y entonces, lentamente, atravesando por entre la multitud, saludando al pasar á unos y á otros, pero sin detenerse con nadie, fué á sentarse en la

pared de la bolera, en el sitio en que había estado por la mañana, desde el cual se veían perfectamente el baile y algunos de los caminos que á él conducían; por lo menos el que venía de Urbina, que era el que á don Ulpiano interesaba ver, principalmente.

Media hora escasa haría que contemplaba el baile, comentando con las personas que tenía más cerca la animación de la romería, el modo de bailar de cada pareja, el polvo que levantaban los bailadores, el calor tan grande que se sentía y otras mil generalidades, cuando al mirar, como lo había hecho varias veces, al parecer distraídamente, hacia el camino de Urbina, vió acercarse por él un grupo de muchachas, entre las cuales reconoció, desde luego, á Clara, acompañadas por los dos estudiantes que habían asistido al bautizo del hijo de Gapito.

Latió violentamente el corazón del Indiano, se agitó bastante su pulso, y secáronse como por encanto sus labios; pero ni se movió de donde estaba, ni dejó de hablar con las personas con quienes estaba hablando antes, ni decayeron sus esperanzas por ver al estudiante con Clara, antes bien, reforzáronse por de pronto, con el hecho de que ella acudiera á la romería. Ya eso era algo. Lo demás se vería.

Y se vió, efèctivamente. Se vió pronto. Las jovenes de Urbina, acompañadas de los estudiantes, llegaron á la bolera, divisaron sitio donde sentarse delante del Indiano—sin haber visto á éste, por supuesto,—en la pared de enfrente, y allá se fueron, allí se sentaron ellas, quedando de pie á los lados, por no haber hueco para todos, los dos estudiantes.

Tenía delante el Indiano el baile, y sentado, como se hallaba, no podía ver bien á los recién llegados. Unicamente aprovechando las distancias que dejaban los bailadores entre sí, en sus constantes vaivenes, podía él, de rato en rato, ver lo que había al otro lado. Pero era eso tan poco, tan rápidas tenían que ser sus inspecciones, que empezó á pensar en la necesidad de ponerse de pie, sobre la pared en que estaba sentado. Hallaba esto demasiado significativo, y por eso lo pensaba con detenimiento. Otras personas había de pie, no sería él solo; pero él llamaría la atención, sin duda. Pensaría todo el mundo que era muy casual que no se le hubiera ocurrido levantarse, hasta que tuvo delante á unas señoritas á quienes mirar. Y de otro modo no era posible ver nada; no había ni la esperanza de aguardar á que terminara aquel baile, porque los bailadores no se retiraban: terminado un baile

quedábanse allí, en el centro, esperando á que empezara otro, que empezaba en seguida, y siempre tenía el Indiano ante sí aquella muralla de gente.

Por fin se decidió. Era necesario, había que arrostrarlo todo. Temblando de emoción, púsose primero de pie en el suelo, hizo luego un pequeño esfuerzo y se colocó sobre la paradilla, entre las mujeres que estaban de pie también y con los brazos cruzados, sosteniendo las toquillas de verano que colgaban sobre los delantales.

El Indiano, queriendo ocultar la causa de haberse puesto en alto—que temía se la viera en la cara todo el mundo — pareció mirar indiferente á todos lados, menos hacia donde estaban las señoritas de Urbina. Creeríase que sólo por mejor dominar la romería habíase subido allí, y eso decía él, sin que se lo preguntaran, á las personas que tenía á derecha é izquierda.

Sin embargo, quien se hubiera fijado en él, quien le hubiera visto tan profundamente emocionado como estaba, con las manos temblorosas y la boca reseca, y hubiera notado aquel su mirar de reojo á Clara, en medio de la indiferencia que aparentaba, no hubiera tenido duda de que había algo más que el deseo de ver bien la ro-

mería, en el hecho de ponerse en alto don Ulpiano.

Pero si antes se hubiera encaramado en la paredilla, antes hubiera empezado á ver defraudadas sus esperanzas. Al subirse allí, miró y vió perfectamente á Clara, y vió que Clara, como todas las personas que la acompañaban, notó su aparición. Saludólas él, quitándose el sombrero, y le contestaron. Pero verle allí la esquiva muchacha y retirar de él la mirada, fué todo uno, sin que después, en el largo rato que permaneció el Indiano en su observatorio, volviera la joven, ni por casualidad, á mirarle, en tanto que queriendo, sin duda, demostrarle que otro la interesaba más que él, parecía poner por momentos más atención en la conversación que tenía con el estudiante de Derecho.

Bastó esto—y aun sobraba—para que don Ulpiano, poco ó nada ducho en amores, pero hombre, al fin, de criterio claro, comprendiera que todo había terminado, y que no debía volver á pensar en Clara. Y desalentado, entristecido, como quien acaba de sufrir un doloroso desengaño, bajóse de la pared, volvió á sentarse en ella, y se dedicó á mirar el baile, sin cuidarse ya de buscar huecos por entre los bailadores, para ver lo

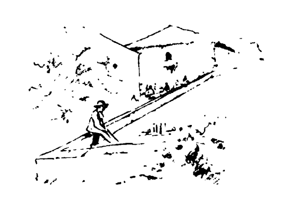
que había al otro lado. ¡Qué le importaba ya!

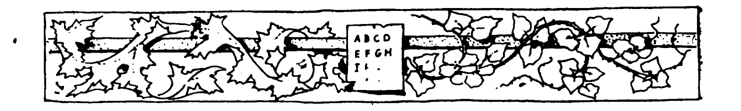
Y allí permaneció toda la tarde silencioso, á ratos mirando el baile, á ratos enredando con el bastón, trazando con él, en el polvo del suelo, letras que luego borraba para hacerlas otra vez, y otra vez borrarlas, pensando siempre, sin querer, en Clara.

Sin moverse de allí, vió acercarse la noche, vió marchar á los jóvenes de Urbina, todas y todos tan alegres, y vió, en fin, el lento desfile de los demás romeros, hasta quedarse él casi solo, sentado en su sitio. Y entonces sintió una tristeza inmensa, sintió un cariño más profundo que el que siempre sintiera por aquel país, y pensó en el próximo viaje, y la *morriña*, «la maldita morriña», como él decía, que había estado como adormecida todo el día, despertó, y despertó rabiosa, mordiendo como un perro en aquel pobre corazón de don Ulpiano.

Realmente, era triste aquel final de romería, aquella transición del día á la noche, de la aglomeración de gente, á la soledad más completa, de la algarabía al silencio. Al Indiano parecíale que antiguamente acababan aquellas romerías menos tristemente, pero en esto se equivocaba. No se fijaba en que la nota alegre que él veía en sus recuer-

dos de otras épocas, la habían dado sus pocos años. En aquellos tiempos, él era de los que se alejaban con otros cuantos chiquillos, cantando alegremente, como lo hacían aquella tarde su sobrino y los camaradas de éste, mientras que ahora se quedaba solo en la bolera, abrumado por sus pensamientos y por la melancolía infinita de un crepúsculo de verano.





XI

CUÁNTAS lágrimas costó la noticia á la hermana del Indiano! No por esperarla hacía ya tiempo fué para ella menos dolorosa.

—Oye, María,—habíala dicho don Ulpiano una de las últimas noches de Julio;—mis negocios de México exigen la presencia mía allí. He recibido últimamente cartas en que se me dice que el amigo á quien lo dejé todo encomendado está cada día peor de su enfermedad, y necesito marcharme. Aunque ya sé que estás decidida á que el muchacho venga conmigo, quiero que lo pienses una vez más. Piensa las ventajas y los inconvenientes del viaje. Piensa que yendo conmigo, y

contando yo con los medios con que cuento allí, podrá hacer un capitalito en pocos años, mientras que aquí, nunca hará nada. Pero piensa también en lo sensibles que han de serte la despedida, y la soledad en que quedas aquí. Piénsalo todo, y resuelve. Solo, es decir, sin mí, no te aconsejaría nunca que lo embarcaras. Conmigo, la cosa cambia completamente, y teniendo esto en cuenta, aunque no quiero pedirte que le embarques, no quiero tampoco ocultarte que debes hacerlo. Al fin, son unos pocos años; tu estás fuerte y sana, y como no necesitas trabajar y puedes cuidarte, no es de temer que te pase nada en ese tiempo. Con que ya me dirás lo que resuelves. Tienes esta noche para pensarlo, porque mañana ha de arreglarse lo necesario para marchar pasado mañana.

Noche triste fué aquella para la pobre viuda, noche de insomnio y de lágrimas. No de dudas, porque ¿qué dudas había de tener ella, ante la opinión de aquel hermano á quien tanto debía? No, no hubo en ella un momento de vacilación. ¿Creía él que debía hacerse? Pues se hacía.

Y así se lo dijo á don Ulpiano con los ojos hinchados de llorar, y llorando más todavía, pero con inquebrantable decisión, al día si-

guiente por la mañana. Después se fué á despertar al chiquillo, abrazándole fuertemente, y besándole con apasionamiento. Alberto sentóse en la cama, asustado ante aquellas demostraciones de cariño, á las cuales no estaba acostumbrado, porque su madre habíale educado con más dureza que ternura, y, enterado de los proyectos de su tío, se apresuró á vestirse para dedicar el día á despedidas. Acercóle su madre el vestidito de los días de fiesta, que había de ser el que llevara para el viaje, púsoselo el muchacho llorando copiosamente—más, entonces, por ver llorar á la viuda que por el propio sentimiento—y salió á poco con su madre al portal, en cuyo cuarto estaba el Indiano, y entró donde éste, enjugándose los ojos, á recibir instrucciones.

—¿Han tocado á misa?—preguntó al muchacho su tío.

—Sí, señor, hace poco tocaron.

—Bueno, pues vete á oirla y á despedirte del señor cura, y luego espérame á la salida en el pórtico.

Durante la misa, Alberto, arrodillado allá alante, en el sitio de los chiquillos, tuvo instantes en que sintió no pocas ganas de llorar, pero la escasa constancia de los sentimientos de los niños, hacía que pronto

pensara en cosas menos tristes, é iba el muchacho conteniendo las lágrimas. Apenábale en aquellos instantes la idea de que tardaría mucho en volver á ver aquella iglesia, aquel altar, aquel púlpito, aquellos bancos, cuanto le rodeaba; apenábale despedirse de todo aquello, y pensaba que acaso no lo volvería á ver; pero luego su atención se fijaba en otras cosas que le suscitaban recuerdos más agradables, pensamientos más alegres.

Terminada la misa, Alberto se despidió del cura y de la iglesia, y salió al portal donde á poco se presentó don Ulpiano, que salía también del templo.

—Mira, ahora—díjole el Indiano, encendiendo un cigarro, y sacudiendo después las rodilleras de los pantalones—dedica el día á despedirte del maestro, de tus compañeros de escuela, de tus tíos de Rante—dos hermanos del padre de Alberto, casados y avecindados en ese pueblo—y de las demás personas á quienes tu debas algún favor ó alguna atención. De don Antero, el padre de Felipe, por ejemplo, de Gapito... En fin, de quien á ti te parezca que debes hacerlo. En casa no haces falta. Puedes ir ahora á Rante, vienes después á comer, y por la tarde te despides de los de aquí, de Urbina. El baúl ya te lo arreglará tu madre.

El chiquillo callaba, y oía atentamente, y observaba que por instantes le iba acudiendo á los ojos un río de lágrimas, con lo que su tío le decía, y viendo aquel portal de la iglesia, aquellos asientos en que ya no volvería á jugar á la «semana», y aquella bolera en que casi había pasado toda su infancia, y aquellos árboles á los cuales había «esquilado» tantas veces, y aquellas callejas retorcidas, y aquellos campos por donde tanto había corrido. Pero á pesar de todo logró contener el llanto, y cuando poco después se separaba del Indiano, y emprendía el camino de Rante, mies arriba, pensaba ya en las cosas que iba á ver en aquel viaje á México, y en la envidia que le tendrían todos los de la escuela cuando volviera, ya mozo, con dinero para comprar las mejores vacas y el toro más peleador que entrara en los puertos de Sejos... ¡Y entonces, entonces haría el cañal con don Serafín! Ya que ahora se marchaba sin haber hecho casi nada—elegir sitio y amontonar un poco de piedra—¡entonces, que sería un hombre y tendría fuerza para mover los cantos más grandes, entonces lo harían!...

Y de don Serafín y el cañal, pasó su pensamiento á Cilia, y al acordarse de ella sintió como un estremecimiento, como una sa-

cudida nerviosa, y notó que el corazón palpitaba después muy fuertemente, como cuando se ha corrido mucho. Y le chocó, le chocó aquello porque entonces no corría, ni había corrido desde el día anterior. ¡Eran muy extrañas aquellas palpitaciones del corazón!... ¿Y qué diría Cilia cuando supiera que él marchaba al día siguiente?... ¡Reconde, y ya no la vería hasta que volviera!... ¡Tanto tiempo!... Pero tampoco vería á don Serafín, y podía irse lo uno por lo otro... O no, porque la verdad era que daba gusto ir á la escuela, por ver á Cilia, á pesar de lo villano que era don Serafín. Porque lo era como él solo, ¡reconde!... ¡Si no fuera por Cilia, y por el cañal!...

A casa de sus tíos llegó el muchacho con estos pensamientos, y los mismos ú otros parecidos tuvo durante el día en su ir y venir de un lado á otro, y poco habían cambiado aún por la noche, cuando se fué á la cama llorando, llena la cara de lágrimas suyas y de su madre; que otra vez, como por la mañana, la pobre viuda, le había abrazado y besado frenética, al colgarle al cuello un escapulario nuevo de la Virgen del Carmen.

***

Al día siguiente, á cosa de las siete de la mañana llegó á la carretera, cerca de la escuela, al empalme del camino del pueblo, un mozo cargado con un gran baúl. Dejóle allí en sitio conveniente, y marchó para volver luego con otro, dejarle también, y repetir el viaje otras dos veces. Cuando llegó la última, empezaban á acudir chiquillos, alumnos de don Serafín, que se iban agrupando al rededor del equipaje, mirándolo con admiración, y hablando entre sí en voz baja.

Después, por el camino del pueblo, á lo lejos, apareció un acompañamiento numeroso, que se acercaba en grupos. En primer término veíase á Alberto, con su amigo Felipe, y otros cuantos chiquillos. Luego iban don Ulpiano, el padre de Felipe y otros señores, los de la tertulia del portal de la taberna. Más atrás asomaban Gapito, los dos tíos de Alberto, los de Rante, y algún labrador más, en traje de día de fiesta. Finalmente, se acercaban varias mujeres, la de Gapito, y algunas más que iban á despedir á los viajeros, y otras que se habían unido á ellas, y que iban á los prados, con sus rastrillos al hombro, pero que aprovechaban la ocasión de presenciar la despedida.

Poco á poco fueron llegando todos, y, á la vez que las últimas, llegó don Serafín con su nieta, por el camino de la escuela.

La madre de Alberto habíase quedado en casa inconsolable, acompañada de dos vecinas, y otras que irían acudiendo, sin duda, á intentar consolarla.

El Indiano llevaba todavía en sus ojos señales evidentes de haber llorado, y Alberto lloraba aún, y no hablaba una palabra. Sus camaradas le acompañaban, pero no le decían nada. Admirados de que «uno de ellos», Alberto, fuera á hacer un viaje tan largo, y, también, emocionados ante aquel espectáculo, le rodeaban, le miraban, y no desplegaban los labios. Parecía como si en un instante hubieran perdido toda la confianza, como si ya aquél no fuera para ellos el Alberto del día anterior.

Cilia fué á engrosar el grupo de los que acompañaban á Alberto, y tampoco la chiquilla se mostró más habladora que las demás. Miró con curiosidad á su amigo, y se quedó pensativa. Alberto la vió, y, entre sollozos, y con voz que apenas se oía:

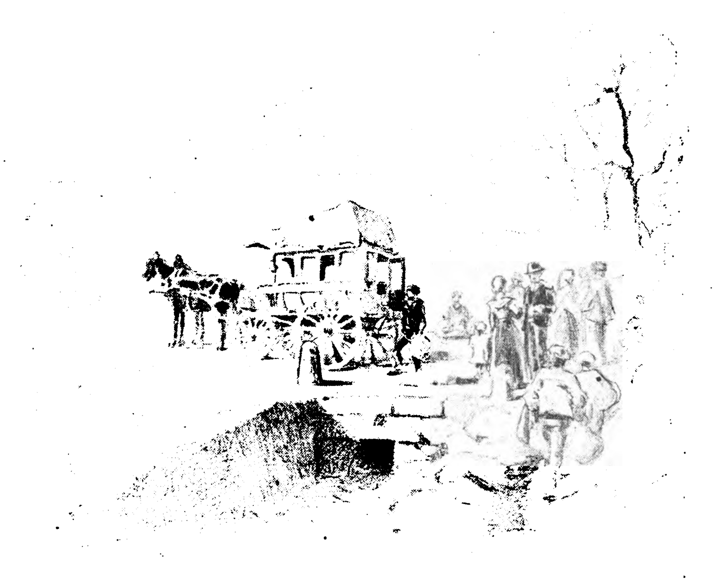
—¡Hola, Cilia!—la dijo.

Don Serafín se acercó, y acarició á Alberto, pasándole por la cara una de sus manos flacas y amarillentas.

—¡Amigo, te vas sin hacer el cañal, caray!—exclamó el maestro.— Y yo ya solo no lo hago. ¡A ver si vuelves pronto, y en-

tonces, entonces si que hemos de hacer uno bueno!

Empezó á oirse el ruido de la diligencia, que apareció seguidamente por allá arriba, por donde Alberto y sus compañeros la veían acercarse otros días, y al llegar donde la



aguardaban se detuvo. El mayoral subió al cupé, descorrió la vaca, y se dispuso á recibir los baules que de abajo se aprestaban á darle.

En tanto empezaron las despedidas. Los sollozos de Alberto aumentaron y arreciaron de un modo desconsolador. Los ojos de su tío se llenaron de lágrimas. Cilia empezó

á llorar amargamente, después del largo rato que llevaba esforzándose en contener las lágrimas. Felipe se abrazó á su amigo, llorando también. Parecía contagioso el llanto, y creyérase que Alberto le propagaba al ir de unos á otros despidiéndose. Hasta el maestro, aquel don Serafín, tan duro para sus discípulos, se hallaba emocionado, y al abrazar á Alberto, le faltó la voz para animarle con dos palabras.

En aquellos momentos apareció Quica, Quicona, corriendo por una callejuela en dirección al coche, con su saya de bayeta encarnada enredándosele en las piernas, su pañuelo de la cabeza cayéndosele hacia atrás, y sus greñas grises, tapándola los ojos. Llegó, y se abalanzó sobre Alberto, y lo abrazó estrechamente, y le dió dos besos sonoros, ruidosísimos, á los cuales correspondió el muchacho. ¿Quién se acordaba entonces de lo pasado?

—¡Too te lo perdono, hijucu míu, tóo lo que me has jechu rabiar—decíale Quica entre sollozos y con aquella su manera de hablar atropellada—y que Dios te dé güena suerte, y jaga que güelvas luego!

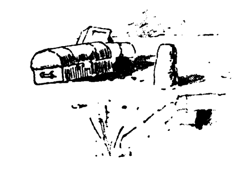
El mayoral, colocado el equipaje en el cupé del coche, y echada nuevamente la vaca, empezó á dar prisa, sentado en su

sitio del pescante. Los caballos pateaban impacientes, y se mordían unos á otros.

El Indiano, con ojos llorosos, acabó de despedirse, y subió al coche. Alberto logró desasirse de Quica y de las demás mujeres, y siguió á su tío.

Cerróse entonces la portezuela del coche, dió una voz el mayoral á los caballos, arrancó un chasquido á la tralla, y la diligencia empezó á rodar lentamente primero, y después con gran velocidad, hasta desaparecer allá abajo, en el primer recodo del camino.

Las personas que habían acompañado á los viajeros, marcharon tristemente impresionadas, las más hacia el pueblo, otras carretera arriba, y don Serafín hacia su escuela, llevando de la mano á Cilia y viéndose rodeado de sus discípulos, algunos de los cuales, entre ellos Felipe, pensaban, mientras se enjugaban los ojos, y con esa tristeza fugaz con que conocen los chiquillos las primeras penas, que no todo era alegría en la vida.





SEGUNDA PARTE

I

Un domingo por la mañana, al salir de misa los habitantes de Urbina, empezó á tocar á concejo la campana pequeña de la iglesia. Alejáronse sin hacer caso las mujeres, dieron principio á sus juegos los chiquillos, corriendo por las inmediaciones, y reuniéronse los hombres al lado de la misma iglesia.

El alcalde de barrio, después de saludar atentamente á sus convecinos, hízoles saber que el jueves de la semana inmediata habría «obra de concejo», con objeto de arreglar los caminos del monte y de hacer algunos otros trabajos necesarios. Y enterados

y conformes los asistentes al acto, dióse éste por terminado, se despidió el alcalde de barrio, y marcharon la mayor parte de los vecinos de Urbina hacia sus respectivas casas, en tanto que otros quedaban allí, comentando las noticias del día, ó las atrasadas si no las había tan nuevas.

Después, el jueves, á las siete de la mañana, se oyó otra vez el mismo toque del domingo, y á poco empezaron á llegar por distintos caminos al portal de la iglesia, donde ya los aguardaba el alcalde de barrio, varios hombres, unos con palas y otros con azadones, y algunas mujeres con azadas y otros útiles de trabajo.

Los que iban llegando buscaban la sombra en el portal, que ya calentaba el sol aquella mañana, una de las primeras de Julio, y disponíanse á aguardar allí á sus convecinos, formando varios grupos.

Transcurrido largo rato sin que apenas llegaran nuevos trabajadores, el alcalde de barrio, «tío Antonino», hombre pequeñito y de genio vivo, empezó á impacientarse. Los demás no se apuraban, porque se hallaban bien allí, á la sombra, y no les disgustaba que el trabajo empezara tarde. Pasados unos minutos más, tío Antonino entreabrió la puerta de la iglesia, para ver la hora

en un reloj que había á un lado del altar mayor, y visto que hubo que eran ya las siete y media, penetró en el templo, trepó por la escalera del campanario y repitió el toque con la campana pequeña. El segundo toque era la señal de partida otras veces. No obstante, el alcalde de barrio, cuando bajó y vió que acudía alguna más gente, tuvo paciencia para aguardar otro rato.

Cuando le pareció que ya estaban todos, ó que faltaban pocos, sacó de uno de los bolsillos de su pantalón un papel arrugado y mugriento, y empezó á «pasar lista», leyendo en aquel papel los nombres de todos los vecinos y medio vecinos (mujeres solas) del pueblo, obligados á asistir á las obras de concejo, pues que los había, los mayores de sesenta años, por ejemplo, que estaban exentos de esa obligación. Leía él un nombre, y el aludido, si estaba, ó quien le representara, un hijo, un criado ó un jornalero buscado al efecto, contestaba «Presente». A la izquierda del nombre, marcaba tío Antonino una cruz, con un lápiz pequeñito y deslustrado que sacó entre colillas de uno de los bolsillos del chaleco. Luego continuaba pasando lista.

Al terminar vió que faltaban seis vecinos, y entonces dirigió la palabra á los presentes.

—Bueno, señores—empezó diciendo, mordiendo el lápiz y arrugando el papel distraidamente,—los que faltan son... (aquí los nombres) que paez que les gusta más pagar la multa que asistir á la obra, porque ya no es esta la primera vez que faltan... ¡Pos la pagarán, de eso yo me encargo! A seis reales cada unu son treinta y seis reales; lo bastante pa tomar toos nosotros un vasu esta tarde, cuando dejemos el trabaju, según es costumbre.

—A mí me paez que debieran pagar más de seis reales—opina Gapito, gran amigo de hablar en el concejo, y más desde que es compadre del Indiano—porque el que hubiera díu hoy á buscar un carru de leña pa vendela, se hubiera ganau once reales, pagaba con seis la multa, y toavía le quedaban cinco.

—Como multa es jartu con seis reales—opina otro que ha pagado varias, y que piensa sin duda pagar más, por poner en práctica la combinación indicada por Gapito.—La multa no es pa obligar á naide, ni debe serlo. Es una miaja de castigu, pero na más. A las obras de concejo ha de irse por voluntá propia, no á la juerza, porque á mí, si me obligan á dir, con no dar una azadoná en too el día, estoy espachau.

—No, es que á Gapito, como tien un hiju mozu—indica otro aludiendo á «¿Cómo se llama ésta?»—no le importa que le obliguen á dir á la obra, porque con dir él, y mandar el hiju á por el carru de leña, tien arreglá la cosa. A él le convien que la multa sea grande pa que los demás no faltemos á la obra. ¡Ya mos conocemos tóos, hombre!..

—Bueno, bueno, señores, basta de disputas; pa estarnos aquí parlando, no merecía la pena de habernos reuniu—dice el alcalde de barrio.—A trabajar. A ver, las mujeres: vosotras tenéis que limpiar la riguera—un arroyo que pasaba por medio de Urbina—pa que pueda correr bien el agua por ella, y después vais á limpiar de piedras too el camino desde la carretera hasta la iglesia, y desde la iglesia hasta la salida del pueblo por esta otra punta. Con eso ya tenéis pa todo el día, que sois pocas. Nosotros, los hombres, andando al camino del monte.

Y en efecto, obedientes todos á las órdenes de tío Antonino, siguiéronle los hombres cargados con sus herramientas, y fuéronse con las suyas las mujeres al punto por donde entraba en el pueblo la reguera, para empezar allí á limpiar el cauce.

Entre las mujeres iba María, la madre de Alberto. Gracias á la pensión que la pasaba

su hermano, podía, perfectamente, la viuda, prescindir de ir á las obras de concejo, bien pagando la multa, que sólo hubiera sido de tres reales, por tratarse de un «medio vecino», ó bien buscando á jornal una mujer que fuera en su lugar. Pero tenía para María—Mariona, como solían llamarla, por su aspecto hombruno, — demasiados atractivos pasar un día, todo un día, con ocho ó diez mujeres más, trabajando y hablando, para que renunciara á hacerlo. Además, acostumbrada á ser pobre y á trabajar durante toda la vida, fuerte, todavía, y ágil para el trabajo, hubiera sentido hasta vergüenza, si hubiera pagado un real siquiera por cosa que ella pudiera hacer. Sólo para que la ayudaran á hacer algunas de las labores de sus tierras y la recolección de la yerba de sus prados, buscaba algunas obreras, y, entonces, porque casi siempre el tiempo apremiaba, y ella sola, por mucho que trabajara, no podía terminar cuando convenía.

A pesar de los deseos de su hermano, que hubiera querido apartarla del trabajo del campo, ella limpiaba de rastrojos sus tierras, y ella las abonaba, y las araba, para lo cual le prestaba los bueyes uno de sus cuñados de Rante. Ya después, para sembrar,

y más tarde para sallar y resallar, buscaba obreras, pero á buen seguro que ninguna de ellas la dejara atrás en esos trabajos.

Ni por casualidad había dejado de asistir á una obra de concejo, y cuando por caridad iban los vecinos un día, á trabajar en las tierras ó en los prados de algún labrador pobre y enfermo que no hubiera podido hacer sus labores, Mariona estaba la primera. Tenía el «vicio» del trabajo aquella mujer, por extraño que parezca, pero del trabajo del campo, más propio de hombres que de mujeres.

Por otra parte, gozaba lo indecible hablando con las demás mujeres del pueblo; pero así, trabajando á la vez, en una obra de concejo, en el sallo ó resallo de una tierra, ó en la recolección de la yerba de un prado. Los deshojos, en el tiempo de ellos, la atraían también con gran fuerza, pero no con tanta, sin embargo, como esos otros trabajos, porque el de los deshojos le parecía insignificante, y á ella la agradaba más el verdadero trabajo del labrador, trabajo de ejercicio, duro, fuerte. Por hablar solamente—y esto era lo más raro—no daba dos pasos. Su gusto, su pasión, era hablar, sí, pero trabajando, trabajando incansable, como poseída de un verdadero vértigo. ¡Oh,

cuánto gozaba ella en el verano en un prado, dando vuelta á la yerba para secarla, y á la vez hablando á voces, para ser oída de sus compañeras, diseminadas por toda la finca!

Al Indiano le hubiera agradado que su hermana desechara esos gustos, poco en harmonía con la posición que él ocupaba entre el «señorío» del valle, pero como no era orgulloso, no se avergonzaba de verla, ni de que la vieran en aquellas faenas, y transigía sin esfuerzo, comprendiendo que obligarla á dejarlas, sería hacerla infeliz. Ella también, por su parte, cuando le había tenido en casa, había procurado salir poco al trabajo del campo, para mejor cuidarle y conseguir que nada le faltara, con lo cual don Ulpiano no tenía por qué quejarse.

Desde la iglesia al punto en que debían empezar á limpiar el cauce de la reguera, fueron ya hablando las mujeres animadamente, según cumplía á su sexo. Tan sólo Mariona se mostraba poco comunicativa, sin duda esperando á estarlo luego, cuando el trabajo empezara. Unicamente para defender á Gapito de los ataques que la dirigían algunas por su afán de echar «su cuarto á espadas» en todos los concejos, tomó la palabra María, durante el camino.

—No tenéis razón pa criticarle—había dicho la hermana del Indiano—porque, al fin, tienla él en lo que diz. El que no vien á la obra, debe pagar lo menos diez ó doce reales.

Las otras, que veían alguna superioridad en Mariona, aunque no fuera más que por ser hermana del Indiano, tuvieron á bien no contestarla, y empezar á hablar de otras cosas que no suscitaran discusiones.

Cuando llegaron al punto en que debían dar comienzo los trabajos, casi todas las trabajadoras se sentaron. En las obras de concejo el que trabaja se engaña. Es decir, realmente se engañan todos trabajando poco, porque para sí trabajan, pero la teoría de los más es aquella otra.

Mariona, que no podía estar holgando, empezó á trabajar y á increpar á las que no lo hacían.

—Luego vos cansastis—decíales.—Lo que es así no limpiamos hoy la riguera, y menos el camino. Pa eso en casa vos podíais haber estau y á la mía me iré yo, si no ponéis mejor traza.

Indudablemente dominaba á sus compañeras, porque éstas se levantaron silenciosas y empezaron á trabajar denodadamente. Colocadas en fila, á lo largo del arroyo,

como el cauce de éste era estrecho y poco profundo, pronto se vió limpio un buen trecho de él.

Empezaban las conversaciones, que poco á poco se iban animando. Mariona hallábase entonces en sus glorias y con la misma disposición movía la lengua, que la azada con que sacaba el cieno y las piedras del cauce.

—¿Y de Alberto tienes buenas noticias, María?—preguntóle una.

¡Y tan buenas como las tenía! Precisamente era aquella pregunta la que esperaba la hermana del Indiano, para tomar la palabra por un rato, y hacer públicas sus alegrías.

—Muy güenas, hija, las tengo, gracias á Dios. Tres ó cuatro días hace que recibí la última carta de mi hermanu, y dígote que es gorda lo contentu que está del muchachu.

Y con gran lujo de detalles, que hacían interminable la relación—una relación voceada, casi cantada al compás del ruido que producían las herramientas al chocar con las piedras—contó Mariona cuanto su hermano la decía, unas veces alegre, otras enternecida, según fuera la impresión que la había hecho cada párrafo de la carta.

Alberto era una maravilla, según decía

su madre por referencias del Indiano. Era listo como pocos, formal como ninguno, y como trabajador, no podía pedírsele más. Bien tenía, esto último, de quien sacarlo. (Eso lo pensaban cuantas escuchaban á Mariona).

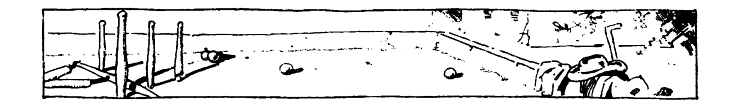
Además de esas buenas condiciones, tenía el muchacho una letra que era un encanto, según su tío, y una facilidad para las cuentas, que asombraba. En fin, que Alberto, si Dios le daba salud, haría pronto una fortuna.

Para llegar á esta conclusión, tal arte se dió Mariona, con tal parsimonia y con tales detalles hizo la relación, que la limpieza de la reguera estaba terminada, y las campanas de la iglesia tocaban á medio-día. Es verdad que las que la habían escuchado, habíanla interrumpido á cada momento con mil y mil preguntas á cual más extrañas, como de quienes no conocían otro mundo que aquel riconcito en que vivían. Pero el caso era que la conversación acerca de Alberto había durado toda la mañana y aun quedaba tela cortada de la misma clase para por la tarde.

Después de comer, á las tres, previo el obligado toque á concejo, se repitió en el portal de la iglesia la escena de por la

mañana, con pequeñas variantes. Nuevamente se pasó lista, que dió el mismo resultado que la anterior, y por orden del alcalde de barrio fuéronse los hombres á terminar el arreglo del camino del monte, y las mujeres á empezar á limpiar el del pueblo; y al atardecer, terminados los trabajos de unos y otras, reuniéronse todos en el centro de Urbina, llevó de la taberna tío Antonino unos cuartillos de vino tinto, tomó de ellos quien lo quiso, y disolvióse, ya de noche, la reunión, marchando en grupos por distintos sitios los que la formaban: los hombres ponderando lo que cada uno había trabajado, y las mujeres envidiando la suerte que iba á tener Mariona con su hijo, y llevando cada cual á su barrio las noticias que del muchacho habían aprendido, noticias que al día siguiente habían de constituir la conversación de todo el pueblo, y más tarde la de todo el valle, de tal modo aumentadas por momentos, que si al tercer día las oyera la misma Mariona, difícilmente había de poder reconocerlas.





II

Carta de Alberto á Don Serafín.

México 29 de Julio de 18...

Mi respetable y querido maestro: cuatro años hace hoy que salí de mi inolvidable Urbina, y en todo ese tiempo, bien puedo asegurarlo, ni un día he dejado de acordarme de usted, primero con menos cariño del que le debía, ciertamente, porque estaban aún recientes los castigos de usted recibidos, y no puede pedirse á un niño la reflexión del hombre; pero después con verdadero afecto, y con agradecimiento verdadero. Con odio, jamás pensé en usted desde que vine, porque si alguno sentía cuando iba á su escue-

la, desapareció en absoluto cuando le vi con los ojos llenos de lágrimas, al decirme adiós, aquella mañana de mi partida; que no se me ocultó que quien así la sentía, no podía quererme mal, ni era merecedor de ingratitudes.

Tiempo hace ya que vengo pensando escribir á usted, mi querido don Serafín, porque como una obligación consideraba el hacerlo, pero no era mi fuerte la «conversación epistolar», y una conversación quería yo que fuera mi carta, y por eso de un día para otro lo he ido dejando, hasta pasar un mes, y otro, y un año, y varios; en la confianza, eso sí, de que no pensaría usted que le tenía olvidado, porque ni una vez he escrito á mi madre, que no la haya encargado dar mis recuerdos á usted, y á su nieta Cilia. Ella también, mi madre, tendrá á usted al corriente de cuanto me ha ocurrido desde que llegué aquí, porque, aunque todo ello ha sido de escasísima



importancia, nada he dejado de contarla, y tiempo la habrá faltado, al recibir cada carta mía, para ir á publicar mis noticias y sus alegrías, tan naturales. ¡Pobre madre mía!...

Últimamente, hace unos meses, mi tío, satisfecho de mi comportamiento, me pasó del mostrador de una de sus tiendas al escritorio suyo, en el cual vengo despachando la correspondencia, al principio con alguna dificultad, pero ahora ya á su satisfacción, según me ha dicho. Y gracias á eso, á la práctica adquirida en ese trabajo, me he creído ya *con fuerzas* para escribir á usted, si no con la corrección que exige la gramática, con la suficiente para que el maestro no se avergüence de su discípulo.

Y usted, don Serafín, ¿qué tal, cómo se encuentra? Y Cilia, ¿ha crecido mucho, está buena? ¿Y Quicona? No la diga usted que la llamo Quicona al hablar de ella, que bastante la he desesperado llamándoselo otras veces. Pero es que me parecería que hablaba de otra persona si dijera Quica. ¡Cuánto la hemos hecho sufrir! Hasta el punto de acostumbrarla á nuestros insultos y travesuras, que, últimamente, yo creo que ya la divertían. Usted no sabe todo lo malos que éramos para ella, y todo lo buena que era ella para nosotros. ¡Pobre Quicona!

¡Cuánto me he acordado de su escuela, don Serafín, en estos cuatro años!... ¿Pero de qué no me habré acordado de cuanto dejé en Urbina? ¿De qué no me acordaré en este momento? Quisiera poder decírselo todo de una vez, todo lo que pienso y todo lo que siento; pero no puede ser, si no es escribiendo el nombre del pueblo querido: «Urbina», porque del pueblo entero es de lo que me acuerdo, y la nostalgia de él es lo que siento. ¡Urbina, Urbina! ¡Qué bien comprendo ahora aquellos entusiasmos de mi tío por ese país, por todas las cosas de ahí, por esos puertos de Sejos y Palombera, que tan impasible veía yo cuando con él los visitaba! Diera ahora media vida por estar en aquellas alturas, contemplando aquellos paisajes sin igual y adivinando, más que viendo, allá abajo, ese valle de mis amores.

La escuela de usted la tengo tan presente en la memoria, y creo que en el corazón, á pesar de los malos ratos que pasé en ella, que si supiera pintar, pintarla podría sin olvidar detalle alguno. Es verdad que yo la pintaría con los muchachos que iban á ella hace cuatro años, y ahora ya luchará usted con otros nuevos *Teresu*, el de Gapito, habrá sustituído á su hermano «¿Cómo se llama ésta?»: á Felipe, el de don Antero, su her-

mano Pedrín; Santucos, el de Logio, aquel de las piernas torcidas, á su primo Mingo, el que decía un día que había comido *gechozos.* Cilia ya no asistirá á clase, será una moza; Pilar, aquella que jugaba y andaba siempre con los chiquillos, «Marimacho», como la llamábamos, habrá dejado ya los bolos por la aguja... Si tiene usted algún rato de humor cualquier día, cuénteme algo de su escuela, don Serafín. Mi madre me da muchas noticias, pero de la escuela no puede dármelas nadie tan completas y de mi gusto, como las que usted puede darme.

Me parece un sueño todo lo ocurrido en estos cuatro años, y á veces, todavía, espero despertar y encontrarme ahí, niño como era entonces, bañándome con mis camaradas en el cauce de los molinos, continuando aquella vida, jugando á las nueces en Septiembre, al *cache* en Noviembre y á la peonza por Navidad; «apedreando» con los chiquillos de Nogalea por Carnaval, pidiendo más tarde las «marzas», jugando á los alfileres en aquellas tardes, casi siempre lluviosas, de Semana Santa, y comiendo, «el día de las cerezas», las de la huerta de usted.

¡Y el cañal, don Serafín! Mi madre me ha dicho que usted no ha vuelto á tocar *las obras* que interrumpió mi viaje. ¡Los deseos

que yo tenía de hacer el cañal! No pasaré ahí un verano sin hacerle, si Dios me da salud.

Usted, que no ha salido nunca de ahí, no comprenderá estos deseos míos y este cariño tan grande á esas cosas, y hallará hasta ridícula esta carta. ¡Pero si supiera lo que es estar tan lejos!... Mi tío y yo, excepto cuando estamos en el escritorio, que entonces somos principal y dependiente nada más, no hablamos de otra cosa. «¿Qué harán ahora en Urbina?» «¿Cómo estará allí el tiempo?» Los días de fiesta, especialmente. Como si fuera ayer cuando salimos de ahí. «Ahora estarán en misa». Más tarde: «¡Qué juego de bolos habrá ahora!...» Y noches hay en que paseándonos los dos por sitios en que hay poca gente, mi tío me manda cantar algo de «allá»—«allá», para nosotros, es Urbina, es Nogalea, es esa Montaña tan querida—y yo canto, canto aquel són que se oía por ahí hace cuatro años, aquel cuyo estribillo era:

Dime si vas á la fuente,
dime si vas al molino,
dime si vas á lavar,
que á lavar iré contigo.

Yo lo canto regularmente, como se canta

ahí, que no he aprendido más. Ya recordará usted como cantaba las flores en Mayo, y el rosario á la salida de la escuela, desafinando bastante. Pues, sin embargo, mi tío se entusiasma, y veces ha habido, en que él ha echado también «su cuarto á espadas», cantando la segunda parte:

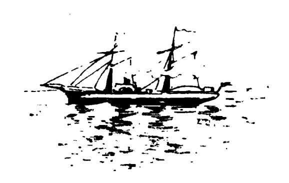
Niña, si vas á la fuente,
ten cuidado con la herrada,
no se te llene de arena
en lo que pelas la pava.

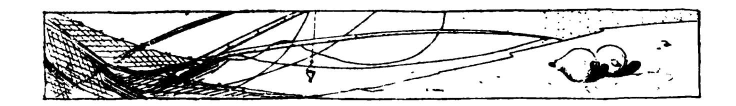
En fin, una locura, don Serafín, una locura. ¡Pero bendita locura la de querer con toda el alma el país en que se nació!

Y ahora voy á dar fin á esta carta, que va resultando ya demasiado larga. Alguna otra le escribiré, pero ha de contarme usted algo de ahí.

Mi tío me encarga que salude á usted en su nombre, y yo le ruego que dé mis recuerdos á Cilia y á Quicona, quedando de usted sumiso discípulo, que le quiere y le besa la mano,

ALBERTO.





III

De Don Serafín á Alberto.

Urbina 1.° de Octubre de 18...

Mi querido Alberto: ya ves que, aunque no á vuelta de correo, como tú, acaso, hubieras deseado, te contesto pronto, ó, por lo menos, empiezo pronto á contestarte. Acabar, no sé cuándo acabaré, porque quisiera que esta carta fuera tan larga como la tuya, y no podré escribirla en un día, que yo ya, aunque, como ves, conservo mi no maleja letra española (modestia aparte), escribo cada día más despacio, porque cada día, amigo, pesan más los años, y más difícil se me hace dominar este pícaro pulso,

empeñado en llevar la pluma por fuera de las líneas del papel.

¡Cuánta alegría nos ha dado tu carta á mi nieta y á mí, y aun á Quica, á pesar de haberla leído lo que de ella dices, tal como lo escribiste, llamándola Quicona!

Aunque, efectivamente, tu madre me daba con frecuencia recuerdos tuyos, viendo que tú no me escribías en tanto tiempo como pasaba, llegué á pensar (perdóname el mal juicio) que no te acordabas de mí, y que ella procuraba suplir tu falta. Figúrate, pues, lo que tu carta me alegraría; tu carta que, si se hizo esperar mucho, en cambio puedo asegurarte que supera por lo afectuosa, á cuantas he recibido de otros muchos discípulos míos que han dejado mi escuela para irse por esos mundos. Porque yo seré muy villano, como dicen, para los chiquillos; los majaré á golpes cuando no estudian, ó cuando me hacen una trastada en plena clase, pero el caso es que cuando ellos llegan á edad de discurrir, no quieren mal á don Serafín, con orgullo lo digo. Pues nada quiero decir de la enseñanza, porque no debe ponderar uno su propia obra, pero ahí estás tú, ¡caray!, tú mismo, Alberto, que no desacreditas á tu maestro. Véase tu carta, véase esa letra que tienes, que es la

misma que sacaste de aquí, sólo que más perfeccionada por la práctica, y díganme si es manco el maestro que saca tales formas de letra, ¡caray!

Pues sí, tu carta me llenó de satisfacción, y puedo decirte que ha sido la primera que he leído á mi Cilia, y la primera que he leído en la tertulia del portal de la taberna, donde todos los que estaban presentes, la celebraron, y aplaudieron tu cariño á este país; que ellos como yo piensan que no es honrado quien no ama á su patria, y no la ama quien no ama á su país. Al fin, el cariño al pueblo, es el lazo que nos une á la patria, es, por decirlo así, de donde nace el patriotismo. Hablando de esto en la tertulia, después de leer tu carta, el padre de Felipe, don Antero, que es un hombre que ha leído mucho y que habla muy bien, nos dijo lo que él pensaba de eso. Decía él que, como al caer una piedra en el agua, las ondas que se producen van prolongándose hasta las orillas, así el amor que se tiene á la casa en que se nació, se prolonga al confín del barrio en que la casa se halla, y á los límites del pueblo, y á los de la provincia, y á los de la nación; y, como llegan con más fuerza á las orillas del pozo, las ondas producidas, según haya sido mayor el impulso

dado á la piedra que las produjera, así es más grande, más profundo el amor á la nación, según sea más profundo, más grande el que se tenga á la casa en que se nació. ¡Y es verdad, que caray! Yo comprendo que es verdad, y aunque no haya salido de aquí, no dejo de comprender tus gustos y tus deseos. Y lo mismo que yo piensa mi Cilia, que ya es una mujer, y sabe discurrir, y sabe sentir, sí señor.

Y ahora, Alberto, lo dejo para continuar mañana, porque es la hora de tomar las lecciones á esta *tropa;* á esta tropa ¡que es mucha tropa! Ya te contaré, ya, la gente con que tengo que habérmelas ahora. ¡Qué diablos!

Día 2.

Ya sabrás que Felipe, tu amigo, salió de la escuela á poco de marchar tú, para ir al Colegio de Villacarriedo, á estudiar allí el bachillerato. Después dicen que irá á Madrid á seguir una carrera. No sé cuál estudiará, pero en cualquiera llegará á distinguirse, porque es un muchacho listo. No tiene nada de trabajador, pero ya le hará su padre coger apego á los libros.

«¿Cómo se llama ésta?» sigue tan cerrado como era. No hubo posibilidad de hacerle

aprender nada. De mi escuela salió, al cabo de más de seis años de haber empezado á asistir á ella, como el primer día que vino. Cabezas duras he visto, pero como la de ese, no he conocido otra. Su hermano *Teresu*, que, en efecto, viene ya á la escuela, aunque todavía es muy pequeño, parece más despejado.

En cambio Pedrín, el hermano de Felipe, no es ni sombra de tu amigo, y raro es el día que no tengo que darle una tunda buena. Es torpe, desaplicado y travieso. No se puede pedir más.

En general, tengo ahora peor gente que cuando tú venías. De los de entonces me quedan pocos. Los más andáis ya por esos mundos, unos en Andalucía, otros en América. Sólo los que tú dejaste pequeñitos, los que empezaban, siguen viniendo con los nuevos. Y todos son de la piel del diablo. Mientras están delante de mí, menos mal; pero en cuanto vuelvo la espalda, son como potros sin domar. En plena clase, y estando yo paseando por el portal, saben abandonar todos sus sitios y ponerse á jugar al «garbancito». Y eso que los majo, Alberto, los majo de verdad cada vez que me hacen alguna así. Pero no basta.

Entre todos ellos no he encontrado uno

de quien fiarme para hacerle mi compañero y trabajar en el cañal. Por eso no he hecho nada en él, y allí está el sitio esperando á que tú vuelvas. El sitio, ¿oyes? que la piedra que habíamos juntado ya se la llevó el río.

Ya me parece que poco tiempo tendré que pelear con esta gente. Si no vienes pronto creo que cuando lo hagas no encontrarás la escuela de don Serafín. Dicen que unos señores que murieron en Rante, hace algunos años, dejaron su fortuna para hacer y sostener en aquel pueblo un Colegio de Hermanas de la Caridad para niñas, y otro de Hermanos de la Doctrina Cristiana para niños, á los cuales colegios irán los chiquillos de todo el valle. Hasta ahora había dificultades para realizar esa manda; pero parece que ya se han vencido, y pronto empezarán á edificar los colegios. No sé, eso se dice. Y se dice también que en ellos se enseñará sin pegar á los niños, lo cual me parece algo más difícil que todo lo demás. Sacar las formas de letra que han salido de mi escuela, sin tocar á los discípulos, y enseñarles á escribir al dictado tan bien como aquí aprenden, sin darles una tunda cada día, y tenerlos quietos en clase, y llegar á verlos hacer las cuatro reglas... Me parece que «están

verdes», ¿eh, Alberto? ¿No crees tú lo mismo? ¡No hay más que enseñar, caray!...

Mi Cilia ya no asiste á clase. Después que dejó de asistir como discípula, bajaba algunas veces á ayudarme, tomando la lección á las niñas; pero no valía para maestra. No valía, porque era demasiado buena. A ella tanto se la daba que supieran las lecciones, como que no las supieran. Con un par de besos á cada discípula, lo arreglaba todo. Ese era el premio que daba á las aplicadas, y el *castigo* que imponía á las que no miraban los libros. ¡Ah, es una alhaja mi Ciliuca, Alberto, una alhaja! No es pasión de abuelo, no, es la verdad. Todo el que la conoce lo dice, y no hay en el pueblo persona que mal la quiera. Ya es una moza, no pienses que es aquella Ciliuca que tú dejaste. Es una moza, ¡y una real moza, caray!... Es mi única ilusión mi nietuca, Alberto. Tú ya sabes cómo la quería yo ¿verdad? Pues aún la quiero más, y más todavía cada día que pasa, porque cada día se hace ella querer más. Me da pena pensar que pueda la muerte separarme de ella cualquier día. Cualquier día, sí, porque ya tengo muchos años, y he trabajado mucho durante toda mi vida. Y no creas que tengo esos temores por los que me pueda inspirar la idea de de-

jarla sola, no. Tengo tal confianza en ella, que estoy seguro de que para nada he de hacerle falta. Sentirá mucho mi muerte, la pobre, mucho, pero se bastará y se sobrará ella para todo. No por eso, no. Sino por separarme de ella, lo temo. Habrá algo, mucho, de egoísmo en estos temores, y quizá, quizá de otra cosa; pero ¡caray! es la verdad, Alberto, no lo puedo remediar.

Todo lo demás de que me hablas sigue, con pequeñas diferencias, como lo dejaste. Como decíais vosotros, y dicen los chiquillos de ahora cuando alguno no quiere tomar parte con los demás en un juego, «por un garbanzo no se descompone un puchero». Te fuiste tú y los demás siguieron con sus costumbres y sus cosas, y cada uno que se fué después dejó un hueco, que otro vino á llenar en seguida, y nada se descompuso. ¡La vida es así, caray!

Y ahora que te he escrito, no tanto, sino más que tú á mí, dejo la pluma, que ya me ha rendido la mano, para ver qué hace esta gente.

A tu tío y mi buen amigo don Ulpiano, dale mis recuerdos, y recíbelos tú de Quica. Cilia te pondrá dos letras á continuación.

Te quiere de verdad tu maestro

SERAFÍN PÉREZ.

Alberto: mi abuelo quiere que yo misma te dé las gracias por lo que de mí te acuerdas. Yo ya creía que al cabo de tanto tiempo, y estando tan lejos, no pensarías en tus condiscípulos, y menos en mí; pero ya veo que sabes corresponder al afecto que te tenemos todos, y especialmente

CECILIA.





IV

PIDIERON permiso á don Serafín sus alumnos aquella tarde para quedarse en el camino real, á la salida de la escuela, en vez de marchar, como los demás días, cantando el rosario, hacia el centro del pueblo, y el maestro se lo concedió por tratarse de un caso excepcional, verdaderamente extraordinario, cual era la llegada del Indiano y su sobrino, á quienes los chiquillos deseaban esperar en la carretera.

Sí, llegaban aquella tarde don Ulpiano y Alberto. La noticia era pública en todo el valle. Mariona la había dado á conocer, medio alegre medio compungida, á sus compañeras de trabajo, mientras recogían la

«toñada» de un prado, y ellas se habían encargado de hacerla saber á todo el mundo, con todos sus detalles, y aun algunos más, como era de rigor en tales casos.

Alberto, que había crecido poco en los primeros cinco años de su estancia en México, había dado después «un estirón» enorme, según su madre. Tras de aquel crecimiento, tan poco natural, en tiempo muy limitado y cuando ya era un hombre, el sobrino del Indiano había enflaquecido de un modo alarmante, ofreciendo el aspecto de un enfermo del pecho. Quitóle de trabajar al principio su tío, le obligó á cuidarse y á hacer una vida higiénica y reparadora, pero todo había sido en vano.

Entonces don Ulpiano pensó mandarle á Urbina, é iba á hacerlo ya, cuando se decidió á acompañarle. Pensó lo sensible que iba á serle quedarse allí solo, lo expuesto que estaba, á su edad, á ponerse enfermo cualquier día, á verse asistido por extraños, tan lejos de su familia, y se decidió. En poco tiempo realizó todos sus negocios, y en la segunda quincena de Agosto emprendió el viaje para España con su sobrino, despidiéndose para siempre de aquel país en que había pasado casi toda la vida.

Alberto no había podido hacer grandes

ahorros. Los hubiera hecho en pocos años más que permaneciera en México, porque al marchar se hallaba en condiciones ventajosísimas para ello, tanto por los conocimientos adquiridos en el tiempo pasado allí, cuanto por las relaciones que tenía ya y el buen concepto que merecía á los principales comerciantes. Pero ya no había que pensar en eso. Don Ulpiano marchaba con el propósito de no volver, y de que no volviera tampoco su sobrino. El tenía una regular fortuna, aumentada considerablemente en aquellos últimos años, y podía retirar de ella lo necesario para establecer en la Península á su sobrino, una vez que éste se fortaleciera y se pusiera en condiciones de trabajar. Eso en el supuesto de que él, don Ulpiano, se creara en Urbina una familia, que de no hacerlo, allí tenía su sobrino todo su capital, entonces no necesitaría trabajar.

Cuando los discípulos de don Serafín se vieron fuera de la escuela, una gritería infernal atronó aquel barrio, momentos antes silencioso y tranquilo.

Algunos dirigiéronse hacia el interior del pueblo, á pesar de lo dicho á don Serafín, y otros, los más, fuéronse carretera abajo á encontrar el coche; pero pronto se detuvieron en su marcha los últimos, para empezar

«á pedradas» con las ramas de unos nogales que les ofrecían abundante fruto.

En los montones de grava que había á los lados del camino, llenaban de piedras los bolsillos, y después, puestos en fila ante los árboles, empezaban el «ataque». Las nueces caían en abundancia, unas envueltas en sus verdes capas, y otras descascaradas ya, según estaban de maduras; pero los asaltantes no se acercaban á cogerlas y continuaban lanzando piedras á los árboles.



Cuando vieron el suelo cubierto de hojas y de nueces, ni más ni menos que si se acabaran de «sacudir» los nogales, uno de los chiquillos dió la voz de «alto», cesó la pedrea, y empezó la «recolección», buscando todos cuidadosamente entre las piedras y los yerbajos. Cuantas nueces hallaban, las depositaban en dos ó tres boinas colocadas

al efecto en el suelo, y cuando acabaron de apañarlas, dióse principio al reparto. Se colocaron en fila todos, nuevamente, en la carretera, y uno de los mayores empezó á dar cuatro nueces á cada chiquillo, guardando él otras cuatro en uno de los bolsillos de su pantalón. Terminada la primera vuelta, empezó la segunda, dando y guardando siempre el repartidor las nueces de cuatro en cuatro, hasta que quedaron vacías las boinas que se habían llenado. Como al final quedaban hasta seis ú ocho nueces «de pico», esto es, que no alcanzaban para ser repartidas entre todos, el repartidor las guardó para sí, sin duda por no desmentir el adagio.

Entre las nueces repartidas había muchas, de las que tocaron algunas á todos, que por estar demasiado verdes no descortezaban, no «cucaban», según decían los chiquillos, y éstos se acercaron al río para quitarles las cáscaras, desgastándolas en fuerza de sobarlas contra las piedras.

Esa operación tiene siempre para los chiquillos el grave inconveniente de ensuciar las manos de «marcia», cuya mancha tarda bastante en desaparecer, inconveniente que era más grave que para otros, para los de Urbina, porque don Serafín castigaba dura-

mente á los que no presentaban los sábados bien cortadas las uñas, y perfectamente limpias las manos.

Por eso sus alumnos aquella tarde, después de descortezar las nueces, y viendo que no había sido bastante todo el cuidado con que lo habían hecho, por cuanto empezaban á ennegrecérseles las puntas de los dedos, se dedicaron á sobar éstos, como antes habían sobado las nueces, contra las piedras, hasta hacerlos sangrar.

Luego pusiéronse á jugar al *mis* en la carretera. Marcaban en el suelo tres rayas paralelas, á medio palmo una de otra, y cada jugador colocaba dos nueces sobre la primera raya. En el centro de la segunda se ponía una nuez pequeñita, que se llamaba el *mis*. Y pasada la tercera, se sentaba en el suelo, con las piernas muy abiertas, un chiquillo que no quisiera jugar, para recoger los «cucones», las nueces con que habían de tirar los jugadores, y al cual chiquillo se «ofrecía», en pago de sus servicios, una nuez por cada vez que se «sacara el mis».

Los jugadores señalaban el punto desde el cual habían de tirar, y tiraban después por turno con dos nueces cada uno, escogiendo para ello las más grandes y pesadas. Se tiraba, es claro, sobre las nueces puestas

en fila en el suelo, y sobre el *mis;* sobre éste principalmente, porque dando en él y pasándole de la tercera raya, se ganaban todas las nueces puestas en la primera, mientras que dando á éstas y haciendo pasar alguna de la segunda, sólo las que pasaban se ganaban, y nunca eran más de dos, por bien que se las diera.

Empezado el juego, continuó durante un rato sin incidentes notables. Cada chiquillo, cuando le llegaba el turno, iba al sitio fijado, besaba la nuez que iba á tirar — detalle de rigor en aquel juego,—acercábala al ojo derecho, cerraba el izquierdo para hacer la puntería, y tiraba, unas veces con acierto y otras, las más, sin él.

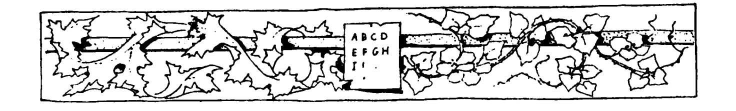
Después ya, cansados de aquel juego, ó queriendo, los menos afortunados en él, buscar la revancha en otros de los distintos que conocían, propusieron variar; pero en aquel momento empezó á oirse el ruido de un coche que se acercaba, y cada jugador recogió sus nueces.

El coche, un coche particular, llegó seguidamente, pasó veloz ante los chiquillos, y separándose de la carretera, entró por el camino del pueblo en dirección á casa de Mariona, seguido de los alumnos de don Serafín.

A poco Mariona abrazaba en el portal de su casa a Alberto y á don Ulpiano, en tanto que los chiquillos se alejaban descontentos, porque, contra lo que ellos habían creído, no iban las mozas á cantar á los recién llegados, no había «función», como la había habido «la otra vez» que don Ulpiano llegó á Urbina.

—¡Oh, la otra vez, la otra vez!...—exclamaban los muchachos.





V

De las noticias referentes á la llegada del Indiano y su sobrino, la que más variación sufrió al correr de boca en boca, fué la del estado en que Alberto hacía el viaje, llegando á considerársele sumamente grave, y á temerse que muriera por el camino. A esto fué debido que las mozas de Urbina no recibieran con cánticos y panderetas á los viajeros, como los chiquillos hubieran deseado; y el hecho de esperarlos en la carretera solamente los alumnos de don Serafín, explícase perfectamente teniendo en cuenta que se sabía ya en Urbina, por haberlo escrito á su hermana desde Santander el Indiano, que irían en coche particu-

lar, y no en la diligencia, con objeto de llegar cuanto antes á casa, noticia esta de última hora, que no había llegado á ser conocida de los muchachos. A pesar de ella, cuando el coche entraba en el pueblo, y seguía hacia casa de Mariona, se veían en los balcones y ventanas de los edificios del tránsito, no pocas mujeres, que comentaban después á grandes voces, el aspecto más ó menos lujoso del coche, única cosa que podían comentar, porque no habían visto otras.

Aquella noche, la llegada de tío y sobrino, fué el tema de todas las conversaciones. Las personas más allegadas á la familia se apresuraron á visitar á los recién llegados, y esas personas pudieron ya suministrar algunas noticias, con ansia recibidas en la mayor parte de las casas, allí donde, por no haber grandes acontecimientos de que ocuparse, lo era importantísimo aquél, que en otro sitio hubiera pasado inadvertido.

El estado de Alberto, afortunadamente, no era el que se había dicho. Delgado llegaba el muchacho, y pálido por demás, pero ni señal de enfermedad se le notaba. Agil estaba, fuerte y alegre como el que más, y todo se reducía á un casi exceso de previsión y de cuidado de don Ulpiano. Acaso, acaso,

si Alberto hubiera seguido en México trabajando y haciendo la vida que le había puesto como se veía, hubiera llegado á dar qué sentir á su familia. Pero una vez allí, en Urbina, al lado de su madre que le cuidaría como sólo las madres saben hacerlo, y aspirando aires puros, y haciendo buen ejercicio, sería cuestión de días para él robustecerse y adquirir los colores que le faltaran.

En efecto, esta vez las gentes de Urbina estaban en lo cierto. Lo es también que el joven presentaba aquella noche un aspecto harto más satisfactorio que el que presentara al salir de México. Durante el viaje habíase restablecido notablemente, y aún parecía mucho mayor su mejoría viéndole radiante de alegría al lado de su madre.

Alberto llegaba desconocido. Algunos rasgos quedaban en su cara que hacían recordar al discípulo de don Serafín; pero era necesario fijarse mucho y tener muy presente el Alberto de hacía seis años, para hallar aquellos rasgos. Sus ojos habían adquirido más viveza de la que antes tenían; sus cejas, antes apenas perceptibles, eran ahora pobladas; su nariz habíase trasformado mucho; y su boca, bajo el bigotito negro que Alberto se había dejado crecer, nada hacía recordar de aquella boca entreabierta

y burlona de chiquillo travieso. Su cambio de voz, además, la delgadez de su rostro, que tan redondeado había salido de Urbina, y la relativa finura de modales adquirida durante el tiempo de ausencia, contribuían á hacer menor el parecido.

Apenas despedido el último visitante, pusiéronse á cenar los recién llegados y María, levantándose ésta á cada momento para servir los platos que ella misma había preparado, y después, temprano aún, retiráronse á descansar.

Por la mañana Alberto, al despertar y hallarse en Urbina, sintió una satisfacción inmensa, y, precipitadamente, empezó á vestirse deseoso de salir á la calle y recrear su vista en todo aquello en que había pensado durante seis años día por día.

Después, más entrada la mañana, se fué hacia la escuela, sintiendo, á medida que á ella se acercaba, profunda emoción, que se prolongaba indefinidamente á causa de las paradas que tenía que hacer el joven á cada momento, para saludar á las personas que encontraba.

Por fin llegó á la escuela. Don Serafín ocupaba su sitio al pie de la gran mesa, y leía un periódico. Los chiquillos estudiaban en sus libros, posando en ellos las caras, y sobando las letras con los dedos.

Las pisadas de Alberto, al acercarse éste á la puerta, produjeron un pequeño ruido, que hizo á don Serafín mirar hacia aquel sitio.

—¡Alberto!—exclamó don Serafín levantándose.

—¡Señor maestro!—murmuró Alberto corriendo al encuentro de don Serafín.

Luego se abrazaron silenciosos. De los ojos de Alberto resbalaban dos lágrimas. Los de don Serafín se veían humedecidos.

—¡Caray, pues no estás como decían!—empezó diciendo el maestro, mirando atentamente al joven.—Decían que venías tan malo, tan malo, y veo que estás bueno. Un poco delgado, pero nada más. ¡Y cómo ibas á engordar, creciendo como has crecido!... Y tu tío, ¿viene bueno? Hubiera querido ir á veros ayer, pero, amigo, temí la vuelta de noche. Ya de noche flaquea la vista... ¡Caray, caray, Alberto! ¡Quién lo dijera! ¡Cómo pasan los años! Cada día me está ocurriendo esto, y no acabo de acostumbrarme. Os despedís de mí chiquillos, luego volvéis hombres, y siempre me coge de nuevas el cambio.

Alberto escuchaba á don Serafín, unas veces mirándole, y otras mirando á su alrededor, á los chiquillos, á los pupitres, á las

paredes, á la mesa del maestro, al sitio en que se dejaban las boinas, al suelo de barro, hallándolo todo igual, igual que él lo dejó, excepto los rostros de los alumnos que le eran desconocidos, porque se habían ido renovando.

—¿Y Cilia, y Quicona, están buenas, puedo verlas?—preguntó, por fin, mirando hacia la puerta que comunicaba con las habitaciones del maestro.

—Sí, hombre, sí, ahora mismo las verás—contestó don Serafín, y echó á andar seguido del joven.

Los alumnos abandonaban los estudios y cuchicheaban unos con otros, mirando con curiosidad á Alberto. Don Serafín lo notó, y dando una voz que asustó al mismo Alberto, haciéndole olvidar por un instante los seis años pasados, obligó á los chiquillos á seguir estudiando. Luego continuó hasta la puerta de su domicilio, y á la vez que la abría, llamó á Cilia.

—Allá voy con Alberto—voceó el maestro empezando á subir las escaleras.

Y arriba se oyó una voz un poco temblorosa, una voz de mujer, de timbre agradable que Alberto no reconoció, pero que se figuró de quien sería, que contestaba:

—Suban, suban.

En lo alto de la escalera los esperaba Cilia, que era, como el lector habrá supuesto, quien había contestado á don Serafín.

Cilia y Alberto se saludaron estrechándose las manos fuertemente y pronunciando algunas palabras que no se entendieron. Ambos estaban emocionados.

Por fortuna salió Quicona de hacia la cocina con las mangas de su chambra regazadas hasta los codos, y su presencia hizo cambiar la escena, un tanto embarazosa para los jovenes, que parecían haber enmudecido al verse frente á frente.

—¡Alberto, Alberto!—exclamó Quicona, dudando, al verle hecho un señorito, si debía tratarle de usted ó de tú. Por fin decidióse á tratarle de usted, al estilo de su pueblo, y contestó al saludo del muchacho.

—Yo bien, gracias á Dios. ¿Y él cómo está?

Alberto dijo á Quica que le tuteara como antes, y le tratara con la misma confianza, pero Quicona mostrábase cohibida, y procuró volver pronto á la cocina. Entonces don Serafín invitó á Alberto á pasar á la sala—una salita muy modesta, pero en cuyo arreglo se notaba el esmero de una mujer hacendosa y limpia—y en ella entraron, y tomaron asiento los tres, don Serafín, su nieta y Alberto.

Al lado de la puerta del balcón, que se hallaba casi cerrada para impedir que penetraran los rayos del sol, veíanse una sillita baja y una canastilla con ropa blanca.

—¿Hemos venido á quitarte de trabajar, Cilia?—preguntó Alberto, al ver aquellas muestras inequívocas de la laboriosidad de la joven, que conservaba aún el dedal en uno de sus dedos.

—Deja, deja, que tiempo tengo de hacerlo—contestó Cilia con amabilidad, enredando nerviosamente con el dedal, metiendo en él un dedo para sacarle en seguída y meter otro, y repetir la operación incesantemente.

—¡Caray; estás desconocido, Alberto! ¿eh Cilia? Si no llego á saber que habías venido, no sé yo si te hubiera conocido al verte.

Cilia no contestó. Limitóse á sonreir levemente mirando al joven.

—En cambio en Cilia—indicó Alberto—no es difícil reconocer á aquella Ciliuca de la escuela, del último «día de las cerezas» que yo pasé aquí. ¿Te acuerdas, Cilia?

—Sí me acuerdo, sí—contestó Cilia, poniéndose notablemente encarnada y acelerando sus juegos con el dedal, detalles que no pasaron inadvertidos para Alberto, aunque no les diera gran importancia.

Cilia, en efecto, había sufrido muy poca transformación. Solamente su voz, su estatura y el desarrollo natural, la diferenciaban de la niña, que se había convertido en mujer sin desfigurarse nada. Diríase que la Cilia de ayer, era una fotografía en miniatura de la Cilia de hoy, ó que la Cilia de hoy, era un retrato ampliado de la Cilia de ayer. Su carácter conservábalo también invariable, aumentada, si acaso, su bondad, que se adivinaba en sus miradas francas, inocentes, puras, no exentas, sin embargo, de cierta profundidad sugestiva.

Alberto la contemplaba estático, retirando de ella la vista, si acaso, para mirar á don Serafín cuando éste hablaba algo. El joven no desplegaba los labios. Pensaba que tenía que hablar mucho con Cilia, sentía grandes deseos de hacerlo sin poder concretar qué era lo que la había de decir; pero permanecía silencioso. Sin pecar de locuaz, era animado y comunicativo; pero hallaba rebeldes las ideas aquella mañana para darlas forma y expresarlas, á pesar de aquellos deseos que sentía. Le pasaba algo parecido á lo que le ocurría cuando escribió á don Serafín desde México; quería decir de una vez muchas cosas, pero no alcanzaba él á saber qué cosas eran, ni menos á poder de-

cirlas. Al fin, entonces, las resumía todas con la palabra «¡Urbina!»; pero ahora ¿cómo resumirlas?

La escena volvía á hacerse embarazosa, porque nadie hablaba. De la escuela, que estaba debajo de aquella salita, llegaba el rumor que producían los chiquillos leyendo á media voz.

Alberto pensaba que debía marchar para poner fin á aquella situación; pero permanecía, sin embargo, como clavado en la silla, mirando á Cilia. Empezaba á preocuparle lo que Cilia pensaría de él, de su silencio, de su «sosería», y proponíase decir algo, pero no sabía qué decir. Era original aquello. Jamás le había pasado cosa semejante.

Afortunadamente para él, Cilia hallábase también hondamente preocupada con idénticos temores, y veíase en el mismo apuro. Ella pensaba, como el muchacho, que debía hablar; si no creería Alberto que era tonta; pero ¡Dios mío, si no se le ocurría nada!

Don Serafín, acaso adivinando los pensamientos de los dos muchachos, mandó á su nieta que sirviera las once á Alberto, con lo cual la escena cambió radicalmente, pues, apenas desapareció Cilia, el sobrino del Indiano, como si saliera de un sueño, se pasó una mano por los ojos, dió á don Serafín

un cigarro, encendió él otro y empezó á hablar con el maestro animadamente.

Cuando volvió Cilia con una botella de Nava de más edad que ella, un par de copitas y unas galletas —todo sobre una bandeja negra con grandes ramos de rosas encarnadas pintadas en el interior — ya la conversación estaba perfectamente encauzada.

Cilia acercó á Alberto un pequeño velador de pino pintado de negro y con incrustaciones de madera blanca formando estrellas, llenó de vino las dos copitas, dejó éstas sobre el velador, así como la botella y la bandeja con su contenido, y fué á sentarse á la sillita baja, al lado de la canastilla de la costura, cuya ropa empezó á revolver, como buscando la labor que antes de llegar Alberto estuviera haciendo.

—Eso me parece bien—díjola el muchacho; —que no dejes por mí tus quehaceres. Nada de cumplidos. La visita mía es de confianza... Pero, oye, ¿no tomas tú las once, Cilia?

—No, yo no, tómenlas ustedes.

Don Serafín hablaba del cañal. Explicaba á Alberto los proyectos que tenía de recomenzar la obra en el verano siguiente, contando con que él le ayudara. Ya aquel año era un poco tarde. Necesitaba antes Alber-

to fortalecerse y engordar, y no tendrían tiempo de hacer la presa. Además había llovido días antes y llevaba el río algo de agua, bastante para no dejar trabajar. Alberto estaba conforme y aseguraba que no pasaría el siguiente verano sin que hicieran el cañal.

Cilia se permitió preguntar á Alberto, poniéndose muy encarnada, pero sin que se lo notaran, porque tuvo buen cuidado de bajar mucho la cabeza como si no viera bien para coser, si era cierto, como se decía, que no pensaba volver á México, aunque se restableciera por completo.

—Y tan cierto—contestóla el muchacho, agradeciéndola, sin saber por qué, tal pregunta. — Mi tío no quiere que vuelva.

Después se habló del viaje, de la vida que hacía Alberto en México, de mil cosas. Ya entonces, tanto Alberto como Cilia estaban satisfechos de sí mismos, porque creía cada uno haber borrado la mala impresión que causara al otro con el silencio abrumador de los primeros momentos. Y estaban contentos, profundamente contentos ambos. Y se miraban con confianza cara á cara, y se sonreían sin cobardía al mirarse.

Mas tarde empezaron á llegar de abajo rumores de sublevación, y don Serafín se le-

vantó para bajar. Alberto le imitó, despidióse de Cilia hasta cualquier otro rato en que volviera por allí, y salió con don Serafín de la sala, no sin rodearse desde la puerta á mirar otra vez á la joven, que le pagó cumplidamente la mirada, con otra sonriente y cariñosa.

Abajo se despidió Alberto del maestro, quien le encargó que dijera á su tío que iría aquella tarde á saludarle, y luego el muchacho marchó hacia el centro del pueblo, mientras don Serafín entraba en la clase á castigar á los revoltosos.

Alberto se alejó sin mirar hacia atrás por temor de llamar la atención á don Serafín, á quien supuso en el portal, donde acababa de dejarle. Si hubiera mirado, habría visto más entreabierta de lo que antes lo estaba, la puerta del balcón del maestro. Y fijándose un poco, hubiera podido ver también, tras de la puerta, una carita adorable que se asomaba curiosa á mirarle.





VI

Cilia por sus gustos, por su educación y por su posición, era algo más que una moza de Urbina. Sin embargo, por ninguna de las tres cosas llegaba á ser una señorita, aunque estuviera más cerca de esto que de lo otro. Pero con todas tenía amistad, con las mozas y con las señoritas, todas la querían, y si un domingo salía á pasear con las últimas, la tarde de otro la pasaba muy complacida entre las primeras, sentada en la pared de la bolera viendo el baile. Ella no bailaba, ni siquiera cuando iba á alguna romería con las señoritas y éstas se animaban á hacerlo con los estudiantes. Había tenido pocas ocasiones de aprender, conocía

que lo haría mal, si bailaba, y no quería hacerlo. No era que fuera una aburrida, una sosa, una mojigata, como habrá pensado, acaso, de ella quien no conozca algo el carácter de la mujer montañesa. Cilia era humilde, cobarde, bondadosa, formal, pensadora, como lo son la generalidad de sus paisanas; pero como ellas también, lo era sin afectación, naturalmente. Esas buenas cualidades, que hacen de la mujer de la Montaña, en general, hija sumisa, esposa adorable y madre toda amor para sus hijos, eran innatas en ella, y no la robaban las alegrías propias de los veinte años, las alegrías sin extralimitaciones, las alegrías modestas de una muchacha honrada y fiel cumplidora de sus deberes.

Sus únicas diversiones en la época en que llegó Alberto á Urbina, consistían en pasar un rato los domingos con sus amigas, y en ir con ellas á algunas romerías á ver la gente, á ver el baile, á ver como se divertían los demás. Y esto, con ser tan poco, bastaba para satisfacer sus deseos y para que no sintiera jamás ansia de otros placeres que conocía por algo que había leído, y de los cuales se acordaba solamente cuando de ellos oía hablar á Felipe y otros estudiantes.

Uno de los primeros domingos que pasó

Alberto en el pueblo, y el primero en que fué por la tarde á la bolera, Cilia había salido á pasear con las señoritas. Generalmente, lo hacía sólo los domingos en que iba al rosario á la parroquia después de comer. Esos días, á la salida de la iglesia, se reunían todas las amigas, y luego continuaban juntas hasta el anochecer. Aquella tarde había ocurrido eso.

Los demás domingos Cilia iba al rosario á la iglesia de Urbina, y como empezaba el baile en la bolera inmediata, apenas se salía de la iglesia, la nieta del maestro quedábase allí con las mozas, á menos que las señoritas fueran á buscarla, lo cual ocurría también alguna vez.

Alberto aquel domingo llegó á poco de empezar el baile, acompañado de Felipe, que se hallaba en Urbina pasando los últimos días de vacaciones, para luego volverse á Madrid, donde estudiaba. Ambos amigos, á poco de llegar, pusiéronse á jugar á los bolos.

Era aquella una hermosa tarde de Septiembre, y la bolera y sus inmediaciones veíanse llenas de gente. Alberto recordaba otras tardes de domingos de hacía seis años, y pensaba que en ninguna de ellas había visto allí animación semejante. Las parejas

de bailadores eran numerosas; el juego de bolos interesante, y el público llenaba las paredillas del «corro», como en un día de romería; la tertulia del portal de la taberna estaba concurridísima; veinte ó treinta chiquillos jugaban á las nueces á un lado de la bolera, alegrando la escena con sus voces; y hasta las mujeres que había en el portal de la iglesia, contemplando desde allí aquel hermoso cuadro, pobremente bosquejado, eran más que las que otros domingos solía haber.

Sin embargo Alberto, en medio de una gran felicidad que sentía por verse en aquel sitio, y en aquellas condiciones con que tantas veces había soñado durante su larga ausencia, notaba que la de Cilia, á la cual echó pronto de menos, le privaba de ser enteramente dichoso en aquellos momentos.

Desde el día en que había estado en casa de don Serafín, no había vuelto á hablar á la joven, y verla, solamente la había visto al salir algún día de misa. Sus quehaceres de aquellos primeros días, de una parte, y de otra, el temor de llamar la atención á la gente, y especialmente al maestro, habíanle impedido volver por casa de éste, y sentía vivísimos deseos de ver y hablar otra vez á Cilia.

Recordando Felipe aquella amistad, aquellos amores infantiles de Cilia y Alberto cuando iban á la escuela, y más ducho ya en tales cosas que el sobrino del Indiano, había comprendido, á poco que Alberto le habló de su visita á la joven, que si su amigo no estaba enamorado de la nieta del maestro, y ella de él, hallábanse ambos en el camino que conducía directamente á estarlo. Rara vez—y menos en gente montañesa, que tiene de constante en sus afectos, cuanto pueda faltarle de vehemente—dejan de llegar á otras edades esos sentimientos, que nacen en la infancia entre bromas y burlas de los camaradas. Felipe sabía eso, tal vez por experiencia, y no le parecía poco una sola entrevista—¡creía él que bastaba una mirada en tales casos!—para que Cilia y Alberto se amaran, y se amaran profundamente. Porque no eran sentimientos nuevos, sino sentimientos de otra edad, más ó menos vivos durante la ausencia, pero vivos, al fin, que adquirían toda su fuerza al verse las personas que los inspiraban.

Por su parte Alberto, si en un principio no pensó que pudiera estar enamorado de Cilia—aunque no dejó de extrañarle la impresión que la nieta del maestro le causara—con lo que Felipe le dijo, que fué todo lo

que el estudiante pensaba sobre el particular, empezó á creer que algo debía haber en ello de cierto. Y entonces recordó aquella emoción que sintió al acercarse á casa de don Serafín cuando fué á visitarle, emoción que no debía sentirse tan sólo por ir á ver á un amigo; y el deseo que tuvo durante el viaje de llegar pronto á Urbina, para muchas cosas, pero entre ellas para ver á Cilia; y lo que en ella pensó allá, en México, como en otras personas, sí, pero sin olvidarla nunca ni por casualidad; y lo que se alegró con aquellas cuatro líneas que ella le escribió al pie de la carta de don Serafín... Indudablemente, algo debía haber de lo que decía Felipe, algo había sin duda. «No son sentimientos nuevos, sino sentimientos de otra edad, más ó menos vivos durante la ausencia, pero vivos, al fin...» Bueno, vivos estaban los suyos, por lo visto, los de Alberto, dando por cosa cierta que lo estuvieran. Pero ¿y los de ella? ¿No se equivocaría Felipe en cuanto á Cilia?

Esa duda había preocupado á Alberto desde que había hablado del asunto con Felipe, y cuanto más había pensado en ella, en la duda, durante aquellos días, más se había ido convenciendo de que era verdad, respecto á él, lo que decía el estudiante; sin

darse cuenta el inexperto mozo de que pensando en la duda, pensaba en Cilia, enamorábase más de ella así, y, naturalmente, le era más fácil conocer que estaba enamorado.

Felipe le había dicho que algunos domingos iba la joven á la parroquia, y después á pasear con las señoritas; pero no pudo decirle que aquella tarde haría eso, porque no lo sabía, y en cambio le había enterado de que otras tardes las pasaba Cilia allí con las mozas. Adquiridas estas noticias, Alberto fué á la bolera con la esperanza de que Cilia iría también, y de que se le presentaría ocasión de hablarla. No se había atrevido el sobrino de don Ulpiano á volver á casa del maestro en todos aquellos días pasados, y, sin embargo, hallábase dispuesto, si Cilia iba al baile y se sentaba entre las mozas, á ir donde ella y acompañarla un rato ante todo el pueblo. Y era que, como verdadero enamorado, á lo que no la tenía, concedíale gran importancia, mientras que hallaba natural lo que, en realidad, hubiera sido verdaderamente significativo. Felipe no se lo hacía notar, porque para él ni uno ni otro merecía la pena de pensar en ello.

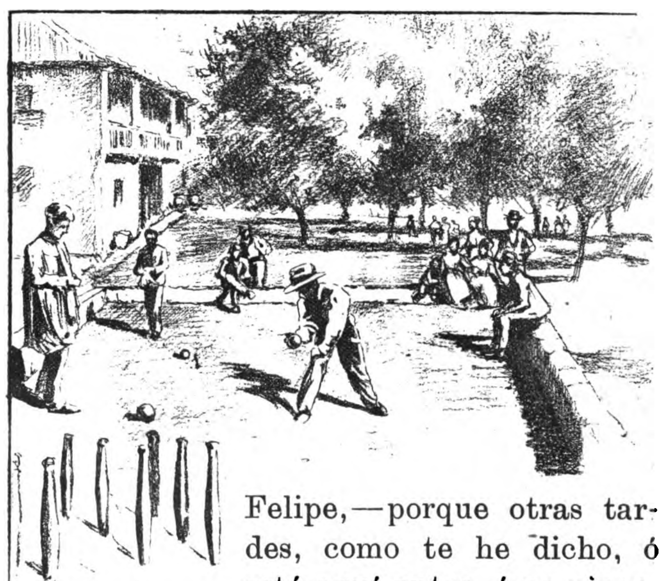
—Yo en tu caso haría las dos cosas —le decía;—iría á la escuela todos los días,

y acompañaría á Cilia siempre que tuviera ocasión.

Pasaba la tarde y Cilia no acababa de llegar. Alberto empezaba á impacientarse, y á cada momento decía á su amigo:

—Ya no viene hoy. Cuando no ha venido, ya no viene.

—Eso creo yo—le contestó á una hora



Felipe,—porque otras tardes, como te he dicho, ó está aquí antes, ó no viene. Ha debido irse hoy con las señoritas, y si quieres, lo que podemos hacer en terminando este partido, es irnos á dar un paseo por la carretera á ver si las encontramos.

Alberto aprobó la idea de su amigo, pero

pensando, sin atreverse á decirlo al estudiante, para que éste no se riera de él, que si las encontraban limitaríase á mirar á Cilia al pasar, no la acompañaría. A Cilia sola, ó estando con las mozas, la hablaría sin señales de cobardía. Pero yendo la joven con las señoritas, con aquellas señoritas educadas las más en buenos colegios, y pertenecientes todas á una clase que él consideraba muy superior á la suya, no tenía valor para acompañarla. Tendría que saludarlas á todas, tendría que hablar con todas, siquiera al principio, y ¿de qué iba á hablarlas él? A Cilia sí, sí tenía de qué hablarla, ¡y tanto como tenía! pero á las otras ¿de qué las iba á hablar?

Terminado el partido, Felipe le sacó de sus cavilaciones.

—Bueno, ¿vamos, Alberto?—le preguntó.

Iba Alberto á contestar «vamos», cuando aparecieron por un lado de la iglesia las señoritas de Urbina—que eran dos hermanas y una prima de Felipe—y otras varias de Nogalea y demás pueblos del valle. Entre las dos hermanas de Felipe iba Cilia.

Afortunadamente ni Alberto ni Felipe habían dicho todavía á los demás jugadores que pensaban retirarse, y así pudieron continuar jugando, empezando otro partido,

sin que á nadie extrañara que lo hicieran.

Las muchachas fueron á sentarse en la pared de la bolera, cerca del baile, quedando Cilia á uno de los extremos del grupo. Felipe y Alberto, que acababan de birlar en aquel momento, las saludaron, Felipe con una inclinación de cabeza, familiarmente, y Alberto descubriéndose.

—Vaya, ahí la tienes, Alberto—díjole Felipe mirando hacia donde estaba Cilia.—Y que me parece que no han podido hacerlo mejor mis hermanas. Mira como han venido hoy á ver el baile de Urbina, que vienen pocos domingos, y cómo te la han dejado á *la orilla*.

—¿Pero saben algo tus hermanas?—preguntó Alberto asustado.

—Sí, hombre, sí, se lo he dicho yo para que no te estorbaran sin querer. Es conveniente que las amigas estén en autos. Ya ves, si no ahora la hubieran puesto en medio, y era una contrariedad.

—¡Pues me has fastidiado!—exclamó Alberto, que se había puesto vivamente encarnado, y no se atrevía á levantar la vista del suelo.

—¡Hombre, no seas bobo! Anda, vamos donde ellas. Yo te presento á aquellas de Rante, que tú no conoces, las saludas á to-

das, y te sientas al lado de Cilia. Cuando tengamos que tirar nos venimos á hacerlo, y luego volvemos allá.

—No me atrevo, no me atrevo — confesó Alberto desanimado.—¿De qué voy á hablar yo á tus hermanas, ni á las otras? Y algo tendría que decirlas, porque si no me creerían tonto... No, no. No voy. Además diría cualquier cosa la gente viéndome acompañar á las señoritas.

—¡Parece mentira que seas así, hombre! ¡Vaya una salida! ¿No me acompañas á mí, *que soy un señorito?* Anda, anda, vamos allá. Yo hablaré con todas á la vez, para que tú no necesites hacerlo más que con Cilia. Ya verás, has de quedar satisfecho de *mis servicios*.

A todo esto había cogido á Alberto por un brazo, y casi arrastrando le llevaba hacia las muchachas. Cuando llegaron donde ellas Felipe hizo la presentación.

—Mi amigo Alberto, á quien por lo menos de nombre conocéis todas. Le hallaréis un poco, ó un mucho cobarde, como que no se atrevía á venir donde vosotras; pero yo os aseguro que no os desagradará su conversación.

Felipe las trataba á todas con la misma confianza que á sus propias hermanas. En

cambio Alberto, acobardado y confundido, iba dando á todas la mano, llevando el sombrero en la izquierda, sin pronunciar una palabra; que tal era su emoción que ni las usuales del saludo se le ocurrían. Cuando llegó donde Cilia, última á quien saludó, ya Felipe, cumpliendo lo ofrecido, estaba hablando más que un sacamuelas, para entretener á las demás, lo que conseguía sobradamente, no dejándolas tiempo para fijarse en la turbación de Alberto.

Alivio y grande fué éste para el sobrino del Indiano, que pudo así recobrar pronto la serenidad, sentándose al lado de Cilia, y hablándola con relativa desenvoltura, en el buen sentido de la palabra.

—Has venido hoy muy tarde á la bolera, Cilia — decía Alberto á su amiga. — Otros domingos me han dicho que venías antes.

— ¡ Cómo no sabía que á ti te interesara tanto mi presencia aquí!... — exclamó la joven en tono de broma, y haciendo grandes esfuerzos por aparentar una indiferencia y un desenfado que no tenía.

A Alberto, que creyó espontánea la broma de Cilia, y verdadero lo que era fingido, no le agradó ninguna de las dos cosas. Y hasta se le ocurrió momentáneamente que aquella Cilia no parecía *la otra*, la que él

tenía constantemente en el pensamiento.

—¿Te burlas de mí por qué te digo eso, Cilia? ¿Qué tiene de particular lo que te he dicho? Como me gusta verte, y suponía que vendrías aquí los domingos, al echarte de menos esta tarde pregunté por ti, y me dijeron que otras veces venías más temprano. Por eso te lo dije.

— Y yo te lo agradezco — añadió Cilia, que empezaba á sentir pesar por lo que primero había contestado, y á mostrarse tal como era, amable, é incapaz de disgustar á nadie y menos á Alberto. — Te lo agradezco, Alberto, — repitió; — pero no sé por qué se me ocurrió contestarte en broma.

— Bueno, ya pasó, hablemos de otra cosa... Oye, Cilia, el otro día que fuí á verte, me quedaron muchas ganas de hablar contigo mucho, mucho. A punto fijo, no sé de qué, la verdad, pero todos los días, desde entonces, no he pensado más que en ti, y no he deseado más que verte y hablarte. Hablarte, yo creo que de cuando íbamos á la escuela, porque de eso me acuerdo cuando pienso en ti, de aquel día de las cerezas, de cuando fuímos al cañal, de las bromas que nos daban... ¿Te acuerdas tú, Cilia?

Cilia, vivamente encarnada, no contestaba. Fijos los ojos en la mantilla que había

llevado al rosario y que ya se había quitado, dábala vueltas entre las manos nerviosamente, doblándola y desdoblándola sin cesar.

Por su parte Felipe entretenía á las demás haciendo chistes más ó menos *rusos*, según él decía, á costa de algunos señores de la tertulia del portal de la taberna.

— Están todos, mirad — hacíalas notar — empezando por Juan Torre, el tartamudo, que aun no habrá acabado de dar las «bue... bue... buenas tardes», y acabando por don Casimiro Gómez, que con su geniecito se levantará furioso á lo mejor diciendo: «¿Y á mí qué palmeta me cuenta usted, eh, eh?»

Las muchachas se reían y ponían en duda lo que decía Felipe, por obligarle á hablar más.

— No seas exagerado, no tiene tanto genio don Casimiro — decía una de las de Rante.

— ¿Que no? Que os digan éstas — señalando á sus hermanas — que le conocen algo.

— ¡Calla, veo que se descubre don Mario Veguilla! — continuó Felipe. — Apuesto á que Juan Torre ha mentado á «nuestro Rey Don Carlos...» Lo dicho: ¿oís á «Espartero» gritar «Luchana, Luchana?...» Para

que digáis que exagero siempre que os cuento algo de esos señores.

En aquel momento, que era el mismo en que Alberto hacía á Cilia aquellas preguntas que ella dejaba sin contestación, tuvieron que ir á tirar los dos amigos y compañeros.

— ¿Qué tal, estás pesaroso de haber ido donde ellas, Alberto? — le iba preguntando Felipe.

— Lo estoy de haberme puesto á jugar á los bolos, y no seré yo quien juegue esta tarde más que este partido.

Sin embargo, tiró aquella vez con todo el cuidado que pudo, empleando toda su maestría y todas sus fuerzas en echar las bolas muy altas y con mucho efecto. Quería sacar un emboque, quería lucirse ante Cilia y sus amigas, pero la suerte no le ayudó.

Después los dos jugadores volvieron donde las muchachas.

— No se le ha olvidado jugar, Alberto, — dijo á éste una de las hermanas de Felipe, Isabel, que siendo niña le había visto hacerlo muchas veces con su hermano.

— ¡ Pero si no he hecho nada ! — contestó Alberto con extrañeza.

— ¡ Ah, pero es que yo conozco quien es buen jugador y quien no, en el modo de ti-

rar de cada uno, y usted tira muy bien. El resultado es lo de menos.

Alberto dió las gracias á Isabel, pensando, acaso, que si por aquello no eran muy necesarias, se las debía por otro favor de más importancia, cual era el de haberle facilitado el medio de hablar aquella tarde con Cilia. Luego, pasado un rato durante el cual las conversaciones fueron generales, continuaron los dos amigos las que habían interrumpido.

— Ahora decidme — empezó hablando Felipe, dirigiéndose principalmente á las muchachas que no eran de Urbina, á las de Nogalea y Rante, con las cuales discutía frecuentemente acerca de cuál de los pueblos era mejor y más alegre — decidme si esta animación que estáis viendo, y aquella tertulia que tenéis enfrente, no merecen que vengáis por aquí con más frecuencia de lo que lo hacéis, que es lo que os estoy diciendo siempre.

— Pero es que no nos gusta Urbina, á pesar de todo eso, ya lo sabes. Si no fuera por tus hermanas, por tu prima y por Cilia, no vendríamos acá nunca.

— ¡Ingratas! — exclamó Felipe en el tono de broma en que le habían hablado. — ¡Con lo que aquí os queremos otros que no somos ni mis hermanas, ni mi prima, ni Cilia!

Alberto aprovechaba el tiempo al lado de la nieta del maestro.

—¿No me contestas á lo que te pregunté, Cilia?—la decía.—¿No te acuerdas tú de aquella época?

—Sí me acuerdo, sí—contestó Cilia en voz muy baja, y sin levantar la cabeza.

—¿Y no te gusta hablar conmigo de aquellas cosas?—añadió el muchacho, sin comprender que no era el desagrado que la conversación la causara, sino otro completamente distinto, el motivo del silencio de Cilia.

Al oir tal pregunta la joven miró fijamente á Alberto, quien en aquella mirada acertó á ver algo de lo que Cilia pensaba y sentía.

—Mira, Cilia—continuó el sobrino del Indiano en voz muy baja, pero con exaltación creciente—yo no sé qué será esto que me pasa, pero es una cosa muy rara, que no me había pasado nunca. Con el tiempo lo sabré, porque el tiempo enseña muchas cosas. Ahora sólo puedo decirte, porque es lo único que veo claro, que tengo, no deseos, más que deseos, necesidad de verte todos los días, y de hablarte... ó no hablarte, de estar contigo mucho tiempo así, como estoy ahora, muy cerca de ti, mirándote, mirán-

dote... ¡ Si yo pudiera explicarte la felicidad tan grande que siento estando á tu lado, Cilia !...

— No se ha conocido mucho — se atrevió á decir la nieta del maestro.

— ¿ Que no? ¿ Por qué Cilia?

— Porque desde que viniste sólo una vez has ido por casa. Y eso que no se te recibió tan mal como para que no volvieras.

— ¿ Y tú has sentido que no volviera, Cilia?

— Yo no te digo si lo sentí ó no ; te contesto á lo que me hablas.

— Pero es que yo te lo pregunto.

— Bueno, pues ya te contestaré, que ahora nos vamos.

En efecto, se habían puesto todas de pie, y disponíanse á marchar. Alberto no pudo hablar, á solas, ni una palabra más con Cilia aquella tarde, lo cual le contrarió bastante. Despidiéronse de las de Urbina y de Alberto las muchachas de los otros pueblos, fuese Felipe con ellas — que ya había terminado el juego de bolos — y sus hermanas y prima fueron, acompañadas de Alberto, á llevar á Cilia donde don Serafín, que aguardaba á su nieta á un lado de la bolera, retirado ya, por aquella tarde, de la tertulia del portal de la taberna. Después Alberto fué

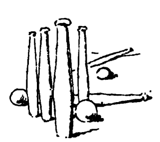
á acompañar á las hermanas y á la prima de Felipe hasta casa de éste, y más tarde volvió á la bolera á esperar allí á su amigo, según con él había convenido.

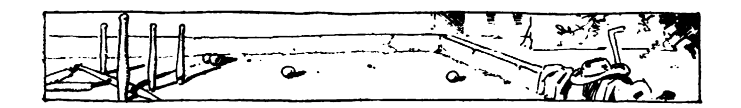
Anochecía ya cuando Alberto volvió. El baile había terminado momentos antes, viéndose aún algunas mozas que se alejaban lentamente. Los hombres habían dejado de jugar á los bolos, y seis ú ocho chiquillos se entretenían en rodar las bolas de un extremo á otro. Se oía hablar animadamente á unos cuantos mozos que estaban en el sitio en que se había hecho el baile. La tertulia de la taberna acababa de abandonar el portal para pasar al establecimiento. En el portal de la iglesia no quedaba tampoco ninguna mujer.

Alberto se sentó en el mismo sitio en que había estado con Cilia, á esperar á su amigo.

A lo lejos se oían las campanas de la parroquia que tocaban á oraciones. Poco después era de noche, y millares de estrellas brillaban sobre el fondo azul obscuro de un cielo sin nubes.

Felipe llegaba donde el sobrino del Indiano y ambos amigos se alejaban después poco á poco de aquel sitio.





VII

El invierno avanzaba rápidamente sobre el valle de Nogalea. Primero los vientos huracanados del otoño habían despojado con furia á los árboles de sus hojas amarillentas. Luego empezó á llover frecuente y fuertemente, y, por fin, dejóse sentir el frío y se cubrieron de nieve los puertos de Sejos. El invierno había llegado con sus días cortos y obscuros, y sus noches tempestuosas é interminables.

Tiempo hacía ya que el Indiano no pasaba en Urbina aquella estación del año, y no poco le perjudicaron al principio en su salud aquellos fríos y tantas humedades; pero pronto se rehizo y acostumbró, y por crudos

que fueran después los días no perdía uno de salir de casa, arrastrado por aquellas sus aficiones á las cosas de Urbina. Por las mañanas solía salir tarde — después que contestaba, ayudado de su sobrino, algunas cartas que recibía — é iba á hablar un rato, hasta la hora de comer, con algún amigo, con don Antero, el padre de Felipe, generalmente. Luego, por las tardes, si no había verdaderas tempestades, daba un paseo, paseo largo, por la carretera abajo hasta la salida del valle; y si el tiempo era tan malo que hacía imposible el paseo, íbase, como por la mañana, á casa de algún amigo, ó á algún portal en que estuviera haciendo almadreñas cualquier labrador, cuya conversación le bastaba para pasar las horas agradablemente. En cuanto anochecía marchaba á la taberna inmediata á la bolera, y allí acudían á aquella hora los demás señores que formaban la tertulia. En el interior de la taberna, al lado del mostrador, al rededor de una gran mesa de pino formada con dos tablas mal avenidas, permanecían aquellos señores hasta las nueve, unas veces hablando, y otras jugando al «tute», al rentoy, ó á la malilla. Luego marchaban hacia sus casas, envueltos en amplias capas, cada uno con su farolito en la mano para alumbrarse

por aquellas callejas en que el viento silbaba, generalmente, enfurecido. Los días festivos puede decirse que la tertulia empezaba por las mañanas, como en el verano, para acabar á la hora de costumbre.

Por su parte Alberto, que en los primeros días que siguieron á la marcha de Felipe á Madrid, habíase encontrado algo solo y aburrido, fué consolándose pronto y hallando medios de pasar agradablemente el tiempo, gracias á los progresos que hacía en su amistad con las señoritas.

Desde el domingo en que estuvo con ellas por primera vez en la bolera de Urbina, y mientras Felipe permaneció en el pueblo, ni un día de paseo dejó de acompañarlas. Domingos hubo, en que Cilia no fué con sus amigas por no querer dejar solo á su abuelo, que estaba algo delicado y no podía salir, y Alberto, sin embargo, se atrevió á ir al lado de alguna de las hermanas de Felipe, y hasta supo de qué hablar, á pesar de lo que él creía antes.

Realmente Alberto tenía de sí un concepto demasiado pobre. Ocurríale lo que á Cilia, es cierto, no era un mozo ni un «señorito», pero podía perfectamente alternar con las señoritas y los estudiantes de Urbina, sin hacer malos papeles. Era observa-

dor, y aunque no había visto ni leído mucho, lo poco que había leído y visto habíalo aprovechado.

Por eso Felipe, al presentarle á las muchachas, había asegurado á éstas que no las desagradaría el trato de su amigo. Conocíale ya bastante, y estaba seguro de que en perdiendo la cobardía, en teniendo un poco de confianza con ellas, sabría conducirse con relativa corrección. Su diferencia de clase — que diferencia había, realmente, como tiene que haberla siempre, por mucho que corramos hacia la igualdad, entra el que nace «señor» y el que nace «miserable» — su diferencia de clase, repetimos, había de importar poco á las nuevas amigas de Alberto, enseñadas desde pequeñas á tratar con igual amabilidad á todo el mundo.

Y, en efecto, en nada se equivocó Felipe. Su amigo confirmó con los hechos sus pronósticos, y las muchachas le vieron con gusto á su lado en los paseos, en las romerías, y en sus reuniones de los días de fiesta lluviosos.

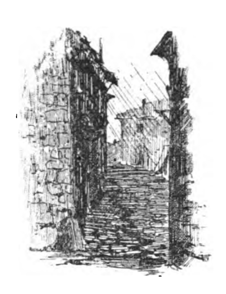
El primer domingo que faltó Felipe de Urbina, Alberto dudó bastante antes de decidirse á acompañar á las señoritas, á pesar de la confianza que para entonces tenía ya con ellas. Aquello, ir él solo al encuentro

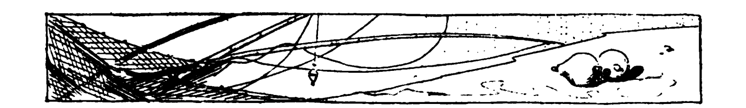
de ellas, detenerlas, saludarlas y acompañarlas era demasiado para él. Yendo con Felipe lo había hecho muchas veces. ¡Pero solo!...

Sin embargo lo hizo, hizo aquello que tanto le asustaba. Mas que todos sus temores, pudieron los deseos de hablar á Cilia, que ya volvía á salir, de continuar aquella conversación que tenía empezada con ella desde el domingo en que habían estado en la bolera. Verla, en ese tiempo, la había visto con frecuencia, siempre que había ido á visitar á don Serafín, pero no había tenido ocasión de hablar á solas con ella, porque Cilia había hecho muy poco ó nada, á juicio de Alberto, por facilitar tales ocasiones. Lo cual, dicha sea la verdad, no había dejado de molestar al sobrino del Indiano, siquiera le contentara, en cambio, el cuidado que había observado en Cilia de no dejar de verle ninguna de las veces que había ido á su casa.

Los días de trabajo, durante el invierno, Alberto salía poco, no porque no estuviera ya totalmente repuesto, y á prueba de fríos y celliscas. Después que despachaba el correo con su tío, se estaba leyendo hasta la hora de comer. Por la tarde daba un paseo, algunas veces con su tío, ó se iba á la

escuela, si la tarde no estaba para pasear. Por las noches entraba á pasar un rato en la taberna, oyendo á los señores de la tertulia, ó iba á buscar libros á casa de don Antero, que era quien solía prestárselos, y allí se estaba un rato con la familia de su amigo.





VIII

¡Cuánto trabajo costó á Alberto conseguir que Cilia contestara á aquella pregunta que él le había hecho, de si sentía ó no su alejamiento de casa de don Serafín después de la primera visita! No fué obra de un domingo, ni de dos, sino de algunos más, conseguir tal respuesta. Fué ésta buena, eso sí, superior, si era posible, á los deseos de Alberto. Por eso, sin duda, se defendía tanto Cilia, negándose á darla. Cuando la dió ya conocía Alberto, tan bien como los propios, los sentimientos de Cilia, y tan seguro como de su cariño á la nieta del maestro, estaba del de ella á él.

La pobre Cilia había puesto todo su em-

peño en no contestar si había sentido ó no el alejamiento de Alberto, porque contestar que no, no quería, ¡eso de ninguna manera! y para contestar que sí, no tenía valor. Habían ido dando entre los dos á la tal pregunta, en sus conversaciones sucesivas sobre el mismo tema, una importancia grandísima, hasta el punto de que la contestación de Cilia, habría de tener para ambos el carácter de una verdadera aceptación de las relaciones de Alberto. Cómo habían llegado tan lejos, es difícil saberlo: entre bromas y veras, con palabras sueltas, dichas en voz baja, y con conversaciones enigmáticas, que sólo para ellos creían comprensibles. El caso es que habían llegado, y por eso Cilia tardaba tanto en dar la contestación, una contestación que tenía, sin embargo, constantemente en el pensamiento, clara, terminante, y que á veces parecía asomarse á los ojos, donde Alberto la había leído ya más de un día al mirarse en ellos con arrobamiento incomparable.

¿Por qué el muchacho, entonces, atormentaba á Cilia queriendo obligarla á contestar? Ya hemos indicado que Alberto estaba enamorado de la nieta del maestro. Era, pues, muy natural que no se conformara con conocer que ella lo estaba también

de él. Hubiera sido el primero que renunciara al placer inefable de oir las únicas palabras que tienen poder en la tierra para hacer feliz á aquel á quien se dirigen.

—¡Bien lo sabes tú ya, si lo sentí ó no! —había contestado por fin Cilia, no pudiendo resistir más, y mirando al suelo fijamente, baja la cabeza para que no se viera el rubor que la abrasaba la cara.

Alberto no se «ensañó.» Bastábale aquello que acababa de oir para ser dichoso, y no quiso poner á Cilia en el caso, siempre violento para una mujer pura é inocente como ella, de hacer declaración más explícita.

—Sí, sí, Cilia, ya lo sé, no me digas más. Pero no sabes todo el bien que me has hecho con eso que me has dicho.

Después, poco á poco, fué serenándose Cilia, que estaba antes emocionada y nerviosa, y los dos jóvenes empezaron á hablar ya como verdaderos novios, enseñándose sus pensamientos y sus almas, riéndose á veces de sí mismos, de sus temores infundados, de sus disimulos, de sus fingimientos inútiles para engañarse mutuamente cuando les había parecido convenirles.

Luego recordaron lo que ellos empezaron á llamar sus amores antiguos, aquel afecto que se tenían, aquellas vergüenzas que les

hacían pasar los otros chiquillos; Cilia hizo salir de su memoria todas aquellas cosas que ella había rotulado con la palabra *Misterios* una mañana de procesión, cuando Alberto llevaba el estandarte, y ambos se burlaban de tales misterios, claros ahora para uno y otro, como la luz del sol.

A continuación convenían los medios de verse todos los días y hablarse sin testigos. Alberto iría á la escuela con frecuencia, con más frecuencia aún que cuando estaba malo don Serafín, á pasar un rato con éste, que se lo agradecería, según Cilia. Ella le vería, y bajaría, y saldría á la calle con cualquier pretexto, y él entonces se despediría del maestro, y al marchar y encontrarla en el portal *por casualidad*, hablarían. Otros días Cilia, en vez de coser en la sala, lo haría en el mismo portal, y al llegar y al marchar Alberto, se detendría allí un poco con ella.

Como ya se susurraba por el pueblo, siempre propenso á anticiparse algo en tales casos, que eran novios Cilia y Alberto, el rumor había llegado á oídos de don Serafín; Cilia lo sabía por Quicona, la cual la había dicho también que al maestro no le disgustaba. Esto daba gran tranquilidad á la muchacha, y mostrábase dispuesta, con gran contentamiento de Alberto, á hacer cuanto

de su parte estuviera para no dejar de verse ni un día.

Alberto se alegró mucho también de las buenas disposiciones de su viejo amigo, y como pensaba que su madre y su tío nada tendrían tampoco que oponer, se encontraba animado á ir á la escuela la mayor parte de los días. Lo que dijera la gente importábale ya poco, después de saber que don Serafín era «gustoso.»

Las amigas de Cilia comentaban la conversación de ésta y Alberto, de la cual se habían enterado, ó de su mayor parte, perfectamente, y se complacían de ver tan entusiasmados y felices á los dos jóvenes, que andaban, andaban, hablando y mirándose sin interrupción, ajenos á cuanto no fueran ellos mismos.

Ni de la hora que era se dieron cuenta á la vuelta del paseo, y hu-

bieran seguido carretera arriba, Dios sabe hasta dónde, á no haberles llamado la atención Isabel, la hermana de Felipe, al llegar detrás de la escuela.

—Cilia, ¿te quedas, ó sigues hasta la bolera á buscar á tu abuelo?—preguntóle la joven.

—¡Ay, qué gorda!—exclamó Cilia sinceramente.—¿Cómo he de seguir, si ya es casi de noche, y mi abuelo estará en casa?

Aceleradamente se despidió de sus amigas que la besaron con cariño, dijo luego adiós á Alberto sonriéndose con sonrisa adorable, y se alejó corriendo hacia su casa, que estaba á dos pasos.

Las demás siguieron hacia arriba acompañadas de Alberto, cuya alegría hacíale aquella tarde hablador y ocurrente como nunca le habían visto las muchachas.





IX

No ha podido saberse quien hizo pública la noticia, pero empezó á decirse que el Indiano iba á edificar una casa en Urbina, y los comentarios á que dió lugar este rumor, fueron muchos y variados.

—Debe ser que piensa casarse—decía uno, refiriéndose á don Ulpiano.—Habrá encontrado alguna muchacha menos esquiva que Clara.

—No, pues no se ha dicho que haga el amor á ninguna. Más bien me parece á mí que hará la casa para regalársela á su sobrino y á Cilia cuando se casen—indicaba otro.

—O la hará para él solo—opinaba un tercero.—Después de todo, no tendría nada de particular.

Hasta hubo quien afirmó con cierto misterio y asegurando estar bien informado, que lo que había era que el Indiano, al cabo de los años, se llevaba mal con su hermana y quería separarse de ella. Por supuesto, esta versión era la que menos crédito inspiraba, porque á cualquiera, menos á su autor, se le ocurría pensar que si tan mal se arreglaran los dos hermanos, no permanecería don Ulpiano con Mariona un día más, pudiendo, como podía, alquilar cualquier casa para vivir en ella mientras hacía la suya.

Lo cierto es que una noche preguntaron á don Ulpiano en la tertulia de la taberna, si era verdad que iba á «meterse en obra,» y el Indiano no sólo no lo negó, sino que dijo que muy pronto empezarían los trabajos. Haría la casa al lado de la de su hermana. Quería conservar la antigua casa del herrero—su padre—por haber nacido en ella, y en ella haber, para ambos hermanos, y aun para Alberto, muy queridos recuerdos, que quisiera él conservar eternamente, más bien que borrarlos. Sitios mejores había en el pueblo, pero don Ulpiano tenía á aquél más cariño que á ninguno. Tiraría unas casitas medio arruinadas que había á la izquierda de la antigua de la familia,

casas que ya había comprado, y en el sitio de ellas edificaría la nueva, cerrando unas tierras que había delante para hacer un poco de jardín y una buena huerta.

Y, en efecto, pocos días después de haber dado el Indiano á sus amigos esas noticias, entrada ya la primavera, empezaron los trabajos.

Mientras unos obreros derribaban las casas en cuyo solar había de levantarse la nueva, otros preparaban los materiales. El crugir de los carros del país conduciendo la cal y la arena para hacer la argamasa; el ruido que producían los canteros labrando la sillería, recién llegada de las canteras de la Hoz; y las voces de unos y otros trabajadores, dieron pronto á aquel barrio un aspecto extraño, para los que poco antes habíanle visto silencioso y tranquilo.

Desde el primer día de obra el Indiano y su sobrino tuvieron una distracción más, y no sólo ellos, sino también la mayor parte de los señores de la tertulia, que la anticipaban unas horas formándola en la obra, para después continuarla en la taberna.

Afortunadamente para él, don Ulpiano tenía ya decidido cómo había de ser su casa, y un arquitecto de Santander le había hecho los planos, y un maestro de obras se había

encargado de su ejecución exacta. De otro modo el Indiano hubiérase visto gravemente apurado ante los consejos de sus amigos.

—Yo en tu caso—decíale uno—haría un balcón al saliente en el piso principal, en vez de la galería de cristales que vas á hacer.

—Lo que no haría yo—indicaba otro—sería poner la cocina y el comedor, como vas á poner, en el piso bajo. En la tierra aquí, siempre hay humedad.

El Indiano se sonreía, oía y callaba, y se paseaba lentamente, ó se retiraba un poco huyendo de los pedacitos de piedra que arrancaban los canteros á las piezas que labraban. El tenía hechos sus planos, como hemos dicho, y hechos en harmonía con sus gustos, y oía á los amigos sin variar de propósitos.

Alberto á la hora acostumbrada de ver á Cilia en las inmediaciones de la escuela, ó por el camino de la fuente—que la muchacha, por quitar trabajo á la pobre Quica, iba entonces todas las tardes á buscar el agua—desaparecía de la obra, y marchaba hacia casa del maestro. Cuando llegaba á la escuela, don Serafín solía estar en el portal con su nieta, ó paseándose por la calle, dando tiempo á que los chiquillos acabaran de

aprender las lecciones para «tomárselas». En cuanto llegaba Alberto, Cilia, si estaba con su abuelo, subíase á casa, y á poco bajaba con los botijos, y marchaba hacia la fuente. Alberto continuaba hablando con don Serafín, y cuando éste se disponía á tomar las lecciones á sus alumnos, despedíase de él el sobrino del Indiano, é íbase á buen paso en busca de Cilia.





X

UNA tarde, cuando los dos jóvenes se acercaban á la escuela, de vuelta de la fuente, y al llegar al sitio en que solían despedirse, vieron acercarse á don Ulpiano hacia la escuela. Otra casa que había antes de la de don Serafín, les impedía ver dónde entraba el Indiano, pero ambos muchachos pensaron desde luego que sólo á ver al maestro podía ir, y se miraron silenciosos, y por primera vez fué corta la despedida aquella tarde entre Alberto y Cilia, que á poco se separaron deseosos de conocer el objeto de aquella visita de don Ulpiano al maestro, y preocupados, preocupados, sí, por tal visita.

Cuando llegó Cilia á casa, su abuelo y don Ulpiano hallábanse en el balcón. La joven dió las buenas tardes desde la calle, y luego subió con sus botijos donde Quicona, que estaba atizando la lumbre para empezar á preparar la cena.

—¿Qué trae por ahí el Indiano, tú lo sabes?—preguntó Quica á Cilia en cuanto la vió entrar.—Siempre vendrá á pedite pa su sobrinu. ¡Ay la mi Ciliuca, en güena te has metiu!

—¡Mujer, Quica!...—exclamó Cilia poniendo los botijos en la cantarera.

—Sí, sí. Quica no diz más que tonturonas, pero ello es que acierta. Yo te conocí bien luego que estabas amorá de Alberto, díjetelo, y reístete de mí. ¡Ah, hija mía, si te vi nacer, como quien diz, pa que no sepa lo que piensas!

—Bueno, pero al Indiano no le viste nacer, Quica, así que no puedes conocer, como los míos, sus pensamientos—indicó Cilia riéndose. Luego preguntó:—¿Y por qué dices ahora que en buena me metí? ¿No habíamos convenido en que Alberto era muy buen muchacho, y en que parecía que me quería de verdad, y *en que eramos una pareja que ni pintá*? ¿Y no habíamos convenido también en que, acaso, no me fuera mal si... si me casaba con él?.

—Verdá, hija, verdá. Too eso es el mesmu Avangeliu de la misa. Pero ¡qué quies que te diga!: unas veces paézme bien esi amoriu, y otras veces jázme temblar el pensar que pues casate y no ser too lo venturá que debes, Ciliuca. Ni más ni menos. Lo más yo, na tengo que decir de Alberto en particular. Siempre me han paeciu mal tos los hombres, porque ¡el diantre pa ellos!, pero Alberto... ¡O esi ó ningunu, Cilia, tamién te lo digo!

En aquel momento marchaba don Ulpiano, y Cilia salió con la luz de la cocina á alumbrarle para que bajara la escalera, completamente obscura ya á aquella hora. Don Serafín bajó con él hasta la puerta, despidióle allí, y volvió á subir. Al llegar arriba dijo á su nieta:

—Mira, deja la luz á Quica, y vámonos á la sala, que tenemos que hablar.

Un instante después estaban los dos en la salita. Don Serafín cerró las puertas del balcón, porque ya se sentía algo de fresco, pero dejó abiertos los cuarterones para no quedarse á obscuras. Aun así, como ya era muy escasa la luz del día, lo era más la que penetraba á través de los cristales.

—Las cosas de importancia, cuanto primero se traten mejor, ¡que caray!—murmuró don Serafín, sentándose en el sofá, un

sofá de Vitoria de alguna más edad que su amo, é indicando á Cilia que se sentara á su lado. Luego añadió:

—Vamos á ver, Cilia: ¿tú quieres mucho á Alberto?

Cilia, aunque ya adivinaba que su abuelo iba á hablarla de algo por el estilo, no esperaba semejante pregunta, y no se atrevió á contestar.

Hubo unos instantes de silencio. Después continuó don Serafín:

—No seas tontuca, contéstame. Quiero que hablemos como dos amigos, con completa confianza, y sin temor ninguno. Yo sé que os queréis algo, sé que te acompaña mucho, casi aseguraría que sois novios. ¿Crees que no llegan á mí las noticias, y que no me fijo yo en las cosas, sobre todo en cosas que tanto te interesan á ti? Lo sé, lo sé todo, ó casi todo, y no temas que te riña por nada. Al fin, Alberto, me parecía buen muchacho, y no hubiera sido yo quien se opusiera á que llevarais la cosa adelante, á no mediar lo que media ahora.

Cilia continuó silenciosa, meditando las últimas palabras de su abuelo, sin acertar á explicárselas.

—Pero mujer, Ciliuca, ¿será posible que no tengas confianza conmigo para decirme

eso. ¿Tanto, tanto le quieres que no te atreves á confesármelo?

—Mucho, mucho, abuelo—contestó, por fin, la joven en voz muy baja, pero atreviéndose á mirar á su abuelo á la cara, sin duda para confirmar con los ojos la afirmación que acababa de hacer con los labios.



—¿Le dejarías por algún otro hombre, Cilia?

Nuevo silencio de la muchacha.

—Di, Cilia, ¿dejarías á Alberto por otro?

—Por ninguno!

—¿Aunque yo te dijera que te convenía hacerlo?

—Si usted me lo manda... le dejaré. Pero por otro... ¡Perdóneme, abuelo, pero por otro!... Sí, si usted me lo manda, también; pero sólo mandándomelo usted—concluyó Cilia sollozando, y enjugándose los ojos, que se la habían llenado de lágrimas.

—Vamos, vamos, no llores, no seas tonta. Mira, siempre has sido razonable, y no vas á dejar de serlo ahora.

Los sollozos de Cilia continuaron, y don Serafín permaneció callado unos momentos, como pensando lo que iba á decir. Luego añadió:

—Tú no pensarás, Cilia, que tienes otro pretendiente además de Alberto, ¿verdad? Pues amiga, sí, le tienes. ¡Y qué pretendiente, caray!... El Indiano, nada menos que el Indiano, ha venido esta tarde á pedirte. Yo, si te he de ser franco, te diré que creí que vendría á pedirte para su sobrino, no para él. Pero, por lo visto, no tenía la menor noticia de vuestro noviazgo.

—¿Y usted se lo dijo?—preguntó Cilia con interés.

—Sí, hija, sí, díjeselo. Le dije que me figuraba lo que ha resultado, que debíais quereros tú y Alberto, y que veía difícil que dejaras plantado al muchacho. Pero él no desanimó por eso. Me dijo que eso eran niñerías, que con mandar á Alberto una temporada fuera de aquí os olvidaríais uno de otro, y que tú, entonces, aconsejada por mí, no tendrías inconveniente en aceptarle, á él, á don Ulpiano, por marido.

—¿Y usted?...

—Yo, hija—continuó don Serafín sin dejarla terminar la pregunta—la verdad, le ofrecí aconsejarte como él me pidió, porque

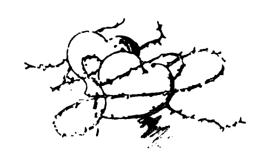
es lo que te conviene, compréndelo tú también, Cilia. Alberto es muy joven, y aunque tendrá algunos ahorrillos, y es muchacho de valer y de porvenir contando con la protección de su tío, no puede comparársele á don Ulpiano. ¡Caray, Cilia, casándote con don Ulpiano, te envidiarán todas las muchachas del valle! La cosa no admite duda. ¡Un hombre millonario, ó poco menos!... Ademas, si le decimos que no, comprenderá que es por no dejar á Alberto, y una de dos: ó dejará de protejerle, con lo cual el muchacho tardará mucho en estar en condiciones de poder casarse, ó nos le echará á cien mil leguas de aquí, y después ni el uno ni el otro. Comprende tú todo eso, Ciliuca.

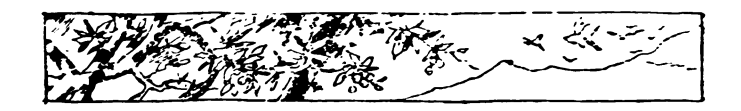
Don Serafín miraba atentamente á su nieta, que con la cabeza inclinada sobre el pecho, y oprimiendo nerviosa entre las manos un pañuelo, con el cual se limpiaba los ojos á cada momento, permanecía callada, sin atreverse á responder cosa alguna, porque todas las que pensaba diferían bastante de las que su abuelo hubiera deseado oirla contestar.

—Vaya, Cilia—añadió al cabo de un rato don Serafín cariñosamente, compadecido de su nieta, y empezando á claudicar en su defensa del pleito del Indiano—no llores, ni

te pongas de esa manera ¡caray! La cosa no es para tanto. Yo te he dicho lo que creo que te conviene, pero si ha de acabar contigo la pesadumbre, me callo, y «salga el sol por Antequera», ¡caray!

Y el maestro echó un brazo sobre los hombros de Cilia, acercóla á sí, y la dió un par de besos en la frente.





XI

Susceptible Alberto como verdadero montañés, aquella misma noche, en cuanto llegó á casa su tío, creyó ver en él algo anormal. Realmente el Indiano estaba preocupado, y, con su sobrino, menos comunicativo que otras veces.

No adivinaba el muchacho ni remotamente, cuál podía ser la causa de aquel cambio de su tío, pero desde luego pensó que en la visita á don Serafín era en la que se había obrado tal cambio.

Ya tenía á Alberto algo preocupado aquella visita, cuyo objeto no había acertado á explicarse satisfactoriamente, pero después

de ver al Indiano, lo que en un principio había sido curiosidad, fuese trocando en vivísima impaciencia. Pensaba si su tío habría oído algo de tanto como se decía por el pueblo, respecto á los amores de los dos jóvenes, y acaso queriendo comprobarlo habría ido donde el maestro, suponiéndole bien enterado.

Hasta aquí, si no era más que eso, bien poco era, y no importaba gran cosa al muchacho ello sólo. Pero ¿y si don Serafín, que, en efecto, parecía estar enterado de las relaciones de Cilia y Alberto, había puesto al corriente de ellas á don Ulpiano, y á éste no agradaban aquellas relaciones?

Eso ya era más grave, y visos tenía de no ser infundada la suposición de Alberto, juzgando por el aspecto de su tío.

En todo, en todo pensaba el muchacho, menos en lo que realmente había ocurrido. ¡Ni cómo iba á pensar semejante cosa! Si la que él hubiera creído más extraviada de sus ideas, hubiera emprendido tal camino, perderse, la hubiera dejado Alberto, en la nada hacia la cual marchara. Porque no había ninguno, absolutamente ningún detalle, ningún rumor, ninguna sospecha, nada, que hiciera pensar que don Ulpiano se había fijado en Cilia para hacerla su mujer. Es más: Alberto estaba en la cuenta de que apenas la conocía su tío.

Y esto era verdad. Pocas veces, y esas de lejos, y si de cerca alguna, muy rápidamente, había podido don Ulpiano ver á Cilia. Pero, por lo visto, habíanle bastado al buen señor para descubrir aquel tesoro.

Alberto, sin pasar á estas suposiciones, fijo en las primeras, que eran, para él, las más verosímiles, extrañábase, dándolas por ciertas, de que su tío no hubiera tenido antes noticia de sus amores con Cilia. Y no la había tenido, sin duda, cuando hasta aquella tarde no se había disgustado.

Después ya, iba pareciéndole más natural la ignorancia de don Ulpiano. Al fin, habíale visto, por junto, dos ó tres veces con Cilia y las amigas de ésta, y eso no era nada. En cuanto á los rumores que había por el pueblo, parecía á Alberto que no se iba á presentar nadie á comunicarlos á su tío, porque aunque éste hablaba con todo el mundo, no daba libertad á nadie para mezclarse en asuntos de su familia. Pero al llegar aquí preguntábase Alberto cómo, entonces, había podido enterarse el Indiano aquella tarde... «Acaso alguno de los de la tertulia...,» pensaba después, creyendo haber acertado. «Eso, eso ha sido, porque cualquiera de ellos tiene confianza con mi tío para decírselo en broma... ¡Es claro, habrán notado que todas

las tardes me marcho de la obra á la misma hora, y por ahí empezaría hoy la bromita, como si lo viera!»

Mientras duró la cena en casa del Indiano, silencioso éste, y hablando Alberto solamente cuando su madre le preguntaba algo, los pensamientos del muchacho giraron sin cesar al rededor de esas suposiciones que hemos indicado.

Y más tarde, cuando se fué á la cama, y, acostado ya, quiso leer, según costumbre, un poco, le fué materialmente imposible hacerlo, si no leer, comprender lo que leía, porque lo que pensaba era cosa muy distinta.

Alberto esperaba que al día siguiente le dijera algo su tío, pero, con gran extrañeza del muchacho, despacharon como todos los días el correo, y transcurrió la mañana, sin que don Ulpiano tuviera aspecto más amigable que la noche anterior, es cierto, pero también sin que dijera á su sobrino cosa alguna digna de mención.

Después comieron en medio del silencio en que habían cenado la noche anterior, y á poco, primero el Indiano y más tarde su sobrino, salieron á la obra, permaneciendo en ella hasta el atardecer, según costumbre, á ratos parados, viendo trabajar, y á ratos

paseándose, inspeccionándolo todo, pero nunca juntos como otros días, sino cada uno por distinto sitio.

A la hora en que solía hacerlo otras tardes, y cuando ya don Ulpiano hallábase acompañado de sus amigos, Alberto se dispuso á marchar. Lentamente se fué retirando por entre las grandes piedras que había de trecho en trecho, y por entre los montones de ladrillo y de argamasa, y cuando ya iba á desaparecer tras de la pared de un huertecillo, la voz de su tío que le llamaba, hízole pararse y quedar como petrificado. Luego, repuesto instantáneamente del efecto extraordinario que acababa de causarle la voz de su tío, volvió hacia él aparentando indiferencia.

—¿Dónde ibas?—preguntóle el Indiano con sequedad, cuando le tuvo cerca.

—A dar un paseo—contestó Alberto.

—Bien, pues llégate á Nogalea á recoger mi correo, que espero una carta interesante hoy, y el cartero no la traería hasta mañana.

Alberto, á quién el mandato contrarió notablemente, contestó, sin embargo, con humildad «Está bien,» y emprendió el camino de Nogalea, que era el opuesto al de la escuela. Llegaría á Nogalea la diligencia

que llevaba el correo, de un momento á otro, y como el reparto de la correspondencia á los que iban á buscarla se hacía poco después, Alberto aceleró el paso cuanto pudo para llegar al reparto, y poder volver á tiempo de acompañar á Cilia á la fuente.

A pesar de los deseos que el muchacho tenía de llegar cuanto antes á la Administración—que el afán de andar pronto un camino suele hacérnoslo más largo—jamás creyó haberlo andado primero. Tan preocupado fué, y tan abstraído en sus meditaciones.

Sospechaba que la orden de su tío era sencillamente un pretexto para quitarle de ir donde Cilia. Sin duda don Serafín había dicho al Indiano que á aquella hora era cuando Alberto solía ver á la joven, y don Ulpiano querría empezar por romper aquella costumbre. El, Alberto, estaba seguro de que aquello de la carta interesante era mentira. Y aun siendo verdad, como la contestación no podría ya salir hasta el siguiente día á las dos de la tarde, nada se adelantaba anticipando unas horas el recibo; cosa que el Indiano sabía como su sobrino. Indudablemente era un pretexto.

—Y se equivoca usted de medio á medio, señor tío, si cree que así me va á apartar

de Cilia—pensaba Alberto, y hasta lo decía en voz baja, corriendo, más que andando, en dirección á Nogalea.—Así me apartará usted durante un rato, como ahora, pero será para ir después más deprisa donde ella. Yo respeto á usted mucho—continuaba—y le quiero más, y sé todo lo que le debo, pero en esta ocasión no haré por adivinar sus deseos, como en otras, para complacerle. Tendrá usted que hablarme claro, muy claro, y aun así, me parece que no le voy á entender. Lo sentiré mucho, pero ¡qué hemos de hacerle!... Si usted tuviera algún motivo justificado para oponerse á mis relaciones con Cilia; si no fuera ella un ángel, como es; si no fuera yo el honrado, como lo soy, con esas relaciones, comprendo que usted, que tanto se ha interesado siempre por mí, tratara de poner dificultades. Pero, señor mío, ¿qué más puede usted desear para su sobrino?

Al llegar aquí en su solitaria conversación, Alberto se halló á la puerta de la administración de correos. Otras personas estaban allí esperando el reparto, y ellas enteraron al muchacho de que el correo había llegado y se repartiría en seguida.

Efectivamente, momentos después el empleado abrió las maderas de una ventanita

inmediata á la puerta de la Administración, y por entre las rejas de la tal ventana empezó á dar la correspondencia. Cuando vió Alberto que había terminado el reparto, pidió la de su tío, y apenas se la entregaron, marchó aceleradamente hacia Urbina.

Iba contento, en medio de sus preocupaciones, porque le habían despachado pronto, y aun llegaría á tiempo de encontrar á Cilia de regreso de la fuente. Por lo demás, la carta interesante no había llegado. Precisamente aquel día era uno de los pocos en que don Ulpiano sólo tenía los periódicos á que estaba suscrito, y una circular de una industria que se montaba en Santander.

Alberto llegó á su casa sudando. Preguntó á su madre por don Ulpiano, díjole ella que no estaba, la entregó el muchacho el correo, y sin detenerse más salió otra vez á la calle. Los trabajadores dejaban en aquel momento la obra, y se retiraban con sus chaquetas ó sus blusas echadas sobre los hombros. Alberto pasó por entre ellos despidiéndolos familiarmente hasta el siguiente día, y los dejó pronto atrás, alejándose él con precipitación hacia la escuela.

Lo que el muchacho creyó casualidad en un principio, y era previsión de Cilia, según supo después, hizo que Alberto hallara á

Quicona antes de llegar á la escuela, la cual Quicona, con trazas de hacerle aquel favor de mala gana, dijo al sobrino del Indiano al cruzarse con él, sin detenerse:

—Ciliuca está en la juente. Entoavía no ha güeltu.

—¡Dios te lo pague, Quica!—contestóla Alberto, verdaderamente agradecido, y en vez de ir por la escuela, siguió por la carretera abajo, en la cual encontró pronto á Cilia.

—¿Viste á Quica?—preguntó la joven al sobrino del Indiano, en cuanto le vió acercarse.

—Sí, ella me dijo que aún no habías vuelto de la fuente.

—Se lo mandé yo, pero ella no quería hacerlo, y estaba yo temiendo que no te lo hubiera dicho y fueras á casa, porque está allá tu tío. Al menos allá le dejé cuando salí.

Después empezaron á comunicarse sus impresiones, sus noticias, andando lentamente hacia la escuela, y hablando muy deprisa. Primero contó Alberto cuanto le había ocurrido con su tío, sin omitir ninguno de sus propios pensamientos, ni ninguna de sus sospechas.

Cilia le dejó acabar, y entonces empezó ella.

Cada palabra de la joven asombraba más á Alberto, que á veces no podía contener las exclamaciones, ya de sorpresa, ya de contrariedad.

Cilia, sin olvidar un detalle, tampoco, de cuanto su abuelo la había dicho la noche anterior, concluyó expresando su confianza de que don Serafín no se opondría á las relaciones de los dos jóvenes. Pensaba Cilia que siempre pesaría más en el ánimo de su abuelo una lágrima de ella, que todas las razones que pudiera alegar don Ulpiano, y esto la daba relativa tranquilidad; no completa. No completa, porque la muchacha conocía á don Serafín, y no se la ocultaba que para él hablarla como la había hablado en pro de la causa de don Ulpiano, menester era que estuviera convencido de la bondad de tal causa, y estándolo no renunciaría fácilmente á defenderla, pues creería defender así el bienestar futuro de su nieta. Esto es: confiaba la muchacha en el triunfo definitivo, en cuanto á su abuelo, pero temía la lucha.

Cilia daba á conocer á Alberto estos sus pensamientos, y ambos convenían en que, en adelante, la situación de los dos había de ser muy otra en sus respectivas casas. Tendrían contrariedades y disgustos; eso era se-

guro. Pero hallábanse dispuestos á arrostrarlo todo. Al principio de sus relaciones, ó antes de empezarlas, cuando no se querían tanto, hubieran bastado los consejos dados la noche anterior por don Serafín á su nieta para que ésta se hubiera negado á admitir las relaciones de Alberto. Y lo mismo éste, si antes hubiera conocido los propósitos de su tío respecto á Cilia, hubiera sacrificado su amor en aras de su respeto, su cariño y su agradecimiento al Indiano. Pero ya era tarde, y ambos jóvenes se juraban no dejar de amarse por nada ni por nadie. Queríanse ya demasiado para obrar de otra manera.

Luego comentaban el paso dado por el Indiano, prescindiendo de ellos mismos, por decirlo así. Alberto preguntaba á Cilia si ella había notado algo en don Ulpiano anteriormente, si había observado que la mirara alguna vez con insistencia, ó que procurara verla frecuentemente, aunque sólo fuera al pasar.

Nada. Cilia no había notado nada, en absoluto.

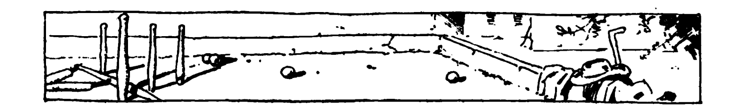
—¡Pues que pensaría mi tío!—exclamaba Alberto.—Es verdad que él no está ya en edad de andar haciendo el amor como un muchacho, pero también sin hacer nada... Creería que con la ayuda de tu abuelo tenía

el pleito ganado... ¡Y encontrarse con que su sobrino, quien tanto le debe, es quien le impide realizar sus deseos, su ilusión de tantos años!... Porque él, no diré que contigo, pero á casarse estaba decidido hace mucho tiempo. Cuando vinimos, durante el viaje, en un momento de expansión que tuvo conmigo, me lo dijo, que venía con ánimo de casarse. Y mira tú lo que son las cosas, yo me alegraba. No soy egoísta. Otro en mi lugar lo hubiera sentido, porque el sobrino pobre á quien se le casa un tío rico, pierde algo más que un grano de anís. Pero yo, te digo la verdad, me alegraba, porque me parecía justo que un hombre que se había pasado lo mejor de la vida trabajando, solo por ese mundo, hallara á su vejez descanso, y afectos, y alegrías que ni mi madre ni yo habíamos de poder proporcionarle, porque sólo pueden encontrarse en el matrimonio... ¡Quién me había de decir entonces que yo le impediría alcanzar esos goces, Cilia! Porque ya ahora, no casándose contigo, no se casa. Es el segundo desengaño, y se convencerá de que á su edad no se conquistan las mujeres, hay que comprarlas. Y aquí, por suerte, son pocas las que quieren venderse... En fin, ya iremos viendo lo que ocurre, Cilia.

—Sí, si no lo vemos nosotros...—añadió la nieta del maestro en tono de broma.

Después se despidieron hasta el siguiente día, marchó Cilia hacia su casa, y Alberto se alejó, á poco, camino de la suya.





XII

Cuando Cilia llegó á la puerta de la escuela, halló á su abuelo que salía á buscarla. Estaba ya impaciente don Serafín con la tardanza de su nieta, que otras tardes llegaba antes.

Apenas oyó Cilia las primeras palabras del maestro, conoció que el viejo no estaba del humor de otras veces. Notábase cierta sequedad en la manera de recibirla, cierta frialdad, que por ser la primera vez que Cilia la observaba, preocupó hondamente á la joven. No era aquello, ciertamente, á lo que don Serafín la tenía acostumbrada.

Subieron la escalera sin cruzarse una palabra entre el abuelo y la nieta.

Cilia atribuía aquel silencio de don Serafín al disgusto que hubiera podido causarle el llegar ella tan tarde, y en cuanto dejó en su sitio los botijos, y entró en la cocina, al lado de cuya chimenea acababa de sentarse el maestro, como lo hacía todas las noches, igual en invierno que en verano, Cilia fuese cerca de él, también como de costumbre. Esperaba la niña que don Serafín dijera algo, cualquier cosa que la diera pie para hablar de su tardanza y disculparse, porque si no, ella no sabía cómo empezar á hacerlo. Pero el maestro serio, como solía estarlo en clase, con el entrecejo arrugado, miraba fijamente al fuego, y no parecía dispuesto á romper aquel silencio, sólo interrumpido á veces por el chisporroteo de la leña al quemarse ésta, y por el ruido de las pisadas de Quicona, que estaba poniendo la mesa.

Cilia hallábase consternada ante aquella situación, completamente nueva para ella, y tan pronto sentía profundo pesar por haberse entretenido tanto con Alberto, como pensaba que era excesivo el rigor de su abuelo para con ella.

Por fin el maestro, volviéndose un poco hacia Cilia, pero sin llegar á mirarla,

—¿Habrás estado con Alberto?—preguntó, como continuando en voz alta un pensamiento que tuviera.

—Sí, señor,—contestó con cobardía Cilia, viendo llegado el momento de disculparse,—Le mandó su tío al correo, y vino algo tarde, y por eso... Yo le pido que me perdone, abuelo. Tendré buen cuidado de no tardar tanto otro día.

Y los ojos de Cilia se llenaron de lágrimas, y la pobre niña aguardaba ansiosa el perdón de su abuelo, para echarse en sus brazos buscando sus caricias. Pero con extrañeza imponderable, y con dolor que la llegó al alma, vió que su abuelo se volvía á mirar el fuego, impasible, con aquella impasibilidad cruel que le caracterizaba en la escuela, y que nunca hasta entonces le había visto Cilia para con ella.

—No, lo que tienes que hacer otro día, y todos los días, es no volver á la fuente ni á ningún sitio en que pueda hablarte Alberto.

Imposible es describir el efecto que hicieron á Cilia aquellas palabras frías, duras, pronunciadas lenta y claramente por don Serafín, sin señales en él de cariño hacia quien iban dirigidas. En el primer momento aquel efecto fué más físico que moral. Cilia sintió como un golpe en la cabeza, y como un mareo que á poco la hace caer de la silla; notó que la luz que había sobre la «pusiega,» sobre la cornisa de la chimenea, con-

vertíase en muchas luces; observó que las lágrimas habían desaparecido instantáneamente de sus ojos, y sintió en éstos un calor que los abrasaba. Luego, inmediatamente, quiso hablar, quiso decir algo, sin saber qué, y sintió en la garganta una opresión que la ahogaba, y las palabras que iba á pronunciar detuviéronse allí como forcejeando por salir, pero sin poder conseguirlo.

Después la joven, dudando si era realidad ó era una pesadilla todo aquello, miró á su alrededor y vió á Quicona como petrificada, inmóvil al lado de la mesa, con los ojos muy abiertos, mirando alternativamente á la niña y al viejo; vió más allá la puerta de la cocina, entreabierta; después cuatro ó seis calderas colocadas en fila. Al otro lado vió el fregadero; la ventanita que daba un poco de luz á la cocina cuando los días estaban claros; el banco de roble, ennegrecido por el humo; la chimenea; la lumbre, cuyas llamas de variados colores se escondían á cada instante para volver á aparecer, y volver después á esconderse, como oprimidas por una mano invisible. Y vió á don Sarafín, vió á su abuelo, que miraba también aquellas llamas fijamente, recibiendo de lleno en la cara la luz intermitente de ellas.

Tras aquella rápida inspección, incompa-

rablemente más rápida que la relación que de ella hacemos, Cilia empezó á sentir los efectos morales que la producían las palabras de su abuelo. Ocurre con los grandes dolores morales, lo que con los físicos. Un gran dolor material, nos priva del sentido en los primeros momentos: un gran dolor moral, en los primeros momentos también, embota la sensibilidad, que es como el sentido del alma.

Pena tan profunda sufría Cilia en aquel momento por las palabras de su abuelo, tristeza tan grande la producían, que sintió necesidad de pensar, como único consuelo, que no había pronunciado don Serafín tales palabras. Teníalas grabadas como á fuego la pobre niña en el alma, donde la abrasaban, y quería dudar de haberlas oído, y quería aumentar sus dudas mirando á su abuelo, esperando ver en aquella cara huesosa, los rasgos de bondad y de cariño infinito que ella había visto otras veces. Pero ¡ay! digérase que aquellos rasgos se habían borrado también para Cilia, como borrados estaban siempre para los chiquillos de la escuela.

Recordaba Cilia su reciente conversación con Alberto, su confianza de que don Serafín desistiera ante las lágrimas de ella, de

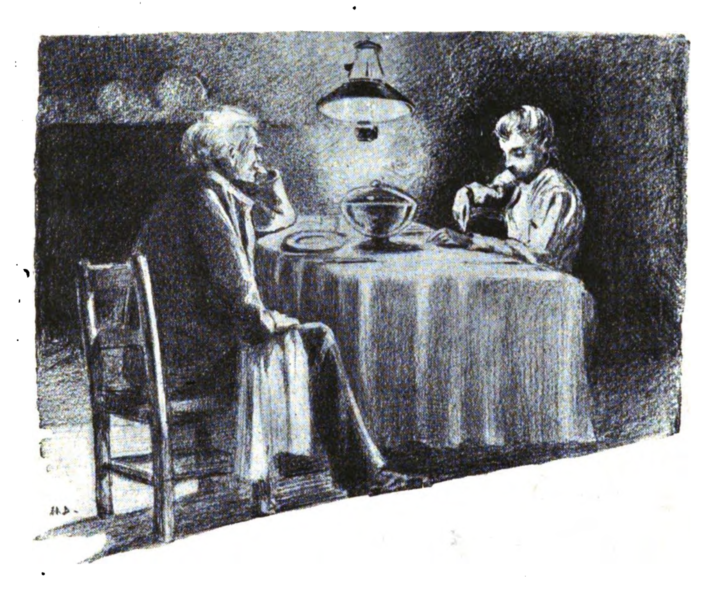
apoyar al Indiano en sus pretensiones, y rápidamente desaparecía aquella confianza, porque jamás había visto Cilia á su abuelo de tal modo con ella. Habíale creído incapaz de tal rigor allí arriba, fuera de la clase, y al ver desmentida tal creencia, perdía toda esperanza. Y medía las propias fuerzas, parábase, acaso por primera vez en la vida, á examinar, á conocer el propio carácter, y veía que no iba á tener valor para oponerse á la voluntad de su abuelo.

Al mismo tiempo pensaba y conocía que tampoco iba á tener fuerzas bastantes para soportar las consecuencias de su obediencia. ¡No, no las tendría! Alberto era toda su vida, y Cilia comprendía que el rompimiento con él sería un suicidio. Y sentía una compasión infinita y desgarradora hacia Alberto y hacia ella misma. Compasión hemos dicho, y no era propiamente compasión lo que la inspiraba el pensar en la posibilidad de tener que romper sus relaciones con Alberto: eran varios sentimientos á la vez, era compasión, era amor muy profundo, como nunca le había tenido, y era una tristeza muy honda, muy honda.

Quicona interrumpió en aquel momento las cavilaciones de Cilia y de su abuelo, preguntándoles si no querían cenar, pues

que la cena, servida ya, estaba quedándose fría.

Ambos se levantaron, acercaron sus sillas á la mesa, y sentáronse frente á frente silenciosos, entristecidos, mirando fijamente las espirales de humo que se elevaban sobre



el plato servido. Parecía aquella una de esas primeras comidas que se hacen en las casas donde acaba de morir un ser querido.

Permanecieron así algunos minutos que siglos parecieron á Quicona, á juzgar por las señales de impaciencia que en ella se notaban.

Por fin, la fiel criada, dejóse caer pesa-

damente sobre el banco, que crugió de un modo alarmante, y,

—¡Bah, Bah!—esclamó cruzándose de brazos—¡Pos menean ellos güena jota! Lo que es pareso, lástima jué jacer la cena!

Entonces Cilia suspiró prolongadamente, acercóse un poco más á la mesa, é hizo plato á su abuelo, según tenía por costumbre. Luego se sirvió ella también un par de cucharadas de sopa—una sopa de ajo endurecida y pegajosa, que costaba hacerla caer de la cuchara al plato—y corrió la sopera hacia un lado de la mesa, indicando á Quica que podía retirarla. Don Serafín entonces rezó la oración acostumbrada, á la cual contestaron Cilia y Quicona, y empezó la cena, y continuó hasta terminar, sin que durante ella el maestro y su nieta hablaran una palabra.

Cuando terminaron, y después que acabó de hacerlo también Quicona, sirviéndola de mesa el banco, y de asiento una sillita tan baja, que lo mismo hubiera sido sentarse en ella que en el suelo, rezaron el rosario, delante el maestro, y detrás su nieta y la criada.

Luego Cilia se levantó, acercóse á besar á su abuelo, según lo hacía siempre al irse á la cama, y... entonces ya no pudieron con-

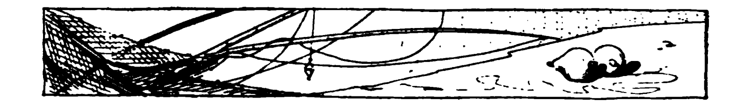
tenerse ninguno de los dos, ni Cilia ni su abuelo. Ella empezó á llorar copiosamente, y él, en cuya cara vió entonces la niña los rasgos de bondad y de cariño de otros días, la cogió la cabeza entre las manos y la llenó de besos la frente.

—¡Acabaran ellos de ablandase!—exclamó Quicona desde el fregadero, sin dejar de fregar los platos.

—¡Ea, Ciliuca, vete, vete á la cama, hija mía—dijo don Serafín á su nieta—y que duermas bien, caray! Ya hablaremos de esas cosas.

Cilia hubiera preferido que hablaran entonces mismo, pero no se atrevió á proponerlo. Dió otro beso á su abuelo, dijo adiós á Quica, y marchó á acostarse. A poco se retiró también don Serafín, y Quica se quedó otro rato en la cocina acabando de fregar la «basa» y los cubiertos.





XIII

Poco más tarde de la hora en que ocurrían en casa del maestro los hechos que acabamos de referir, se retiraba Alberto á su habitación, después de haber cenado en compañía de su madre y de su tío, en medio de un silencio semejante al de la cocina de don Serafín. Pero Alberto, que si bien no había oído de labios del Indiano palabras tan duras como las que Cilia oyera de los de su abuelo, marchaba, en cambio, á la cama sin que entre él y don Ulpiano hubiera mediado reconciliación alguna.

Apenas Alberto entró en su cuarto, llegó donde él su madre.

—Pero vamos á ver—entró diciendo Ma-

riona—¿qué diantres vos ha pasao á tu tío y á ti? Me lo vas á decir ahora mismo. Anoche vinistis los dos de un humor de perros, cenasteis sin deciros una palabra, y vos juistis á la cama creo que sin daros las buenas noches tan siquiera. Esta noche ídem de lienzo... ¿Me quieres explicar qué es lo que vos pasa?

—Pues muy sencillo, madre: que yo quiero á Cilia, la nieta del maestro, y ella me quiere á mí; se le ocurre ahora á mi tío casarse con ella, la muchacha dice que «nones,» y el hombre se enfurruña conmigo. Eso es todo.

—¿Y tú qué dices?

—¿Cómo que qué digo?

—¿Que qué piensas hacer?

—¿Pues qué he de pensar? Que quiero mucho á mi tío, que le respeto mucho también, y que no olvido que le debo el no andar guardando vacas. Pero que á Cilia la quiero ya demasiado para dejarla, ni por mi tío ni por nadie. Eso es lo que pienso, madre, hablando en plata.

—¡Jesús, Dios mío! El demonio no huelga, hijo. ¿Tú has pensado los disgustos que pueden traernos á casa esos noviazgos?

—Ya lo estoy viendo, madre, ya. ¿Le parece que es chico disgusto para mí ver á mi

tío tal como está conmigo? ¿Pero qué voy á hacer yo? ¿Dejarle libre el campo? No puedo. Hay cosas superiores á nuestra voluntad, y esa es una de ellas. No puedo dejar de quererla. Lo he pensado, y, no, es imposible, imposible. Pensarlo sólo, me ha asustado primero por mí, y me ha parecido después una cobardía, por ella. Hacerlo, suponiendo que yo pudiera, sería un crimen, y un crimen inútil, porque ella seguiría queriéndome á mí, y nada se conseguiría.

—Pero y tú ¿cómo has sabido que él la quiere también?

Alberto refirió á su madre la primera entrevista del Indiano con don Serafín. Luego añadió:

—Esta tarde volvió allá, y no sé lo que le diría el maestro, pero no podría darle grandes esperanzas.

Mariona estuvo un rato pensativa y silenciosa. Su hijo nada decía tampoco.

A la hermana del Indiano no la parecían mal los amores de su hijo con Cilia, antes por el contrario, hubieran sido para ella motivo de gran satisfacción, á no mediar el deseo de don Ulpiano, porque siempre había tenido un afecto especial á Cilia, y hasta había llegado á pensar años antes, viéndola crecer y hacerse una mujercita, que no

haría mala pareja con *el su* Alberto, cuando éste volviera de México. Pero después de lo que el muchacho acababa de decirla, Mariona trató, en vez de alentarle con su aprobación, de hacerle ver todos los inconvenientes y disgustos que podrían sobrevenir.

—En primer lugar—decía Mariona—has de tener en cuenta que don Serafín hará tóo lo que pueda por casarla con tu tío, ¿y quién te diz á ti que la muchacha, por no disgustar á su abuelo, no te deja plantao el mejor día?

—Pero es que ella tiene la seguridad de que su abuelo no ha de contrariarla—interrumpió Alberto.

—Déjate de cuentos. Su abuelo sabe que es viejo, que el día menos pensado se le lleva Pateta, y que ese día su nieta se queda sola en el mundo, y ha de procurar no dejarla así. Comprendo que antes le parecieras tú muy bien, y no es pasión de madre, pero ahora han de cambiar allí las cosas para ti, por mucho que te quieran. Don Serafín no es tonto, y bien comprenderá que no estás hoy por hoy en condiciones de casate. Aún entre tú y otro que no fuera tu tío, te preferiría á ti, pue ser, porque pensaría que al lado de Ulpiano, nunca te faltaría nada. Pero siendo tu tío el que la

pretende, ¿paezte que no se le ocurre que si te la da á ti y no á él, se te acaba la protección del Indiano? Pos otra cosa: (y ya veis que no se le pasa por alto, porque él dices que se lo dijo á la muchacha), mañana pue mandarte tu tío fuera de aquí, y entonces ¡á ver! ¿Desobedecerás á tu tío? ¿Te irás? No sé cuál será peor.

Alberto escuchaba con gran atención los prudentes consejos de Mariona, pero al suspender ésta su discurso, estaba tan decidido como al oir las primeras palabras de su madre, á no romper con Cilia. Así que la buena mujer, al despedirse de él encargándole que pensara mucho lo que hacía, había logrado sólo, si acaso, aumentar algo los temores de su hijo, lo cual, si en otros asuntos es conseguir la mitad, ó más, del éxito, es alejarle mucho cuando de amores se trata. El amor debe combatirse avivándole, no tratando de matarle. Cuanto más desesperada y más imposible se pinte y se haga ver á un enamorado la realización de sus deseos, más empeño pondrá en lograrla. El amor muere engañándole. Contrariándole se desarrolla.

Alberto no leyó tampoco aquella noche, después de acostarse, como acostumbraba. Apagó la luz en cuanto se dejó caer en la

cama, y trató de pensar en cosas indiferentes para dormirse pronto, porque deseaba hallar en el sueño descanso para su espíritu, harto combatido y trabajado en las últimas veinticuatro horas.

Al principio el sueño mostróse propicio á complacerle, y hallábase ya el muchacho en ese estado inexplicable que precede inmediatamente al instante de quedarse dormido, cuando llegó á sus oídos el canto lejano de varios mozos. Alberto oyó confusamente aquel canto, que no logró alejar el sueño de él. Pero á poco las voces de los cantadores se oyeron más cerca, y ya entonces Alberto las percibió con más claridad. Finalmente los mozos pasaron cantando por delante de la casa y muy cerca de ella, y el sobrino del Indiano pudo hasta entender perfectamente las palabras del cantar:

«Eramos tú y yo muy chicos,
y con tu madre te vi,
y la dije yo á la mía:
«quiero esa nena pa mí.»

Hizo gracia á Alberto el cantar, y le repitió mentalmente para grabarle mejor en la memoria. Y su pensamiento, con rapidez asombrosa y con independencia absoluta,

burlándose de la voluntad del joven, pasó del cantar aquél á otros cantares; hiciéronle éstos recordar fechas, las fechas le recordaron hechos, los hechos personas, las personas... El sueño estaba ya muy lejos. Alberto lo conoció y entonces ya no trató de luchar con el insomnio, porque nada adelantaría.

Pensó en Cilia, y el problema de sus amores con la nieta del maestro, quedó planteado una vez más en la mente del joven. Sólo que ahora más complejo, más irresoluble, tanto porque Mariona le había hecho ver inconvenientes que antes no veía él, cuanto porque en esos momentos de desvelo parece como que las dificultades crecen, se desarrollan y se multiplican, haciéndose las pequeñas grandes, y naciendo de éstas otras nuevas.

Es de notar, y Alberto lo había observado ya alguna vez, viéndolo entonces confirmado, cómo el insomnio agranda los obstáculos. Lo que durante el día nos parece fácil, hacedero, hasta el punto de que apenas pensamos en ello, por la noche, una vez acostados y en esos momentos en que el sueño huye de nosotros, empieza á preocuparnos, va adquiriendo importancia en nuestro pensamiento, y acaba por parecernos imposible.

Alberto oyó las palabras de su madre, como ya hemos indicado, con atención, y ellas, acaso, le hicieran fijarse un poco más en inconvenientes en que no se fijara antes, pero sus cavilaciones, sus sinsabores, no eran mayores al acostarse, que lo eran primero. En cambio después ¡qué importancia adquirían para el joven aquellos inconvenientes! ¡De qué modo empeoraban la situación! Revolvíase nervioso en la cama, abrasándose de calor, y echaba hacia abajo la ropa, dejando descubierto el cuerpo, y daba vueltas y más vueltas sin hallar postura cómoda. Y aquellas dificultades seguían creciendo, creciendo, haciéndose insuperables. Cuanto su madre le había dicho parecíale cierto, ciertísimo, indudable. Don Serafín haría todo lo posible por casar á Cilia con el Indiano, á pesar de la confianza que tenía ella en el cariño de su abuelo. Los viejos no se acuerdan de cómo pensaban de jóvenes, y el amor de los muchachos es para ellos cosa muy secundaria. Don Serafín pensaría todo lo que la madre de Alberto había dicho á éste, era seguro. Y Cilia ¿iba á desobedecer á su abuelo? Imposible. Se casaría con don Ulpiano. Y don Ulpiano, para facilitar esa solución, le echaría de allí, le mandaría á Santander, ó á Madrid,

tal vez á México nuevamente. Y él, Alberto, ¿iba á decir á su tío que no quería salir de Urbina? ¡Imposible también!... «¿Y por qué imposible?», preguntábase seguidamente. Pero luego pensaba en su madre, figurábasela pidiéndole con lágrimas en los ojos que obedeciera á su tío, á quien tanto debían, y el pobre Alberto repetía desalentado: «¡Imposible, imposible! ¡Tendré que obedecer yo también!»

Y el sueño cada vez más rebelde, cada vez más lejos. El insomnio había producido aquellos pesimismos del joven. ¿Por qué no cesaría ya, logrado su objeto?

Alberto se sentó en la cama y encendió un cigarro. Durante el rato que empleó en fumarle, completamente destapado, se quedó frío, y sintió luego deseos de volver á acostarse y arroparse. Hízolo así, y al cabo de un rato pensó con satisfacción que acaso se dormiría pronto, porque ya no sentía necesidad de cambiar de postura á cada instante. ¡Tenía unos deseos de dormirse, y de que llegara otro día para ver á Cilia y oir de sus labios palabras que le fortalecieran! Porque sus pesimismos eran muy grandes entonces, pero á la idea de verlos confirmados no se hacía, y en medio de ellos aun tenía esperanzas.

El sueño tardó poco, después, en acudir á él, haciéndole pensar cosas extraordinarias, verdaderas locuras de que se daba cuenta vagamente, admirándose, sin embargo, de pensarlas. Ya en aquellos momentos no le preocupaba nada, porque se hallaba más dormido que despierto, y su fantasía volaba sin detenerse, del mundo real, confusamente entrevisto, á otro mundo ideal, cuyas impresiones borraban los recuerdos de aquél. Aún, Alberto, en aquel estado, tuvo un estremecimiento, una sacudida que hizo retemblar la cama fuertemente. Pero un instante después estaba dormido.





XIV

Pasaban días y más días sin que don Serafín diera á su nieta las explicaciones que ella esperaba. Mostrábase cariñosísimo el viejo con Cilia, pero parecía olvidado en absoluto de cuanto había ocurrido entre ambos noches antes. Creyérase que nada había ocurrido, que había sido un sueño, como Cilia había pensado en un principio, el disgusto que habían sufrido aquella noche, y creyérase también que á don Serafín le era indiferente que su nieta hablara ó no con Alberto. Y, sin embargo, ninguno más vivo que aquel recuerdo doloroso en don Serafín, y ninguna más terminante en

él también, que la decisión de casar á su nieta con el Indiano.

Pero don Serafín se conocía bien, y conocía mejor aún á su nieta.

Porque se conocía, retardaba indefinidamente las explicaciones que su nieta deseaba; porque sabía que no tendría carácter para sostener su decisión ante las lágrimas de Cilia. Y aún suponiendo—pues todo lo pensaba—que haciendo un supremo esfuerzo, tuviera esa firmeza de carácter para con ella, conocía que le faltaría valor para arrostrar la situación que crearía entre ambos.

Y porque conocía á su nieta, su humildad, su obediencia, su afecto, no reiteraba la prohibición hecha; porque sabía que la niña, en tanto no se levantara tal prohibición, la acataría escrupulosamente, con relativa conformidad, nacida de la esperanza de que su abuelo volviera á permitirla hablar con Alberto.

No se equivocaba don Serafín. Cilia le veía contento, le veía cariñoso con ella, y esto la alegraba, por sí solo, aparte de que la inspiraba, como el maestro suponía, grandes esperanzas de obtener de su abuelo el día menos pensado, el ansiado permiso. Porque tampoco don Serafín se equivocaba con-

fiando en el afecto, en la obediencia y en la humildad de su nieta. La pobre niña había dejado de salir á la fuente, había suspendido sus paseos de los domingos, y hasta había dejado de bajar á la calle cuando veía que Alberto estaba con don Serafín.

Todas las tardes, al principio, iba Alberto á la escuela como anteriormente. El primer día fué confiado en que Cilia saldría á la fuente y dispuesto á acompañarla. Al fin, el Indiano nada le había dicho, y él no tenía obligación de adivinar sus deseos, tanto menos, cuanto que don Ulpiano le había visto marchar de la obra aquel día, y no le había mandado al correo, ni le había dicho una palabra.

Cuando Alberto vió que Cilia no sólo no iba á la fuente, sino que ni bajaba al portal, no acertaba á explicárselo, y era mayor su confusión, viendo, como veía, á don Serafín tan amable con él como los demás días. Por fin, alentado por aquella amabilidad del maestro, y temiendo, realmente, que Cilia estuviera mala, decidióse á preguntar por ella.

—No, no, buena está. Arriba debe andar —contestó el viejo, y continuó hablando de otras cosas, aparentando no notar la ansiedad que en el muchacho se veía claramente.

Por su parte, Alberto, no se atrevió á hacer nuevas preguntas respecto á la joven, y pasado un rato, convencido de que Cilia ya no salía, se despidió de don Serafín y se alejó caviloso y entristecido.

Después seguía visitando al maestro, yendo cada día más desesperanzado y más triste y menos hablador, pero don Serafín parecía no darse cuenta de la situación del muchacho, y Cilia continuaba sin dejarse ver de él, y empezando á hallar por demás calmoso á su abuelo en hablarla y darla á conocer sus pensamientos. Algunas tardes, cuando Alberto llegaba ó se marchaba, si no se acercaba á las casas é iba por el centro de la calle, ella le veía desde su sitio de costura á través de los cristales, ó por entre las entreabiertas maderas de la puerta del balcón. Y viéndole triste y pen-



sativo, sentía la nieta del maestro mayor cariño que nunca hacia su novio, sentía por él profunda compasión, y aumentaba su impaciencia por obtener permiso del viejo para hablarle. Pero por grandes que fueran esa impaciencia y el deseo de contar á Alberto todo lo ocurrido para evitarle sufrir más y borrar las dudas que respecto al cariño de ella tendría, seguramente, no se atrevía Cilia á pedir á su abuelo aquel permiso. El disgusto que habían tenido la niña y el viejo, el aspecto de don Serafín, su impasibilidad, su dureza, en tanto no habían hecho «las paces» aquella noche inolvidable, habían restado á Cilia gran parte de la confianza que con su abuelo tenía antes, y si no la habían hecho quererle menos, porque eso no era posible en ella, habían convertido en miedo el cariñoso respeto que le tenía.

Más adelante, Alberto, convencido de que no se le presentaría ocasión de hablar con Cilia, empezó á frecuentar menos la escuela, y dejó por completo de visitar al maestro cuando notó, entrado el verano, que su tío iba algunas tardes á pasar un rato con don Serafín.

A sus tristezas, entonces, se unieron las desesperaciones implacables de los celos,

porque Alberto, aunque no podía creer que por propia voluntad estuviera recluída en casa, ante la conducta para con él invariable de don Serafín, dudaba de la constancia de la joven, y pensaba si su tío, más afortunado que él, podría hablarla cuando quisiera.

En esto, sin embargo, se equivocaba. Don Ulpiano, en sus visitas, sólo veía á don Serafín, y por su parte Cilia, cansada de esperar las explicaciones de su abuelo, sufría tanto como Alberto, y cuidábase bien de no dejarse ver del Indiano.

Más de una vez, desde el primer día, había pensado Cilia valerse de Quicona para enterar á Alberto de lo que ocurría, pero parecíale que esto era tanto como hablar ella misma con el muchacho y no se decidía á hacerlo. Otras veces meditaba si debía escribirle dos letras, solo dos letras, y mandárselas por Quica, pero las mismas consideraciones la impedían hacerlo. Por otra parte, aunque Quica la consolaba y procuraba infundirla esperanzas, y se mostraba enojada con don Serafín por oponerse á los amores de los jóvenes, Cilia recordaba cuánto la había costado una tarde conseguir que la criada saliera al encuentro de Alberto á decirle dos palabras, y temía una negativa

rotunda, tanto más verosímil en la fiel Quicona, cuanto que ahora lo que Cilia la propusiera sería contrario á los deseos del amo. No, no. No podía ser.

Pero el alejamiento total de Alberto, la idea de que la juzgara ingrata ó inconstante, y dejara de amarla y la odiara, y se marchara de Urbina maldiciéndola, para después despreciarla; ante esa idea, ante ese temor que de día en día la hacía sufrir más, Cilia desatendió todas las demás consideraciones, desechó todos los demás temores, y habló á Quicona, y la pidió con lágrimas en los ojos, que hiciera por ver á Alberto cuanto antes, y le explicara de parte de ella, de Cilia, todo lo que había pasado y estaba pasando.

Quica, como la joven había temido, negóse al principio á complacerla. ¿Qué diría el amo si llegaba á saberlo? Pero tanto porfió Cilia, tanto lloró, tan grande vió Quicona el dolor de su Ciliuca, que, al fin,

—¡Sea lo que Dios quiera!—exclamó con decisión.—Esta mesma tarde lu veré.





XV

Precisamente aquella tarde debía llegar Felipe á Urbina á pasar las vacaciones del verano.

Poco antes de la hora, á la cual solía pasar la diligencia, Alberto marchó de la obra, dirigiéndose hacia la carretera, con gran extrañeza de su tío, que hacía tiempo no le veía emprender aquel camino, el mismo que conducía á la escuela. Sin duda pensaba don Ulpiano que su sobrino, aprovechándose de que él no había ido aquella tarde donde el maestro, iba á dar una vuelta por las inmediaciones de la escuela, con la esperanza de ver á Cilia.

Alberto, sin preocuparse poco ni mucho por lo que su tío pudiera pensar, siguió lentamente su camino, triste como lo estaba siempre desde que no hablaba á Cilia, y cuando llegó al sitio en que se unen la carretera del pueblo y la del Estado, se sentó á la orilla del camino á esperar el coche.

Estaba á poca distancia de la escuela, pero desde allí no se veía la casa de don Serafín, por haber otras antes que ella. Sin embargo, Alberto, instintivamente miraba en dirección al sitio en que estaba la escuela, y momentos había en que acariciaba la esperanza de ver aparecer á Cilia enamorada y alegre, como en mejores días, pero esa esperanza era fugaz. Luego pensaba que era imposible ya la repetición de aquellas felices horas, y un decaimiento que se iba haciendo frecuente en él, sucedía á sus instantáneas ilusiones; decaimiento más grande entonces, en medio de tantos recuerdos como aquel sitio tenía pàra él; rodeado de tantos mudos testigos de su pasada dicha y entristecido más y más con la melancolía de aquel atardecer de verano silencioso y tibio.

El enamorado muchacho meditaba una vez más ó continuaba meditando, mejor dicho, pues que no había dejado de hacerlo,

acerca de su situación respecto á Cilia, y de la de Cilia respecto á él, y sus pesimismos crecían, y llegaba á la conclusión más dolorosa para él á que podía llegar, cual era el convencimiento de que Cilia no le quería.

Entonces parecíale imposible continuar en su casa, al lado de su tío, que seguía tan serio con él; y más imposible soportar la victoria, que creía ya indudable, del Indiano, y hacía propósito de marchar muy pronto de Urbina para no volver más allí, y este propósito hacíale sentir mayor cariño que el que siempre sintiera por su país, y le abrumaban la pena y la tristeza. Y volvía á pensar en Cilia, en aquella Cilia de otros días, tan cariñosa, y recordando palabras y hechos de entonces, empezaba á dudar de las cosas presentes, y otra vez un rayo de esperanza le hacía estremecerse y mirar hacia allá, hacia la escuela.

Teníale desorientado don Serafín, al cual veía los domingos. Si Alberto hubiera hallado al maestro serio y disgustado, como hallaba al Indiano, hubiera dejado de culpar á Cilia—á la cual, con todo, á pesar de las apariencias, no podía condenar en absoluto—porque hubiera pensado que su reclusión era forzosa. Pero hallaba á don Serafín tan cariñoso como siempre con él cuando

le veía; hallábale además contento; sabía cuanto quería el maestro á su nieta, y le consideraba incapaz de estar alegre mientras Cilia estuviera contrariada, y de aquí sus dudas y su creencia, á ratos, demasiado frecuentes, de que ella era una ingrata.

Y entonces se le ocurría poner en ejecución algunos medios para saber lo que pasaba en casa del maestro, pero todos los iba desechando á medida que los ideaba, unos por inútiles, otros por irrealizables, y alguno por no ser compatible con su amor propio de legítimo montañés.

Una de las veces que miró hacia la escuela, vió asomar á Quicona, que salía á la carretera y seguía andando lentamente en dirección á donde él estaba, llevando los botijos que Cilia solía llevar á la fuente, uno en cada mano y otro debajo de un brazo, sobre la cadera.

Quica llegó donde Alberto, y allí se detuvo sin dar las buenas tardes, y mirando recelosa á todos lados, como temorosa de ser vista con el muchacho. Este notó en ella algo extraordinario, cobardía, turbación ó contrariedad, algo que instantaneamente le hizo adivinar que Quica iba á hablarle de Cilia, y se apresuró á preguntarla:

—¿Qué te ha dicho Cilia, Quica? Dímelo, ¿qué te ha dicho?

—¡No es él pocu súpitu!—exclamó Quicona algo más tranquila, después que se convenció de que «el amo» no la veía.—¡Jiciera mejor—añadió—en no haber sorbiu el sesu á la mi Ciliuca, como se lu ha sorbiu, y hubiérala ajorrau muchos desgustos!

—¿Pero Cilia tiene disgustos, Quica?

—¡Mía, mía, qué preguntas; como si no se lo fegurara él!

—De verdad, Quica, yo no me figuro nada, ni sé que nadie tenga disgustos por mí más que yo... ¿Por qué no sale Cilia, ni se deja ver nunca más que cuando va á misa con su abuelo?

—¡Será porque le faltan ganas, la mi probetuca!...

Y Quica entonces contó del mejor modo que pudo, lo ocurrido entre don Serafín y su nieta; por qué ésta no se atrevía á salir; por qué la había pedido á ella que enterara de todo á Alberto; y cuantas lágrimas costaba á la pobre muchacha el temor de que él ya no la quisiera y pensara de ella «lo que no era ni á mil leguas».

¡A qué ponderar la alegría, la felicidad que las palabras de Quicona produjeron á Alberto, si cuanto pudiéramos decir había

de ser poco para dar idea de la inmensidad de su ventura!

Pero como verdadero enamorado, á más de egoísta á que quien hacían feliz los pesares que por él sufría su amada, Alberto mostrábase insaciable de noticias, que ya no quería ó no sabía darle Quicona.

—¿Y cuándo saldrá? ¿Te ha dicho cuándo saldrá algún día?—preguntaba Alberto.

—¡Qué sé yo! Pue que el día del Carmen. Esi día no dejará el amo de mandala salir. Pero ahora dígame él algo pa ella, dáque cosa que la consuele una miaja, que güena falta le jáz, la mi probe.

—Todo lo que se te ocurra, Quica, la puedes decir. Dila que la quiero mucho, mucho, más de lo que la quería; que no puedo vivir sin verla; que me ha hecho muy feliz con lo que te ha mandado decirme; que no he pensado más que en ella día y noche desde que no la veo... Pero mira, yo estoy esperando el coche, y lo mismo me es ir por ahí abajo á encontrarle. Voy contigo y así no pierdes tiempo, y te diré todo lo que has de decirla.

—¡Jesús, María y José, qué dirían los que mos vieran! No, no, ya sé jartu pa alegrala; quédese él ahí, y yo me voy á la juente sola.

Y apenas dicho esto, dióse vuelta Quicona con tanta rapidez, que sus sayas levantaron

una nube de polvo del camino, hizo un pequeño esfuerzo para asegurar el botijo que llevaba bajo el brazo, sin soltar los que tenía en las manos, y marchó á buen paso carretera abajo.

Tuvo Alberto en aquel instante una nueva idea, y aún fué á alcanzar á Quica.

—¿Querrías llevar á Cilia una carta que yo te diera mañana, Quica?—preguntó Alberto.

—¡Moñu de hombre! ¡No, no quiero, ea!

Y la tarasca continuó camino de la fuente, y Alberto se volvió al sitio en que antes estaba, exclamando:

—¡Paciencia!

Poco más tarde el sobrino del Indiano retirábase de allí con su amigo Felipe, que acababa de llegar, contándole lo que de sus amores con Cilia, no le había contado por escrito.





XVI

Hermosa, radiante estaba la mañana aquella. No era una mañana andaluza, de claridad exorbitante y deslumbradora, inspiradora de alegrías inacababes, pero era una mañana montañesa de cielo azul obscuro, purísimo, sin nubes y de sol esplendoroso, que parecía envolver al valle en tenue gasa de impalpables hilos de oro.

¡Con qué profundo placer vieron aquella mañana las gentes de Urbina! Ni uno de aquellos habitantes—bien puede asegurarse—escatimó al tiempo una prolongada sonrisa de satisfacción y gratitud, al contemplar tan soberbio día del Carmen. Un año,

todo un año ansiando que llegara aquel día, y que el día hubiera llegado obscuro, brumoso y triste, más como aborto de la noche precedente, que como hijo lucido y de dorados cabellos, hubiera sido, realmente, demasiado cruel.

Las nieblas, guardadoras antes de aquel portento, á medida que la luz fué irradiando el espacio infinito, retiráronse como avergonzadas hacia las sierras atropellándose, amontonándose y metiéndose unas por otras, queriendo ocultarse todas; se encogían, se estrechaban, se achicaban, y rápidamente iban disminuyendo, como consumidas por su propio afán de desaparecer. En tanto el día lentamente, majestuosamente, avanzaba y llenaba el mundo, y daba forma y color y vida en un instante á los seres y á los objetos. Después aquella luz, aún pálida, de la primera hora del día, empezó como á dorarse, dorando todo aquello á cuanto alcanzaba. Y era que el sol aparecía deslumbrante sobre la cima de una montaña, enviando desde allí sus primeros rayos sobre el valle, cuyas plantas los recibían con estremecimientos de sus hojas cubiertas de rocío; cuyos arroyos los saludaban con las infantiles risotadas que semejaban los rumores producidos por sus aguas; cuyos pájaros sa-

lían á su encuentro por el espacio, en medio de una sinfonía deliciosa de gorgeos y de besos.

Las campanas de la iglesia de Urbina tocaban á misa mayor. Sobre el pequeño campanario flotaban, á un lado la bandera pa-



tria, y al otro la del Carmen; las columnas que sostenían el tejadillo del pórtico, veíanse cubiertas de follaje y de rosas; los balcones de todas las casas aparecían con colgaduras; y los caminos que había de seguir la procesión, se retorcían bajo infinitos arcos llenos de banderolas.

En las inmediaciones de la iglesia, al rededor de la bolera, empezaban á establecer sus puestos las vendedoras de fruta, las rosquilleras y las aguadoras. Los laboriosos tudancos, llegaban cargados de horcas y rastrillos; los oyeros de Cos descargaban sus carros y cubrían el suelo de pucheros, pla-

tos y botijos de barro; los vendedores de dalles extendían éstos sobre viejas mantas de Palencia; varias pasiegas, vendedoras ambulantes de quincalla, formaban con cajas vacías sus mostradores, y unas á continuación de otras, sin temor á la competencia, «abrían» aquellos sus pobres comercios de un día; un viejo manco, de cara avinagrada, instalaba una «rueda de la fortuna» cerca del sitio en que estaban las pasiegas; el hojalatero de Nogalea exhibía sus faroles y cantimploras más allá; y los barquilleros hacían girar las ruedas de sus cajas, produciendo ruido para atraer á los chiquillos.

Luego los carros conduciendo romeros llegaban en interminable procesión, carros de todas clases, del país, llevando por toldo una colcha, y adornados los bueyes con grandes ramos y anchos collares llenos de campanillas; y carromatos de todos tamaños, con las iniciales de los dueños en los toldos. La gente que conducían esos carros, juntamente con la que iba á pie, y que sin cesar llegaba por todos los caminos que afluían á la iglesia, llenaba, á poco, el pórtico.

Veíanse ya algunas pobres mujeres que, arrodilladas, iban trabajosamente al rededor del templo cumpliendo promesas, con una

vela de cera en una mano, el rosario en la otra, y colgado al cuello el escapulario del Carmen. ¡Ah, no todo el mundo iba á divertirse, sin duda!

Más tarde empezaba el juego de bolos. Las gentes del pueblo acudían á la bolera y á la iglesia con caras risueñas, no pudiendo ocultar su felicidad ni su orgullo, orgullo inocente, el de ser de Urbina, de allí donde se celebraba tan gran romería.

La tertulia del portal de la tarberna anticipábase también aquella mañana, llegando los que la formaban vestidos con todo lo mejor que habían hallado en sus casas, registrando hasta el fondo de los baules. ¡Y á fe que eran dignas de verse algunas de las prendas que se «lucían» allí! Las había que llevaban sus treinta años de hechas. Pero como sólo treinta veces se habían usado, en otros tantos días del Carmen, si no estaban de moda, estaban nuevas, lo cual satisfacía á sus amos, á pesar de las bromas de los amigos.

—¡Ah, Torre—decía uno de los liberales al carlista tartamudo, que llevaba una especie de levita corta y muy entallada—salió el levitón, ¿eh? Bien puedes usarle. Ya me parece que para lo que te le hiciste... mangas verdes. Vuestro Rey tarda dema-

siado, para que pueda esperarle tu futraque. Se te apolillaría.

—¡Si...siempre maleantes estos des...desvergonzados li...li...liberales!—exclamaba el carlista.

Todos se miraban de arriba abajo, buscando cada uno en la ropa de los demás asunto para un chiste.

—Pero tú, Saturnino—decía don Casimiro Gómez á un procurador tan bajo y tan grueso que parecía una bola, y que llevaba una corbata enorme, cuyas puntas tocaban en los hombros—tú has creído que hoy era Navidad en vez del Carmen ¿eh, eh?, palmeta.

—¿Y por qué dice eso el hombre?—preguntaba el procurador, que era alegre y bromista.

—Pues, hombre, ¿eh, eh? porque te has traído por corbata un tababocas, ¡que palmeta ¿eh?

—¡Muy bien, señor Alcalde de Puerto Real!—decía el procurador á don Casimiro, que había desempeñado aquel cargo hacía treinta años, y lucía aún el traje de su época de autoridad.

Después salía el tabernero para dirigirse á la iglesia á llevar el estandarte en la procesión y á oficiar de sacristán en la misa, y

le detenían los señores de la tertulia, pero él, que los trataba con confianza, abandonábalos pronto, y se alejaba contoneándose y haciendo prodigiosos equilibrios con un sombrerito hongo sumamente pequeño, que aún lo parecía más sobre la gran cabeza del tabernero, pelada á rape.

Por fin, la tertulia se disolvía para marchar á misa los que la formaban.

Ya para entonces, lo que pudiera llamarse la parte de feria de aquel día, estaba en la plenitud de su animación. Los puestos todos veíanse rodeados de gente; los labradores escogían y compraban dalles, horcas y rastrillos; las mujeres acosaban á las pasiegas y á los oyeros de Cos; los chiquillos gastábanse en la rueda de la fortuna, con los barquilleros y en los puestos de fruta, los ahorros de todo el año. La concurrencia era extraordinaria, y la variedad de colores del cuadro, muy grande, dominando los claros y vivos, que le daban alegría, aumentada constantemente por las voces, las risas, los rumores de la feria.

Las campanas, diestramente repicadas, apagaron los demás ruidos. En el pórtico, é inmediatamente en la calle, apareció la procesión, que, aunque superior á ellas, hacía recordar las de los terceros domingos de

mes. Primero salió el tabernero con el estandarte, entre dos chiquillos que llevaban los ciriales; luego Alberto, Felipe y otros dos mozos llevando á hombros, sobre andas, la imagen de la Virgen; después los sacerdotes; seguidamente los cantores, y, por fin, los fieles. El público que había en los puestos, el de la bolera, los jugadores de bolos, todo el mundo, se arrodillaba al paso de la procesión. Las campanas seguían repicando fuertemente; los estampidos de los cohetes se sucedían sin interrupción. El canto de los sacerdotes y el de los cantores apenas se percibían. Las banderas del campanario tremolaban gallardamente, acariciadas por una suave brisa que plegaba á las balaustradas las colgaduras de los balcones. Se respiraba un olor suave á incienso, que quedaba al paso de la procesión, y á veces el de la pólvora de algún cohete que estallaba á poca altura.

La procesión siguió el camino indicado á trechos por los arcos, y cuando volvió al templo, empezó la misa mayor, misa solemne, con orquesta y cantores llevados de Santander, y sermón del Magistral de Oviedo, hijo preclaro del valle de Nogalea, que años después había de ser gloria del Episcopado español.

Después de misa, las mozas de Urbina cantaron junto á la iglesia los tradicionales «picayos», ensalzando los milagros de la Virgen y la devoción de los habitantes de Urbina; ponderando los méritos del predicador; aplaudiendo el desprendimiento del Cura del pueblo y el acierto del mayordomo de la Virgen; y saludando á los forasteros y despidiéndolos hasta otro año.

Ycuando terminaron de cantar las mozas, se disolvió el apretado grupo de gente que había ido rodeándolas, oyéronse hasta media docena de cohetes, y las gentes de Urbina, acompañadas de sus convidados, marcharon hacia sus casas, cuyas chimeneas despedían á porfía bocanadas de humo, denunciadoras de grandes fuegos, que no en vano se habrían encendido.

En la bolera había empezado ya el baile. Un redoble de tambor y una especie de Marcha Real, tocada con una mala flauta, habían bastado para reunir en la bolera un centenar de mozas y mozos forasteros; á la Marcha Real había sucedido un són montañés, con acompañamiento de tambor, y el baile había empezado.

***

Alberto y Felipe llegaron á la romería á media tarde, acompañando á las hermanas y á la prima del último, y á otras señoritas del valle que habían comido con aquéllas. La bolera estaba casi totalmente ocupada por los bailadores y el público, pero aún quedaba sitio, á lo largo de ella, para pasear y á pasear se dedicaron los recién llegados, en tanto que las criadas de don Antero colocaban en un extremo una fila de sillas para cuando quisieran sentarse aquéllos.

La romería estaba en todo su apogeo, y aún seguían llegando romeros incesantemente. Con frecuencia llegaban coches de distintos pueblos, y la gente que conducían entraba en la bolera á aumentar la animación del paseo, que se iba haciendo por momentos más difícil. El portal de la iglesia, desde el cual se dominaba la romería, los balcones de las casas inmediatas, y los alrededores todos, veíanse atestados de gente. En el portal de la taberna se reanudaba la tertulia de por la mañana, aumentada con otros señores de Nogalea, Rante y demás pueblos del valle.

La tarde espléndida, como la mañana, aunque excesivamente calurosa, contribuía á hacer más animada y alegre la fiesta.

Alberto paseaba al lado de Isabel, la hermana mayor de Felipe, que era, de todas las señoritas, con la que más amistad y confianza había ido adquiriendo el sobrino del Indiano. Hablaban de Cilia. Isabel contaba al enamorado muchacho que había visto por la mañana en misa á la nieta del maestro, la cual la había dicho que iría por la tarde á la romería, para lo cual tenía ya permiso de su abuelo. Sin embargo, Alberto, manifestaba algunas dudas, que siempre las inspira la impaciencia, é impaciencia y grande sentía él por ver á Cilia. Cada vez que pasaba por delante de la taberna, miraba hacia ella, deseando ver llegar á don Serafín á la tertulia, porque pensaba que cuando el viejo se presentara allí, llegaría también Cilia á la bolera.

Y no se equivocaba Alberto. A poco vió al maestro saludando á sus amigos de la tertulia, y casi al mismo tiempo aparecía Cilia en el paseo sonriente y radiante de alegría. Alberto, al verla, sintió profundísima emoción, y se quedó un momento como extasiado, mirando fijamente y en silencio á su amada, pero pronto salió de aquel éxtasis. Besáronse cariñosamente Cilia y sus amigas, saludáronla Alberto, Felipe y otros muchachos que se habían unido á las seño-

ritas, y continuaron todos paseando. Cilia, á cuya derecha se puso Alberto, cogióse al brazo de Isabel y á la izquierda de ésta fué á colocarse un amigo y condiscípulo de Felipe.

Para Alberto, tan pronto como se vió al lado de Cilia, y para Cilia al verse al lado de Alberto, desapareció cuanto los rodeaba, y quedaron ellos solos, solos el uno para el otro. Podrían mirar, en instantes muy contados, por cierto, hacia el baile, á la gente con que tropezaban, pero ver, bien seguro es que no veían nada ni á nadie que no fueran ellos mismos. Podrían llegar á sus oídos las notas de la flauta, los redobles del tambor, los chasquidos de las castañuelas que tocaban algunos bailadores, las conversaciones de la gente, las voces de los vendedores, los gritos de los chiquillos que corrían sin cesar de una parte para otra; todos esos ruidos, en fin, que forman el rumor constante y ensordecedor de las romerías; pero ellos no percibían otro rumor que el de sus palabras amorosísimas, dichas en voz baja, fijos los ojos del uno en los del otro, como recreándose en leer en ellos lo que los labios pronunciaban.

Cilia ampliaba las noticias que Quicona había dado á Alberto, al principio, fiel á su

carácter prudente y reservado, tratando de ocultar algo de lo mucho que había sufrido al notar el alejamiento del muchacho de la escuela, pero luego, demostrándolo, sin querer, al darle á conocer sus pensamientos y sus temores todos de aquellos días y los que siguieron. Alberto explicaba seguidamente las causas de aquel su alejamiento, y la pepía perdón por haber creído... ¡no creído, que á creerlo no había llegado!, por haber pensado, obligado por las apariencias, en el desamor de ella.

Después... Todos los idilios son iguales, y un idilio fué la apasionada conversación de los dos jóvenes, durante largo rato.

Más tarde las muchachas se cansaron de pasear y fueron á sentarse, y allí Alberto y Cilia, ella sentada y él de pie, apoyado en el respaldo de la silla de su amada, continuaron su animada conversación, serie interminable de sinceras protestas de cariño y de promesas de eterno amor.

Ya por la tarde, cuando el final de aquella, para ellos, tan agradable como corta conversación se acercaba, cuando iba llegando la hora de separarse, Cilia expresó sus temores de que don Serafín y don Ulpiano los hubieran visto, temores de los cuales participaba Alberto también. Pero

tanto habían fortalecido á los dos muchachos sus mutuas promesas, que pronto desecharon aquellos temores, no por inverosíles, que no lo eran, sino porque se habían inspirado recíprocamente una confianza tan absoluta en la realización de sus ensueños, que todos los inconvenientes les parecían pequeños, insignificantes todas las contrariedades, y corto todo el tiempo que les obligaran á estar separados. ¿Qué fundamento tenía su confianza? No les hubiera sido fácil contestar á esta pregunta. Pero la confianza existía, grande, completa. El amor del uno habíasela infundido al otro. No pensaba Cilia infringir el mandato de su abuelo, saliendo de casa ó dejándose ver de Alberto. No pensaba tampoco éste negarse á marchar de Urbina, si su tío se lo mandaba. No esperaban ni una ni otro que el maestro y el Indiano cedieran ya en su empeño. Y, sin embargo, tenían confianza en el porvenir. No sería duradera porque no era fundada, pero entonces era real, profunda, y los hacía felices, como felices nos hacen tantas y tantas benditas quimeras, siquiera sea por poco tiempo.

Estaba atardeciendo. La romería no había decaído aún en animación, pero se veía marchar bastante gente. De los carros aque-

llos que llegaron por la mañana, pocos se veían ya bajo los nogales inmediatos á la bolera, donde habían pasado casi todo el día. Los más habían ido retirándose lentamente, al compás de las campanillas de los bueyes.

Los vendedores de los pueblos lejanos empezaban á levantar sus puestos, á la vez que hacían los últimos negocios del día.

Se aprestaba á marchar, principalmente, aparte de los vendedores, é iba marchando, el público del exterior de la bolera, el público que si había ido á divertirse á la romería, quería disimularlo abandonándola temprano y con aspecto de displicencia. La gente que había en la bolera no se apresuraba, y fué menester que la sombra de la iglesia, tras de la cual se iba ocultando el sol, avanzara mucho, hasta cubrir toda la romería, para que empezara el desfile, primero sin prisas, luego, puesto el sol y á medida que la tarde se acababa, precipitadamente.

El paseo del «señorío» quedó pronto expedito. Rompieron marcha los forasteros, yendo á comprar los indispensables «perdones» de avellanas tostadas, rosquillas y suspiros, y alejándose á poco en los coches que los aguardaban detrás de la iglesia. Después

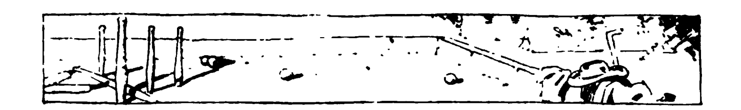
las señoritas del valle se retiraron pronto, también, con los muchachos que las acompañaban.

Al anochecer, la romería quedaba reducida á lo que era en la bolera de Urbina un domingo por la tarde, en cuanto al baile. Luego ni eso. Acabaron de desaparecer los puestos todos de los alrededores, cesó el baile, alejóse el escaso público que había, y quedaron en la bolera, solamente los mozos del pueblo cantando en voz baja un són nuevo, oído á unas forasteras la noche anterior, y varios chiquillos que corrían de un extremo á otro y gritaban alegre é incesantemente.

Hacia la carretera se oían poco después la flauta y el tambor que se habían escuchado toda la tarde en la bolera. Alejábanse tocando aquella Marcha Real con que habían inaugurado el baile, en busca de otra romería.

Las banderas nacional y del Carmen flotaban sobre el campanario, semejando grandes pañuelos que se agitaran en señal de despedida.





XVII

Sentados en el portal de la casa del maestro una de las primeras tardes de Agosto don Serafín y don Ulpiano, hablaban de la absoluta inutilidad de cuanto hasta entonces habían hecho—que era lo que el lector conoce ya—por realizar sus deseos, y ambos convenían en la necesidad de mostrarse más inflexibles con Cilia y Alberto.

—Sin embargo—decía el maestro—yo creo, don Ulpiano, que aquí quien ha estado más débil ha sido usted. Si usted hubiera tenido para con su sobrino el rigor que he tenido yo para con Cilia, á estas horas es-

taba Alberto aburrido, y pidiendo á usted por Dios que le mandara fuera de aquí ¡caray! Hubiérale usted tenido encerrado todo el verano, como ha estado mi nieta, y otro gallo nos cantara. Pero le deja usted en libertad, se distrae, se divierte, y ¿qué le falta, caray?

—Ver á Cilia, le faltaba. Se la dejó usted ver, y después sí que no le faltó nada.

—¡Caray! ¿Y usted por qué no le encerró á él en casa el día del Carmen? Convengamos en que yo fuí débil dejando salir ese día á mi nieta, pero usted lo ha sido más con Alberto, lo es y lo será eternamente ¡caray! No tiene usted carácter. Yo sí le tengo; sería usted el primero que me lo negara.

—Yo no le niego nada, don Serafín, pero confiese usted que una cosa es ser maestro, y ser abuelo es otra cosa. Y si no, dígame usted: mientras Cilia fué á la escuela en clase de discípula ¿la pegó usted alguna vez? No ¿verdad? Bueno, pues cíteme otro alumno que tuviera la misma suerte.

—Pero es que mi Cilia fué siempre un ángel, ¡caray!

—Sí, pero un ángel que se enamora, y no de quien su abuelo deseara, á pesar de lo cual el abuelo no tiene valor para darla una palmadita, ni siquiera para ponerla cara de

maestro. Nada, nada, una de dos: ó desistimos de nuestro empeño, y esto yo no estoy dispuesto á hacerlo mientras cuente con la ayuda de usted, ó mostramos mayor energía. Lo que es con el sistema seguido, no vamos á ninguna parte.

—Bueno, pues, á ver: yo no puedo hacer más que no levantar á Cilia la prohibición de salir ¡caray!

—Sí, señor, puede usted hacer más. Puede usted mostrarse disgustado con ella, y hacerla comprender en fuerza de sermones, que debe ir olvidando á Alberto. Esto en cuanto á Cilia. En cuanto á mi sobrino, conviene que acabe la amistad que tiene usted con él, porque esa amistad por fuerza ha de tener al muchacho esperanzado.

—¡Caray, caray!... ¡Si hace dos días quedamos en ir mañana jueves, por la tarde, á empezar á hacer el cañal que tenemos proyectado desde que venía á la escuela!... ¿Con qué cara yo ahora?...

—Muy sencillo:—interrumpió el Indiano—le dice usted que yo iré también á ver hacer el cañal, y con eso, y con que usted se le presente un poco serio, bastará para que él no vaya, deje de hacerse ilusiones, y considere á usted completamente opuesto á sus relaciones con Cilia.

—¡Pero hombre, caray!...

—Nada, nada, don Serafín, esa pequeña violencia. Es necesaria. En tanto yo le diré que debe marchar de aquí, y como él verá la inutilidad de quedarse, marchará. A dónde y cómo, corre de mi cuenta: ni muy lejos ni en malas condiciones. Luego ya, la cosa variará mucho.

—Pero oiga usted, el cañal le haremos ¿eh? No me quedo yo sin hacerle también este año.

—¿Tiene usted sitio elegido?

—¡Y bueno, caray! Con él le elegí, y con ella, con mi Cilia, cuando eran dos críos.

—¿Cuándo hay que empezar á hacerle?

—Ya desde luego. El río está casi seco, y puede trabajarse sin dificultad.

—¿Mañana, quiere usted?

—Mejor que pasado, ¡caray!

—¿Valdrá para trabajar en eso alguno de los peones que tengo en la obra?

—Mesio es el único. Ya ha hecho él cañales otros años.

—Pues no hay más que hablar. Mañana después de la siesta vendremos á buscar á usted Mesio y yo para ir al cañal los tres.

—Convenido.

—Y con Cilia y Alberto mucho carácter, don Serafín.

—Convenido, convenido, ¡caray!

Marchó el Indiano, y don Serafín continuó sentado en el banco de su portal.

—La verdad es—pensaba el maestro—que si yo no hubiera dicho á mi nieta que saliera á la romería, ella no hubiera salido. Y saliendo estaba visto que Alberto la acompañaría. Pero ¡caray! ¿La iba á tener encerrada también el día del Carmen? Don Ulpiano todo quiere que lo haga yo. ¿Por qué él no ha mandado á Alberto fuera de aquí? Temerá que el muchacho no le obedezca y haya un disgusto gordo entre ellos... ¡Amigo! Es muy cómodo que se lo den á uno todo hecho. ¡Como si para mí no fuera un disgusto mortificar á esta pobre criatura, aunque sea para bien de ella!... Y hay que confesar que Alberto es un buen muchacho. ¡Vaya una pareja que harían!... ¡Si á ese buen señor no se le hubiera ocurrido nunca pensar en Cilia!... ¡Pero, caray, es tan rico!... Y Alberto, casándose á disgusto de su tío, es un pobrete. ¡Cilia, Cilia, no sabes lo que te conviene! ¡La señora del Indiano, como quien no dice nada, caray! Hay que darte otra embestida, Ciliuca; en el alma me duele contrariarte, pero es por tu bien.

No obstante sus propósitos, limitóse aque-

lla noche don Serafín á estar con su nieta poco menos afectuoso que en las anteriores, y no la dijo cosa alguna.

A quien habló del asunto fué á Quicona. Después de cenar y de retirarse Cilia, se quedó don Serafín en la cocina fumando un cigarro, mientras Quica fregaba la «basa», y ansioso sin duda de dar salida á los pensamientos que le abrumaban, quiso expansionarse comunicándolos á la criada, no sin gran extrañeza de ésta, que no estaba acostumbrada á que el «amo» tuviera con ella tales confianzas.

—¿Y á ti qué te parece, Quica?—preguntóla don Serafín después que le contó brevemente su conversación con el Indiano.—¿No crees que conviene más á Cilia don Ulpiano que Alberto?

—¿Va á jacer él lo que yo le diga?—preguntó á su vez Quicona.—Paézme que no. ¿Y entonces pa qué me pregunta?

—Mujer, ¡quién sabe! Tú dime lo que á ti te parece.

Quicona miró á su amo admirada de tan desusada amabilidad para con ella, y contestó luego:

—Pos yo ¡qué quier que le diga! Pienso una cosa: que es mu triste, mu triste, cuando una está casá, amirar la ceniza de la jornilla por no ver la cara al hombre.

Don Serafín tiró á la lumbre la colilla de su cigarro, dió á Quica las buenas noches y marchó á la cama, acaso comprendiendo que era verdad lo que decía la criada; acaso pensando qué cuando el hombre es un Indiano rico, la mujer puede mirar cosas menos «tristes» que «la ceniza de la jornilla». ¡Vaya usted, caro lector, á averiguar lo que piensa un abuelo en casos semejantes!

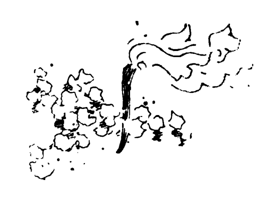
Por su parte el Indiano, aunque veía la necesidad de hacerlo y estaba dispuesto á ello, nada dijo tampoco aquella noche á Alberto de la marcha. Pensó que era mejor aguardar á que el muchacho viera disgustado al maestro. Acaso entonces él mismo, Alberto, al ver defraudadas las que don Ulpiano creía sus últimas esperanzas, manifestara deseos de ausentarse de Urbina, relevándole á él de tener que indicarle que debía hacerlo. Era esa la solución que más agradaba á don Ulpiano, la de que su sobrino dijera «Me marcho». En su deseo de que lo hiciera, llegaba el Indiano á creerle próximo á hacerlo, y procuraba engañarse á sí mismo con esta infundada esperanza que tanto le halagaba.

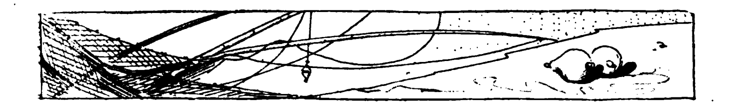
El, don Ulpiano, tenía reparo en decirle que marchara, porque no estaba muy seguro de la obediencia de Alberto en aquel punto,

á pesar del buen concepto que le merecía, y la desobediencia podía traer para todos un serio disgusto que el buen señor quería evitar. La desobediencia de Alberto para con su tío, pondría á Mariona en el caso de hacer valer su autoridad de madre para con el muchacho, lo cual ya sería muy sensible para todos; para don Ulpiano como causante de ello. Esto aparte de los temores que abrigaba don Ulpiano de que Alberto, viéndose forzado á marchar, le reprochara su proceder para con él, proceder que, en verdad, hubiera sido reprochable, caso de seguirle, á juicio del mismo don Ulpiano, porque no estaría inspirado en la conveniencia del sobrino, sino en el deseo de alejar al contrincante. Facilitar la marcha, si Alberto la proponía, ya era muy diferente para el Indiano.

Pero, ¡eso pensaba Alberto! Lo pensaba un día, cuando pensó que Cilia había dejado de quererle, como pudo pensar en suicidarse, lo cual, no haciendo más que pensarlo, hubiera sido muy del caso. ¡Pero ahora, después de aquella romería del Carmen!... ¡Bien se conocía que don Ulpiano no había estado nunca verdaderamente enamorado, cuando confiaba, siquiera á veces dudara, en que quien lo estaba había de alejarse por

propia voluntad del sitio en que se hallaba la mujer amada y amante! ¡Bien se conocía que en sus años juveniles no había tenido uno de esos amores tan profundos, que son la vida entera de quien los tiene, que llenan toda el alma, satisfacen todos los deseos, matan todas las aspiraciones y ahogan todos los pensamientos que no tengan relación directa con ellos mismos!





XVIII

Al siguiente día, según lo convenido, empezó Mesio á trabajar en el cañal, bajo la dirección del maestro, que acompañado del Indiano, fué á enseñar á aquél el sitio, el sitio mismo que con Alberto y Cilia había elegido don Serafín años antes.

Después todas las tardes, á la hora de cerrar el maestro la escuela, iba el Indiano á buscarle, y juntos marchaban á ver trabajar á Mesio, y á darle, por lo menos don Serafín, algunos consejos, acerca de lo que debía hacer.

El obrero empezó por colocar una fila de piedras marcando la dirección que había

de llevar la presa, y como ésta habría de ser bastante larga, sólo esa operación le llevó algunos días.

Hecho de ese modo el trazado, por decirlo así, de la presa, don Serafín, en una de sus visitas, lo examinó detenidamente, y después,

—¿Sabes, Mesio—indicó á éste—que me parece que va á ser demasiado abierta la presa?

—¡Home por Dios!—exclamó el obrero.



—Lo que te digo, ¡caray! Mira, un cañal es una V de corazón. El brazo de la derecha lo forma la orilla del río; la presa es el de la izquierda. Ahora bien; como el brazo derecho nos lo da hecho el agua, nosotros tenemos que cuidar, al hacer el izquierdo, de que la V resulte más ó menos abierta, según convenga para la mayor resistencia de la presa, ¿entiendes? ¿A ti no te parece que la V esta es poco abierta, Mesio?

—Home, yo no entiendo gran cosa en escritura pa saber si una letra está bien ó mal

hecha, pero de cañales algo sé, y paézme que la presa, tal como está marcá, ha de cortar el riu lo bastante bien pa que el agua no la coja de frente, sino así, sesgá.

—¡Bien, bien, pues si te parece, adelante, que caray, adelante!

En cuanto á Alberto cumplió el maestro lo convenido con don Ulpiano, primero haciéndole saber que éste formaría parte de la Sociedad, y luego mostrándose como enojado con él, con Alberto, enojo que dió no poco que pensar al muchacho, y que, juntamente con la otra noticia, le hizo desistir desde luego de tomar parte en la construcción del cañal.

No obstante, algunas veces iba á ver las obras de él, aprovechando los momentos en que sabía que no estaban allá ni su tío ni el maestro. Felipe le acompañaba casi siempre, y durante aquellos paseos hablaban los dos amigos de los «asuntos» de Alberto.

—Chico, tu tío te quiere sitiar por aburrimiento—decía Felipe al sobrino del Indiano en una de aquellas visitas al cañal, yendo hacia éste, orilla arriba del río.

—Eso he pensado yo—opinaba Alberto. —En la situación en que estamos él y yo, decir él que vendría al cañal, era tanto como quitarme á mí de venir, y esto es privarme

de una de las pincipales distracciones con que contaba yo para cuando tú marcharas.

—Dió, dió el hombre donde dolía—añadió Felipe—porque ¡apenas estabas tú ilusionado con el dichoso cañal!... Por supuesto que has sido un tonto. Ya sabe él con quien emplea esos medios. Yo en tu lugar, sihabía de pasar en el cañal, por ejemplo, una hora cada día no viniendo él, viniendo hubiera fijado aquí mi residencia. Las cosas se hacen así. Pero tú... «¿Va mi tío? Pues entonces no puedo ir yo...» Perdóname que te diga que eres un pobre hombre.

—Sí, tú siempre te encuentras con valor para todo, pero quisiera yo verte por unos momentos en mi caso, á ver qué hacías. ¿No te parece que tal como está de disgustado conmigo mi tío, y presentándose como se me presenta don Serafín de poco acá, tan ceñudo como si le hubiera hecho «una trastada en plena clase», sería divertido para mí venir aquí con ellos?

—Pero es que de venir en esas condiciones, no había de ser á divertirme, sino á fastidiarlos á ellos, y á ver quien echaba á quien. ¡Ya verías, ya! ¿No hay que hacer una choza al lado del cañal para resguardarse cuando llueva? Pues yo hubiera empezado por hacerla, y después, lo dicho, me hubiera venido á vivir á ella.

—¡Sí, sí! Di, ¿y don Serafín, qué te parece?...

—Hombre, como á ti, me parece mejor su nieta, la verdad.

—¡Siempre has de tener ganas de bromas!... Dime, ¿á qué atribuyes tú ese enfado del maestro conmigo?

—¡Qué se yo que te diga, hombre! Bien pudiera estar relacionada la causa de ese enfado, con la que ha hecho á tu tío sentir á última hora aficiones á la pesca. Habrán pensado, acaso, que contando, como contabas, con la amistad de don Serafín, siempre te quedaría alguna esperanza, y dirían: «A enfadarse tocan... ó la misa á gran orquesta».

Llegaban al cañal los dos amigos, y dieron las buenas tardes á Mesio, que, descalzo, con los pantalones regazados hasta las rodillas y las mangas de la camisa hasta los codos, se ocupaba en reunir la piedra para la presa, alguno de cuyos trozos estaba ya hecho. Mesio interrumpió su trabajo, y atravesando un pequeño regato que corría por el centro del cauce, salió á la orilla á coger un cigarro que le ofreció Felipe.

—Parece que va adelantando esto, ¿eh, Mesio?—preguntóle Alberto.

—Algo se ha jechu, algo—contestó el

obrero mirando satisfecho su obra, y á la vez encendiendo el cigarrro.—Por de prontu tengo ya acabao esti muro sobre el que ha de ir el zarzo, y aquellos peazos de presa que vein río arriba. Ahora voy ajuntando la piedra para acabar de cerrar esos portillos que me faltan, y después ya no me queda más que colocar el zarzo, poner los escajos en el frente de la presa pa que las anguilas ajuyan de ella y se vengan al cañal, jacer la choza, y esperar á que bajen las riás y con ellas las anguilas. Paézme que en un mes que llevo trabajando, y no tóos los días, no me he descudiao.

—Pero te habrán ayudado don Ulpiano y el maestro—indicó Felipe.

—¡Ayudar, sí! Si acasu me habrán entreteniu con planes y consejos. Como si yo no supiera jacer un cañal, están toos los días, sobre tóo el maestro, diciéndome que jaga esto y que jaga lo otro, y eso siempre entorpez á uno.

Los dos amigos despidiéronse á poco de Mesio, que volvió á su trabajo, y continuaron paseando lentamente.

—Parece que te ha entristecido, más aún de lo que lo estabas, la vista del cañal—dijo Felipe á su amigo—y la cosa no es para tanto, ¡qué demonio! Déjalos que pesquen

anguilas. Mientras no te pesquen á Cilia no te apures.

—No, no es por el cañal solamente por lo que me ves así. Es que se junta todo. Viendo el cañal se renueva mi disgusto, ¿á qué negarlo? Pero además estos sitios me recuerdan otros días, otros días más felices que los presentes, y pensando en ellos me entra mucha morriña. Luego, cuando uno empieza á ver las cosas por el lado triste...

—¡Ay, ay, ay! Felicito á Cilia, chico, estás verdaderamente enamorado.

—No lo niego, pero no me negarás tú tampoco que no es nada halagüeña mi situación.

—¿Y por qué no es nada halagüeña?

—¿Que por qué?

—Sí, hombre, sí ¿por qué?... Mira, Alberto, las cosas son todo lo buenas ó todo lo malas que uno las quiere hacer. Si te empeñas en considerar insoportable tu situación, tendrás que concluir por pegarte un tiro. Yo no sé quien ha dicho que creerse desgraciado, es tanto como serlo, y es verded. ¿No estás seguro del cariño de Cilia? Pues ríete de lo demás, que ya se te irá arreglando. Has pasado de un optimismo exagerado, el de los días siguientes al Carmen, á un pesimismo muchísimo más exagerado. ¿Qué se ha en-

fadado contigo el maestro? Peor para él, que ha de tener el trabajo de desenfadarse mañana ú otro día. ¿Que no puedes venir á pescar al cañal? ¡Me valga Dios, apenas te quedan años por delante para pescar más de lo que quisieras!... Dirás que el día menos pensado te manda tu tío marchar de Urbina. Esa perspectiva ya la tenías el día del Carmen, y, como no te apuraba entonces, no debe apurarte ahora. Si te manda marchar, te marchas. ¡Te marchas, sí! Quiero aconsejarte teniendo en cuenta á quien aconsejo. Te marchas, trabajas, y el día en que muera el maestro, que no ha de ser eterno, vienes, te casas, y, felicidades. Sólo una cosa debe preocuparte: Cilia. O estás ó no seguro de su cariño. ¿Lo estás y tienes confianza en que te aguardará? Pues lo demás no te apure poco ni mucho. Comprendo que te gusten las cosas de aquí, y que te cueste dejarlas. A mí me pasa lo mismo. Pero cuando es necesario se dejan. Por Cilia, puesto que no puedes hablarla, y casi ni verla, ¿qué más te da estar aquí, que en Santander ó en Madrid?

—No es lo mismo, no. Aquí me parece poco verla un instante cada domingo. Pero si me marchara, había de echar mucho á menos esos instantes. Aparte de que me

faltaría la alegría que me da ver su casa, y los sitios en que la hablé, y, sobre todo, me faltaría la esperanza de encontrarla, con que voy siempre aquí por todas partes.

—Pues á pesar de todo eso. Tú harás lo que te parezca, pero créeme que no teniendo ni tú ni ella coraje bastante para romper por la calle del medio, lo que debes hacer es lo que yo te digo. Es más: no debes ni esperar á que tu tío te mande marchar; debes decirle tú que quieres hacerlo. ¿No le has de obedecer si él te lo manda? ¿No crees que te lo mandará el día menos pensado? Pues evítale el disgusto de mandártelo, no por él, sino por ti. Partiendo de ti la idea, le dejarás más contento, y más te ayudará que dejándole enfadado, y más fácil te será crearte una posición que te permita realizar tus deseos. ¡Quién sabe si hasta el mismo don Serafín, viéndote hecho un hombre, y convencido de la firmeza de Cilia, te recibirá entonces con los brazos abiertos, evitándote tener que esperar á que él muera!... He dicho... ¡Ah! parto del supuesto, de que cuando llegue ese caso estarás decidido á contrariar á tu señor tío, porque si no, si entonces has de ser tan pobre hombre como ahora, tendré que rectificar.

—No sé, no sé. Acaso tengas razón, pero

mira que también es muy duro marchar de aquí. En fin, allá veremos. Después que tu te marches, y me encuentre aquí solo, sin poder ir á la escuela, sin el atractivo con que yo contaba del cañal, con mi tío más enfurruñado, y con menos esperanzas cada día de poder hablar á Cilia, acaso me decida... Me decidiré, seguramente, porque la verdad es que si no, me ha de decidir mi tío...

Habíanse apartado ya del río los dos amigos rato hacía, y marchando hacia Urbina primero, y luego por las callejas del pueblo en dirección á la bolera, llegaron á ésta á punto en que varios jóvenes de los demás pueblos, estudiantes los más, empezaban un partido, en el cual tomaron puesto Alberto y Felipe, suspendiendo la conversación que habían sostenido.



XIX

El verano se prolongaba aquel año en el valle de Nogalea y en todos los de la Montaña, de un modo alarmante para los labradores. Los calores aumentaban, en vez de disminuir, á medida que pasaba el mes de septiembre y llegaba el de octubre; la sequía era absoluta, y la cosecha de maiz se abrasaba y consumía en las mieses; los pastos hallábanse agostados; los prados no presentaban señales de dar una yerba de «toñada»; los ríos se veían completamente secos, y las fuentes, aún las más abundantes, manaban tan escaso caudal de agua, que á duras penas bastaba para el consumo doméstico.

Don Serafín mostrábase profundamente contrariado ante aquella sequía, que retrasaba indefinidamente los placeres de la pesca en el cañal, cuyas obras había terminado ya Mesio.

Del disgusto del maestro participaba también el Indiano, no tanto, ciertamente, por



la sequía, cuanto por ver defraudadas sus esperanzas de que Alberto tratara de marchar.

A pesar de los consejos de Felipe, Alberto no se anticipaba á los deseos de su tío. No había cambiado su situación durante la temporada última en sentido favorable, antes bien había empeorado, pues continuaba el muchacho sin poder hablar á Cilia, y en vano

había intentado nuevamente mandarla una carta por conducto de Quicona; Felipe y los demás estudiantes habían marchado; y don Ulpiano y el maestro mostrábanse cada día más disgustados con él. Y, á pesar de todo, si alguna vez recordaba Alberto los consejos de Felipe, procuraba olvidarlos, como se procura desechar una idea desagradable. Y no era que viera él solución más de su gusto, no. Ninguna veía más que aquella, ni intentaba buscarla. Habíase dejado dominar por el afán de estar en Urbina, y en Urbina continuaba, sin tener siquiera el placer de estar allí, porque se le robaban, de una parte, el temor de perderle, y de otra, la pena de no poder hablar á Cilia. Estaba siempre profundamente triste, y salía poco de casa para evitar que le vieran. Sólo la esperanza de encontrar á Cilia algún día, le hacía salir algo á la calle. Leía mucho, y cuado iba á buscar y á llevar libros á casa de don Antero, rara vez subía donde la familia de éste. No acompañaba tampoco ya los domingas á las señoritas, ni permanecía en la bolera más que el tiempo necesario para ver si por casualidad estaba Cilia. No tenía, en fin, humor para nada, huía de la gente, era un aburrido, un misántropo. Todo el mundo, que conocía sus contrariedades,

porque todo se sabe en los pueblos, le compadecía y compadecía á Cilia, porque ya era pública también la causa de la reclusión de la nieta del maestro. Mariona lloraba todas las noches un rato hablando con su hijo, cuyas tristezas despedazaban el corazón de la pobre madre. Constantemente le decía que iba á hablar al Indiano para que tomara alguna determinación, porque «aquello» no podía seguir así. «Aquello» era Alberto, el estado de éste. Pero la buena mujer no acababa de decidirse.

Sin embargo, una noche, después de cenar, Mariona, en vez de ir, como solía, al cuarto de su hijo, se fué al de su hermano.

—Mira, Ulpiano—empezó diciendo con voz temblorosa que anunciaba un próximo llanto—es menester que acabe de una vez la situación en que vos encontráis tú y el mi muchacho. Haz lo que quieras, mándale onde mejor te paezca, pero quítale de aquí cuanto primero, si no quieres que perdamos, él la cabeza, de tanto cavilar, y yo los ojos, de llorar tanto, viéndole como le veo.

Al llegar aquí ya Mariona no pudo contener el llanto, y las lágrimas corrieron abundantes por sus mejillas. Cesó de hablar breves momentos, durante los cuales la contempló el Indiano, silencioso también, y

como aguardando otras explicaciones. Luego continuó la mujer entre sollozos:

—¡Dichosos amores, que tanta pena han traído á mi casa!... Yo no te critico á ti, ¡Dios me libre! ni tengo nada que reprocharte. Eres muy dueño de hacer lo que te parezca, pero... ¡bendito sea Dios, en buena hora se te ocurrió fijarte en la nieta del maestro! ¡Cómo ha de ser!... Mira, Ulpiano, Alberto hará lo que le mandes. Yo le conozco, y sé que te obedecerá y se irá á Santander, ó donde tú le digas. A Santander, más alejos no me le eches. A él le falta fuerza de voluntá para decidirse á marchar, pero si tú le dices que se vaya, se irá. ¡Por Dios, búscale en Santander alguna colocación, y mándale allá en seguida! Allí se le pasarán estos pesares, que aquí acabarían con él.

—Está bien—dijo, por fin, el Indiano.—¿Pero tú estás segura de que me obedecerá?

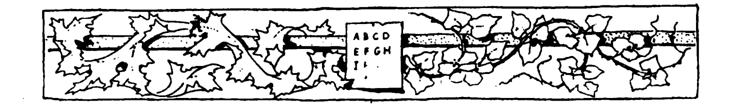
—Sí lo estoy.

—Bueno, bueno, pues serénate y vete á dormir. La cosa no es para tanto, mujer, ya lo arreglaremos.

Despidiéronse los dos hermanos, salió ella, y cerró el Indiano la puerta del cuarto. Empezaba á oirse en la calle el ruido del agua que caía de los tejados. Después de algunos

truenos que habían retumbado lejanos desde las primeras horas de la noche, llovía, por fin, fuertemente, y Mariona permaneció en el portal durante un rato, oyendo como complacida el rumor de la tempestad. La labradora estaba contenta. La madre no lo estaba tanto, á pesar de las palabras de su hermano.





XX

Las seguridades que dió Mariona á don Ulpiano respecto á la obediencia de Alberto, decidieron al Indiano á hablar á su sobrino.

Al siguiente día, por la mañana, una mañana de lluvia fuerte y constante, cuando Alberto acabó de despachar la correspondencia de su tío é iba á retirarse, como solía, á leer durante un rato antes de comer, el Indiano le dijo que tenía que hablarle.

Las palabras de su tío produjeron en el muchacho profunda emoción, pero procuró ocultarla, y quedóse de pie ante don Ulpiano, inmóvil, silencioso, y, al parecer, impa-

sible. Mil pensamientos tuvo en aquellos instantes, mil encontradas ideas nacidas de la convicción de que iba á ser entonces cuando se acometiera la resolución del asunto pendiente, tan trascendental para él, pero tuvo la serenidad bastante, para que su tío, que le miraba con fijeza, como queriendo adivinar lo que pensaba, no notara en su cara otros rasgos que los que á diario veía en ella, denunciadores de una gran tristeza. Ni uno de cobardía, de temor, ni por el contrario, de arrogancia, de desafío tampoco.

—Vamos á ver—empezó diciendo el Indiano—¿estás dispuesto á marchar donde yo te mande?

—¿He desobedecido á usted alguna vez en lo que me ha mandado?

—No, por cierto. Puedes decir que en lo que te he mandado me has obedecido siempre.

—Entonces, ¿por qué duda usted de que lo haga ahora?

La valentía de Alberto, y la sequedad con que hablaba, las cuales eran nuevas para su tío, molestaron á éste y empezaron á desconcertarle, pero, hombre conocedor de los demás, comprendió que por aquel camino sólo iría á empeorar el asunto, y

supo dominarse, recobró la calma perdida, y contestó á su sobrino en el mismo tono en que había empezado á hablarle, con seriedad, pero sin excitación.

—Las circunstancias hoy son otras. Han mediado entre nosotros algunas cosas que podían haber modificado tu manera de pensar respecto á mi autoridad sobre ti. Además, lo que hoy te mando puede contrariarte notablemente, y como, al fin, ya no eres un chiquillo, no podía yo saber hasta qué punto estabas dispuesto á sacrificar tus deseos.

—Pues ya lo sabe usted. ¿Y cuándo debo marchar, á dónde, y en qué condiciones?

—Cuando, muy pronto, la semana que viene probablemente; donde, á Santander; en qué condiciones, no puedo precisártelo aún, pero ten la seguridad de que serán las mejores que me sea posible conseguirte?

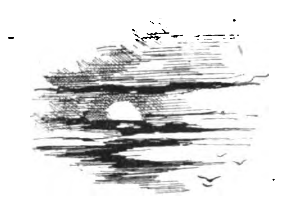
—Está bien. Ya me dirá usted el día que debo salir, y lo demás que no puede decirme hoy. ¿Era más que eso lo que teníamos que hablar.

—No, no era más.

Alberto salió de la habitación. El Indiano continuó sentado donde estaba, ante su

mesa de escribir, mirando hacia la puerta por donde acababa de salir su sobrino, y exclamando:

—¡De verdad que es un hombre el muchacho!





XXI

Si no por primera vez—que la primera había sido el día del bautizo de Cilia —por segunda en toda su vida de maestro, bajó á la escuela aquella mañana don Serafín con cara risueña, y totalmente desposeída de aquel su aspecto de mal humor, que tanto miedo inspiraba á los chiquillos. Y con gran extrañeza de éstos, que no acertaban á explicarse cambio tan radical en el viejo, transcurrió la mañana, y vino la tarde, y pasó ésta también, sin que ni uno siquiera de los alumnos, recibiera el más leve castigo. Era aquello verdaderamente extraordinario.

Sin embargo, el lector hallará para ello fácil explicación, si tiene en cuenta que era aquel día el mismo á que nos hemos referido en el precedente capítulo; día de lluvia abundante y no interrumpida, que hacía esperar la próxima crecida de los ríos, y, por tanto, la ansiada inauguración del cañal.

Frecuentemente, durante la clase, salía don Serafín aquel día al portal, miraba el cielo de Norte á Sur, y más contento, y frotándose más fuertemente las manos volvía á su sitio, cuanto más cerrado hallaba el horizonte.

A Cilia, mientras comían, la explicó la causa de su alegría. «¡Al fin crecería el río y bajarían las anguilas; ya era hora, caray!»

Cilia, que no tenía noticia del enfado de su abuelo con Alberto, ni de la separación de éste de la Sociedad del cañal, pensó que el viejo hablaría entonces algo del muchacho. Pero en vano aguardó. Hacía ya tiempo que no se mentaba su nombre en aquella casa —por lo menos ante el maestro—y éste tuvo buen cuidado de no referirse á él para nada. Quisiera don Serafín aquel día que todos participaran de su alegría, y especialmente Cilia, que aunque procuraba mostrarse contenta, no podía disimular por completo la tristeza que la dominaba, pero

temió el viejo atrasar lo que él creía adelantado, y una vez más vió Cilia irrealizados sus deseos.

Por la tarde, á medida que se acercaba la hora de cerrar la clase, veíase crecer la impaciencia del maestro. Por si don Ulpiano no iba á buscarle, le había mandado dos letras por un chiquillo, diciéndole que le aguardaría á la hora acostumbrada para ir al río. Además, como Mesio, una vez terminado el cañal, no iba á él, decía también don Serafín al Indiano que le mandara ir, por si la primera embestida de las aguas abría en la presa alguna brecha que hubiera que tapar.

Poco después llegó á la escuela el Indiano, cubierto con amplio impermeable, y es fama que don Serafín dió inmediatamente por terminada la clase, aunque no era todavía la hora reglamentaria. ¡Y esto si que lo hizo por primera vez en su vida! Subió luego á su casa, bajó en seguida con su gran capa azul sobre los hombros, y con un paraguas entre las manos, y acompañado del Indiano emprendió el camino del cañal, en medio de una lluvia abundante, que más le alegraba cuando arreciaba más.

Durante el camino contó don Ulpiano á su amigo su entrevista con Alberto; y el re-

sultado de ella, la próxima partida del muchacho, que don Serafín consideraba como una gran ventaja obtenida, contribuyó también á aumentar su satisfacción. A decir verdad, pensó, como había pensado otras veces durante aquella última temporada, si no habría algo de ingratitud, por su parte, para con Alberto; si sería poco leal su proceder para con el antiguo alumno; y hasta sintió alguna compasión hacia él, y así como algo de remordimiento. «Pero que caray!—continuó pensando—yo lo hago por mi nieta, y lo primero es lo primero.» Y ahogó sus remordimientos y sus escrúpulos, y cerró su pecho á la compasión, y se alegró sin limitaciones de las noticias que le daba el Indiano, diciéndose que era aquel un buen día, sin duda alguna.

Sin embargo, pronto empezó á mortificarle la observación que hizo de que el Indiano no parecía muy contento, aunque debía estarlo tanto como él. Adelantando un paso don Serafín, según iban andando, para poder ver á su amigo la cara, escondida allá adentro, en la capucha del impermeable, y repetida la exploración varias veces, habíase convencido de que el Indiano se hallaba hondamente preocupado. Y don Serafín se había preguntado cual podía ser la causa de

aquella preocupación, y había concluído por preocuparse también él. Aunque se recriminaba por ello, y pensaba, para alegrarse de nuevo, en el cañal, no podía, no podía ya recobrar su contento de momentos antes. «Es así la vida, esta pícara vida—se decía, —ya podía yo saberlo, ¡caray! que no hay dicha completa; y duradera, ni incompleta siquiera».

Por fin divisaron el río, y á su vista desechó pronto el maestro aquellos pensamientos, y el Indiano pareció salir, en gran parte, de sus preocupaciones.

—Ya ha empezado á crecer, ¡caray!—exclamó don Serafín.—Anguilas tenemos, don Ulpiano.

—¿Cómo, llegará ya el agua al zarzo del cañal?

—No, todavía no. Pero cuente usted que cuando ahora trae el río ya tanta agua, dentro de pocas horas traerá doble. Arriba, en el puerto, ha debido llover tanto como aquí, porque se ha visto muy cerrada aquella parte durante toda la tarde, y las aguas de allí no llegarán acá hasta más tarde.

De la misma opinión fué Mesio, á quien encontraron ya en el cañal tapando cuidadosamente unos agujeros que había en el sitio en que el zarzo posaba en el suelo del río.

Don Serafín aplaudió á Mesio por su previsión. Realmente era importante cuidar de que bajo aquella parte del zarzo, que era la que salía, por decirlo así, al encuentro del agua, no quedara hueco alguno, porque de quedar, por él se meterían las anguilas antes que ascender por el zarzo. Después se puso sobre éste y pisó en él con fuerza, andando de punta á punta, para convencerse de que estaba seguro. Y lo estaba, en efecto; las varas de que se había hecho, crugían bajo los pies del maestro, pero nada falseaba; ni la presa, sobre la cual se apoyaba el zarzo por un lado, ni los pies derechos que le sostenían por el centro, ni menos la tierra de la ribera, en que tocaba por el otro extremo.

El resto de la presa, que avanzaba río arriba, cortando éste y buscando la orilla opuesta, aguantaba con firmeza las embestidas de las aguas. Por el centro la cubrían ya, dejando ver solamente las puntas de algunas estacas que había puesto Mesio para hacerla más resistente.

Sin embargo, según don Serafín, necesitaba crecer todavía mucho el río para que llegaran las aguas al cañal, propiamente dicho. Algunas ondas se acercaban ya á él, al sitio en que Mesio tapaba los agu-

jeros, pero como por allí estaba el zarzo inclinado, hasta que pudieran empezar á ascender por él, con la pendiente que tenía, necesitaban aumentar considerablemente.

Don Serafín, á quien, á pesar de su paraguas, se le había mojado mucho la capa de medio abajo, iba de un lado para otro trabajosamente, seguido del Indiano, inspeccionándolo todo, examinando los demás trozos de la presa que aún permitía ver el agua, y la diminuta choza, construída á dos pasos del cañal, resguardada del viento Norte por una mata de apiñados arbustos. Luego, en una piedra que había á la orilla del río, y á la cual empezaba á lamer el agua, hizo una señal, una raya, para ver cuanto tardaba en subir el río hasta ella.

Como la lluvia no cesaba y había empezado á sentirse un fuerte viento que ponía á prueba el paraguas del maestro, retiróse éste á la choza, y á poco lo hicieron también el Indiano y Mesio. Ya anochecía. El viento silbaba al pasar por entre los arbustos, y las aguas del río, que se veían desde el interior de la choza, corrían revueltas y espumosas, produciendo un rumor constante, siempre igual.

—Vamos á ver, Mesio—dijo don Serafín: —yo tengo por cosa segura que esta noche



sube el agua lo bastante para llegar á la mitad del zarzo y dejarnos sobre él algunas docenas de anguilas. ¿A ti qué te parece?

—Home, yo creo lo mismu. Más tarde ó más tempranu, la riá grande es segura esta noche.

—Pues nada, entonces tenemos que prepararnos. Tenemos que ir á cenar para volvernos acá en seguida. Esta noche no se duerme, don Ulpiano. ¿Usted está decidido á quedarse aquí?

—Sí, sí, ya lo creo—contestó el Indiano. —Y hasta estoy pensando no ir á cenar.

—Pues como usted quiera.

—Sí, será mejor. Se van ustedes á hacerlo y á buscar lo que necesiten para la pesca, y á la vez Mesio me trae de casa un bocado.

¿Oyes, Mesio? Le dices á mi hermana que me quedo aquí esta noche, y que te dé cualquier cosa para mi.

—Güeno, güeno. Y si les paéz—indicó Mesio, que se había asomado á la puertecita de la choza—podríamos irnos ya don Serafín y yo, no sea que dimpués venga la riá sin que golvamos, que too podría ser, y á más ahora ha calmau una miaja el vientu.

—¡Pues vamos, vamos, caray!... Y usted, decididamente, se queda, ¿eh, don Ulpiano? ¿No se aburrirá aquí solo?

—No tardarán ustedes tanto en volver, hombre. Y sobre todo, prefiero un rato de aburrimiento, á tener que arrastrar las almadreñas por esos caminos, de aquí á mi casa, y de mi casa aquí.

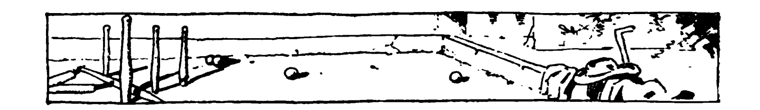
—Eso es verdad. Pues nada, nada, hasta luego, don Ulpiano.

—Hasta luego, don Serafín.

Mesio habíase acercado al río, á ver la señal hecha por el maestro, y hallándola ya cubierta por el agua, voceaba á poco, alejándose con don Serafín:

—¡Riá tenemos, riá y güena, al paso que va!





XXII

Solo en la choza inundada de sombras, disminuídas á veces instantáneamente por la claridad del cigarro que fumaba el Indiano, fué éste olvidándose poco á poco del cañal, aunque tan cerca le tenía, para pensar en Alberto y en la conversación que con él había tenido aquella mañana.

Don Ulpiano, acostumbrado á luchar por la existencia durante tantos años, venciendo las dificultades infinitas que su victoria suponía, sentíase mortificado cuando algún nuevo obstáculo hallaba en su camino, y ponía empeño en desviarle. Algo de esto

le había ocurrido, sin darse cuenta de ello apenas, con Alberto. Habíase fijado en Cilia, sin saber que era la novia de su sobrino, habíale parecido bien la joven, y había decidido hacerla su mujer. Luego, al tener noticia de los amores del muchacho y la nieta del maestro, vió un obstáculo en esos amores, é instintivamente se propuso vencerle, y este propósito se impuso al afecto que le inspiraba Alberto.

No estaba enamorado de Cilia, y hasta á dudar llegó algún día, de la conveniencia de su casamiento con ella, porque no se le ocultaba que nunca podría amarle bien, una mujer á quien arrancara violentamente del pecho otro amor de toda la vida. Pero ya quería vencer.

Ahora las circunstancias parecíanle otras. Había vencido. Pensaba él que había vencido, después de su conversación con Alberto; y la obediencia de éste, aquella obediencia digna, no hipócrita y rastrera, aquella obediencia tan dolorosa para el muchacho y, sin embargo, tan terminante, tan absoluta, aquella obediencia que denunciaba en su sobrino un agradecimiento muy grande, pues que era capaz de llevarle al sacrificio de sus más caras ilusiones, había hecho renacer potente en el In-

diano el afecto que sintiera por Alberto, habíale inspirado éste lástima, y habíale sumido en aquellas meditaciones que notara don Serafín horas antes, y que se repetían más mortificantes en la obscuridad de la choza.

Había dominado al Indiano el amor propio, pero ahora que éste moría con la propia satisfacción, abríanse paso otros sentimientos más nobles, postergados ante aquél hasta entonces—la generosidad, la compasión, el cariño—tanto más profundos, cuanto que, quien los inspiraba, habíase mostrado plenamente digno de ellos.

Y dudaba don Ulpiano. Dudaba ya si debía llevar á cabo su resolución de hacer á Cilia su mujer, ó si, por el contrario, debía desistir de aquella idea, dejando que su sobrino y la nieta del maestro alcanzaran toda la felicidad que su mutuo amor les prometía.



En medio de sus meditaciones, pensó el Indiano que tardaban sus compañeros, encendió una cerilla y miró el reloj. Eran las nueve. Hacía dos horas que habían marchado, tiempo de sobra para que estuvieran ya de vuelta, y le alarmó la tardanza.

Creyó que alguien se acercaba y escuchó, pero en vano; sólo se oían los silbidos de la cellisca, el crugir de los árboles lejanos azotados con furia por el viento, y el creciente rumor de las aguas del río.

Después salió de la choza. La noche estaba densamente obscura.

El Indiano se acercó al río lentamente y con grandes precauciones. Buscó el cañal y no lo encontró. Sólo pudo ver, á favor de la instantánea luz de una cerilla, apenas encendida apagada por el viento, que las aguas habían subido hasta el nivel de la ribera. El cañal debía estar ya cubierto por las aguas, que á poco más que aumentaran se desbordarían.

Retiróse de allí don Ulpiano, y decidió marchar inmediatamente á Urbina, pensando que en el camino encontraría á sus compañeros para decirles lo ocurrido. Dejó atrás la choza, siguió andando trabajosamente por entre los arbustos de la ribera, y á poco llegó á la orilla de otro río, cuyo ruido le hizo detenerse al borde mismo de las aguas.

¿Qué río era aquél? Don Ulpiano no acertaba á explicarlo. Él estaba seguro de haber dejado atrás uno, y no podía comprender qué nuevo torrente era aquel que detenía su marcha y que antes no existía. Y pensa-

ba que debía ser caudaloso, á juzgar por el ruido de sus aguas y por la velocidad con que pasaban las de la orilla, únicas que podían verse en la obscuridad de la noche.

Tras breves momentos de incertidumbre, el Indiano marchó en la dirección que llevaban las aguas, con la esperanza de hallar un sitio por donde salir del islote en que creía hallarse. Suponía que el Saja se habría desbordado por más arriba del cañal, formando aquel nuevo río que él desconocía, y confiaba en que el pedazo de tierra aislado llegara hasta un puente inmediato, en cuyo caso podría subir por alguno de los pilares del mismo puente.

Pero pronto vió desvanecida esa esperanza. Las aguas desbordadas volvían á unirse al Saja á poca distancia del cañal.

Entonces pensó si lo que él creía desbordamiento no lo sería; si aquellas aguas que le impedían salir á la carretera, bajarían del pueblo, y en ese caso, por más arriba podría llegar á Urbina, aunque fuera salvando cercas y cruzando mieses. Y volvió á desandar lo andado. Orilla arriba del nuevo río, marchó durante un rato, sintiendo que la frente se le inundaba de sudor, á medida que veía estrecharse el terreno en que estaba, en vez de verlo ensancharse, como esperaba él.

Andando, andando, llegó á un sitio en que la tierra quedaba reducida á una faja muy angosta, terminada en afilada punta, que se perdía introduciéndose en las aguas, y cortándolas como la proa de un buque.

La primera suposición del Indiano era la acertada. El río se había desbordado marchando parte de sus aguas por un antiguo cauce, y dejando aislado el pedazo de ribera en que don Ulpiano se hallaba.

En un instante midió el Indiano toda la gravedad de su situación. Si la crecida de las aguas continuaba, pronto se inundaría el islote, cuya elevación sobre el nivel de aquéllas era muy escasa, y su salvación sería imposible, porque no había allí ni un árbol, ni altura alguna á que subirse para aguardar la disminución de la corriente. Y el crecimiento era indudable, porque la lluvia no había cesado en las últimas horas. ¡Eran por demás críticos aquellos momentos!

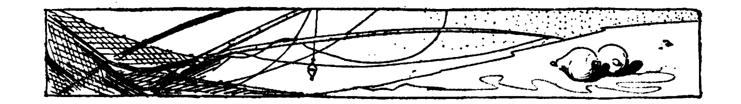
Luego pareció á don Ulpiano que la punta de tierra que entraba en el agua iba achicándose rápidamente, y se alejó de allí buscando sitio más ancho.

Tenía esperanzas de que alguien acudiera en su ayuda. Pensaba que sus compañeros, al volver del pueblo—porque sin duda habrían vuelto—y enterarse de lo ocurrido,

habrían regresado á Urbina á buscar medios de socorrerle.

Pero seguidamente le desalentaba el temor de que no se pudiera prestarle socorro alguno. Temía que el río formado por las aguas desbordadas fuera tan profundo ya y tan caudaloso como el Saja, y entonces ¿cómo podrían sacarle de allí? Echándole una cuerda que él se ataría al cuerpo, y arrastrándole á través de las aguas. Pero ¿podrían echarla la cuerda? ¿Lo permitiría la anchura del río? Y dando por vencida esa dificultad, en su poder el extremo de la cuerda, y bien amarrado él con ésta, lanzado al agua ¿no le arrollaría la corriente, no llegaría ahogado á la otra orilla, por mucha que fuera la rapidez con que le arrastraran hacia ella sus compañeros?...

A lo lejos, como saliendo del pueblo, apareció una luz, después otra y á continuación muchas más. Aquellas luces avanzaron rápidamente unas detrás de otras, semejando fantástica procesión. El Indiano las veía moverse á lo largo de la carretera. Luego notó que se separaban de ésta y se dirigían rectamente hacia él...



XXIII

Todo había ocurrido tal como pensara el Indiano. Al marchar don Serafín y Mesio se iniciaba ya el crecimiento de las aguas del Saja, crecimiento que desde entonces fué aumentando por instantes, hasta rebasar el río su cauce por donde lo halló más bajo, formando las aguas desbordadas un nuevo torrente que aislaba el sitio en que estaba don Ulpiano. En tanto éste, dentro de la choza, acostumbrado muy pronto al constante rumor de las aguas, no había notado que ese rumor crecía en intensidad considerablemente, como aquéllas crecían en cantidad y en fuerza, y de

nada se había enterado hasta que la impaciencia le había hecho salir y acercarse á la orilla del río, cuando ya era tarde.

Según él había supuesto, al volver de Urbina don Serafín y Mesio, muy ajenos de lo que ocurría á su compañero, halláronse imposibilitados de llegar donde él, por impedírselo aquel nuevo río que los separaba. Habíanle llamado, habían enronquecido voceándole, pero sus voces habíanse perdido apagadas por el mugir de la corriente y la cellisca. Aterrados entonces, habíanse vuelto á Urbina aceleradamente, habían alarmado y conseguido reunir á todo el vecindario en breves momentos, y al frente de los vecinos acudían á prestar auxilio al Indiano, si posible er aprestárselo.

Solamente los enfermos habían quedado en las casas. Los demás habitantes de Urbina, jóvenes y viejos, hombres y mujeres formaban parte de la aterrada comitiva, semejante á un entierro por el silencio que guardaba y por el dolor impreso en todos los rostros.

Algunas mujeres lloraban, entre ellas Mariona, cuya desolación inspiraba lástima, y Quicona, cuyos sollozos causaban risa. Cilia, muy compungida y pálida, palidez que resaltaba más á la luz de los faroles de aceite,

marchaba al lado de su criada procurando consolarla. Más adelante iba Alberto, á quien parecían horas los minutos que tardaba en llegar á la orilla del río. Gapito y Mesio le seguían cargados con gruesas tablas, en previsión de que se pudiera con ellas improvisar un puente sobre el nuevo río. Otros hombres llevaban grandes rollos de cuerdas gruesas y resistentes; y hasta uno había que llevaba un par de cohetes, hallados en la sacristía de la iglesia y allí olvidados, sin duda, el día del Carmen; los cuales cohetes pensaba el que los llevaba que podían servir para lanzar una cuerda al Indiano.

Nó faltaba en la comitiva el Cura del pueblo, por si al salir el Indiano necesitaba sus auxilios, ó por si no salía y había que absolverle de sus pecados en el momento de ser arrastrado por las aguas.

Cuando llegaron á la órilla de éstas los que iban en primer término, Alberto entre ellos, no pudieron reprimir una exclamación de desaliento. Puestos en alto los faroles que llevaban, veían ante ellos un río caudaloso y rugiente, cuya opuesta orilla no alcanzaba á divisarse. Llamaron con todas las fuerzas de sus pulmones á don Ulpiano, y sus voces, como las que antes

dieran al maestro y Mesio, quedaron sin respuesta. Fuéronse luego unos hacia arriba y otros hacia abajo por la orilla del río, buscando en él una parte más estrecha, y en todos sitios la claridad de los faroles se extinguía sin llegar al otro lado.

Los que conducían las tablas las tiraron convencidos de que para nada servían.

El de los cohetes preparó uno de éstos para echarle á manera de lanza-cabos hacia el islote, trató de comunicarle el fuego con un cigarro, pero en vano. El cohete estaba descebado, ó se había humedecido, no salía. La misma operación con el otro que quedaba, é idéntico resultado.

La lluvia arreciaba, bramaba cada vez con más furia el viento, y la crecida del río aumentaba notablemente, reduciendo el islote por momentos.

El Indiano desde la otra orilla podía apreciar la anchura del río. A él no le veían, porque ni cerillas le habían quedado ya con que poder indicar el punto en que se hallaba. Pero perfectamente divisaba don Ulpiano á los que iban á salvarle, gracias á las luces que éstos tenían, y le era fácil calcular la distancia que de ellos le separaba.

Pareciale que atando una cuerda á una piedra y lanzando ésta hacia él, podría reci-

birla; que no creía tan grande aquella distancia, que un mozo, regular tirador, no la salvara. Y, nervioso, frenético, se enronquecía diciéndolo á voces á sus convecinos. Pero ¡ay! sus voces sólo de él mismo eran oídas.

Sin embargo, á poco vió que, como si le hubieran escuchado, aprestábanse los otros á hacer lo que él decía.

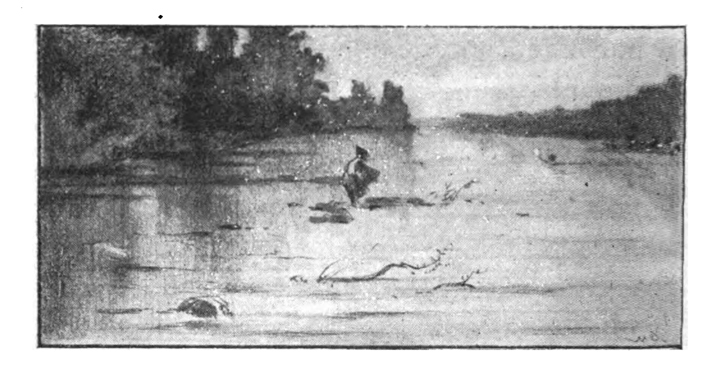
Ve el Indiano que un mozo se quita la americana. Es Alberto. De manos de otro recoge algo que debe ser la piedra. Sepárase de la orilla el muchacho, vuelve hacia ella corriendo y lanza hacia el islote un objeto, que va á caer á dos metros de don Ulpiano, en el agua...

Después Alberto lanza otra piedra, que aún se queda más atrás que la primera. Varios mozos intentan luego, de igual modo, echar la cuerda al Indiano, pero ninguno lo consigue. La anchura del río es mayor de lo que don Ulpiano la creyera.

Más tarde ve que la gente de Urbina se reune en apretado grupo, sin duda á discutir los medios de salvación que cada uno idea; observa que del grupo se separan varios hombres, Alberto, Mesio y otros, y los mira alejarse orilla arriba del río, alumbrados por la luz de algunos faroles que llevan

ellos mismos. Pronto desaparecen; piensa el Indiano que irán al pueblo, y continúa frente al grupo, mirándole con ansiedad inmensa, y como queriendo escuchar las palabras que allí se pronuncian.

¡Oh, qué instantes aquellos de angustia indescriptible para el pobre Indiano! Si sus



cabellos no estuvieran ya plateados, al cabo de tantos años de trabajos, bastaran aquellos momentos para poner su cabeza blanca como la espuma que el río arroja á sus pies.

El grupo de enfrente no se disuelve. Tarda, sin duda, en hallar solución aquella pobre gente.

Don Ulpiano mira hacia arriba, recordando que por allí han marchado su sobrino y otros hombres. ¿Dónde irían? Al pueblo, seguramente, pero ¿á qué?

Parécele que las aguas arrastran una lu-

cecilla. Y, sí; una luz baja por el centro del río. Por el centro primero, luego ya más hacia la orilla, más hacia él. ¿Qué es aquello?... El grupo se disuelve. La gente que lo formaba corre hacia arriba, á encontrarse con otras luces que bajan por aquella ribera.

La luz del río continúa acercándose, acercándose al Indiano. Al fin se detiene, llega á tierra, sube al islote. Tras de la luz aparece un hombre, que es quien la lleva...

—¡Alberto!—exclama el Indiano abrazando á su sobrino.

—¡Vamos, vamos, que no hay tiempo que perder!—dice Alberto, quitándose una de las dos cuerdas con que él estaba amarrado, y atando con ella, como él lo quedaba con la otra, por debajo de los brazos, á su tío, después de hacerle tirar el impermeable y abrochar la americana.

—¿Pero ahora, cómo vamos?—pregunta el Indiano.

—Arrastrando ó como podamos. Yo haré una señal convenida, con la luz, para que tiren de las cuerdas. Usted, mientras pueda, nade, y cuando no, déjese arrastrar. Aunque la corriente nos lleve algo hacia abajo, no tenga miedo. Ya ve donde tuve que ir á

echarme yo para venir á salir aquí. ¡Ea, al agua, que esto se inunda!

Alzó Alberto sobre sí la linterna, la movió de un lado para otro, cogióla en seguida con los dientes, y un momento después lanzáronse al agua tío y sobrino.

Un grito de terror partió de la opuesta orilla, hendió los aires y fué á perderse en el espacio, confundido con los rumores de tempestad de aquella noche inclemente. Luego oyóse sólo el constante bramar de las aguas y del viento. Ni una voz, ni un sollozo. Nada. Ansiedad inmensa que sellaba todos los labios, contenía todas las respiraciones y apresuraba el palpitar de los corazones todos; ansiedad profundísima, mortal, que hacía interminables los instantes de lucha de aquellos dos hombres lanzados al río.

Al principio, apenas apareció sobre el agua la luz que llevaba Alberto, viósela correr rápida como un relámpago hacia el centro del río. Allí pareció detenerse un instante, pero inmediatamente se la vió correr de nuevo un buen trecho. El peligro mayor estaba en aquel punto, porque era allí donde la corriente tenía más fuerza.

Los hombres que tiran de las cuerdas desde la orilla empiezan á recogerlas con

vigor, y entonces la misma corriente arroja hacia la ribera la luz. Pero lo hace con sobrado empuje, como con rabia de ver que le disputan lo que ya creía suyo, y un golpe de agua arrebata á Alberto la linterna, que instantáneamente se apaga. Ya no pueden conocer los de fuera á qué distancia se hallan los de dentro. Y redoblan sus esfuerzos, porque crece su ansiedad. Y con tanta violencia tiran hacia sí de las cuerdas, que arrollan á los nadadores, impídenles nadar, y tío y sobrino húndense bajo las aguas y se sienten arrastrados á través de ellas por el suelo del río.

Pero es un momento, nada más... Un nuevo esfuerzo de los de fuera, un nuevo grito de todos los presentes, grito esta vez de indescriptible alegría, y el Indiano y Alberto hállanse entre la multitud, recibiendo sus felicitaciones.

Después la comitiva se aleja hacia el pueblo alegremente, á la luz de los farolillos, carretera arriba, por entre los altos álamos, cuyos ramajes parecen reñir entre sí descomunal pelea.

Atrás quedan la ribera solitaria, con sus arbustos gimiendo al ser azotados por la callisca; y el río, cuyos rugidos de fiera apocalíptica, que no basta á acallar la dis-

tancia, continúan constantes, grandes, potentes, salvajes, formando un arrullo digno del sueño de aquellas montañas gigantes, que vistas confusamente, á través de las sombras de la noche, parecen apoyar en las nubes sus cabezas monstruosas.





XXIV

HAN pasado algunos meses. La nueva casa del Indiano, recientemente terminada, se inaugura con la celebración de una boda.

La novia es Cilia. El novio...

Un día, después de los acontecimientos narrados en el capítulo anterior, don Ulpiano había llamado á Alberto á su cuarto y habíale dicho: «Ya no te marchas de Urbina, Alberto.» Y Alberto no había marchado.

La novia es Cilia. El novio es Alberto.

Los comensales llenan la extensa mesa colocada á lo largo de una gran sala, convertida aquel día en comedor. Reina indescrip-

tible alegría en el local. Solamente un señor de bigote y cejas grises, de cara flaca y huesosa, parece al principio pensativo. Y lo está realmente.

Ese señor es don Serafín. Van á inaugurarse pronto los Colegios de Rante—aquellos Colegios de los cuales hablaba él á Alberto en la carta que le escribiera á México. —tendrá que cerrar su escuela, y esa idea le apena y le entristece. No hay vida ingrata, ni la de maestro, vista hacia atrás, desde los últimos días de ella.

Pero lucha por desechar esos pensamientos tristes, por ahogarlos con la satisfacción de ver feliz á su nieta, y al fin logra vencer, siquiera por unas horas, logra no desentonar en aquel coro de alegría formado en torno de su adorada Cecilia.

FIN

Barcelona, 1900.



ERRATAS

Aparte algunas, pocas, sin importancia, contiene tres este libro que deben salvarse.

Una está en la página 99, línea 17. Donde dice *izquierda*, debe decir *derecha*.

Y consisten las otras dos—páginas 322 y 326—en no figurar entre comillas ó subrayada la palabra *oyeros*, escrita así para que conservara la pronunciación que se la da en la Montaña.

Varias publicaciones

DE LA CASA

L. GONZALEZ Y C.ª, Editores Pontificios

BARCELONA

La Cristiada. — Edición monumental del poema de Fray Diego de Hojeda, dominico: en folio mayor, de más de 500 páginas, espléndidamente ilustradas todas ellas por los más geniales artistas españoles: 32 láminas en color reproducción de cuadros sobre la vida del Salvador, pertenecientes á los principales museos de Europa.— Encuadernada en piel natural, con tapas ricamente decoradas.— Precio: *200 pesetas.*

La Leyenda de Oro. — Vida de todos los Santos que la Iglesia venera. Seguida de las nuevas canonizaciones y beatificaciones. Quinta edición del trabajo de Rivadeneyra, Godescart, etc., etc., con completaciones hasta el día, por el Dr. E. Vilarrasa, Arcipreste de la Catedral de Barcelona. — Cuatro tomos en 4.° mayor, láminas en color. — Precio: *120 pesetas,* encuadernada en percalina con impresión dorada.

Obras jocosas de Quevedo. — Un volumen de 600 páginas con grabados intercalados, 8 láminas en color y el retrato de *D. Francisco de Quevedo y Villegas,* absolutamente auténtico, al frente. — Preciosa encuadernación en oro y color. — *15 pesetas* el ejemplar.

Obras escogidas de Fernán-Caballero. — (Obra próxima á publicarse). — Un tomo en parecidas condiciones que el anterior.

Historia de los Soberanos Pontífices. — Nueve tomos en 4.° menor, de abundante lectura, debida al ex-embajador de Francia en Roma, Artaud de Montor, ilustrados con 27 retratos de los principales Papas, sacados de

medallas y otras fuentes de reconocida autenticidad. — Precio del ejemplar, encuadernados los 9 tomos en otros tantos volúmenes: *27 pesetas.*

El Riñón de la Montaña. — Novela montañesa de Don Delfín Fernández y González. — Edición ilustrada. Encuadernada é impresa en papel superior: *5 pesetas.*

Los Piratas del Mississippí. — Novela de costumbres norteamericanas, por Gerstaecker; é ilustrada con doce láminas por L. Labarta. — Encuadernada en percalina, plata y colores: *4 pesetas.*

La Cristiada. — Edición económica del poema de Hojeda. (Próxima salida). — Ilustraciones por J. L. Pellicer y tapas en oro y colores: *5 pesetas* el ejemplar.

La Caridad Cristiana, por Monseñor Dupanloup. Encuadernada en tela: *5 pesetas* el ejemplar.

Historia de la Monarquía en Europa, por Francis Lacombe (Próxima salida).— Hermosamente ilustrada esta edición popular con reproducción de medallas, armas, monumentos arquitectónicos, monedas, sellos, etc., etc., formando dos volúmenes en 4.° menor.

De México á Roma y de Roma á Barcelona.— Precioso relato de la 5.ª peregrinación mexicana á Roma el Año Santo. — Copiosas ilustraciones.

EN PREPARACION

BIBLIOTECA BLANCA

Lecturas *inéditas* de los mejores autores nacionales y extranjeros, formando una preciosa colección de volúmenes ilustrados que aparecerán mensualmente.

(Pídase el prospecto.)

